



PRISIONERA DE LA ESPADA

Penélope Ember

PRISIONERA DE LA ESPADA

Penélope Ember

Capítulo 1

El avión aterriza en Edimburgo con un leve estremecimiento, una sacudida que parece resonar en mis huesos, despertando una inquietud que no me ha abandonado desde que dejé Londres. Un escalofrío recorre mi cuerpo al sentir el golpe del frío escocés en mi rostro al bajar.

Es una caricia áspera, como si la misma tierra me recordara con rudeza quién soy y de dónde vengo. El viento corta, afilado y sin misericordia, como si quisiera arrancar de mí cualquier rastro de duda o vacilación. Inhalo profundamente, y el aire huele a tierra mojada, a musgo y salitre, un perfume que me transporta instantáneamente a mi infancia, a esos días olvidados en los que corría descalza por los campos, con el corazón libre y la risa fácil.

La luz aquí es tenue, un gris plomizo que se adhiere a cada superficie, envolviendo el paisaje en un velo de misterio. Todo parece más antiguo bajo esta luz, como si el tiempo mismo se hubiese ralentizado, permitiendo que el pasado y el presente se mezclen en un solo suspiro. Las colinas, suaves y onduladas, se pierden en la bruma, emergiendo como espectros que se desvanecen tan rápido como aparecen. Es como si este lugar estuviera suspendido entre dos mundos, uno real y otro tejido de sueños y recuerdos. No puedo creer que esté aquí, de vuelta en este rincón olvidado del mundo, en el lugar que tanto he anhelado y temido a partes iguales.

Mi estómago se retuerce, una tormenta de emociones encontradas que me provoca un mareo casi insoportable. La ansiedad se mezcla con la emoción en una danza caótica que amenaza con desbordarme. Siento cómo las náuseas suben desde lo más profundo de mi ser, como un río oscuro que amenaza con desbordarse. Me obligo a respirar hondo, llenando mis pulmones de este aire gélido, buscando estabilizarme, encontrar mi centro en medio del caos interno. Mis manos están húmedas, frías, y no dejan de temblar. Es como si estuviera al borde de un precipicio y el vacío bajo mis pies fuera tan atrayente como aterrador.

Pero cierro los ojos por un momento, aislándome del mundo, enfocándome en la única razón que me trajo hasta aquí, a este punto exacto del mundo: las ruinas. Misteriosas, silenciosas, envueltas en un aura de secretos que parecen susurrar mi nombre, llamándome desde el otro lado del tiempo. Nadie sabe nada de ellas, y eso las hace aún más fascinantes, más irresistibles. Son un enigma, un susurro olvidado por el tiempo, un misterio que aún no ha sido registrado en ningún mapa, como si la misma tierra las hubiera guardado celosamente, esperando a que alguien las descubriera. Y ahora, aquí estoy yo, de pie en este umbral, dispuesta a adentrarme en lo desconocido, a desenterrar esos secretos enterrados, a enfrentar lo que sea que me espere entre esas sombras ancestrales.

Por eso estoy aquí.

—Blair, ¿todo bien? —La voz de Alex, uno de los arqueólogos del equipo, me saca de mis pensamientos. Lo miro mientras lucha por cargar una pesada caja de herramientas, sus cejas fruncidas por el esfuerzo.

—Sí, solo... reflexionando. —Le ofrezco una sonrisa que intenta ser tranquilizadora, pero sé que no es suficiente para ocultar lo que realmente siento. Hay un nudo en mi garganta, una presión sutil pero persistente que delata la verdad. No quiero que los demás vean cuánto me afecta este lugar, cuánto significa para mí, pero a la vez es casi imposible esconderlo.

Nos dirigimos a la furgoneta que nos llevará hacia las Tierras Altas, y mientras me acomodo en mi asiento, el frío cuero bajo mí se siente como una barrera entre este momento y el vasto océano de incertidumbre que se agita en mi interior. Mis ojos se pierden en el paisaje que se

despliega ante mí, un lienzo vivo que cambia con cada kilómetro que avanzamos. Las calles adoquinadas de la ciudad, con su bullicio y su historia, van quedando atrás, y en su lugar aparecen campos verdes y ondulantes, extendiéndose hasta donde alcanza la vista. Las colinas, como gigantes dormidos, parecen observarnos desde la distancia, sus formas suaves y familiares, pero cargadas de una energía que me resulta casi palpable.

Al cabo de unas horas, atisbo los montes alzándose en la distancia, imponentes y majestuosos, sus cumbres envueltas en un manto de nubes bajas que parecen acariciar suavemente sus picos. Hay algo en este lugar que despierta en mí una sensación casi primitiva, una energía antigua que vibra en el aire, resonando con cada latido de mi corazón. Es como si cada roca, cada brizna de hierba, estuviera viva, conectada a mí por hilos invisibles que se remontan a tiempos inmemoriales. Todo aquí parece eterno, como si este paisaje indómito hubiese resistido la marcha del tiempo, preservando su esencia a pesar de los siglos que han pasado. Tan vasto, tan intocable. Es un rincón del mundo donde el presente se encuentra con el pasado, y la modernidad parece desvanecerse, impotente ante la inmensidad de lo que este lugar representa. Es como si la tierra misma se rebelara contra el paso del tiempo, una resistencia silenciosa pero poderosa que no permite que nada cambie.

Siento un nudo en el estómago mientras nos adentramos en la región que mis antepasados llamaban hogar. Hay algo en estas tierras que despierta en mí una mezcla de reverencia y temor, una emoción que me invade con la fuerza de una ola que rompe contra la costa. Es como si los mismos dioses, aquellos que habitan en las leyendas que mi abuela me contaba cuando era niña, estuvieran observando cada uno de mis movimientos desde sus tronos en las alturas, juzgando si soy digna de pisar estas tierras sagradas.

La noche cae sobre nosotros mientras llegamos a un hostel modesto, una construcción de piedra robusta que parece haber surgido directamente de la misma tierra, tan perfectamente integrada en el paisaje que apenas se distingue de las colinas circundantes. Las paredes, frías al tacto, parecen haber absorbido siglos de historias, y al cruzar el umbral, siento como si estuviera entrando en un refugio atemporal, un lugar donde el mundo exterior no puede alcanzarme. Otros equipos de arqueólogos y estudiosos se encuentran aquí también, todos atraídos por el milagroso hallazgo que ha puesto a la comunidad científica en estado de alerta. La excitación flota en el aire como una niebla densa que nos envuelve a todos, impregnando cada conversación, cada mirada, con una electricidad que se siente en la piel.

Me uno a las conversaciones con el resto del equipo, donde las teorías y especulaciones sobre las ruinas llenan el espacio con un fervor casi febril. Algunos hablan de placas tectónicas, sugiriendo que la tierra misma ha revelado estos antiguos secretos, como si el planeta hubiese decidido, en su capricho, mostrarnos lo que ha escondido durante eones. Otros, más inclinados a lo místico, mencionan la posibilidad de hadas, criaturas de leyenda que habrían esculpido estas piedras como parte de su reino oculto. Las historias se despliegan ante mí como escenas de una película, y no puedo evitar sumergirme en cada una de ellas, visualizando cada teoría con una claridad vívida, como si yo misma estuviera viviendo esos momentos, caminando entre los pasajes ocultos de la historia que todos intentamos desentrañar.

Finalmente, después de horas de conversaciones llenas de ideas y posibilidades, me despido de mi equipo y de los demás compañeros de profesión, y me retiro a mi habitación.

Me hundo en la cama, sintiendo cómo la suavidad del colchón acuna mi cuerpo, y dejo que el cansancio se apodere de mí.

El murmullo de las conversaciones en los pasillos se convierte en un sonido lejano, como el susurro del viento entre los árboles, y mis pensamientos, que hasta ahora habían estado

revoloteando como mariposas atrapadas en un frasco, finalmente se aquietan. La agitación en mi mente se disuelve en una tranquila aceptación, y con cada exhalación, siento cómo las preocupaciones del día se desvanecen, arrastradas por la corriente de mi propia respiración.

Nos levantamos temprano al día siguiente, antes de que el mundo despierte del todo, cuando el cielo aún conserva las sombras de la noche y el frío de la madrugada se aferra a la piel. El sol apenas asoma sobre el horizonte, bañando la tierra con una luz dorada y suave, como una caricia tímida que pinta todo con un resplandor cálido y etéreo. Es un amanecer que parece prometer algo grande, algo que está a punto de revelarse. Nos dirigimos hacia la furgoneta, el vehículo que se ha convertido en nuestro puente hacia lo desconocido, aquel que nos llevará finalmente al lugar que ha capturado mi imaginación desde que escuché hablar de él por primera vez.

El viaje continúa por horas, y el paisaje, como un viejo amigo, comienza a cambiar de nuevo. La civilización se disuelve en el retrovisor, dando paso a la naturaleza en su forma más salvaje y pura. Nos acercamos al borde de las Tierras Altas, donde la tierra se eleva en picos abruptos y valles profundos que se extienden hasta donde alcanza la vista, un terreno que parece respirar con la fuerza de mil historias antiguas. A medida que nos adentramos más en este territorio indómito, el sol asciende, ganando altura en el cielo. Sus rayos, aunque filtrados por algunas nubes dispersas, iluminan el paisaje con una claridad casi sobrenatural. Parece que el día será bueno para trabajar, con el clima de nuestro lado, pero a pesar de esta calma aparente, mi estómago da un vuelco. La mezcla de anticipación y nerviosismo crece con cada kilómetro que avanzamos.

—Allí están —murmura Rachel, la historiadora del equipo, su voz apenas un susurro lleno de reverencia. Sus ojos brillan con una mezcla de asombro y respeto mientras señala con un dedo tembloroso las ruinas que se alzan contra el cielo. Todos giramos la cabeza, siguiendo la dirección de su mano, y de pronto, el aire en la furgoneta se espesa con una emoción tangible. Es como si el tiempo se detuviera por un instante, permitiéndonos absorber la magnitud de lo que estamos viendo.

Las ruinas no son solo restos de piedra y escombros; son más que imponentes. Se alzan solitarias, desafiando al tiempo y a los elementos, como si quisieran contar las historias que han guardado durante siglos, esperando a que alguien las escuche.

Hay una solemnidad en el aire, una sensación de que estamos a punto de tocar algo sagrado, algo que ha esperado pacientemente nuestro regreso. El vehículo se detiene, y por un momento, nadie se mueve. Es como si necesitáramos un instante para prepararnos, para reunir el valor de enfrentarnos a lo que estas ruinas podrían revelar. Con un profundo respiro, abro la puerta y bajo, sintiendo la tierra firme bajo mis pies.

—Vamos, chicos. Tenemos trabajo —digo, mi voz resonando en el aire fresco de la mañana y rompiendo el hechizo momentáneo. Mi corazón late con fuerza, una mezcla de nerviosismo y emoción palpable, mientras nos acercamos a pie.

A medida que nos adentramos en las ruinas, el suelo bajo mis pies se siente traicionero, como si estuviera caminando sobre una pila de huesos olvidados. Las piedras, cubiertas de un espeso manto de musgo verde, están resbaladizas y frías al tacto, y los muros, erosionados por el tiempo y el viento, parecen susurrar secretos en una lengua olvidada.

Al principio, las ruinas parecen un mosaico de fragmentos dispersos, como un rompecabezas de épocas pasadas. La estructura se alza en medio de la desolación, con muros derrumbados y arcos medio colapsados que se entrelazan en una maraña de piedra. Las columnas, algunas de las cuales todavía se mantienen en pie, están grabadas con símbolos antiguos que, aunque desdibujados por el tiempo, sugieren una grandiosidad que una vez fue imponente. Hay una

sensación de solemnidad en el aire, como si el lugar estuviera esperando ser redescubierto y comprendido.

Finalmente, decidimos adentrarnos más, explorando el núcleo de las ruinas, y lo que encontramos es aún más impresionante de lo que habíamos imaginado. En el centro de este vasto conjunto de piedras, rodeado por un círculo de columnas grandes y pesadas que parecen ser guardianes de un secreto ancestral, hay un espacio sagrado. Este recinto cerrado emana una energía que es casi palpable, un zumbido sutil que parece vibrar en el aire, envolviendo el lugar en una atmósfera cargada de misterio.

En el corazón de este círculo, clavada en una piedra desgastada por el tiempo, se encuentra una espada. Está adornada con intrincadas inscripciones celtas que parecen brillar con una luz propia, y lo curioso es que tanto la hoja como la empuñadura se encuentran en perfecto estado, desafiando el paso del tiempo y el desgaste de los siglos. La espada no solo destaca por su belleza, sino también por el aura de poder y antiguo conocimiento que parece irradiar. Su presencia en el centro de las ruinas sugiere que este lugar pudo haber sido un altar sagrado, un sitio de importancia ritual o ceremoniosa, donde se guardaban tesoros de gran significado.

—¡Es la espada de Excalibur! —exclama otro de mis compañeros entusiasmado.

Los demás ríen, aunque es cierto que la escena es bastante dramática.

—Blair, ven aquí —me llama Alex, pero sus palabras llegan a mis oídos como un susurro lejano, difuso entre el ruido del latido de mi corazón y el zumbido de la fascinación que siento. Todo lo que puedo ver es la espada, resplandeciendo con una luz que parece casi sobrenatural, como si estuviera esperando pacientemente el momento en que alguien como yo la tocara.

Mis pasos me llevan hacia ella sin que realmente lo decida. Hay algo hipnótico en la espada, un brillo sutil y enigmático que me atrae con una fuerza magnética. Coloco mis manos en el mango, sintiendo el frío del metal contra mi piel, y en ese instante, el mundo a mi alrededor parece detenerse. Todo se vuelve un vacío de silencio y expectación. No sé por qué lo hago, pero lo hago. Tiro de la espada con toda mi fuerza, y en el momento en que se libera de la piedra, algo se desata.

Una fuerza incontrolable se manifiesta de inmediato. El aire se llena de un zumbido eléctrico, una vibración que recorre mi cuerpo y el suelo bajo mis pies tiembla, como si el mundo entero estuviera reaccionando al acto que acabo de cometer. Una luz cegadora explota a mi alrededor, una explosión de pureza y energía que me envuelve por completo. Siento que me arrastra, que me consume, y quiero gritar, pero no puedo. Estoy atrapada en un torbellino de energía, un remolino de luz y sonido que me arranca de mi realidad, que me desgarra de todo lo que conozco.

Y luego, tan repentinamente como comenzó, todo se calma. La luz se disipa, el zumbido desaparece, y me encuentro tumbada sobre un suelo duro y frío. El cielo sobre mí es de un azul más profundo, más intenso, y el aire, aunque fresco, tiene un olor diferente, más crudo, más limpio. El contraste con el lugar que dejé atrás es tan marcado que me resulta casi surrealista.

Me levanto lentamente, con el corazón martillando en mis oídos y la mente tambaleándose en medio de la confusión. El paisaje que me rodea es salvaje e indómito, un terreno agreste que parece estar en constante lucha con la naturaleza. No hay rastro de mi equipo, y las ruinas ya no son ruinas. En la distancia, un estruendo de gritos y el choque de espadas me alerta. Giro la cabeza hacia el sonido y veo una escena que parece sacada de una pesadilla o de un relato épico: un grupo de hombres enzarzados en una lucha brutal, sus cuerpos entrelazados en una danza mortal de acero y sangre.

El caos de la batalla se despliega ante mis ojos, un conflicto feroz y visceral que llena el aire

con una mezcla de desesperación y furia. Los gritos de los combatientes y el clangor de las espadas resuenan en una sinfonía de destrucción. En medio de este torbellino de violencia, un guerrero se destaca con una presencia que parece desafiar la realidad misma. Su figura, robusta y decidida, se mueve con una precisión casi sobrehumana. Cada golpe, cada parry, es ejecutado con una maestría que desafía la comprensión, como si la espada en sus manos fuera una extensión natural de su voluntad. Su habilidad convierte cada movimiento en una danza mortal, una coreografía de guerra que lo pone en el centro de este duelo infernal.

Me siento paralizada por la magnitud de lo que estoy presenciando. La brutalidad y el drama de la batalla, el sudor y la sangre en el aire, me abruman. Mi mente lucha por asimilar la realidad de este nuevo entorno y el hecho de cómo he llegado aquí. ¿Es siquiera real?

De repente, siento un tirón en mi brazo. Me vuelvo para encontrar a un hombre fornido, su rostro ensangrentado y su aspecto salvaje. La sangre en su piel podría muy bien no ser suya, y su mirada es feroz. Me dice algo que no comprendo enseguida, tardo unos segundos en darme cuenta de que me está hablando en gaélico.

Su mirada se mueve entre mí y la espada que todavía sujeto con mi mano libre. El peso de la espada es abrumador, casi insoportable, pero mi mano sigue aferrada a ella como si fuera una ancla en medio de la tormenta. El hombre me mira con una mezcla de ira y desprecio, y luego grita algo que interpreto como “ramera” o “bruja”. Sin previo aviso, me propina una bofetada que me tira al suelo, el impacto me deja aturdida y paralizada por el miedo. Nunca antes me habían agredido así. La espada cae al suelo, alejándose de mi alcance, y el hombre se echa sobre mí con claras intenciones de hacerme daño.

Me cubro instintivamente, un triste intento de protegerme del daño inminente. Mi corazón late con desesperación, mi mente busca una forma de escapar de esta pesadilla. Pero entonces, en medio de mi terror, escucho un sonido apagado. El cuerpo del hombre que me estaba atacando cae a un lado, inmóvil. Mi mente aún tambalea al procesar la escena, y mi mirada se dirige al recién llegado que ha puesto fin a la amenaza.

El guerrero que antes estaba en la batalla, el mismo que había sido el centro de la lucha, ahora está de pie junto a mí. Reconozco de inmediato a este hombre, el mismo que instantes antes estaba luchando con una habilidad formidable. La escena es surrealista: el agresor está muerto y el guerrero que lo ha matado ahora me observa con una intensidad que me pone aún más nerviosa.

El guerrero se acerca, su mirada fija en mí y luego en la espada que yace en el suelo. Me siento temblar, temerosa de que él también pueda ser una amenaza. Me cubro el rostro, intentando protegerme del posible juicio o la ira que podría despertar en él.

Pero en lugar de eso, el guerrero se agacha hacia mí con una sorprendente gentileza. Me obliga a mirarlo, y aunque no entiendo todas sus palabras, creo que está preguntando quién soy. La pregunta resuena en mi mente, pero no soy capaz de articular una respuesta coherente. No estoy segura de si debería responder, o si mi respuesta sería suficiente para aclarar la situación.

El estrépito de la batalla continúa resonando a lo lejos, un rugido lejano que se mezcla con el clamor de los hombres que se acercan. El guerrero que me ha salvado de una muerte segura se vuelve hacia su grupo, su expresión implacable y decidida. Debe de ser alguien importante, porque ordena algo a sus hombres, su voz firme y autoritaria cortando el aire con la claridad de un comando militar.

Dos de los soldados avanzan hacia mí, sus rostros marcados por la tensión del combate, pero su actitud hacia mí es protectora. La necesidad de escapar de la escena caótica es evidente, y aunque la idea de dejar las ruinas y la espada detrás me llena de incertidumbre, la urgencia de la

situación no deja espacio para decisiones reflexivas. Me levanto tambaleándome, mi cuerpo aún temblando por el reciente ataque y la adrenalina.

Me resisto un poco, el instinto me detiene. Pero la realidad es que no tengo un plan de escape, ni un refugio claro. Mi situación podría empeorar si permanezco aquí. No tengo más opción que seguir a los hombres que se me han asignado, mientras me pregunto cuándo despertaré de este sueño. Aunque una parte de mí, sabe que no lo haré.

Capítulo 2

Me llevan a un campamento sumido en el barro, y el incesante tamborileo de la lluvia sobre las cúpulas de piel y los toldos de lona me acompaña como una banda sonora melancólica. Las gotas de agua han caído sin tregua durante horas, empapándolo todo y convirtiendo el terreno en una maraña de fango resbaladizo. Los hombres que me escoltan me conducen hasta un recinto de retención rudimentario, construido con gruesas maderas entrelazadas y reforzado por vigas que apenas parecen capaces de soportar el peso del aguacero.

Me atan con cuerdas gruesas, asegurándose de que no haya forma de que pueda escapar. La precaución que muestran me hace entender que no soy bien recibida aquí, o quizás temen algo aún más grande que mi posible fuga. Los tejados de mi celda están cubiertos con pieles de animales, una tentativa de protección contra la lluvia que sigue cayendo sin cesar. A pesar de este esfuerzo, el suelo bajo mis pies es una mezcla de barro y agua fría, y mi cuerpo tira incontrolablemente, temblando de frío, a pesar de que mi ropa debería haberme protegido de este clima tan extremo.

No puedo evitar sentir las miradas inquisitivas de los hombres que pasan cerca. Sus ojos recorren mi chaqueta moderna, mis tejanos y mis botas con cremallera, un contraste grotesco con las prendas de época que ellos llevan: kilts desgastados, cotas de malla oxidadas y capas de lana que se empapan a su vez. Sus miradas cargadas de curiosidad y desconfianza se cruzan con las mías, y me resulta imposible no observarlos a ellos también. La disparidad entre nuestras vestimentas es tan marcada que mi mente empieza a buscar explicaciones, incluso las más inverosímiles. Parte de mí se aferra a la esperanza de que esto sea un sueño extraño o una escena sacada de una serie de época en cuyo rodaje me he colado sin querer.

Sin embargo, en el fondo, una sensación mucho más inquietante se instala en mí, algo que va más allá de la simple confusión. Hay un terror latente que me advierte que lo que estoy viviendo es mucho más real y aterrador de lo que mi mente quiere aceptar.

Aguardo durante horas en mi prisión, mi mente sumida en un torbellino de pensamientos y miedos. Los hombres que pasan cerca me lanzan miradas curiosas, pero la mayoría está demasiado ocupado con sus propias tareas como para prestarme atención. La tensión en el campamento es palpable, y un murmullo creciente empieza a llenar el aire. Entonces, de repente, el campamento se vuelve bullicioso. Los hombres se agitan, sus voces se mezclan en un torbellino de expectación.

Mi curiosidad se ve satisfecha cuando el guerrero que me ha salvado, el líder del grupo, aparece de nuevo. Lo reconozco de inmediato por su porte imponente y la autoridad que emana de él. Se aproxima a mi celda, y sus guardias le permiten pasar sin hacer objeciones. Cuando se arrodilla frente a mí, puedo ver claramente la determinación en su mirada.

—¿Entiende usted el inglés? —me pregunta con una voz que, a pesar de su tono severo, tiene un matiz de cortesía. Yo asiento, y él me dedica una sonrisa que intenta ser tranquilizadora pero que apenas oculta la intensidad de su interés—. Siento tenerla enjaulada, pero comprenderá que tomemos medidas. Ha aparecido usted de la nada, sujetando una espada que desde luego no le pertenece, y con esas ropas tan... peculiares.

Mi mente busca desesperadamente una respuesta adecuada, pero las palabras se me escapan. Mi mirada vacila entre el guerrero y las ropas que llevo, como si mi apariencia moderna pudiera ofrecer alguna pista sobre mi inexplicable presencia aquí.

—Yo... creo que no debería estar aquí —digo finalmente, mi voz apenas un susurro, temblando con la incertidumbre de mi situación.

—En eso estamos de acuerdo. Si me dice cómo sacó la espada de la piedra y con qué fin, la dejaremos marchar.

Dudo que lo que dice sea verdad. La idea de que me dejen ir parece demasiado buena para ser cierta, especialmente cuando ni yo misma entiendo lo que ha ocurrido. Me quedo en silencio, mi mente buscando desesperadamente una forma de explicar lo inexplicable. El guerrero suspira, y su expresión se vuelve más dura.

—No le conviene ponérmelo difícil, *sassenach*.

—No soy inglesa —digo por instinto, aunque sé que eso no cambiará nada.

El guerrero no parece inmutarse por mi respuesta.

—Si no responde a mis preguntas, me veré obligado a llevarla conmigo para interrogarla como es debido. ¿Es eso lo que quiere, *sassenach*?

La idea de ser llevada a un interrogatorio formal me aterra. Pero hablarle de viajes mágicos en el tiempo a un guerrero de las Highlands es, sin duda, una mala idea. Sé bien lo que les gustaba acusar a las mujeres de brujería, y los destinos que les esperaban. Tal vez mantenerme en silencio sea la opción más sensata, incluso si el silencio pesa como una losa.

—Muy bien, usted lo ha querido —dice el guerrero con firmeza, y se levanta con un movimiento decidido. Da una orden a sus hombres y se aleja, dejándome sola en la penumbra de mi celda, rodeada por el frío y el barro.

El eco de sus pasos se aleja, y el silencio que queda a mi alrededor es casi tan opresivo como el caos que acabamos de presenciar. Mientras la lluvia continúa su monótono tamborileo sobre el techo, mi mente sigue girando, atrapada en la espiral de incertidumbre y miedo. La realidad que ahora enfrento parece cada vez más distante de la vida que conocía, y me pregunto qué lecciones y desafíos me depara este enigmático mundo.

Partimos al día siguiente, y aunque los hombres han tenido la cortesía de ofrecerme algo de agua y comida, el descanso ha sido casi nulo. El frío me cala hasta los huesos y me siento débil, mi cuerpo resentido por la falta de calor y la fatiga acumulada. Mi mente, aún turbia y confusa, gira en círculos tratando de reconstruir los fragmentos de mi memoria. Recuerdo estar con mi equipo en las ruinas, la sensación de la espada fría en mis manos, y luego, sin previo aviso, este mundo desconocido. No encuentro ninguna lógica en lo que ha sucedido, como si la realidad misma se hubiera desdibujado.

Me arrastran a través del barro y la lluvia, el suelo resbaladizo y traicionero bajo mis pies. En algún momento, un hombre me levanta y me coloca sobre un caballo. Aunque mis manos están atadas y mi posición en la montura es incómoda, al menos la carga de caminar ya no recae sobre mí. Me balanceo con cada movimiento del animal, el barro salpicando mi ropa y mi piel mientras avanzamos.

A medida que el día avanza y el cielo se cubre de nubes grises, la penumbra de la tarde comienza a extenderse. Poco antes de que la luz se apague completamente, llegamos a nuestro destino. Mi corazón late con fuerza al ver el pueblo que se extiende a lo lejos. Las casas humildes, de tejados de paja y paredes de piedra, parecen encajar en el paisaje agreste, su simplicidad contrastando con la grandeza que se alza en la distancia.

Es el castillo lo que captura toda mi atención. Se erige majestuosamente sobre una colina, sus torres altas recortándose contra el cielo grisáceo. La fortaleza parece desafiar el tiempo mismo, con sus muros robustos y su apariencia austera, como un centinela ancestral que ha vigilado esta tierra durante siglos.

Mientras nos acercamos, me siento como si estuviera a punto de cruzar el umbral hacia una historia que desconozco, un capítulo que ha estado sellado en el pasado y que ahora se abre ante mí. La sensación de ser una intrusa en este mundo ancestral se intensifica, y una mezcla de ansiedad y anticipación se apodera de mí. Me pregunto qué me deparará este lugar, y si alguna parte de la historia que estoy a punto de vivir podría ofrecerme alguna pista sobre cómo volver a mi propio tiempo.

Finalmente, entramos en el castillo, atravesando un puente levadizo que cruje bajo el peso de nuestra llegada. Uno de los hombres me baja del caballo y me guía a través del patio de armas mientras el resto del ejército se dispersa, preparándose para un merecido descanso después de su jornada de batalla.

El patio es un torbellino de actividad. El bullicio es constante, con soldados moviéndose de un lado a otro, algunos cargando sacos, otros afilando armas o charlando animadamente. La escena es una mezcla de ruidos y colores: los escudos resplandecen bajo el débil sol de la tarde, y las banderas ondean al viento con un sonido que recuerda al de un ejército en marcha. Hay un aire de camaradería y satisfacción que emana de los hombres, quienes son recibidos con sonrisas radiantes y abrazos cálidos por sus compañeros.

A mí sólo me dedican miradas inquietas y curiosas, y susurros que se desvanecen cuando paso.

Me llevan a una sección del castillo que parece más austera y funcional que el bullicioso patio. Aquí, el ambiente cambia drásticamente. Las paredes de piedra fría están adornadas con antorchas que lanzan una luz temblorosa sobre los muros. El suelo de piedra es resbaladizo y húmedo por la lluvia que ha estado cayendo, y el aire huele a humedad y moho.

Me llevan hacia las cárceles del castillo, situadas en un sótano oscuro y sombrío. Cada paso que damos resuena en el silencio opresivo de los pasillos subterráneos. Las celdas están alineadas a lo largo de las paredes de piedra, con barrotes de hierro que parecen imponentes y fríos. Puedo ver a otros prisioneros a través de ellos. El eco de las gotas de agua que caen desde el techo crea un ambiente inquietante.

La celda que me asignan es pequeña y desolada, con un banco de piedra en un rincón y una manta raída en el suelo. Los barrotes son gruesos y oxidados, y la pequeña ventana, apenas un agujero en la pared, deja entrar solo una débil luz que apenas ilumina el espacio. Mis manos siguen atadas con cuerdas ásperas y ahora mojadas, y aunque me ofrecen un trozo de pan y un poco de agua, el acto de comer resulta casi imposible mientras estoy tan sumida en la confusión y el miedo.

La celda está situada al final del pasillo, donde el sonido de la lluvia que tamborilea en el techo se mezcla con el murmullo lejano de conversaciones y el ocasional grito de algún prisionero. Me siento en el banco de piedra, sintiendo el frío penetrante que se filtra a través de mis ropas. La desolación de la celda y el aislamiento solo acentúan mi desorientación.

Me dejan aquí durante el resto de la noche, y yo me pregunto qué podría decir o hacer para obtener mi libertad, pero la mente es un torbellino de ideas inconexas y temores. El frío me invade hasta los huesos, y cada pensamiento se siente como una lucha contra un manto de niebla densa.

Finalmente, la mañana llega con una penumbra grisácea que se filtra a través de la pequeña ventana de la celda. La luz es tenue, casi irreal, y no hace más que acentuar la sensación de estar atrapada en una pesadilla interminable. Mi captor aparece para darme los buenos días.

—Lavántese —me ordena mientras entra en la celda.

Intento levantarme, pero mi cuerpo responde con lentitud y torpeza. La cabeza me da vueltas

y mi visión se tambalea, como si estuviera viendo el mundo a través de un velo espeso. La sensación de entumecimiento es abrumadora, y mis piernas parecen de plomo.

El hombre se acerca con pasos decididos y se arrodilla junto a mí, evaluando mi estado con una mezcla de desconfianza y preocupación. Le escucho maldecir en gaélico, una palabra que nunca había oído pero que, por el tono y la intensidad, es evidentemente despectiva. Sus ojos se estrechan con una expresión de enojo y frustración, y llama a los guardias con una voz que no admite discusión.

Los guardias entran rápidamente en la celda, y uno de ellos me ayuda a levantarme mientras el otro sostiene una antorcha, iluminando débilmente el frío ambiente. Me ayudan a salir de la celda, pero mis fuerzas son tan escasas que apenas puedo dar dos pasos antes de que el mundo se tambalee y mis piernas se doblen bajo el peso de mi propio cuerpo. La vista se vuelve borrosa y el frío se convierte en una niebla que lo envuelve todo.

Cuando despierto, la primera sensación que noto es una calidez reconfortante, una notable diferencia respecto al frío implacable de la celda. Estoy envuelta en una cama mullida, rodeada de mantas suaves que abrazan mi cuerpo, y el calor de un fuego crepitante llena la habitación con un resplandor acogedor. Mi cabeza sigue doliendo, una punzada constante que recuerda la intensidad de mi desmayo, pero al menos puedo ver con claridad.

Me incorporo lentamente, sintiendo la firmeza de la cama y el cosquilleo de la tela sobre mi piel. Me encuentro en una habitación pequeña, pero sorprendentemente bien equipada. El fuego en la chimenea proporciona una luz cálida que baila sobre las paredes, haciendo que el lugar se sienta íntimo y seguro. Me examino, descubriendo que estoy lavada y vestida con una simple camisa de lino, y no puedo evitar ruborizarme ante la idea de que alguien haya tenido que asistir mis necesidades sin mi consentimiento. Agradezco, sin embargo, que el barro y el frío hayan desaparecido de mi piel y cabello.

Mis ojos se posan en una jarra de agua fresca que descansa en la mesa de madera junto a la cama. La sed es intensa, y al levantarme, tropiezo con una silla cercana. El estrépito hace eco en la habitación, alertando a un guardia que parece haber estado vigilándome desde el otro lado de la puerta. Entra con rapidez, sus ojos recorriendo la habitación hasta que se posan en mí. Me ve bebiendo agua y, sin decir una palabra, se retira con la misma celeridad con la que ha entrado, probablemente para informar a su superior sobre mi estado.

La salida del guardia me pone nerviosa. Me apresuro a mirar mi entorno y a darme cuenta de que estoy vestida solo con ropa de cama, lo que acentúa mi vulnerabilidad. Me envuelvo en una manta, sintiendo el tejido áspero pero cálido contra mi piel. Después me siento delante del fuego a esperar la inevitable visita que voy a recibir.

Unos golpes secos en la puerta interrumpen el silencio de la habitación. Me giro lentamente hacia el sonido, manteniéndome sentada en el suelo junto al fuego. El hombre entra, su expresión es una mezcla de preocupación y frustración. Me observa con una mirada que no logro descifrar del todo.

—Debería haberme dicho que estaba enferma —dice, su tono es algo tenso.

Resoplo, volviendo mi mirada hacia el fuego, que proyecta sombras danzantes en las paredes.

—He pasado los últimos días bajo la lluvia, y después me he visto reclusa en un lugar igual de húmedo —respondo, como si mi justificación fuera evidente y suficiente.

—No era mi intención enfermarla, *sassenach*. Pero debo recordarle que nada de esto hubiera pasado si hubiera contestado usted a mis preguntas —replica con un tono que mezcla reproche con un dejo de formalidad.

Ladeo la cabeza para mirarlo por encima de mi hombro, buscando un rastro de comprensión

en su expresión.

—Puedo contestarlas ahora, si todavía le interesa interrogarme —ofrezco, intentando proyectar una seguridad que me parece más frágil de lo que me gustaría admitir.

El hombre parece sorprendido, pero su expresión se suaviza ligeramente.

—Eso me complacería mucho —dice, su tono formalidad que parece desentonar con la crudeza de nuestra situación.

Asiento y me levanto del suelo con movimientos cautelosos y algo tambaleantes. Mis piernas desnudas están expuestas bajo la manta que me envuelve. Mientras me incorporo, el hombre me observa con una mirada aguda, casi felina. La manta, que apenas me cubre completamente, resalta mi vulnerabilidad.

Me acerco a la mesa, donde me siento con un suspiro de resignación. El hombre se dirige hacia una silla frente a mí y se sienta, su postura indica que está preparado para escucharme con atención. Los parpadeos del fuego proyectan destellos dorados sobre su rostro, creando un contraste extraño con la tensión palpable en el ambiente.

Ahora que está más cerca, no puedo evitar fijarme en sus detalles. Su complexión atlética y musculosa revela años de entrenamiento riguroso en combate y liderazgo en el campo de batalla. Su cabello negro azabache, ligeramente ondulado, cae en mechones hasta sus hombros. Sus ojos, de un azul profundo e intensamente penetrante. Tiene la piel bronceada y una cicatriz prominente cruza su pómulo derecho.

A pesar de la gravedad de nuestra situación, no puedo evitar notar que es extraordinariamente guapo. Su porte noble y decidido, combinado con las cicatrices que atestiguan su pasado, le confiere una presencia que es tanto imponente como fascinante. La combinación de su belleza física y su aire de autoridad crea una dualidad compleja que me resulta difícil de ignorar, aunque el miedo y la incertidumbre pesan mucho más en mi mente en este momento.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —pregunto, esforzándome por mantener la firmeza en mi voz mientras mi mente lucha por organizar el torbellino de confusión que me embarga. La habitación, cálida y acogedora, se siente como un refugio temporal, pero la incertidumbre de mi situación me hace sentir más vulnerable que nunca.

El hombre frente a mí se acomoda en su silla, su expresión grave pero atenta.

—Podría decirme su nombre primero —propone con una seriedad que no deja espacio para dudas.

—Yo no sé el suyo todavía —replico, sintiendo una mezcla de desasosiego y desafío. La pequeña desavenencia me hace sentir ligeramente más en control, aunque sé que la situación sigue siendo incierta.

Él hace un gesto que mezcla resignación con curiosidad, pero asiente, y un atisbo de incomodidad cruzando sus rasgos.

—Mi nombre es Logan MacRae —dice, su voz resonando con un acento marcadamente escocés. Me mira con una intensidad que me hace sentir expuesta—. ¿Y bien?

Me muerdo el labio, sopesando si debo revelar más. La inseguridad me hace vacilar, pero sé que no tengo otra opción más que cooperar, aunque solo sea para entender mejor lo que está ocurriendo.

—Blair MacKinnon —murmuro finalmente, sintiendo una pequeña oleada de alivio al liberarme de esa pequeña verdad.

La reacción de Logan es inmediata. Sus ojos se abren con sorpresa, y su ceño se frunce en una mezcla de incredulidad y curiosidad.

—Es usted escocesa —afirma, como si ese detalle cambiara radicalmente el panorama.

—Le dije que no era inglesa —le recuerdo con un tono que mezcla desafío y resignación.

—Pero no dijo que era escocesa —insiste, su tono cargado de una ligera exasperación.

—¿Acaso eso tiene importancia? —cuestiono sin comprender del todo su actitud.

Él se queda en silencio un momento, como si estuviera considerando el peso de la revelación. Finalmente, sacude la cabeza con una ligera sonrisa irónica.

—No, supongo que no —dice con desconcierto—. Entonces, ¿por qué no me cuenta cómo llegó a Benraith, Blair? ¿Qué hacía usted sola en medio de la montaña?

El nombre del lugar, Benraith, se asienta en mi mente como una pieza de un rompecabezas que aún no puedo completar. Intento ocultar la confusión que siento, mientras busco una respuesta plausible.

—Me perdí —digo, tratando de mantener la calma.

—¿Se perdió? —repite Logan, levantando una ceja con escepticismo.

Asiento, mi corazón palpita con más fuerza al enfrentar su mirada crítica.

—Tengo familia en Escocia, aunque me crié en Londres. Venía de visita, pero perdí a mi guía —explico, buscando en mis palabras una forma de hacer la historia creíble.

Logan frunce el ceño, claramente dudoso.

—Nos asaltaron y yo... huí todo lo lejos que pude. No me fijé en la dirección, solo quería escapar —continúo, intentando dar una imagen convincente de pánico y desesperación.

Logan se lleva una mano a la barbilla, sus dedos rascan la barba incipiente mientras medita sobre mi relato. Su mirada se vuelve aún más intensa, como si buscara algún signo de engaño en mi expresión.

—¿Y por qué tenía la espada? —pregunta finalmente, y su pregunta me toma por sorpresa.

Esa es una buena pregunta, me digo a mí misma. La mentira que he preparado es fundamental para mi supervivencia aquí.

—La encontré en el suelo y pensé que podría defenderme con ella si alguno de los asaltantes me seguía —digo, con un tono que intenta transmitir una mezcla de pragmatismo y valentía. Me siento ligeramente orgullosa por la forma en que he hilado esta historia.

Logan me observa en silencio, su expresión mezcla de incertidumbre y evaluación. Cada palabra, cada detalle cuenta en este delicado equilibrio entre la verdad y la mentira. Su mirada sigue fija en mí, como si esperara el siguiente movimiento en este complejo juego de interrogatorio.

—¿Esa es la verdad que quiere contarme? —pregunta finalmente, y el modo en que formula la pregunta no pasa desapercibido. Siento un escalofrío al notar el sutil reto en su tono, como si buscara una grieta en mi fachada de calma.

Trago saliva con dificultad, la opresión en mi garganta se intensifica. Mi mente se tambalea entre la desesperación y la resignación.

—Sí —respondo con una voz que apenas logro mantener firme, asintiendo con una mezcla de nerviosismo y determinación. No hay vuelta atrás ahora; he tejido esta historia, y debe sostenerse o caer.

Logan observa mi respuesta con una sonrisa que parece cargada de decepción. Se levanta de su asiento con un aire de resolución, su postura erguida y autoritaria.

—Vuelva a pensar en ello —dice con una calma que oculta una amenaza latente—. Le daré una oportunidad más para reconsiderar su historia. Si no la aprovecha, me temo que no podré evitar las represalias del Laird.

Antes de que pueda responder o formular alguna pregunta, Logan se dirige hacia la puerta. Su figura se aleja con pasos decididos, dejando un eco de incertidumbre y temor en la habitación. La

puerta se cierra con un resonante golpe, y el sonido de sus pasos se desvanece en el corredor.

Me dejo caer sobre la mesa, hundiendo mi cabeza entre los brazos en un gesto de pura derrota. Mi cuerpo se desploma, abrumado por el cansancio y la frustración. No me ha creído. No importa lo convincente que haya tratado de sonar, no ha sido suficiente.

Capítulo 3

Al menos me deja pasar la noche en esta habitación, lejos de la fría y oscura celda que tanto me aterraba. La calidez del fuego en la chimenea y las mantas que me rodean son el único consuelo que tengo en este momento. Pero, aunque estoy rodeada de ese calor tan necesario, no puedo sacudirme la sensación de que el frío verdadero, el que habita dentro de mí, es mucho más difícil de combatir.

Al día siguiente, me despiertan con el sonido suave de una puerta que se abre y se cierra con cuidado. Parpadeo, intentando despejar la niebla de mis pensamientos, y me doy cuenta de que alguien ha dejado un cuenco humeante en la mesa junto a la cama. Unas gachas espesas, acompañadas de un trozo de pan oscuro, me esperan.

Me incorporo lentamente, con el cuerpo aún adolorido, y me acerco a la comida. El aroma cálido es reconfortante, aunque la textura de las gachas es densa y un poco grumosa. No es precisamente un manjar, pero dadas las circunstancias, no puedo quejarme. Mientras como en silencio, intento organizar mis pensamientos, hacer un plan, pero cada idea se desvanece tan rápido como aparece.

El día ha comenzado, y con él, la certeza de que pronto volverán a interrogarme. Cada vez que me acuerdo de la conversación con Logan la noche anterior, mi estómago se anuda de nuevo. No me ha creído, y no puedo culparlo. Mi historia es absurda incluso para mí. Pero ¿qué otra cosa podría decirle?

No entra nadie más hasta la hora del almuerzo. Estoy empezando a relajarme un poco, acostumbrándome al silencio y al calor que emana de la chimenea. Sin embargo, cuando escucho el suave chirrido de la puerta al abrirse, levanto la vista, esperando a uno de los sirvientes o guardias habituales. Para mi sorpresa, es Logan quien entra, llevando una bandeja de comida en sus manos.

El aire en la habitación cambia de inmediato, y mis sentidos se ponen en alerta. Lo observo mientras camina hacia mí con la misma determinación con la que se había marchado anoche. Deja la bandeja sobre la mesa sin decir una palabra. El aroma de la comida es más apetecible que el desayuno: pan recién horneado, un guiso espeso y algo de fruta.

—Espero que tenga hambre —dice finalmente, su tono casual, pero su mirada no deja de examinarme.

Su presencia sigue siendo imponente, pero hay algo diferente en sus movimientos hoy, menos rigidez. Me siento incómoda bajo su escrutinio, aunque una parte de mí se siente agradecida por la comida.

—¿No tiene soldados que hagan esto por usted? —le pregunto, intentando ocultar el nerviosismo que me provoca tenerlo tan cerca.

Logan se cruza de brazos y me dedica una sonrisa ladeada.

—No todo el tiempo —responde con calma—. Además, quería ver cómo se encontraba.

No estoy segura de cómo interpretar sus palabras, pero me siento obligada a responder de alguna manera.

—Estoy... mejor —murmuro, apartando la mirada hacia la bandeja de comida.

Él asiente, pero no parece estar dispuesto a irse de inmediato. Se queda de pie, observándome mientras yo intento concentrarme en la comida. El guiso humeante tiene un aroma delicioso, pero me cuesta comer bajo la intensidad de su mirada. Al final, no puedo evitar levantar la vista.

—¿Va a quedarse ahí todo el tiempo? —le pregunto, mi voz más cortante de lo que pretendía. Él esboza una sonrisa apenas perceptible, pero no se mueve.

—Tengo curiosidad —responde—. Quiero saber más sobre usted, Blair.

El sonido de mi nombre en su boca hace que mi estómago se tense. No estoy segura si es miedo, nerviosismo o algo más. Bajo la cuchara y lo miro fijamente, midiendo mis palabras.

—Ya le dije lo que quería saber anoche —respondo, con cierto desafío en la voz—. No sé qué más espera escuchar.

Logan se acerca un poco más, apoyándose casualmente en el borde de la mesa, su proximidad intimidante.

—No le creo —dice simplemente, con una sinceridad casi desarmante—. No creo que sea solo una mujer perdida. Y no creo que esa espada que llevaba la encontrase por casualidad.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho. No sé cómo responder, y el silencio que se forma entre nosotros se vuelve espeso, cargado de tensión.

—No estoy aquí para hacerle daño —añade, con un tono más suave, como si tratara de tranquilizarme—. Pero quiero la verdad.

Me quedo callada, incapaz de encontrar una respuesta que lo satisfaga y al mismo tiempo me mantenga a salvo. La verdad no es una opción... pero la mentira que he contado no le convence.

—¿Qué quiere que le diga? —pregunto finalmente, dejando caer los hombros con cansancio—. No... tengo todas las respuestas. Ni siquiera sé cómo llegué aquí.

Logan me observa en silencio por un largo momento, como si intentara leer en lo más profundo de mi ser. Luego se endereza y me ofrece una mirada calculada, pero no sin un atisbo de comprensión.

—Si no lo sabe usted —dice finalmente—, tendremos que descubrirlo juntos.

Su declaración me toma por sorpresa, y antes de que pueda procesarla, él ya está saliendo de la habitación, dejándome con más preguntas que respuestas.

Poco después, una criada entra silenciosamente en la habitación y comienza a retirar los restos de mi almuerzo. No tengo tiempo de procesar la extraña calma que queda tras su partida cuando otra mujer aparece, cargando un vestido sobre sus brazos. El suave tejido de lana oscura parece fuera de lugar en mis pensamientos, pero antes de que pueda preguntar, más mujeres entran detrás de ella.

—¿Qué está pasando? —logro preguntar, aunque mi voz suena más débil de lo que quisiera.

Ninguna de ellas responde directamente. En su lugar, me rodean con una eficiencia silenciosa, como si fuera algo rutinario para ellas. Siento sus manos en mi ropa, si es que puedo llamar así a la camisa de lino que llevo, quitándome la manta, hasta que me encuentro de pie, algo aturdida, mientras me desvisten.

—¡Espera! —digo, pero ya es tarde. Mi camisa de dormir desaparece.

Las manos rápidas de las mujeres no dejan de moverse, y pronto me encuentro rodeada por capas de ropa que me resultan a la vez familiares y extrañas. He estudiado ropas de este tipo antes, pero nunca pensé que llegaría a sentirlas en mi propia piel. Es como ver un grabado medieval cobrar vida, solo que esta vez, soy yo la que está dentro del lienzo.

Me colocan primero una fina túnica de lino que me roza la piel, su textura es áspera y ligeramente rasposa, pero no desagradable. Después, las mujeres deslizan sobre mis piernas unas medias de lana gruesa que suben hasta mis muslos. Son cálidas y pesadas, ajustadas por ligas atadas por encima de mis rodillas para evitar que se bajen. Me sorprende la calidez que proporcionan en contraste con el frío del ambiente, pero su peso y textura son tan diferentes a mis pantalones modernos que me siento un poco atrapada.

Sobre la túnica de lino, colocan una cotte de lana, una especie de vestido largo, ajustado en la cintura pero lo suficientemente amplio en la falda para permitirme caminar. Su color es oscuro, un azul profundo que parece haber sido teñido a mano. Las mangas son largas y ajustadas hasta los codos, desde donde caen en una ligera campana, rozando mis muñecas. El material es pesado y rugoso, pero también me envuelve en una calidez inesperada, como si el pasado supiera más sobre cómo combatir el clima escocés que todo lo que había llevado hasta ahora.

Finalmente, me ciñen un cinturón de cuero alrededor de la cintura, al que atan una pequeña bolsa de tela. Aunque no tengo idea de para qué sirve, la sensación de estar tan ajustada en capas de ropa medieval me resulta casi sofocante.

Cuando me obligan a sentarme, una de las mujeres comienza a peinarme con un peine de madera, sus dedos moviéndose con la precisión de alguien que lo ha hecho cientos de veces. Mi pelo, enredado por los días de caos y lluvia, poco a poco recupera una apariencia más presentable bajo su atención meticulosa.

Cuando terminan de ajustarme el vestido, las mujeres se apartan y me miran con atención, como si evaluaran su obra. Sus rostros serios y concentrados relajan al fin sus expresiones cuando asienten con aprobación. Sin decir una palabra más, salen de la habitación, dejando tras de sí un leve eco de pasos y el suave aroma a hierbas que traían consigo.

Me quedo quieta en el centro de la habitación, incómoda bajo el peso del vestido. Las capas de lana y lino se sienten extrañas contra mi piel, tan distintas a la ropa moderna a la que estoy acostumbrada. El corsé, aunque no tan apretado como los que he visto en los museos, sigue siendo incómodo. Respiro profundamente, tratando de acostumbrarme a la sensación de estar tan envuelta, con cada movimiento algo restringido.

No es un vestido ostentoso, pero está claro que han querido darme una apariencia más presentable. El color es un verde apagado, con bordados simples en los bordes de las mangas y el escote cuadrado. La tela, aunque tosca, es cálida.

Me pregunto, ¿por qué me habrán vestido así? No parece que esperen una audiencia común, esto va más allá de sacarme de la celda. Siento cómo una tensión nerviosa me invade, la incertidumbre de no saber lo que está por venir me deja paralizada por un momento.

Entonces, mis peores temores se confirman. La puerta se abre y un guardia entra, con su rostro impenetrable y su voz firme.

—El Laird desea verla —anuncia sin rodeos, con un tono que no admite discusión.

Mi corazón da un vuelco. Así que voy a conocer al Laird.

Me pongo de pie lentamente, mis manos nerviosas alisan el vestido nuevo que aún siento extraño en mi cuerpo. Las capas de lana y lino son pesadas, y el cinturón de cuero se siente como una sutil cadena, un recordatorio de que sigo siendo una prisionera, a pesar de que ya no llevo grilletes en las muñecas.

El guardia no dice nada más, solo me hace un gesto para que lo siga. Mi mente va a mil por hora mientras camino por los pasillos de piedra del castillo, el sonido de mis medias de lana rozando unas contra otras acompaña el eco de nuestros pasos. Los muros son altos, fríos y despojados de cualquier ornamento, recordándome que esto no es un lugar de comodidad, sino de poder. Y ahora, voy a conocer al hombre que ostenta ese poder.

Me cuesta imaginar cómo será el Laird. ¿Será un hombre como Logan, imponente y severo, o será un anciano más sabio y calculador? Trato de contener mi ansiedad, repasando mentalmente lo poco que sé, buscando alguna estrategia que pueda ayudarme a ganar su favor.

Mientras avanzo por los corredores, el miedo y la incertidumbre se mezclan con una sensación de resignación. Lo que sea que esté a punto de pasar, ya está fuera de mis manos. Sigo

al guardia en silencio, sabiendo que cada paso me acerca más al encuentro que podría decidir mi destino en este lugar ajeno, donde ni el tiempo ni la realidad parecen estar a mi favor.

Finalmente llegamos a una gran puerta de madera, pesada y adornada con intrincados grabados que se entrelazan en patrones celtas. El guardia se detiene y golpea suavemente, lo suficiente para anunciar nuestra presencia, pero no tanto como para romper el solemne silencio que reina en este pasillo de piedra fría. El eco de sus nudillos reverbera un momento, y yo contengo la respiración, como si al inhalar pudiese retrasar lo inevitable.

Mis pensamientos se arremolinan, y el miedo se mezcla con la realidad de mi situación. Estoy atrapada en un tiempo que no entiendo, y lo que ocurra tras esa puerta puede sellar mi destino. Mi mente sigue buscando una salida lógica, pero cuanto más avanzo en este lugar, más me doy cuenta de que la lógica ha quedado atrás. No puedo controlar lo que sucederá, solo enfrentar lo que venga.

La puerta se abre lentamente con un crujido que resuena en el silencio. El guardia me hace un gesto para que pase primero, su expresión es impasible, pero noto la tensión en su mandíbula, como si él también comprendiera la importancia de este momento. Siento cómo la humedad del castillo se adhiere a mi piel, y el aire que emana de la sala parece más denso, cargado de una energía que no puedo identificar.

Al otro lado, me recibe una gran sala iluminada por antorchas, cuyas llamas lanzan sombras titilantes que parecen bailar sobre las paredes de piedra fría. El ambiente es solemne, casi reverente, y el leve crepitar del fuego es el único sonido que rompe el silencio opresivo. El centro de la habitación lo domina una mesa larga de madera, austera pero imponente, sus vetas marcadas por el paso del tiempo, como si cada surco contara la historia de generaciones pasadas.

La mesa está vacía, lo que le da a la sala una sensación aún más desolada, como si todo en este espacio girara en torno a una ausencia que desconozco. Mis ojos recorren la sala hasta que lo veo: Logan está de pie junto a una ventana alta y estrecha, con la luz grisácea del exterior perfilando su figura. Su postura es relajada, pero sus hombros anchos y la mirada fija en el horizonte le confieren una sensación de control. Parece estar perdido en sus pensamientos, pero algo me dice que no es más que una actuación dramática.

Finalmente, Logan se vuelve por completo hacia mí, su mirada fija en la mía, y habla con una voz grave y controlada que parece llenar la habitación.

—Señorita MacKinnon —me saluda con formalidad—. Por favor, tome asiento.

El tono de su voz es firme, impregnado de una autoridad que no necesita demostrar. Su presencia domina la sala de tal manera que, por un momento, dudo si debo replicar o simplemente obedecer. Me obligo a erguirme en el sitio, intentando mantener la compostura, aunque una parte de mí aún no entiende qué está ocurriendo.

—Tenía entendido que mi audiencia sería con el Laird —replico, tratando de mantener el control de la situación, aunque el nerviosismo me traiciona.

Logan sonrío, una sonrisa que no alcanza a sus ojos, pero que deja entrever un leve destello de diversión.

—Y así es —responde tranquilamente mientras se acomoda en el asiento principal, el que claramente pertenece al señor de la casa.

En ese momento, la realidad me golpea con fuerza. Él se reclina ligeramente en la silla y, con la misma calma con la que me ha tratado desde que nos conocimos, se presenta nuevamente.

—Permítame presentarme de nuevo, formalmente esta vez. Mi nombre es Logan Alasdair Eòghan MacRae MacLeod. Soy el Laird de este castillo, Dunvael.

Capítulo 4

El impacto de sus palabras me deja sin aire por un instante. La tensión que había estado acumulándose en mi cuerpo estalla, y el calor del rubor sube hasta mis mejillas. Una mezcla de confusión y vergüenza me inunda. ¿Cómo no lo vi venir? ¿Cómo pude haber pasado tanto tiempo con él y no haberlo entendido?

—Me lo ha ocultado —digo con incredulidad, casi más a mí misma que a él—. ¿Por qué?

Logan se encoge de hombros, con esa tranquilidad que parece caracterizarlo.

—No me preguntó al respecto —responde, como si esa fuera la razón más obvia del mundo, una explicación suficiente para cualquier situación.

Su respuesta me deja aún más desconcertada. Claro, él tiene razón, técnicamente no le pregunté... pero sigo sintiendo que me ha engañado, y no sé cómo procesarlo.

—Es usted la que oculta cosas, Blair —añade, su tono tornándose más serio de repente—. Por eso se encuentra aquí ahora, ¿no es así?

Sus palabras me paralizan, trayendo de vuelta el frío de la realidad. Tiene razón.

Su mirada se vuelve más intensa, y puedo sentir el peso de su juicio cayendo sobre mí. El calor que había subido a mis mejillas por la vergüenza se enfría rápidamente, y una sensación de ansiedad comienza a apoderarse de mí de nuevo. Las antorchas en la sala siguen parpadeando, proyectando sombras que parecen moverse inquietas, reflejando mi propio estado mental.

—¿Volvemos a empezar? —sugiere Logan con una sonrisa que carece de cualquier rastro de amabilidad, más bien parece un desafío, una prueba.

Siento cómo la frustración se enciende dentro de mí, como si todo el cansancio y la desesperación estuvieran a punto de explotar.

—Ya le he dicho... —comienzo, pero él me interrumpe, su tono cortante y firme.

—En este castillo, las mentiras no son bien recibidas. Si espera mi ayuda, tendrá que confiar en mí, tanto como espera que yo confíe en usted.

Me cruzo de brazos, el gesto es automático, una barrera física que intento levantar entre nosotros. Me siento exasperada, atrapada entre mi desesperación por salir de esta situación y la imposibilidad de decirle la verdad.

—¿Por qué está tan convencido de que miento? ¿Por qué es mi historia tan inverosímil? —exclamo, mi voz teñida de una mezcla de ofensa y desesperación que no puedo controlar.

Sus ojos me perforan, y por un momento, siento que no hay escapatoria. Respiro hondo, tratando de organizar mis pensamientos. ¿Cómo explicarle lo inexplicable? La verdad es tan absurda que me parece casi una broma. ¿Decirle que no pertenezco a esta época? Que, de alguna manera, he terminado atrapada en un mundo que creía extinto hace siglos. Necesito que me crea, no puedo darle la verdad. Sería mi condena.

—De acuerdo —dice Logan de repente, levantándose con la misma fluidez con la que un guerrero desenfundaría su espada. Sus movimientos son rápidos y controlados, como un hombre que está siempre preparado para la batalla. En unos pocos pasos está junto a mí, tan cerca que casi puedo sentir el calor que emana de su cuerpo—. ¿Quiere saber por qué no puedo creerla? —me mira con esa mezcla de curiosidad y desconfianza que me hace temblar por dentro—. Acompáñeme, y se lo mostraré.

El sonido de su voz, tan cerca de mí, hace que mi corazón se acelere. No puedo evitar sentirme vulnerable, como si estuviera bajo escrutinio constante. Miro a Logan, su presencia a

mi lado es imponente, casi asfixiante. Su figura alta y poderosa parece dominar cada espacio en el que se encuentra, y ahora, esa fuerza está dirigida completamente hacia mí.

No espera mi respuesta. Se gira y camina hacia la puerta con paso seguro, como si lo que viene a continuación ya estuviera decidido. Sin mirar atrás, abre la puerta y me sostiene la entrada, un gesto que podría interpretarse como caballerosidad si no fuera por el hecho de que, en realidad, no tengo otra opción que seguirlo.

Dudo un momento, mis pies enraizados en el suelo, como si mi cuerpo intentara resistirse a lo inevitable. Pero sé que no puedo quedarme aquí. Si quiero respuestas, si quiero entender qué es lo que sabe Logan, tengo que seguirle.

Con una exhalación pesada, paso por la puerta. La decisión ya ha sido tomada, aunque no por mí.

Salgo por la puerta y lo sigo, notando cómo mi respiración se ajusta a un ritmo más nervioso. El castillo se despliega ante mí con toda su grandiosidad. Los gruesos muros de piedra parecen respirar historia, y las antorchas en las paredes proyectan sombras danzantes a nuestro paso. Logan camina a mi lado, su figura alta y poderosa avanzando con la seguridad de alguien que pertenece completamente a este lugar.

—¿De dónde dijo que venía? —pregunta, su tono ligero, casi casual, pero sé que hay algo más en cada pregunta. No puedo evitar sentir que está buscando grietas en mi historia, esperando a que un descuido lo revele todo.

—Londres —respondo sin adornos, aunque no puedo ocultar la impaciencia en mi voz. Logan me estudia de reojo, sus ojos siempre calculadores—. Crecí en Londres, aunque mis raíces están en Escocia.

Logan asiente, su mirada concentrada en el camino, pero sé que está escuchando cada palabra, evaluando lo que digo. Bajamos por otro pasillo y no puedo evitar fijarme en los detalles del castillo. He leído sobre lugares como este, pero verlo en persona es una experiencia completamente diferente. Las paredes están cubiertas de tapices, algunos descoloridos por el paso del tiempo, pero los detalles aún son visibles: escenas de caza, guerreros montados a caballo, banderas ondeando al viento.

—Londres. Es un lugar del que no escuchamos mucho por aquí —comenta Logan, con un leve toque de ironía en la voz—. Los ingleses no suelen ser bienvenidos en estas tierras.

—Qué suerte para mí que no soy inglesa —respondo, intentando mantener el control. ¿Por qué sigo en esta conversación? Quizás porque siento que si dejo de hablar, el silencio será aún más peligroso.

Él se detiene, gira la cabeza y me mira por encima del hombro, una mirada tan intensa que me cuesta sostenerla. Es como si pudiera ver más allá de lo que le digo, como si pudiera ver las partes de mí que ni siquiera yo comprendo del todo.

—Eso depende. Algunos escoceses pierden sus raíces cuando pasan demasiado tiempo en Inglaterra. Otros no —su voz tiene ese tono suave pero lleno de intención—. ¿Y usted, Blair? ¿Dónde están sus raíces realmente?

El sonido de mi nombre en sus labios me causa un leve escalofrío, pero me esfuerzo por mantener la calma.

—Escocia —digo, con un poco de resentimiento en mi voz—. Siempre ha sido Escocia, incluso en los momentos en los que más quería odiar este lugar.

Logan suelta una risa baja, una mezcla de incredulidad y burla.

—¿Cómo puede alguien odiar Escocia? —dice, como si la idea misma fuera absurda—. La tierra es hermosa, la gente es... amable.

Su última palabra cuelga en el aire entre nosotros, y sé que es una provocación. Mi mandíbula se tensa.

—No me parece demasiado amable mantenerme prisionera —le espeto, incapaz de contener la frustración. Las paredes del castillo, que antes me parecían imponentes, ahora se sienten como una prisión.

Logan me mira de soslayo, con esa expresión indescifrable que tanto me molesta. A veces parece tan humano, tan real, y luego, en momentos como este, se convierte en un muro de misterio.

—Le he dado un techo bajo el que dormir, una cama mullida y comida caliente —responde, como si eso fuera suficiente, como si eso justificara todo.

—Sólo porque me puse enferma y necesitaba interrogarme. Aunque todavía no comprendo por qué —respondo, tratando de mantener la ira bajo control, pero no del todo segura de si lo logro.

Él asiente, sus ojos clavados en los míos, como si estuviera midiendo mi resistencia.

—Pronto lo entenderá —dice, con una calma que me hace sentir más inquieta de lo que ya estoy.

Continuamos caminando, pasando por salas más pequeñas y recodos oscuros que parecen diseñados para confundir a cualquiera que no esté familiarizado con el castillo. Mis ojos recorren cada rincón, cada detalle arquitectónico. Es como estar atrapada en una de esas reconstrucciones históricas que tanto me apasionan, pero todo es terriblemente real.

Finalmente, llegamos a una puerta pesada de madera. Me quedo mirándola con los ojos desorbitados. No es tanto la puerta en sí, si no la sensación de inquietud de mi cuerpo. Logan la empuja con facilidad y me hace un gesto para que pase. Lo hago, aunque mis piernas se sienten cada vez más pesadas con la anticipación de lo que sea que venga después.

Veo la espada, la culpable de este inesperado viaje, postrada sobre una mesa al otro lado de la sala. El brillo tenue del metal bajo la luz de las antorchas parece burlarse de mí, como si supiera más de lo que yo misma comprendo. Mi corazón se acelera, y un nudo se forma en mi estómago al ver el objeto que, de alguna manera inexplicable, me ha arrancado de mi vida y lanzado a este caos.

Logan camina a mi lado, sus pasos resonando con una tranquilidad que contrasta con la tormenta que se agita dentro de mí. La espada es solo un símbolo de todo lo que ha cambiado, de todo lo que ha salido mal desde que toqué ese acero.

—¿Reconoce esta espada, Blair? —pregunta Logan, su tono grave, pero con una insinuación de algo más, algo que no alcanzo a definir. Como si la pregunta escondiera una verdad aún más profunda que la misma hoja afilada.

Trago saliva, mis ojos fijos en la espada mientras intento que mi voz no tiemble. ¿Cómo no iba a reconocerla? Pero no puedo decirle todo. No puedo explicarle lo inexplicable. ¿Cómo podría? ¿Cómo podría explicarle que esta espada no es solo un arma, sino la clave que ha trastocado mi mundo por completo?

—Sí, la reconozco —respondo, mis palabras saliendo en un susurro casi inaudible.

Logan da un paso hacia la mesa y pasa la mano por el filo de la espada, con una reverencia que parece innata, como si comprendiera su importancia mucho más que yo.

—Es una espada antigua, con más historia de la que puede parecer a simple vista —comenta, su tono casi casual, pero sus ojos, siempre atentos, no se apartan de los míos—. Aunque me temo que usted no me está contando toda la historia.

Lo miro, intentando mantener la calma mientras siento que cada palabra me hunde más en

esta mentira elaborada. El aire en la habitación es espeso, cargado con una mezcla de tensión y misterio. A pesar del calor que proviene de las antorchas, una sensación de frío me recorre la espalda.

—¿Por qué cree que no le estoy diciendo todo? —pregunto, tratando de sonar más segura de lo que me siento. Mi voz suena fuerte, desafiante, pero por dentro, el miedo está cavando hondo.

Logan me observa en silencio. Sus ojos, esos ojos que me resultan tan difíciles de descifrar, me miran como si ya supiera todo. Como si estuviera esperando que me derrumbara, que confesara algo que ni siquiera estoy segura de poder explicar. La tensión en el aire es casi palpable, como si el silencio mismo estuviera cargado de secretos. Finalmente, rompe el silencio, pero no de la manera que esperaba. Su sonrisa ladeada aparece, esa sonrisa que nunca he logrado comprender del todo.

—Porque, señorita Mackinnon, ninguna mujer que haya crecido en Londres, con raíces escocesas, se tropieza por casualidad con una espada como esta en medio de la nada —dice con una calma que me irrita—. La historia que me contó... no cuadra con lo que veo ante mí.

Su tono es tan controlado que me desquicia. Miro la espada en la mesa, brillante bajo la luz parpadeante de las antorchas, y por un segundo me parece que late, como si tuviera vida propia. Su presencia inunda la habitación, haciendo que el aire se sienta denso. Es imposible no sentirse atraída por ella, como si estuviera conectada a mí de alguna manera que aún no comprendo. El castillo, las paredes frías de piedra, parecen cerrarse alrededor de nosotros, y la distancia entre Logan y yo se siente más pequeña, más opresiva. Cada centímetro de este lugar parece conspirar para empujarme a revelar la verdad, una verdad que ni siquiera puedo articular.

Mis pensamientos giran sin cesar, buscándole una salida a este laberinto. ¿Cómo puedo explicarle lo inexplicable? Estoy atrapada en esta red, una red que yo misma tejí con mentiras y medias verdades, y ahora me estoy ahogando en ella. Cada palabra que he dicho está a punto de desmoronarse, y él lo sabe.

—Lo que ocurre, Blair —continúa Logan, su voz baja, casi como un susurro, pero lo suficientemente firme para que no me atreva a ignorarla—, es que creo que hay mucho más en usted de lo que quiere hacerme creer. Y eso, a mi parecer, es bastante... intrigante.

Me esfuerzo por mantener una fachada de calma, aunque por dentro siento el caos desbordarse.

—No sé de qué me habla —murmuro en un intento vago de aferrarme al control que tanto se me escapa. Mis palabras suenan débiles, incluso a mis propios oídos. La mentira no tiene la fuerza que necesito que tenga.

—¿De veras? —replica Logan con una sonrisa que me pone la piel de gallina—. Porque, Blair, yo no le he traído hasta aquí. En realidad, era usted quien lideraba nuestro paseo, aunque no se daba cuenta.

Frunzo el ceño, confundida. Intento comprender sus palabras, pero mi mente está demasiado ocupada procesando lo que acaba de decir. Mi corazón se acelera, y el sonido de mi pulso resuena en mis oídos. No me está gustando nada hacia dónde se está dirigiendo esta conversación.

Logan da un paso hacia mí, su mirada fija en la mía. La intensidad en sus ojos es casi insoportable, como si pudiera ver algo en mi interior que ni siquiera yo puedo ver.

—Usted me ha traído aquí —continúa—, a la espada, sin saber su localización, sin saber siquiera que se encontraba tras esta puerta.

Mis pensamientos se detienen por un instante. No puede ser. No es posible. Mis manos empiezan a temblar ligeramente, y las aprieto en un puño para intentar controlarlas. La

habitación parece hacerse más pequeña con cada segundo que pasa.

—Sé lo que es, Blair Mackinnon —dice Logan de repente, con una certeza en su voz que me hiela la sangre.

Mi corazón da un vuelco en mi pecho. Lo miro, tratando de mantener mi compostura, pero mi mente está a la deriva, buscando desesperadamente una salida. Es imposible que sepa que vengo del futuro.

—¿Lo que soy? —logro articular, mi voz temblando ligeramente.

Logan da un paso más hacia mí, la distancia entre nosotros ahora inexistente. Puedo sentir el calor de su presencia, y su mirada me atraviesa como una daga.

—Una bruja —dice, su voz cargada de una gravedad que me hace sentir como si todo mi mundo se estuviera desmoronando en ese mismo instante.

Capítulo 5

La palabra me golpea de lleno y una risa nerviosa escapa de mis labios antes de que pueda detenerla. Es una risa que brota desde lo más profundo, desde el absurdo de todo esto. No sé si es la tensión acumulada o el puro surrealismo de la situación, pero la risa sale sin control, como un mecanismo de defensa.

—¿Una bruja? —repito, mi voz temblando entre incredulidad y pánico—. ¿Está usted loco? —trato de sonar firme, pero el pánico asoma en el fondo de mi voz. Intento mantener la compostura, pero cada segundo que pasa hace que la situación parezca más peligrosa, más fuera de mi control.

La idea de que un hombre como Logan, un Laird del pasado, piense que soy una bruja es absolutamente aterradora. No estamos en un tiempo donde este tipo de acusaciones se tomen a la ligera. Sé lo que les hacen a las mujeres que creen brujas en esta época: tortura, muerte, o peor.

Logan se mantiene imperturbable, sin reaccionar a mi risa nerviosa. Es como si ya hubiera llegado a una conclusión, como si todo encajara en su mente, mientras yo estoy aquí, luchando por mantenerme a flote en este mar de confusión.

—Blair —dice mi nombre como si fuera un cuchillo, cortando cualquier intento de racionalizar lo que está ocurriendo—, deje de actuar.

Retrocedo unos pasos mientras me obligo a respirar hondo, intentando recuperar el control de la situación, aunque mis manos tiemblan ligeramente.

—Esto es ridículo —digo, aunque mi voz no suena tan firme como me gustaría—. No soy ninguna bruja. ¡Soy solo una mujer!

Logan se acerca un paso más, su figura alta e imponente llenando el espacio entre nosotros. Sus ojos, que hasta ahora solo habían mostrado curiosidad y suspicacia, ahora están cargados con algo más. Algo más oscuro, más intenso.

—Y, sin embargo, aquí está —responde, sin perder su calma—. Usted es diferente, Blair. Lo sé desde el momento en que la vi. Hay algo en usted que no pertenece a este lugar ni a este tiempo. Y la espada... —mira el arma como si fuera una prueba irrefutable—. La espada lo sabe también.

—¿Cómo dice?

Su mirada se vuelve más oscura, más cargada de algo que no puedo identificar, pero que me hace estremecer. Cuando finalmente habla, lo hace con una voz profunda, casi reverente.

—La espada —repito, sus ojos brillando con una intensidad que me pone la piel de gallina—. *Cridhe an Tìre*. El Corazón de la Tierra.

Miro el arma nuevamente, intentando comprender cómo algo tan antiguo, tan frío y metálico, puede tener el poder que él sugiere. Pero Logan no me da tiempo para asimilar mis pensamientos. Continúa, con un tono que mezcla historia y leyenda, como si ambas cosas fueran inseparables.

—Fue forjada hace siglos —comienza, su voz como un eco en la sala vacía—. Por los druidas de estas tierras. En un tiempo en el que los clanes se enfrentaban a guerras incesantes, cuando la sangre corría por los ríos y los enemigos parecían infinitos. Los druidas, sabios como ninguno, vieron que la única manera de proteger nuestras tierras no era con simples espadas o guerreros. Necesitaban algo más profundo. Algo más poderoso.

Mis ojos no pueden apartarse de la espada, ahora envuelta en esta aura de misticismo. No

puedo evitar imaginarme a esos druidas, con túnicas gastadas por el tiempo y el viento, invocando fuerzas ancestrales en un ritual secreto. Pero, ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—*Cridhe an Tìre* no es solo un arma —prosigue Logan, como si leyera mis pensamientos—. Es un vínculo sagrado, un lazo entre el clan que la posee y la tierra misma. Un vínculo entre el pasado y el futuro. Fue creada en un ritual que invocó las fuerzas primordiales de la tierra, el aire, el agua... todo lo que conforma estas tierras. La esencia de Escocia fluye a través de ella.

—¿Por qué? —pregunto, mi voz baja, tratando de mantenerme racional, aunque siento que el suelo tiembla bajo mis pies—. ¿Por qué infundir una espada con algo tan poderoso?

—Porque la tierra estaba en peligro —responde Logan, dando un paso más cerca de mí—. Y los clanes necesitaban un guardián. La espada fue concebida como un símbolo, un amuleto, un arma, todo en uno. El clan que la poseyera no solo sería el más fuerte, sino el más conectado con la tierra. Y esa conexión... —su mirada se endurece— se mantendría viva, generación tras generación, hasta que la espada decidiera encontrar a su siguiente guardián.

—Y ahora cree que... —mi mente va más rápido de lo que mis labios pueden articular—, ¿cree que yo...?

—La espada lo sabe —me interrumpe, su voz tan segura como si fuera una verdad ancestral—. La espada la ha elegido, Blair.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda. La lógica grita que todo esto es imposible, pero la intensidad en los ojos de Logan, la certeza con la que habla, me hace dudar. Me obligo a tomar aire, a aferrarme a lo poco que aún siento como real.

—Esto es... esto no puede ser. Yo... —tropiezo con mis propias palabras, buscando una salida lógica—, soy arqueóloga. Una historiadora, no una figura mística o algo así. No pertenezco a esto, no tengo nada que ver con espadas mágicas ni clanes ancestrales. Todo esto es una... —mi voz se apaga, porque, aunque lo digo, ya no estoy tan segura.

Logan niega lentamente, su mirada fija en mí.

—No es una cuestión de a qué crea que pertenece. La tierra misma ha decidido. La espada eligió, y ahora, usted forma parte de esto, le guste o no.

Mis pensamientos se arremolinan. La espada, los druidas, este hombre que me mira como si fuera la clave de todo. Y aunque todo parece un delirio, hay una pequeña voz dentro de mí que me dice que algo de esto es cierto. Que, de alguna manera, esta espada me ha traído aquí, que no fue casualidad.

Intento recomponerme. Mi corazón late desbocado, y la presión en mi pecho es casi insoportable. Con un esfuerzo, levanto la mirada hacia el Laird, quien sigue observándome con esa mezcla de autoridad y curiosidad que no me deja en paz.

—Entonces, ¿no va a quemarme en la hoguera por brujería? Aunque, repito, no soy una bruja —intento bromear, aunque mi voz suena demasiado aguda, casi nerviosa.

Logan esboza una sonrisa, una de esas sonrisas que no llegan a sus ojos. La tensión en el ambiente es palpable, como un campo de batalla antes de la primera flecha.

—No. No voy a aniquilarla, Blair —dice, su tono calmado, casi reconfortante—. La necesitamos. La paz entre clanes pende de un hilo, y ha llegado en el momento justo. Si decide ayudarnos, no recibirá ningún daño.

Trago saliva, mi garganta seca, como si las palabras se me quedaran atoradas. La palabra "necesitamos" resuena en mi cabeza, pero no me consuela. Más bien, aumenta mi ansiedad. ¿Necesitan qué exactamente? ¿A mí? ¿A la espada? ¿Qué clase de juego se está desarrollando aquí?

—¿Y si... no acepto? —pregunto, aunque ya sé la respuesta, o al menos lo intuyo. Pero aún

así, necesito escucharlo de su boca.

Logan no responde de inmediato. Me mira, su expresión se vuelve aún más intensa, como si estuviera sopesando cuidadosamente sus palabras. Sus ojos azules, profundos como el océano, no dejan de escrutarme, y en ese momento, siento que el aire se vuelve más pesado, más denso.

—Entonces, Blair —comienza, su voz baja, cargada de un tono de advertencia—, no tendré más remedio que encerrarla de nuevo. Y esta vez, no seré tan amable.

Suelto un bufido de incredulidad, pero por dentro estoy temblando. La amenaza es clara, y aunque su tono no ha cambiado demasiado, hay algo en su postura, en la manera en que se inclina hacia mí, que me hace entender que no está jugando. Este hombre, este Laird, es capaz de todo.

—Me está amenazando —digo, tratando de mantener mi voz firme, aunque por dentro siento que estoy perdiendo el control—. ¿Ayudarle es entonces mi única opción?

Él sonríe, pero esta vez su expresión es sombría, casi dolorosa. No es una sonrisa de triunfo, sino una de resignación, como si no disfrutara de la situación tanto como parece.

—Entiéndalo, Blair. No es una simple elección —responde, su voz grave—. No puedo permitir que usted o la espada caigan en manos enemigas. Si lo hace, sería fatal. No solo para mi clan, sino para todo el futuro de estas tierras. Y tal vez para el resto del mundo.

Mis pensamientos se paralizan. ¿El resto del mundo? ¿Qué significa eso? ¿Cómo puede una espada, un simple objeto de metal, tener tanto poder? Pero mientras lo observo, veo la verdad en sus ojos. Él cree en lo que dice. Y, de alguna manera, una parte de mí empieza a creerlo también.

El silencio entre nosotros se alarga, cargado de todas las decisiones que debo tomar, de todos los caminos que parecen entrelazarse y bifurcarse al mismo tiempo. ¿Cómo puedo negarme si las consecuencias son tan graves? Pero, al mismo tiempo, ¿cómo puedo aceptar algo que ni siquiera entiendo?

—¿Qué me garantiza que está diciendo la verdad? —pregunto finalmente, mi voz casi un susurro.

Logan me observa en silencio, su mirada profunda e impenetrable. Entonces, sin previo aviso, recoge la espada con una agilidad fluida que denota su habilidad en combate y la lanza hacia mí. Mi corazón se acelera, el latido resonando en mis oídos mientras el tiempo parece ralentizarse, y la espada se desplaza en un arco perfecto hacia mi dirección. Mis reflejos, impulsados por una oleada de adrenalina, se activan con precisión. Extiendo las manos en un gesto instintivo para atraparla.

El metal frío y sorprendentemente pesado de la espada aterriza en mis manos con un impacto que casi me sorprende. Un pulso de energía se siente de repente, sacudiendo la habitación, y siento que vibra a través de mí, como si todo el castillo estuviera respondiendo a la presencia de la espada. La fuerza es casi palpable, un zumbido que recorre el aire y provoca un estremecimiento en mis huesos. La sala parece oscurecerse momentáneamente, y el eco de la energía parece resonar en las paredes de piedra, llenando el espacio con una sensación de anticipación y misterio.

Logan, que hasta ahora había mantenido una expresión de fría determinación, se detiene y observa la espada con un asombro apenas disimulado. Su mirada se vuelve hacia mí, y en sus ojos veo un destello de algo que no puedo identificar del todo, pero que parece estar cargado de significado.

—¿Lo siente? —pregunta, su voz grave y cargada de una intensidad que refuerza la magnitud del momento—. La espada ha reconocido a su portadora. Hay una conexión entre ustedes que no se puede ignorar.

El peso de la espada en mis manos se siente más ligero ahora, como si la energía que emana de ella estuviera en sintonía con mi propia energía. La calidez que recorre mis brazos se convierte en una sensación de poder que me resulta tanto reconfortante como desconcertante. Me esfuerzo por mantener el equilibrio, luchando contra la abrumadora mezcla de emoción y confusión que se agita en mi interior.

—¿Qué significa esto? —pregunto, mi voz temblando levemente mientras el asombro y el miedo se entrelazan en mi pecho, formando un nudo inquebrantable. Mis manos sienten el peso de la espada, un peso que no es solo físico sino también emocional, como si la historia misma estuviera suspendida en el aire alrededor de nosotros— ¿Qué se espera de mí?

Logan se acerca un paso más, su figura alta e imponente llenando el espacio entre nosotros. Sus ojos, que hasta ahora solo habían mostrado curiosidad y suspicacia, ahora están cargados con algo más. Algo más oscuro, más intenso.

—Deberá aceptar su destino, Blair —dice, su voz grave resonando en la habitación con una resonancia que parece vibrar en mi propio pecho—. La espada ha elegido a su portadora, y su papel en esta historia es crucial. Tendrá que aprender a usarla, comprender su poder, y luchar por el equilibrio que todos necesitamos. No será fácil, pero si se une a nosotros, encontrará el apoyo que necesita para cumplir con lo que se espera de usted.

Mis pensamientos son un torbellino de emociones encontradas. La realidad de mi situación se despliega ante mí, tan vasta y compleja que apenas puedo asimilarla. Sin embargo, mientras sostengo la espada y miro al Laird, me doy cuenta de que tengo una decisión que tomar. Esta espada, este momento, podrían ser la clave para cambiar no solo mi destino, sino el de todo un mundo. Y, tal vez, para volver a casa.

Finalmente, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, trato de calmar la tormenta interna que se desata en mí. Asiento lentamente con la cabeza, sintiendo cómo el peso de la decisión recae sobre mis hombros.

—Está bien —digo, mi respiración temblando mientras mis palabras flotan en el aire, como un eco de mi aceptación de lo desconocido—. Intentaré ayudarlo.

En ese preciso instante, un cambio sutil pero profundo ocurre. Siento cómo algo invisible y poderoso se despliega a mi alrededor, un hilo etéreo que parece tejerse alrededor de mi cuerpo y mi alma. El vínculo se extiende desde el mango de la espada, serpenteando a través de mi mano y subiendo por mi brazo, envolviéndome en una sensación de calor y de una energía indescriptible.

La sensación es a la vez fascinante y aterradora. Un hormigueo recorre mi piel, y el aire a mi alrededor parece cargado de electricidad. Las alarmas en mi mente se disparan, advirtiéndome de los peligros y las incertidumbres que podrían acechar en el futuro. Pero es demasiado tarde para dar marcha atrás. La decisión está tomada, y el destino ha comenzado a entrelazarme con el antiguo artefacto que ahora llevo en mis manos.

Capítulo 6

Tras aceptar mi destino en esta nueva época, el Laird da órdenes para que me trasladen a unos aposentos más lujosos y espaciosos. Los sirvientes, en su mayoría, parecen tener un respeto reverencial hacia Logan, evitando miradas curiosas y mostrando una distancia respetuosa. Sin embargo, no puedo evitar notar que sus miradas furtivas hacia mí están cargadas de miedo, como si mi presencia en el castillo fuera una señal ominosa. Pareciera que todos saben algo que yo aún no comprendo del todo: la bruja, la druida, la elegida para empuñar una espada envuelta en leyendas.

Esa noche, el mismo Laird me sorprende al invitarme a sentarme a su lado durante el banquete. La gran sala del castillo es un espectáculo de lujo y tradición. Las paredes de piedra están adornadas con tapices de tonos ricos y cálidos que representan escenas de antiguos enfrentamientos y victorias. Los candelabros de hierro forjado cuelgan del techo, sus llamas parpadeando suavemente y proyectando sombras danzantes en las paredes. El aroma de la comida es intenso y envolvente, una mezcla de hierbas frescas, carnes asadas y pan recién horneado que llena el aire con una calidez acogedora.

La mesa principal está decorada con una exuberancia que resalta la riqueza del anfitrión. Platos de plata y oro alinean el largo mantel, repletos de manjares que incluyen cordero a la brasa, tubérculos asados y una variedad de quesos y frutas exóticas. Copas de vino tinto, oscuro y prometedor, se encuentran distribuidas a lo largo de la mesa, y el sonido de los cubiertos y los vasos al chocar crea una melodía constante de murmullos y risas.

La gente se mueve con una elegancia y una gracia que reflejan tanto su alta posición como su aprecio por las tradiciones. Los hombres, vestidos con kilts adornados con tartanes coloridos, y las mujeres, en vestidos largos de seda y terciopelo, parecen ser parte de un desfile de épocas pasadas. Las conversaciones fluyen en una mezcla de gaélico escocés, una lengua que me resulta familiar pero enigmática. El murmullo constante se mezcla con la música de fondo, que es interpretada por un grupo de músicos que tocan gaitas y tambores. La melodía es a la vez melancólica y vivaz, una combinación que parece captar la esencia misma de esta tierra antigua.

—Hermosa canción, ¿verdad? —pregunta Logan a mi lado, mientras da un sorbo a su copa con una elegancia que parece natural en él. Su voz es baja y profunda, apenas audible sobre el murmullo de la sala.

Asiento embelesada, sintiendo cómo la melodía de las gaitas y los tambores envuelve la sala en una atmósfera mágica. Los acordes son evocadores, llenos de una nostalgia que me resulta familiar, aunque no del todo comprendida.

—Es una pena que no consiga comprenderlo del todo. Mi gaélico está un poco oxidado, me temo —me apresuro a decir antes de que empiece a hacerme más preguntas que no puedo responder.

Logan observa mi expresión con una mezcla de simpatía y paciencia. Luego, se inclina hacia mí, su aliento cálido acariciando mi oído mientras empieza a susurrarme la traducción en inglés. Su voz es un susurro envolvente, cargado de una gravedad que me hace sentir como si estuviéramos compartiendo un secreto:

—La canción habla de un antiguo héroe que, tras una larga travesía, regresa a su hogar con la esperanza de reunirse con su amada. Describe la belleza de su tierra natal y el anhelo que siente por volver a ella, incluso cuando las dificultades y los desafíos parecen insuperables.

Mientras escucho sus palabras, la imagen del héroe perdido y su viaje épico cobra vida en mi mente. Las notas de la melodía parecen resonar con la tristeza y la esperanza descritas en la letra, llenando el aire con una emoción palpable que va más allá de las barreras del idioma.

—Es... muy poética —digo, mi voz temblando ligeramente, conmovida por la intensidad del momento.

El Laird asiente mientras se aparta de mí para volver a su sitio.

—Sí, es una canción muy antigua —dice—. Una que ha sido transmitida a través de generaciones, capturando la esencia de nuestras raíces y nuestras esperanzas.

No pasa mucho tiempo antes de que comience otra canción, con las gaitas y los tambores creando un ritmo vibrante que llena el aire. Logan se inclina hacia mí nuevamente, y esta vez, con un gesto de camaradería, empieza a traducir la letra con un entusiasmo que ilumina su rostro.

—Esta canción narra la leyenda de un valiente guerrero que desafía a los elementos y a su propio destino para proteger a su gente. Es una oda a la valentía y al sacrificio.

Cada palabra se entrelaza con la melodía, dándole vida a las historias que resuenan en la sala. La música, ahora enriquecida con el significado que Logan comparte, parece dibujar imágenes en mi mente de héroes y leyendas, de tiempos antiguos llenos de aventuras y desafíos.

A lo largo de la velada, mientras los comensales disfrutan de la comida y la compañía, yo me pierdo en la profundidad de las canciones y en las palabras de Logan.

Esa noche, mis sueños están plagados de espadas resplandecientes, guerreros valientes y unos ojos azules que me miran con una intensidad que parece atravesar el tiempo mismo.

El primer rayo de sol se cuela a través de las cortinas pesadas de mi habitación, trayendo consigo un brillo dorado que toca suavemente mi rostro. Me estiro en la cama, sintiendo el acogedor abrazo de las sábanas, pero el recuerdo de la noche anterior no tarda en aflorar a mi mente. Los ecos de las canciones y las palabras de Logan se entrelazan con mi despertar, como si el sueño y la realidad se fundieran en una sola experiencia.

Abro los ojos lentamente, y durante unos segundos, me encuentro flotando en un estado de confusión y desorientación. Mi mente intenta acomodarse a la realidad del momento: un castillo antiguo, un Laird que cree que soy una bruja, una espada legendaria. Me incorporo en la cama, el suave colchón cediendo bajo mi peso, y tomo un profundo respiro. El aire en la habitación es fresco y limpio, pero la calma que aporta no logra disipar la tormenta de pensamientos que se agitan en mi mente.

Me levanto y me acerco a la ventana, abriendo las cortinas con movimientos lentos y deliberados. La vista del castillo al amanecer es impresionante. Los primeros rayos del sol iluminan los altos muros de piedra, creando un juego de luces y sombras que dan vida al entorno. Los jardines, aún húmedos con el rocío matutino, parecen un mosaico de verdes y colores brillantes. El aire fresco entra por la ventana, y siento un ligero estremecimiento recorrer mi piel. Este nuevo día parece tan real y tangible como cualquier otro, pero la realidad que me rodea es cualquier cosa menos ordinaria.

Con un esfuerzo consciente, trato de recopilar mis pensamientos. La cena de anoche, las canciones en gaélico, el brillo de la espada en mis manos, las palabras de Logan. Todo eso parece estar envuelto en una capa de sueño, como si estuviera intentando recordar un fragmento de un sueño particularmente vívido y extraño. Cada detalle se siente tan vívido y auténtico que resulta casi imposible de asimilar.

El sonido de un suave golpeteo en la puerta interrumpe mis pensamientos, y antes de que pueda reaccionar, la puerta se abre con un chirrido discreto. Un desfile de criadas entra en la habitación, cada una vestida con túnicas elegantes que reflejan los tonos ricos de la tierra y la

tradición del castillo. Se mueven con una precisión y una gracia que parecen estar en perfecta sincronía, como si hubieran realizado este ritual innumerables veces.

Las criadas, con sonrisas cordiales y miradas de respeto, se acercan a mí con una variedad de telas y accesorios en las manos. Sus movimientos son suaves y organizados, y hay una sensación de calma y orden en la forma en que preparan el ambiente. El murmullo de sus voces, mezclado con el crujido de las telas, llena la habitación con un ambiente de tranquilidad a pesar del ajetreo.

Una de ellas, la más alta y de cabello oscuro, se adelanta y me indica un banco al lado de la ventana.

—Por favor, siéntese aquí —dice con una voz que es tan suave como el terciopelo. Mientras me acomodo en el banco, siento la presión de la noche anterior disiparse un poco. Me dejo llevar por las manos expertas de las criadas que comienzan a vestirme, cada movimiento es delicado pero firme.

Las telas que utilizan son de una calidad que nunca antes había experimentado. La primera capa es un vestido de lana suave, de un azul profundo que resalta la palidez de mi piel y el brillo en mis ojos. Las criadas lo ajustan con cuidado, asegurándose de que cada pliegue y cada costura se acomoden perfectamente. Luego, añaden una capa de seda dorada, que cae en cascada sobre mis hombros con una elegancia que contrasta con el tono más oscuro del vestido base.

Una vez que las criadas terminan, me miro en el espejo y me encuentro con una imagen que parece de otro tiempo, como un reflejo de una época pasada en la que mi presencia en este lugar tiene un propósito que apenas empiezo a comprender. No sé si algún día me acostumbraré a verme así. Las criadas se inclinan en una última muestra de respeto antes de salir, dejándome sola con mis pensamientos y con la sensación de que algo importante está a punto de suceder.

Me levanto del banco, sintiendo el peso de la ropa en mi cuerpo, y decido que es el momento de enfrentar el día con toda la determinación que pueda reunir. Salgo de la habitación y me dirijo hacia el comedor, donde espero recibir alguna indicación sobre lo que se espera de mí en esta nueva etapa de mi vida.

Al llegar, los rayos del sol que entran por las ventanas doran el ambiente con un brillo cálido y acogedor. La mesa está repleta de platos humeantes, panes crujientes, y una variedad de frutas frescas, quesos y carnes ahumadas.

Logan me mira al entrar, y por un momento, sus ojos se encuentran con los míos, cargados de una mezcla de expectativa y evaluación. Se levanta y me hace un gesto para que me acerque. Me siento frente a él, en una silla tallada con intrincados diseños celtas, y noto que el ambiente en el comedor es significativamente diferente al de la noche anterior. Los comensales, que antes estaban ocupados en conversaciones animadas y música, ahora parecen más reservados, observándome con una mezcla de curiosidad y respeto.

El aire está impregnado con el aroma de la comida y el café recién hecho, y el suave murmullo de las conversaciones crea una atmósfera de intimidad y camaradería. Logan se sienta nuevamente y, sin perder la compostura, me dirige una sonrisa que, aunque aún guarda un matiz de seriedad, tiene un toque de calidez.

—Buenos días, Blair —dice con voz grave y clara—. Espero que haya pasado una buena noche.

—Buenos días —respondo, intentando no dejar que la tensión de la noche anterior afecte mi tono. Me esfuerzo por parecer tranquila mientras tomo asiento frente a él.

Un criado se acerca y coloca un plato frente a mí, lleno de huevos revueltos, tocino crujiente y un pan recién horneado que humea aún. Agradezco al criado con una sonrisa, aunque mi mente está centrada en la conversación que se avecina. Me concentro en el desayuno, tomando

pequeños bocados mientras espero que Logan inicie la conversación.

Finalmente, Logan rompe el silencio, tomando un sorbo de su copa de café. Su mirada se suaviza un poco mientras observa el banquete frente a nosotros.

—Espero que esta comida le dé la energía necesaria para afrontar el día —dice—. Tenemos mucho de qué hablar y prepararnos.

—Sí, creo que es hora de entender mejor qué se espera de mí —respondo, mi voz firme aunque aún siento un ligero temblor.

Logan asiente con una mezcla de aprobación y seriedad.

—Como mencioné ayer, la espada y su conexión con usted son vitales para lo que está por venir. Mi pueblo enfrenta amenazas que van más allá de nuestras fronteras, y la espada representa una esperanza antigua y poderosa para mantener el equilibrio.

Sus palabras me parecen tan pesadas como el metal de la espada que sostuve la noche anterior. Me esfuerzo por asimilar lo que dice, comprendiendo que mi papel en esta historia no es solo una cuestión de mera coincidencia, sino de una responsabilidad que afecta a muchos.

—¿Qué tipo de amenazas estamos enfrentando? —pregunto, mi curiosidad y preocupación se entrelazan en la pregunta.

Logan toma un momento antes de responder, mirando hacia la ventana con una expresión contemplativa.

—Hay antiguos enemigos que buscan aprovecharse de nuestra debilidad. Esto podría poner en peligro el equilibrio entre todos los pueblos de estas tierras. La espada tiene el poder de protegernos y guiarnos, pero también necesita una portadora que comprenda su verdadero propósito.

—Y esa portadora soy yo —digo, tratando de asimilar la magnitud de lo que implica.

—Sí —afirma Logan—. Y, a partir de ahora, su entrenamiento y comprensión del poder de la espada serán esenciales. No será un camino fácil, pero con cada paso que dé, estará más cerca de cumplir con el destino que le ha sido encomendado.

A medida que habla, me doy cuenta de que estoy a punto de embarcarme en una aventura que desafía todo lo que conocía sobre mi vida. La realidad de mi situación se establece con claridad, y aunque el miedo y la incertidumbre aún están presentes, una chispa de determinación se enciende dentro de mí.

—Estoy lista para aprender —digo, mi voz resoluta—. Haré todo lo posible para entender mi papel y ayudar a enfrentar estas amenazas.

Logan sonríe, su expresión ahora completamente seria pero con una chispa de esperanza.

—Entonces, empecemos. El primer paso será conocer la historia completa de la espada y entrenar en su manejo. Y, más allá de eso, prepararse para los desafíos que se avecinan.

Al rato, el banquete termina y el comedor se vacía lentamente, dejando solo el eco de las conversaciones anteriores y el sonido lejano de los pasos de los criados. Logan se levanta y me hace un gesto para que lo acompañe fuera del comedor. Caminamos por los pasillos iluminados por la luz del sol, y a medida que avanzamos, el castillo revela más de su grandeza y complejidad.

Finalmente, llegamos a una sala de entrenamiento. El espacio es amplio, con paredes de piedra desnuda y ventanas altas que permiten que la luz del sol inunde la habitación. En un rincón, un conjunto de armas colgadas en la pared y un banco de trabajo con diversos instrumentos de entrenamiento sugieren que este es un lugar de preparación y práctica constante. El ambiente es austero, pero la energía que emana del lugar es palpable, cargada de una sensación de anticipación y rigor.

Logan se dirige a un estante donde reposan varios objetos y comienza a seleccionar algunos. Al verme curiosa, él se detiene y me dirige una sonrisa que mezcla paciencia y profesionalismo.

—Antes de comenzar con el entrenamiento, necesitamos asegurarnos de que comprenda la historia y el significado de la espada —dice, mientras coloca una antigua pergamino sobre una mesa de madera.

Me acerco, intrigada por lo que veo. El pergamino está decorado con símbolos y runas antiguas que apenas reconozco. Logan me indica que tome asiento en una silla cercana, y mientras me acomodo, comienza a explicar.

—La espada, *Cridhe an Tìre*, no es solo un arma, sino un símbolo de la unión entre el clan y la tierra. Fue forjada por druidas que entendían los secretos de la tierra y el cielo. Cada runa en este pergamino representa un aspecto del poder de la espada y sus responsabilidades —explica, señalando las inscripciones.

—¿Y qué significa cada uno de estos símbolos? —pregunto, intentando captar la complejidad de los diseños.

Logan empieza a desglosar los símbolos uno por uno. Algunos representan la fuerza y la protección, otros la sabiduría y el sacrificio. A medida que habla, me doy cuenta de que el conocimiento y la conexión con la espada son mucho más profundos de lo que había imaginado.

—Esta runa —dice, señalando un símbolo de un círculo con una línea vertical en su interior— representa el equilibrio entre la tierra y el cielo. La espada está destinada a proteger ese equilibrio, y para hacerlo, necesitarás comprender no solo su poder, sino también su propósito.

Sus palabras resuenan en mi mente, y empiezo a ver la espada no solo como un arma física, sino como un medio para cumplir una misión mayor. La conexión entre la espada y su portadora se convierte en algo tangible y esencial.

—Y ahora, la práctica —añade Logan, mientras se dirige hacia un rincón donde hay varios entrenadores y objetivos dispuestos—. Necesitamos trabajar en su manejo de la espada para que pueda usarla con eficacia y precisión. Desgraciadamente, por muy arrebatadora que se vea en ese vestido, le sugiero que se cambie de ropa para entrenar.

Me miro el vestido incómodo que llevo, un fino brocado que no parece adecuado para el entrenamiento. Las costuras y los adornos de seda no están diseñados para el movimiento que implica el manejo de una espada. O el manejo en general.

—No lo he elegido yo —digo sintiéndome cohibida por alguna razón.

Logan arquea una ceja, su mirada fija en el vestido como si intentara recordar cada detalle del atuendo.

—Lo sé —responde con una leve sonrisa—. Todavía recuerdo lo que llevaba puesto cuando la encontramos. Nadie ha sabido identificar su procedencia. Pero supongo que ese es otro de sus secretos que no querrá compartir conmigo.

Me ruborizo ante su observación, pero no tengo tiempo para responder. Logan se vuelve hacia el pergamino extendido sobre la mesa.

—Hoy nos enfocaremos en la teoría entonces —dice mientras se inclina sobre el pergamino—. Deberá recordar y...

Sus palabras se interrumpen bruscamente cuando las puertas de la sala se abren con un estrépito. Un hombre rubio, con cicatrices que narran historias de batallas pasadas y con una presencia robusta que rivaliza con la de Logan, entra en la sala con pasos firmes y decididos. Su mirada es aguda y calculadora, evaluando cada rincón de la habitación.

—My Laird —dice el hombre con una leve reverencia, aunque su tono denota prisa y alarma.

—¡Ah! Luke, te esperábamos —responde Logan, su entusiasmo contrastando con la expresión

cansada del recién llegado—. Blair, le presento a Luke Duncan, uno de mis mejores guerreros. Luke, ella es Blair MacKinnon. Es la elegida.

Luke Duncan me observa con una mezcla de sorpresa y escepticismo. Sus ojos recorren el pergamino, luego vuelven a posarse en mí. Suspira.

—Un placer, señorita McKinnon —dice como si no tuviera más remedio que saludarla. Después se vuelve hacia su señor—. Me habéis hecho llamar con urgencia, ¿qué ocurre?

Logan sonríe, la mirada iluminada por una mezcla de anticipación y determinación.

—¿No es obvio? Quiero que enseñes a nuestra invitada a usar la espada.

Los ojos de Luke Duncan se abren de par en par, mostrando una sorpresa sincera.

—Bueno, puesto que su destino está ligado a una gran espada de gran poder... Sí, quiero que le enseñes —afirma el Laird con voz firme.

Luke me observa de nuevo, su mirada cargada de una mezcla de sorpresa y desaprobación. Levanta una mano en un gesto de desánimo y se acerca a Logan, buscando una conversación privada aunque lo suficientemente cerca para que pueda escuchar.

—Señor, es una mujer —dice el guerrero, su voz en un susurro áspero.

—Sí, me he dado cuenta —responde Logan, sin desviar la mirada.

—Las mujeres no luchan, mucho menos con espadas —replica Luke, la incredulidad en su tono evidente.

Intento no escuchar, actuando como si toda mi atención estuviera en las inscripciones del pergamino, aunque sus palabras resuenan en mi mente. Siento un nudo en el estómago, una mezcla de ansiedad y determinación.

—Tal vez una mujer normal no, pero Blair no es el caso —responde Logan, con una convicción que corta el aire.

Luke suspira profundamente, el peso de sus dudas y su escepticismo cargando su voz.

—La obsesión con la espada le está volviendo loco... My Laird —añade, como si el uso del título suavizara su crítica—. Tiene que dejar de creer en esas cosas. No son más que leyendas. La espada no tiene ningún poder. Nada puede ayudarnos.

—Sabía que dirías eso —responde Logan, su voz rebosante de entusiasmo.

Se aleja de Luke y camina hacia el otro lado de la sala. Con un gesto ceremonioso, levanta una tela de seda que cubría un objeto sobre una mesa. La espada aparece bajo ella, su brillo opaco pareciendo esperar ser despertado.

—Blair, si es tan amable... —dice el Laird, invitándome a acercarme.

Me levanto, mi cuerpo tenso, sintiendo la mirada de todos en la sala sobre mí. Me coloco frente a la espada, el peso de su significado y de las expectativas sobre mis hombros. La espada es demasiado pesada para levantarla con una sola mano, así que la sujeto con ambas manos, su frío metal y su peso imponente sintiéndose extrañamente familiares.

Logan me acerca el pergamino y me anima a repetir las palabras. Su voz es suave pero firme, guiándome a través del proceso.

—*Terra, èirich. Do bheatha dhuinn.*

Trago saliva antes de hacerlo:

—*Terra, èirich. Do bheatha dhuinn* —digo con la mejor pronunciación que puedo.

Por un momento, no ocurre nada. Pero sin embargo, el pulso latente en la espada es perceptible por todo mi cuerpo. Está esperando a que desate su poder. Y, aunque no sé cómo hacerlo, mi instinto me guía. O tal vez sea el mismo hilo que me ata al objeto.

Con esfuerzo, clavo la espada en el suelo de madera. Un pulso de poder se extiende desde el punto de contacto, sacudiendo las paredes y el suelo. El aire se vuelve eléctrico, cargado con una

energía que reverbera a través de la habitación. Del suelo, donde la espada está incrustada, brota un mar de hierba que se extiende por toda la sala. La vegetación se despliega con una rapidez asombrosa, cubriendo los suelos y las paredes con un tapiz verde vibrante.

Tiro de la espada con rapidez, sacándola del suelo antes de que la hierba pueda envolver la sala por completo. La vegetación empieza a retirarse de inmediato, como si el hechizo estuviera siendo deshecho con la misma rapidez con que fue lanzado. Sin embargo, la energía que había llenado la habitación se desvanece lentamente, dejando tras de sí un eco de poder palpable en el aire.

La hierba, aún verde y vibrante, permanece en algunos rincones de la sala, creando un contraste inesperado con el entorno lujoso y rígido del castillo. Los comensales y los sirvientes que observaban desde la distancia ahora se acercan con cautela, sus rostros marcados por la sorpresa y el asombro.

El Laird y Luke Duncan permanecen en silencio, sus miradas fijas en la espada y en mí. Logan parece satisfecho, su expresión mezclando orgullo y una satisfacción profunda.

Me acerco a la mesa donde descansaba la espada con una sensación de agotamiento y alivio, sintiendo el peso del metal en mis manos. La conexión con el objeto parece haberse aflojado, pero la vibración residual aún recorre mis manos, como un recordatorio del poder que acabo de desatar. Cuando dejo el arma, mi cuerpo se siente exhausto.

—Es imposible —murmura Luke, incrédulo.

Logan sonríe, una expresión que refleja tanto su entusiasmo como su determinación.

—En absoluto —lo contraría él.

Mi respiración es irregular mientras asimilo el alcance de lo que acabo de hacer. El poder que acabamos de presenciar es abrumador, y la realidad de mi papel en esta historia comienza a asentarse en mi mente. La sala, con sus paredes ahora decoradas de forma inesperada por la hierba, parece más como un escenario de una historia épica que como un simple lugar de entrenamiento.

—¿Cómo ha sabido qué palabras debía decir? ¿Puede leer las runas? —cuestiono, asombrada por la precisión de la situación.

—Este chiflado lleva obsesionado con la espada y sus poderes desde... Bueno, desde siempre —responde Luke, su mirada fija en los restos de hierba que aún decoran la sala.

Lo miro sorprendida, no tanto por la revelación, sino por la familiaridad y la falta de formalidad con la que Luke se dirige a su señor. Logan parece captar mi desconcierto y se aproxima a mí con un gesto tranquilizador.

—Luke, además de ser mi más fiel guerrero, es algo así como mi hermano de otra madre —me aclara, lo cual arroja luz sobre la dinámica entre ellos—. Es un buen hombre, pero no tiene ni idea de modales —añade con un tono de diversión.

A pesar de la explicación, Luke no parece del todo contento. Sus ojos, endurecidos por la preocupación, siguen buscando rastros de hierba en el suelo.

—Logan, esto es peligroso. Estás jugando con algo muy antiguo —advierte su amigo, su voz cargada de una urgencia que no puedo ignorar.

El Laird sacude la cabeza con determinación, su expresión firme y decidida.

—La espada fue forjada para esto —responde, su voz llena de convicción.

—¿Y si te equivocas? —Luke insiste, acercándose y hablando en voz baja, como si temiera que sus palabras pudieran tener repercusiones negativas—. Fue forjada mucho antes del nacimiento de nuestros abuelos. Nadie la ha utilizado nunca. No de esta manera. ¿Y si desatamos algo malo? ¿Y si es... magia negra?

Sus palabras resuenan en la sala, mezclándose con el eco de la reciente energía que todavía parece vibrar en el aire. La preocupación en la voz de Luke es palpable, y aunque trato de mantenerme serena, una parte de mí no puede evitar sentir el peso de sus temores. La idea de desatar algo oscuro e impredecible añade una capa de ansiedad a la ya complicada situación.

—Tonterías —dice entonces el Laird, su voz cortante como un cuchillo.

Pero Luke no se rinde fácilmente. Su expresión es grave, y su preocupación por el futuro es evidente en cada línea de su rostro.

—Logan, piénsalo un poco —insiste Luke, volviéndose hacia el Laird con una urgencia palpable—. Ni siquiera sabemos nada de ella. ¿Qué sabemos realmente de Blair y su conexión con la espada?

El semblante de Logan se ensombrece de golpe, sus ojos fijos en la espada como si buscara respuestas en su reluciente superficie.

—Es nuestra única oportunidad —responde Logan con firmeza, su voz cargada de una determinación que deja poco margen para la duda—. Necesitamos el poder de la espada. La necesitamos a ella.

El guerrero me dirige una mirada fría y calculadora. Intento mantenerme erguida, el pecho inflado con una mezcla de orgullo y ansiedad, y me obligo a no encogerme bajo el peso de su mirada evaluadora.

—De acuerdo. Haré lo que me pides porque eres mi Laird, porque eres mi amigo, y confío en ti —dice Luke, su voz grave y sincera—. Pero si creo que puede convertirse en una amenaza...

—Le pondré fin yo mismo —lo interrumpe Logan, sus palabras cortantes y definitivas.

Un escalofrío recorre mi espalda al escuchar esa declaración. Los ecos de sus palabras se sienten como un peso helado sobre mis hombros. La conversación, que hasta ahora había estado enmarcada por la discusión sobre la espada y su poder, de repente se torna personal y amenazante. Están hablando de mí, de mi vida, de la posibilidad inquietante de que todo termine si no soy capaz de controlar el poder que me ha sido impuesto.

El silencio que sigue a la declaración de Logan es denso y cargado de tensión. Siento cómo mi respiración se acelera, cada inhalación y exhalación se vuelve consciente y pesada. El miedo y la incertidumbre se entrelazan en mi pecho, creando un nudo difícil de ignorar. La idea de que el futuro pueda depender de mi capacidad para dominar la espada, y que mi fracaso podría significar el final de mi existencia, es abrumadora.

Luke, al ver mi reacción, parece suavizar un poco su postura. Su mirada es menos dura ahora, más comprensiva, aunque la preocupación sigue presente.

—Señorita McKinnon, no queremos que esto sea una carga para usted —dice Luke, su tono un poco más suave—. Pero debe entender que estamos tratando con algo que ha sido parte de nuestra historia durante siglos. El riesgo es grande, y su éxito es nuestra única esperanza.

Logan se acerca y coloca una mano reconfortante en mi hombro, un gesto inesperado pero necesario. Su mirada, aunque aún decidida, ahora lleva un matiz de empatía.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos para ayudarla a entender y controlar la espada —asegura Logan—. Pero el poder que lleva es inmenso, y usted debe estar preparada para enfrentarlo.

Me esfuerzo por asimilar sus palabras, sabiendo que el camino que tengo por delante está lleno de desafíos que aún no puedo siquiera imaginar. La combinación de miedo y determinación que siento es abrumadora, pero sé que debo encontrar una manera de avanzar.

—Lo comprendo —digo finalmente, mi voz temblando pero firme—. Estoy dispuesta a aprender y a hacer lo que sea necesario.

Al menos hasta que sepa cómo volver a mi época.

Capítulo 7

Paso los siguientes dos días inmersa en el estudio de los pergaminos, absorta en cada símbolo y línea que, de alguna manera, guardan el secreto del poder de la espada. Son varios pergaminos, cada uno más antiguo que el anterior, y al principio, me cuesta un poco encontrar el ritmo. Las runas son completamente ajenas a mí, trazos curvados y entrelazados que parecen más jeroglíficos que palabras. Nunca había visto nada parecido. La historia que llevan consigo es palpable en el desgaste del papel, en el aroma a tiempo pasado que desprenden. Me siento abrumada por la responsabilidad y, sin embargo, fascinada.

Logan, para mi sorpresa, resulta ser un maestro dedicado y paciente. Me explica cada símbolo con una claridad que no esperaba, mostrándome cómo las runas se relacionan entre sí y cómo sus significados se transforman cuando se combinan de maneras específicas. Nunca lo había visto tan centrado en una tarea, y aunque su carácter suele ser serio, en estos momentos noto una especie de orgullo en él, como si estuviera compartiendo algo íntimo, un conocimiento que pocos han tenido la oportunidad de descubrir.

—Es cuestión de tiempo —me dice mientras señala una runa particularmente complicada—. Las runas son como el alma de la espada. Entenderlas es comprender su esencia.

Y poco a poco, empiezo a entenderlo. Me encuentro fascinada por la intrincada danza de símbolos y sus significados ocultos. A veces, la conexión con lo que estudio es tan intensa que me descubro dibujando los símbolos en el aire sin siquiera darme cuenta. Algo dentro de mí responde a ellos, como si una parte de mi ser reconociera la magia en su interior.

No estoy sola en este viaje de descubrimiento. Logan me presenta al escriba del castillo, Bryan Wood. Un anciano que parece salido de una leyenda. Tiene una barba blanca que le llega hasta el pecho, y sus ojos, aunque nublados por los años, contienen una sabiduría profunda. Apenas puede ver, y sin embargo, parece tener la habilidad de leer las runas con los dedos, pasando sus manos suavemente sobre las inscripciones, como si fuera capaz de sentir las palabras en lugar de verlas.

Su ayuda es invaluable, y aunque me siento un poco intimidada por su conocimiento, también me reconforta tenerlo cerca. Hay algo en su presencia que transmite seguridad, como si, a pesar de todo lo extraño y desconocido que me rodea, al menos en este rincón del castillo, las respuestas estuvieran al alcance de mis dedos.

Lo que más me sorprende de todo esto es cómo me descubro disfrutando del proceso. No puedo evitarlo. Mi mente, siempre analítica, siempre buscando comprender y desentrañar misterios, se adapta rápidamente a esta nueva tarea. Después de todo, este es mi trabajo. Siempre he sido una estudiosa, una buscadora de conocimiento, aunque nunca antes me había topado con algo que incluyera magia real.

El concepto de magia había sido siempre una fantasía para mí, una noción romántica que pertenecía a libros y películas, algo que no tenía lugar en mi vida real. Pero aquí, entre estos pergaminos antiguos y las sombras de este castillo, la magia no solo es real, sino que está viva, fluyendo a través de mí, esperando ser comprendida.

Y aunque mi mente todavía se resiste a aceptar todo lo que ha cambiado en tan poco tiempo, hay algo en mí que se deleita con el desafío. Las runas son complejas, las historias que contienen son profundas y antiguas, y en más de una ocasión, me sorprendo preguntándome si acaso mi destino siempre había sido encontrarme aquí, en este lugar perdido en el tiempo, con una espada

de leyenda en mis manos.

Sin embargo, hay algo que no termino de comprender.

—Logan, esas palabras que me dijo que repitiera cuando... cuando la espada desató su poder —empiezo, con cuidado—. ¿De dónde las ha sacado?

Logan levanta la mirada de los pergaminos. Hay un brillo en sus ojos que me indica que está encantado de que finalmente haya tocado ese tema.

—Ah, eso —dice, inclinándose hacia atrás en su silla—. Las palabras que le hice pronunciar están conectadas con las runas mismas. Verá, las runas no solo son símbolos; cada una de ellas contiene una historia, un poder. Son como un código antiguo. Pero no basta con leerlas... hay que entender su esencia y traducirlas al lenguaje correcto para liberar su poder.

—¿Y cómo es posible que las runas se traduzcan al gaélico? —pregunto, todavía perpleja—. Son símbolos muy antiguos.

Logan sonríe, como si ya hubiera anticipado mi confusión.

—El gaélico escocés es un idioma con raíces profundas, mucho más antiguas de lo que la gente suele creer. Está intrínsecamente conectado con la tierra y con nuestras tradiciones ancestrales. Hay leyendas que sugieren que es el último vestigio de un lenguaje mucho más antiguo, un lenguaje que podría haberse usado para invocar los poderes de las runas. No es una traducción exacta, pero es lo más cercano que tenemos para expresar lo que significan.

Me quedo en silencio, procesando lo que me acaba de decir. No es solo que el gaélico sea un idioma; es un puente hacia algo mucho más grande y antiguo. Las palabras que pronuncié no eran simplemente un conjunto de sonidos, sino una llave para desatar el poder de la espada.

—Así que usted... ha pasado años estudiando esto, ¿verdad? —pregunto, mirando los pergaminos que tiene frente a él.

Él asiente.

—Desde que era niño, mi familia me habló de las leyendas, de la espada y de su poder. Al principio, pensé que eran solo cuentos, pero a medida que fui creciendo y descubriendo más, supe que había algo de verdad. Los pergaminos que ve aquí son el resultado de generaciones de estudiosos que intentaron descifrar el misterio de las runas.

Aún así, si lo que dice es cierto y nadie antes ha podido utilizar el poder de la espada...

—¿Cómo supo que las palabras funcionarían? ¿Cómo supo qué poder desatarían?

Logan me mira divertido, con esa chispa en los ojos que me desconcierta y me irrita a partes iguales.

—No lo sabía —dice, encogiéndose de hombros con una naturalidad que me deja helada.

Mis ojos se abren de par en par, incapaz de creer lo que acabo de escuchar.

—¿Qué? —exclamo, sin poder contener la incredulidad en mi voz—. ¿No lo sabía? ¿Me hizo repetir esas palabras sin estar seguro de lo que podrían hacer?

Él se ríe suavemente, como si mi reacción fuera la parte más divertida de todo esto. Se inclina hacia atrás en su silla, cruzando los brazos con una expresión relajada, como si acabáramos de hablar de algo tan trivial como el clima.

—No del todo, Blair. La traducción es la correcta, pero hasta que no lo intentamos, no podía estar completamente seguro de qué sucedería. Las leyendas no son una ciencia exacta. Y, bueno... funcionó, ¿verdad? —me mira con una sonrisa satisfecha.

—¿Funcionó? —repito, casi sin aliento—. Desatamos un poder que hizo brotar hierba del suelo, que sacudió la habitación entera... ¡Podríamos haber desatado algo mucho peor! ¿Y usted ni siquiera estaba seguro?

Siento cómo la adrenalina me recorre el cuerpo. Mis manos tiemblan ligeramente mientras

intento procesar lo que el Laird acaba de admitir. Todo este tiempo, había asumido que tenía una especie de plan, que sabía lo que estaba haciendo. Pero no, resulta que todo era un experimento. Conmigo en el centro.

—No se ponga así, por eso estamos haciendo todo esto —dice restándole importancia—. Aprenderá a utilizarlo, y lo hará en un entorno seguro.

Sus palabras, tan despreocupadas, no consiguen calmar el torbellino de pensamientos que me invade. Sacudo la cabeza, incrédula. ¿Entorno seguro? Podríamos haber muerto. Si no hubiera arrancado la espada del suelo a tiempo, quién sabe qué habría ocurrido. La energía que sentí era inmensa, incontrolable. El hecho de que aún estemos vivos parece un golpe de suerte más que el resultado de algún plan calculado.

—Está usted loco —digo, entre perpleja y, sorprendentemente, divertida.

Logan arquea una ceja, fingiendo ofenderse. Puedo ver cómo sus labios se curvan en una sonrisa burlona, como si mis palabras le resultaran un cumplido más que una crítica.

—¿Loco, yo? —responde, con un tono teatral—. Y yo que pensaba que finalmente estábamos formando equipo.

Está claro que no tiene intención de dejarme ganar esta pequeña discusión, pero antes de que pueda replicar, la puerta de la biblioteca se abre y Bryan Wood entra, seguido de cerca por Luke. Lo que normalmente sería una simple visita de rutina para el cambio de guardia se siente diferente hoy. La tensión en el aire es palpable, y algo en la expresión de Luke me hace pensar que trae malas noticias.

—Qué pena, con lo que nos estábamos divirtiendo —dice Logan con fingida resignación, levantándose de su silla para acercarse a sus hombres.

Los observo cuchichear, el escriba me saluda y se coloca a mi lado. Me pregunta algo sobre las runas que me distrae y evita que escuche la conversación del Laird. A juzgar por sus semblantes, parece algo serio.

—My lady —dice con tono formal—, debo volver a mis obligaciones con mi clan. Confío en que logrará memorizar ese último pergamino para mañana.

—¿Para mañana? —pregunto, sorprendida.

Asiente brevemente, sin dar más explicaciones. No hay tiempo para preguntas, y lo sé. Algo importante está a punto de suceder. Lo veo en sus miradas, en la prisa con la que Logan se despide y abandona la sala.

El resto del día pasa en una especie de neblina. No vuelvo a ver a Logan, ni siquiera en la cena. Es extraño. Como señor de la casa, siempre está presente, incluso si no hay más que unas cuantas conversaciones triviales. Pero hoy, su ausencia se siente más pesada, como si fuera un presagio de algo que aún no entiendo.

Intento centrarme en los pergaminos, sumergirme en las antiguas runas que parecen tener la respuesta a todas las preguntas que no me atrevo a formular. Sin embargo, mi mente sigue vagando, volviendo una y otra vez a lo que sea que está sucediendo detrás de esas puertas cerradas.

Finalmente, decido llevarme los pergaminos a mi habitación. Si no puedo hacer nada más, al menos puedo seguir estudiando. Me siento en la pequeña mesa junto a la ventana, donde la luz de la luna baña las hojas antiguas con un brillo suave. Acaricio el borde del pergamino con la punta de mis dedos, sintiendo la textura áspera del papel envejecido. A pesar de todo lo que me inquieta, hay algo reconfortante en estas antiguas escrituras. Me recuerdan a lo que siempre he sido: una estudiosa, una amante de los misterios antiguos.

Poco a poco, mis párpados comienzan a pesarme. Me dejo llevar por el ritmo constante de mi

lectura, pero la fatiga finalmente me vence. Las palabras de las runas se mezclan con imágenes fugaces que más tarde no recordaré, hasta que caigo en un sueño profundo, los pergaminos todavía entre mis manos.

El sonido de un golpeteo insistente en la puerta me arranca bruscamente del sueño. Al principio, estoy desorientada, el suelo frío y duro bajo mi cuerpo me recuerda que no estoy en mi cama. Me sorprende al descubrir que me he quedado dormida en el suelo de la habitación, rodeada de pergaminos y papeles desparramados a mi alrededor. Mis músculos se quejan con cada movimiento, el dolor en mi espalda y cuello es un recordatorio de la mala postura en la que he pasado la noche. No me puedo creer que haya dormido así.

Mientras me esfuerzo por levantarme, escucho las voces familiares de las sirvientas pidiendo permiso para entrar, como lo han hecho cada mañana durante los últimos días. Apenas consigo ponerme de pie cuando les doy la orden de pasar, frotándome el cuello en un intento de aliviar el dolor. Miro alrededor, tratando de recomponer mi dignidad mientras recojo los pergaminos esparcidos.

Me despojo de la ropa de cama, lista para ponerme el vestido de gasa que he estado utilizando debajo de los vestidos que me han traído. Pero esta vez, algo es diferente. Las mujeres me detienen, con una mirada cómplice en sus ojos. Al principio, no entiendo lo que sucede hasta que una de ellas despliega un conjunto de ropa que nunca había visto antes: pantalones de cuero ajustados, un chaleco a juego y unas botas altas de cuero.

Frunzo el ceño, sorprendida. Después de haber llevado los vestidos largos y pesados la visión de esta ropa práctica y funcional me desconcierta.

—¿Qué es esto? —pregunto, mi voz aún rasposa por el sueño.

Una de las mujeres sonríe tímidamente mientras dobla la prenda sobre el brazo y me la ofrece.

—El Laird ha dado instrucciones específicas esta mañana. Dijo que es hora de que empiece su entrenamiento... de verdad.

Me detengo, asimilando sus palabras. Logan ha estado hablando de mi entrenamiento desde el primer momento, pero hasta ahora, solo ha sido teoría y palabras antiguas. La práctica siempre había quedado en un segundo plano, quizás por mi propia falta de preparación, o quizás porque nadie sabía si el poder de la espada podía ser controlado. Pero estos pantalones de cuero, este chaleco, son una señal clara: hoy todo cambia.

—Supongo que no hay tiempo para más pergaminos, entonces —murmuro para mí misma, con una mezcla de nervios y anticipación. Las sirvientas me ayudan a vestirme, y la sensación del cuero ajustándose a mi piel es extraña, como si cada prenda fuera un recordatorio de lo que está por venir.

Me miro al espejo por un momento, tomando conciencia de la transformación. Ya no soy solo Blair, la historiadora perdida en el tiempo, sino alguien que tiene que aprender a luchar, a sobrevivir en un mundo completamente distinto al que conocía.

Me citan en el patio. El corazón me late más rápido de lo normal mientras me dirijo hacia el lugar indicado. Al salir al exterior, la brisa fresca me golpea el rostro, despertando por completo mis sentidos. Me sorprende ver que el entrenamiento será en un lugar tan público. Esperaba algo más discreto, más privado, quizás una sala de entrenamiento o un claro oculto. Pero el patio está a la vista de todos, y el bullicio de los trabajadores del castillo y los soldados entrenando se mezcla con el murmullo de mis pensamientos.

A lo lejos, veo algunas miradas curiosas. Aunque intento no prestarles atención, no puedo evitar sentir una punzada de incomodidad. Me siento expuesta, vulnerable. Mis manos, aunque descansan a los lados, se tensan en un gesto automático de autocontrol. A pesar de lo que he

vivido en estos días, sigo siendo una extraña aquí, una mujer fuera de su tiempo, y esa sensación es más aguda que nunca.

Me detengo al llegar al centro del patio, buscando a Logan. Pero no hay ni rastro del Laird. Solo está Luke, parado con los brazos cruzados, su postura imponente y sus ojos que parecen no dejar escapar ningún detalle. Me mira con una mezcla de escepticismo y, quizás, algo de resignación.

—Parece que su amigo ha decidido que usted será mi instructor por hoy —digo, tratando de sonar más segura de lo que me siento.

Luke arquea una ceja, claramente poco impresionado.

—El Laird tiene asuntos que atender —responde de manera cortante, sin más explicaciones. Se acerca unos pasos y me mira de arriba abajo, evaluándome como si fuera un soldado más que necesita entrenar. Su mirada es implacable, y puedo notar que, aunque está aquí por obligación, no lo hace con entusiasmo.

El silencio entre nosotros es incómodo, pesado. No sé bien qué esperar de este hombre que parece dudar de mi capacidad en cada mirada. Intento no tomarlo personal, pero es difícil cuando sé que, en parte, tiene razón. ¿Qué hago yo aquí, vestida con ropa de combate, intentando aprender a blandir una espada legendaria?

Luke finalmente habla, con un tono algo más suave, aunque sigue manteniendo su distancia emocional.

—Vamos a pasar un tiempo juntos, así que voy a tutearte, si no te importa —me dice, y yo asiento aliviada. No estoy acostumbrada a tanto formalismo—. No es solo cuestión de blandir la espada. Si quieres controlar su poder, primero tendrás que aprender a controlarte a ti misma. El manejo de la espada es solo una parte. Necesitas fortaleza, y no solo física —añade, señalando con la cabeza hacia las botas de cuero que llevo—. Pero haremos lo básico por ahora.

Me acerco, nerviosa pero decidida. Esta es mi oportunidad de demostrar que, aunque fuera de mi elemento, no voy a rendirme. Él observa mis movimientos con cautela.

—Empieza con lo más sencillo —dice Luke, lanzándome una espada de entrenamiento de madera, mucho más ligera que la verdadera—. No la subestimes solo porque no es real.

El peso de la espada de madera se siente extraño en mis manos. No es la poderosa espada que he llegado a empuñar, pero aún así me impone. No tengo ni la más remota idea de lo que tengo que hacer, aún así me esfuerzo por encontrar una postura firme.

Luke se coloca detrás de mí, corrigiendo mi postura con brusquedad.

—No, así no. Si estás desequilibrada, no durarás ni un segundo en un combate. Mantén los pies firmes y el peso distribuido —me instruye mientras empuja mi hombro para que me ajuste mejor. Siento la tensión de sus manos, la fuerza contenida. No hay suavidad en su enseñanza, solo pragmatismo.

—¿Y qué pasa con la espada? —pregunto, mirando la hoja de madera, incapaz de imaginar cómo algo tan simple podría ayudarme a controlar un poder tan antiguo.

—La espada... vendrá después. Esto no es solo un juego de fuerza o magia. Todo comienza con el control. Si no puedes controlar esto —dice, señalando la espada de madera—, mucho menos podrás con la otra.

El entrenamiento de hoy se basa en... quedarme de pie. Sí, así de sencillo, y sin embargo, me resulta agotador. Luke me observa con una paciencia que bordea la exasperación mientras me instruye en la importancia de una postura firme y equilibrada. La espada de madera, que en comparación con la espada real parece casi juguete, se convierte en el centro de todo el ejercicio, aunque, curiosamente, no la usamos más allá de mantenerla a un lado mientras nos centramos en

la postura.

—Tus pies deben estar firmemente plantados en el suelo —me dice Luke, mientras ajusta mi posición. Se acerca, corrigiendo mi postura con un toque preciso en mis tobillos y caderas. Su rostro es una máscara de concentración, y la tensión en su mandíbula revela su frustración contenida—. No se trata solo de estar de pie; es sobre cómo distribuyes tu peso. Cada movimiento empieza desde el suelo. Si no tienes una base sólida, no podrás manejar ni siquiera la espada de madera.

Me esfuerzo por mantener el equilibrio, y lo hago, aunque a veces siento que estoy a punto de caer. Mis piernas comienzan a temblar bajo el esfuerzo, y una oleada de cansancio recorre mi cuerpo. El tiempo parece estirarse, y me doy cuenta de que en realidad no se trata de estar de pie simplemente. Cada vez que cambio de posición, cada vez que ajusto mi postura, siento que una parte de mí está siendo puesta a prueba.

El sol se mueve lentamente en el cielo, y el calor del día se hace más intenso. El sudor comienza a resbalar por mi frente y por mi espalda, y aunque intento mantenerme erguida, el cansancio es abrumador. Mis músculos se quejan de la tensión, y un dolor punzante empieza a instalarse en mis pies y piernas. A veces, Luke me observa y luego me corrige con un toque firme pero preciso, lo que me recuerda que no hay espacio para debilidades.

—Más firme —dice él, acercándose para ajustar mi postura de nuevo—. Imagina que eres un roble. No te muevas, ni siquiera un centímetro. El suelo debe ser tu aliado, no tu enemigo.

A pesar de la simplicidad del ejercicio, la frustración se instala en mí. ¿Cómo puede algo tan básico parecer tan desafiante? Estoy aquí, tratando de comprender y dominar algo que parece tan elemental y, sin embargo, es fundamental para todo lo que sigue.

Finalmente, Luke se aleja un paso y me observa con una expresión que no logro descifrar del todo. Sus ojos revelan una mezcla de severidad y duda, y aunque su voz es firme, su actitud parece indicar que hay mucho más por venir.

—Tenemos mucho trabajo por delante... Pero por hoy será suficiente —dice, recogiendo sus cosas con movimientos metódicos—. Te espero aquí mismo mañana. Nos centraremos en fortalecer tu cuerpo.

Con esas palabras, se marcha con paso decidido, dejándome sola en el patio. La brisa ligera acaricia mi rostro, y mientras el sol empieza a descender, me siento en el banco cercano para recuperar el aliento. La jornada ha sido una prueba de resistencia, y el cansancio se siente en cada fibra de mi ser.

Respiro profundamente, inhalando el aire fresco del atardecer mientras intento calmar el latido acelerado de mi corazón. Mis piernas aún tiemblan ligeramente bajo el peso de la jornada, y el sudor de mi frente empieza a secarse lentamente. Miro alrededor, notando cómo los últimos rayos de sol bañan el patio con un brillo dorado. La belleza del entorno contrasta con la dureza del entrenamiento, y me encuentro sumida en un estado de reflexión.

Mientras me estiro con cuidado, cada movimiento es una aguda recordatoria del esfuerzo que he invertido en el entrenamiento. El dolor en mis músculos es casi insoportable, y me pregunto cómo podré soportar otro día así.

Pero lo hago. Aunque a duras penas.

Luke ha preparado un circuito de entrenamiento diseñado para fortalecerme y mejorar mi equilibrio. El patio se convierte en mi campo de batalla personal, y no puedo evitar sentirme expuesta. La gente que pasa por allí me observa con curiosidad y, aunque trato de ignorar sus miradas, siento el peso de su escrutinio. No es común ver a una mujer enfrentando desafíos que tradicionalmente se consideran masculinos, y me imagino que mi presencia es un espectáculo en

sí misma. Lo entiendo.

El entrenamiento es implacable. Luke no deja de darme órdenes, su voz es un constante eco en mi mente mientras me repite los ejercicios una y otra vez. La repetición constante y la falta de descanso se sienten como una tortura. Cada vez que creo haber terminado una serie de repeticiones, me ordena comenzar de nuevo. La frustración y la fatiga se acumulan, y la voz de Luke, en lugar de motivarme, empieza a ser una fuente de irritación.

Cuando la jornada finalmente llega a su fin, estoy tan exhausta que no estoy segura de ser capaz de volver a mi habitación por mi propio pie. Cada paso es un desafío, y el dolor en mis músculos es casi paralizante. Finalmente, llego a mis aposentos y me derrumbo en la cama. La sensación de alivio al estar finalmente en reposo es abrumadora.

Unos momentos después, me traen comida y preparan una tina de agua para que pueda lavarme. Mientras el calor del agua envuelve mi cuerpo, cierro los ojos y dejo que el vapor alivie un poco la tensión de mis músculos. El contraste entre la dureza del entrenamiento y la suavidad del agua es casi surrealista.

Permanezco en mis aposentos el resto del día, sin salir ni siquiera para explorar el castillo. La ausencia de Logan se hace sentir, y no puedo evitar preguntarme qué está ocurriendo. La incertidumbre y la preocupación se mezclan con el cansancio, y el silencio de mi habitación se convierte en un eco de mi propia inquietud. Otro día pasa sin noticias del Laird, y me encuentro en una especie de limbo, atrapada entre el esfuerzo físico y el misterio de lo que está por venir.

Los días se suceden con una rutina que, aunque agotadora, se convierte en un ritmo familiar. Los entrenamientos con Luke son implacables. Cada mañana, me encuentro en el patio, preparándome para enfrentarlo una vez más. El entrenamiento es cada vez más riguroso, con un enfoque en fortalecer mi cuerpo y mejorar mi técnica. Mis músculos se acostumbran al dolor constante, y aunque a menudo me siento al borde de la desesperación, también empiezo a notar una mejoría en mi resistencia y en mi capacidad para mantener el equilibrio.

Luke, a pesar de su severidad, comienza a mostrar un destello de reconocimiento en sus ojos. Sus comentarios se vuelven menos duros y más instructivos, aunque el nivel de exigencia no disminuye. Las miradas curiosas de los habitantes del castillo se convierten en algo habitual, y me esfuerzo por no dejarme distraer por ellas. Me concentro en cada movimiento, en cada repetición, intentando absorber cada lección que Luke me ofrece.

Mis sesiones con Bryan también continúan. Cada día me sumergen más en el estudio de las runas y la magia de la espada. Bryan, con su paciencia infinita, me guía a través de los pergaminos y me ayuda a entender el complejo sistema de símbolos que forman el corazón de la magia de la espada. A veces, mientras descifro las inscripciones, me siento como si estuviera desentrañando los secretos de un mundo antiguo y misterioso. Bryan, a pesar de su edad avanzada, muestra una vitalidad y una pasión por el conocimiento que son contagiosas.

Las noches en la biblioteca se convierten en momentos de concentración intensa, donde las runas se despliegan ante mí como un mapa hacia un poder desconocido. Los textos antiguos revelan fragmentos de historias y hechizos que apenas puedo comprender, pero que me fascinan profundamente. La combinación de esfuerzo físico durante el día y el estudio mental por la noche me mantiene ocupada, aunque el cansancio es a menudo abrumador.

A medida que avanzo en ambos frentes, empiezo a sentir que las piezas del rompecabezas se están uniendo. Aunque el proceso es lento y arduo, hay una creciente sensación de logro en cada pequeño avance. Los días se convierten en semanas, y con cada día que pasa, me siento más conectada con el poder de la espada y el destino que parece haberme sido impuesto. Sin embargo, la ausencia de Logan sigue siendo un misterio, y la pregunta de su paradero y las

intenciones que tiene con la espada permanecen sin respuesta.

Pero entonces vuelve. Me encuentro entrenando con mi espada de madera. Luke ha empezado hace poco a enseñarme a manejarla, aunque todavía piensa que mi posición es mediocre.

Estamos enzarzados en una batalla que, aunque sé que Luke no está poniendo ni un poco de su esfuerzo, a mí me está dejando agotada. Entonces me tira al suelo y se aparta de mí mientras gruñe una maldición el gaélico. Últimamente estoy aprendiendo muchas expresiones que estoy segura que no debería utilizar.

Me esfuerzo por levantarme del suelo, mis músculos aún tensos y doloridos por el entrenamiento riguroso. Aunque el combate es solo una práctica, siento cada golpe y cada caída con una intensidad que me deja sin aliento. Mi ropa está empapada de sudor y el polvo del patio se adhiere a mi piel.

Al levantar la vista, veo a Logan acercándose, su presencia imponente y serena en contraste con el caos que me rodea. Su mirada se dirige de inmediato a Luke, y noto que su conversación es intensa, aunque no puedo distinguir las palabras exactas desde donde estoy. El tono de Logan es firme, pero parece haber una leve preocupación en su expresión.

Luke se aleja de Logan con una mezcla de frustración y resignación, su mirada me encuentra brevemente antes de que vuelva a enfocarse en el Laird. La conversación parece terminar, y Logan se dirige hacia mí con una expresión que mezcla interés y evaluación.

—Blair —dice, su voz sonando más suave y alentadora que de costumbre—. ¿Cómo se siente?

A pesar de mi agotamiento, levanto la cabeza con determinación. Mis palabras salen con esfuerzo, pero intento mantener un tono firme.

—Estoy cansada, pero creo que estoy mejorando.

El Laird sonríe ligeramente, su mirada evaluadora pasa sobre mi forma física y el sudor que me cubre.

—Lo estás, sin duda. Pero hay algo más que necesitamos discutir.

Se vuelve hacia Luke, quien parece estar en el proceso de recoger sus cosas. Luego, Logan vuelve a enfocarse en mí.

—Ha llegado el momento de que avancemos en su entrenamiento. Necesitamos evaluar cómo está manejando no solo la espada, sino también los conocimientos que ha estado adquiriendo. Quiero que se prepare para una prueba especial que se llevará a cabo mañana.

Mis ojos se abren de par en par. Una prueba especial. La intriga y la ansiedad se entrelazan en mi mente. La idea de ser evaluada en mi manejo de la espada y mi comprensión de los pergaminos me llena de nervios.

—¿De qué tipo de prueba se trata? —pregunto, mi voz traicionando mi inquietud.

Logan se encoge de hombros con una sonrisa enigmática.

—Lo sabrá pronto. Pero, por ahora, asegúrese de descansar y prepararse adecuadamente. Lo que viene será crucial.

Con esas palabras, Logan se aleja, dejando una sensación de expectativa en el aire. Luke, por su parte, parece haber terminado con sus tareas y se acerca a mí con una expresión que, a pesar de su habitual seriedad, parece un poco más comprensiva.

—Descansa un poco. No te lo pongas tan difícil —me aconseja antes de marcharse.

Sus palabras, aunque no del todo alentadoras, ofrecen un breve respiro en medio de mi agotamiento. Mientras recojo mi espada de madera y me dirijo hacia el vestidor, no puedo evitar

preguntarme qué tipo de prueba me espera y cómo influirá en el destino que estoy tratando de comprender y aceptar.

Capítulo 8

Al día siguiente, me levanto antes del amanecer, una mezcla de ansiedad y anticipación me mantiene despierta. Me visto rápidamente con la ropa de entrenamiento que ya he hecho mía, y me dirijo al patio, donde el sol apenas empieza a iluminar el horizonte. El aire es fresco y la bruma matutina cubre el suelo, dándole al lugar un aire misterioso.

Cuando llego al patio, ya están presentes algunos de los guardias y sirvientes del castillo, que se mueven con rapidez y eficiencia en sus tareas matutinas. Me siento un poco fuera de lugar entre ellos, el nerviosismo me hace sentir más consciente de cada paso que doy. Finalmente, Logan llega, acompañado por un grupo de hombres que llevan diversos objetos y armas. Entre ellos está Luke. Mi corazón comienza a latir con más fuerza a medida que se acercan, el desconocido de la prueba añade una capa de inquietud a mi ya tensa preparación.

Logan me hace un gesto para que me acerque, y yo lo sigo con la respiración contenida. Al llegar junto a él, observo que el patio se ha transformado para la ocasión. Han montado una serie de obstáculos y dianas, y se ha dispuesto un área especial con un círculo dibujado en el suelo. Todo esto parece sacado de un campo de entrenamiento de élite, y la vista me deja sin palabras.

—Blair —dice Logan, su tono ahora tan serio como el ambiente que nos rodea—, hoy vamos a realizar una prueba para evaluar su progreso y su capacidad para combinar el manejo de la espada con los conocimientos que has adquirido. Será una prueba de habilidad y resistencia.

Asiento, sintiendo una mezcla de orgullo y temor. La preparación y el esfuerzo de los últimos días me han llevado hasta aquí, y ahora es el momento de demostrarlo.

El Laird me guía hacia el círculo dibujado en el suelo y me explica que la prueba consistirá en completar una serie de desafíos que pondrán a prueba tanto mi habilidad con la espada como mi capacidad para aplicar lo que he aprendido de los pergaminos. Me enfrentará a una serie de objetivos móviles y obstáculos que debo superar en un tiempo determinado.

Mientras me preparan, los murmullos de los espectadores se vuelven más intensos. Aunque la mayoría son sirvientes y soldados que han sido parte de mi entrenamiento, la presencia de algunos de ellos me hace sentir como si estuviera en el centro de un escenario.

Luke se acerca y, a pesar de su habitual actitud reservada, hay un destello de aprobación en sus ojos.

—Buena suerte —me dice, con un tono que mezcla su habitual seriedad con un toque de aliento sincero—. Te veremos más tarde.

La tensión se apodera de mí mientras me coloco en posición. Siento el peso de la espada de madera en mis manos, la que ha sido mi compañera constante durante estos días de arduo entrenamiento. El sonido del gong que marca el inicio de la prueba me arranca de mis pensamientos y me lanza al desafío que tengo por delante.

El primer obstáculo es una serie de dianas que deben ser golpeadas con precisión. A medida que me muevo, el sudor empieza a formar pequeñas perlas en mi frente. Mis movimientos son coordinados, pero la presión y el ritmo rápido me hacen cuestionar cada decisión. Concentrada en cada golpe, me doy cuenta de que mi respiración se sincroniza con cada movimiento de la espada.

Luego paso a la siguiente fase: un circuito de obstáculos que pone a prueba mi agilidad y resistencia. Saltos, rodillas al suelo, escalar paredes pequeñas... Todo esto se convierte en un desafío físico y mental. Mis músculos arden y mis respiración se vuelve irregular, pero la

determinación de superar cada obstáculo me impulsa a seguir adelante.

Finalmente, la prueba llega a su clímax con un combate simulado contra un oponente entrenado. El adversario es un luchador hábil, y el enfrentamiento es feroz. Cada golpe y cada bloqueo requieren toda mi concentración y energía. A medida que avanzamos, siento cómo la técnica que he aprendido se convierte en una extensión natural de mis movimientos.

Cuando el gong final suena, marcando el fin de la prueba, me siento completamente agotada pero satisfecha. Mis piernas tiemblan, mi respiración es entrecortada, y el sudor me cubre de pies a cabeza. Los murmullos entre los espectadores se vuelven más animados, y el aliento colectivo parece reflejar mi propio sentido de alivio y logro.

Logan se acerca con una expresión de evaluación y, aunque no me dice nada de inmediato, la ligera sonrisa en sus labios sugiere una aprobación silenciosa. Luke también se aproxima, y aunque su expresión sigue siendo seria, hay un brillo de reconocimiento en sus ojos.

—Ha hecho un buen trabajo —dice Logan finalmente—. Ahora ha llegado el momento de utilizar la teoría aprendida.

Señala hacia un rincón del patio donde alguien se acerca con un estandarte que sostiene la espada legendaria, *Cridhe an Tìre*. Me la tienden, y el simple brillo del acero bajo el sol me deja sin aliento. Me acerco para tomarla, pero antes de que pueda hacerlo, Luke se interpone con una expresión que mezcla preocupación y frustración.

—Todavía no hemos entrenado con la espada. No está preparada.

Logan le lanza una mirada que es suficiente para hacerle retroceder, pero antes de darme la espada, Luke me dirige una advertencia grave.

—Más te vale no matarnos a todos —me dice con un tono serio, y sé que no es una amenaza sin fundamento. Su mirada es tan intensa que me hace sentir el peso de su responsabilidad.

—Siempre es un placer contar con tu apoyo —replico con una sonrisa irónica, mientras me aproximo para tomar la espada de las manos del guerrero desconocido.

En el instante en que mis dedos envuelven el mango de *Cridhe an Tìre*, un escalofrío recorre mi columna. La energía de la espada se siente como una corriente eléctrica, vibrando con un poder antiguo que parece sincronizarse con el ritmo de mi corazón. El peso es notablemente diferente al de la espada de madera; es más equilibrada, más viva. Es como si la espada estuviera esperando que me adaptara a su presencia, como si quisiera establecer un vínculo profundo conmigo.

Logan me observa con una intensidad que casi puedo tocar, y aunque su expresión es enigmática, la expectación en sus ojos es palpable. Me esfuerzo por mantener la calma, sintiendo cómo la presión se acumula en mi pecho. Cada movimiento, cada decisión en este momento será crucial.

Me concentro en los movimientos que he aprendido durante las últimas semanas. La teoría de las runas y las palabras, que antes parecían tan abstractas y distantes, ahora se unen en una danza práctica que debe funcionar. Estoy consciente de cada paso, cada gesto, mientras me muevo por el patio. Las piedras bajo mis pies parecen resonar con el poder de la espada, amplificando cada intento de maniobra que realizo.

Respiro hondo antes de decir la siguiente frase, una que he estado practicando con especial atención para esta ocasión. Visualizo la runa y la energía que quiero invocar, y pronuncio con una firmeza que oculta mi nerviosismo:

—*Sealladh, draoidh. Tairgeadh an dorchada.*

Las palabras salen de mis labios con una pronunciación que he perfeccionado, pero aún siento la incertidumbre en cada sílaba. La espada responde de inmediato. Siento una pulsación en el

mango, un zumbido que se extiende a través de mi cuerpo. La energía parece concentrarse en el filo de la espada, como si se despertara de un largo sueño.

El patio se llena de una vibración sutil pero intensa. El aire se vuelve más denso, cargado con una sensación de anticipación. El suelo bajo mis pies comienza a temblar ligeramente, y una fina capa de niebla se levanta del suelo, envolviendo la base de la espada en un brillo etéreo.

La niebla se arremolina a mi alrededor, creando formas efímeras que bailan y se entrelazan en una danza mágica. El suelo bajo mis pies sigue temblando, y el aire a mi alrededor vibra con una energía palpable. La sensación es abrumadora, como si todo el patio se estuviera transformando en un escenario de lo sobrenatural.

Logan observa con una mezcla de admiración y tensión, mientras Luke, a su lado, mantiene un semblante serio y vigilante. La transformación que ocurre ante ellos parece confirmar la magnitud del poder que la espada puede liberar. Siento sus miradas fijas en mí, y aunque esto podría ser intimidante, también me da una fuerza inesperada.

La niebla que se ha formado alrededor de la base de la espada comienza a elevarse lentamente, arrastrando consigo pequeñas motas de luz que parecen flotar en el aire. El resplandor es suave pero imponente, y su reflejo sobre el suelo crea una atmósfera casi onírica. Me esfuerzo por mantener el control.

El suelo se estremece una vez más, y la niebla se intensifica, envolviendo la espada en una aura que parece brillar con una luz propia. El filo de la espada empieza a reflejarse en la niebla, y los patrones que antes eran fugaces se vuelven más definidos. La energía que emana de la espada se siente ahora como una extensión de mi propia voluntad, una fuerza que responde a mis órdenes y se manifiesta a través de la niebla.

La sensación de poder es abrumadora, pero también profundamente liberadora. La espada, ahora cargada con una energía palpable, parece vibrar con un propósito renovado. Me encuentro en medio de una sinfonía de luces y sombras, y aunque el esfuerzo es inmenso, el resultado es una sensación de logro que llena cada rincón de mi ser.

Finalmente, la niebla comienza a disiparse lentamente, dejando tras de sí un rastro de energía que se desvaneció tan rápidamente como apareció. La transformación del patio es sutil pero notable. Todo a mi alrededor parece haber estado bajo la influencia de la magia que acabo de desatar. El silencio que sigue es pesado, cargado con la anticipación de los espectadores que han presenciado este despliegue de poder.

Me siento exhausta pero satisfecha. La espada descansa en mi mano, ahora más familiar y poderosa que nunca. Logan y Luke se acercan, sus rostros reflejando una mezcla de sorpresa y aprobación. El desafío ha sido superado, al menos por ahora, y el camino hacia el dominio de la espada parece estar a la vista.

Repito el ritual un par de veces más, cada intento me acerca un poco más a la comprensión de la espada. Cada runa que invoco revela un nuevo aspecto de su poder. Congelo el suelo, observando cómo la escarcha se extiende lentamente bajo mis pies, creando un patrón geométrico que brilla en la luz del sol. Luego, enfrió el ambiente a mi alrededor, la temperatura descendiendo notablemente, hasta que el aire se torna casi palpable, cargado con un frío penetrante que hace que mis respiraciones se conviertan en pequeñas nubes de vapor.

El siguiente intento es el más espectacular: envuelvo la hoja de la espada en llamas, una danza de fuego que refleja mi esfuerzo y mi determinación. El calor es intenso, casi abrasador, pero no me quema. Sé que no lo hará.

Las llamas crean sombras inquietantes en las paredes del patio, y el resplandor dorado convierte la escena en una visión apocalíptica.

Finalmente, decido probar algo más audaz. Concentrando toda mi energía, abro una pequeña brecha en el suelo. La grieta se expande lentamente, revelando una profundidad oscura que parece devorar la luz. Este último truco me hace detenerme, una mezcla de adrenalina y un instinto primordial me dice que este poder es demasiado peligroso para ser manejado sin una mayor comprensión.

La grieta se cierra poco después, el suelo vuelve a su estado normal. Me inclino hacia adelante, mi respiración agitada y mi cuerpo temblando ligeramente. La fatiga se apodera de mí, y mi mente, aunque nublada, está llena de una satisfacción que contrasta con el agotamiento físico. No puedo más, y la necesidad de descansar es abrumadora.

Siento que el mundo se tambalea a mi alrededor y la visión se me nubla. La espada, que ha sido mi compañera constante en estos últimos momentos, cae con un sonido sordo al suelo, a mi lado. Un mareo abrumador me invade, y mis piernas empiezan a flaquear, incapaces de sostener mi peso.

En ese preciso instante, siento unas manos firmes y reconfortantes que me sujetan. Logan está a mi lado, sus brazos fuertes me envuelven y me elevan con una seguridad que resulta un alivio en medio de mi debilidad. Su voz, suave pero llena de autoridad, me llega como un ancla en medio del torbellino de mi agotamiento.

—La tengo —me susurra, su aliento cálido en mi oído—. Señores, hemos terminado por hoy. Recoged esto mientras acompaño a la señorita MacKinnon a sus aposentos.

Las palabras de Logan me llegan como un eco distante, pero su cercanía es un consuelo tangible. Su abrazo protector y la fuerza de sus brazos me hacen sentir segura, aunque apenas pueda mantener los ojos abiertos. El aire frío del patio es un contraste agudo con el calor de su cuerpo, y me resulta un alivio agriado, que apenas puedo disfrutar.

A medida que nos movemos hacia el interior del castillo, el suelo bajo mis pies parece más estable, aunque el cansancio sigue envolviéndome como una manta pesada. Cada paso que doy con la ayuda del Laird es un recordatorio de mi propio límite físico, pero también de la determinación que me ha llevado hasta aquí.

Las sombras de los pasillos del castillo parecen moverse a nuestro alrededor, y las luces tenues de las antorchas lanzan reflejos dorados que se mezclan con mi visión borrosa. Mi mente está en una niebla confusa, luchando por mantenerse despierta mientras Logan me guía con firmeza, su presencia constante y tranquilizadora.

Capítulo 9

Finalmente, llegamos a mi habitación. Logan me acomoda suavemente en una silla cercana, y sus manos, aún firmes, me ayudan a estabilizarme. La puerta se cierra tras él con un suave clic, y en el silencio que sigue, el cansancio y el alivio se entrelazan en un abrazo que me hace querer hundirme en el descanso absoluto.

—Gracias —murmuro con voz temblorosa, sintiendo la gratitud y la extenuación al mismo tiempo. La palabra sale de mis labios como un susurro, cargada de la mezcla de agotamiento y reconocimiento por su ayuda.

Logan asiente, una sonrisa comprensiva se dibuja en su rostro. Sin embargo, sus ojos permanecen vigilantes, atentos a cualquier señal de que me sienta peor. Su mirada tiene una intensidad que revela su preocupación sincera, y me reconforta de una manera inesperada.

—No pretendía agotarla, debí darme cuenta de su estado y haberla detenido antes de llegar a este punto —dice con una voz cargada de pesar. Sus palabras, aunque llenas de arrepentimiento, también llevan un tono de admiración—. Pero lo que puede hacer es... impresionante.

Nos quedamos en silencio, el peso de sus palabras se mezcla con mi esfuerzo por recomponerme. La sensación de náuseas lentamente se disipa, y me concentro en recuperar mi equilibrio. La habitación parece llenar el espacio con una quietud que me permite calmarme.

Finalmente, Logan rompe el silencio con un tono ligero, intentando cambiar el tema.

—Luke y usted... parece que se han vuelto íntimos. Ambos se tutean —dice, su tono ligeramente juguetón.

Me encojo de hombros con una mueca que intenta reflejar ligereza.

—Es más divertido insultarse así —digo, tratando de sonar divertida a pesar de la debilidad en mi voz.

Logan suelta una risa grave que resuena en la habitación, una risa cálida que parece llenar el espacio con un aire de camaradería.

—¿Podría hacerlo yo también? Tutearla.

Me incorporo un poco en la silla, mis mareos han disminuido, aunque aún me siento algo desorientada. Lo miro a los ojos, esos ojos azules como mares que parecen reflejar un profundo entendimiento. Su cabello azabache cae desordenadamente sobre su frente, dándole un aire de intensidad que no puede ocultar sus facciones marcadas y su presencia imponente.

—Claro —digo, con una voz que aún refleja el agotamiento acumulado, pero trato de infundirle una determinación que no quiero perder. Miro a Logan directamente, intentando mantenerme firme—. ¿Significa eso que yo también puedo tutearte?

Logan sonrío, esa expresión suya que mezcla calidez y diversión, como si hubiera esperado que dijera eso.

—Nada me gustaría más.

Le devuelvo la sonrisa, aunque siento cómo mi cuerpo va cediendo poco a poco al cansancio. Parpadeo lentamente, y mis ojos tardan más de lo normal en volver a abrirse. Es como si el agotamiento me estuviera venciendo en cada momento, y el Laird, siempre tan observador, se da cuenta de inmediato.

—Que descanses, Blair —dice con suavidad, su voz baja y tranquilizadora mientras se dirige hacia la puerta—. Mañana seguirás con tu entrenamiento, aunque me ocuparé de que no sea tan duro como estos días.

Su promesa me reconforta, pero no puedo evitar sentir preocupación. Sé que aún me queda mucho por aprender y dominar, y aunque mi cuerpo esté agotado, una parte de mí sigue con hambre de avanzar. Sin embargo, en ese momento, lo único que puedo hacer es asentir lentamente, dejando que el peso del día caiga sobre mí. Mientras Logan cierra la puerta tras de sí, me doy cuenta de que no solo me he ganado un poco más de control sobre la espada, sino también sobre la confianza de aquellos que me rodean.

Mis ojos se cierran de nuevo, esta vez con la certeza de que al menos por esta noche puedo dejar de lado el peso de la responsabilidad... solo por unas horas.

A la mañana siguiente, me dirijo al campo de entrenamiento esperando encontrarme con Luke, como siempre. Sin embargo, al llegar, mi corazón da un vuelco. No es Luke quien está allí, sino Logan, de pie en el centro del campo, con los brazos cruzados sobre el pecho, observando todo a su alrededor con esa calma que parece imperturbable.

Una oleada de nerviosismo me invade de inmediato. Con Luke, había encontrado un ritmo. Sabía cómo lidiar con sus correcciones constantes y su humor seco, incluso con las miradas de desaprobación que a veces me lanzaba. Pero Logan... Logan es otra cosa. Es el Laird. Y no solo eso, hay algo en su presencia que me afecta de una manera que no termino de entender. Sus ojos azules, siempre tan penetrantes, me miran ahora con una atención que me hace sentir vulnerable.

Intento mantener la compostura mientras me acerco, pero siento cómo la presión en mi pecho aumenta con cada paso. Respiro profundamente, recordando que he pasado por días mucho más agotadores que este, que he sostenido en mis manos una espada cargada de poder que podría destruirlo todo a su alrededor. Y sin embargo, la presencia de Logan es lo que realmente me desconcierta.

—¿No nos acompaña Luke hoy? —digo en un intento de sonar casual, aunque sé que mi voz tiembla un poco.

Logan sonríe, esa sonrisa suya que parece leerme el alma.

—Luke está ocupado con otros asuntos hoy. Así que tendrás que conformarte conmigo.

"Conformarme", pienso, mientras el nudo en mi estómago se aprieta más. Asiento, tratando de parecer tranquila, pero mis manos empiezan a sudar al envolver el mango de la espada de madera.

—Bien, entonces. Estoy lista.

Lo estoy, o al menos eso me digo. Pero cuando Logan desenfunda su propia espada, una que parece menos ornamental de lo que imaginaba para un Laird; y se planta frente a mí, sé que esto será diferente a cualquier otra cosa que haya experimentado. La intensidad en sus ojos me hace sentir como si cada uno de mis movimientos estuviera siendo juzgado, no solo por su habilidad, sino por lo que revelan de mí.

—Primero, la postura —dice, y su voz grave me resuena en el pecho.

Me coloco como Luke me ha enseñado, tratando de recordar cada corrección que me ha hecho en las últimas semanas, pero bajo la mirada de Logan, todo se siente torpe y forzado. Corrige la posición de mis pies con un gesto rápido, y cuando su mano roza brevemente mi brazo para ajustar mi postura, un escalofrío me recorre.

—Relájate, Blair —dice en un tono que es a la vez amable y autoritario—. No estoy aquí para hacerte tropezar.

"Pues lo parece", pienso, aunque me muerdo la lengua antes de decirlo. Logan se mueve con una gracia y facilidad que casi me intimida, pero me esfuerzo por concentrarme en lo que he aprendido, en lo que sé que puedo hacer. Con Luke, siempre ha sido una batalla de resistencia, de empujarme al límite. Pero con Logan, siento que estoy en una prueba diferente, una prueba en

la que no solo mi habilidad está siendo evaluada, sino también mi capacidad para mantener la calma bajo presión.

—Vamos, ataca —me dice de repente, y mi mente se queda en blanco por un segundo.

Levanto la espada, una de verdad, aunque no es *Cridhe an Tìre*, inhalo profundamente y me lanzo hacia él.

Mis pies se mueven casi por instinto, avanzando hacia Logan con la espada en alto. Trato de recordar todo lo que he aprendido, enfocándome en la posición de mi cuerpo y en la fuerza de mis movimientos. Logan me observa con atención, sus ojos azules fijos en mí, y su expresión serena pero alerta.

Al llegar a su alcance, lanzo un golpe dirigido a su costado izquierdo. Con una facilidad asombrosa, él bloquea mi ataque, el sonido metálico de las espadas chocando resuena en el aire. Sin darme tiempo a reaccionar, contraataca con un movimiento rápido hacia mi hombro derecho. Apenas logro levantar mi espada a tiempo para desviar el golpe, y el impacto hace que mis brazos tiemblen por el esfuerzo.

—No dudes —me advierte con voz firme—. Si dudas, mueres.

Asiento rápidamente, tratando de mantener la compostura. Respiro profundamente y me lanzo de nuevo, esta vez intentando ser menos predecible. Giro sobre mis talones y trato de sorprenderlo con un ataque lateral. Logan sonríe ligeramente, como si apreciara mi intento, pero nuevamente bloquea mi golpe sin esfuerzo aparente.

La frustración comienza a acumularse, pero también siento una chispa de determinación encenderse dentro de mí. Decido cambiar de táctica. Recuerdo uno de los movimientos que Luke me enseñó para desequilibrar al oponente. Fingiendo un ataque frontal, cambio de dirección en el último segundo y dirijo mi espada hacia su pierna. Por un instante, creo que he logrado sorprenderlo, pero Logan salta hacia atrás con agilidad, evitando mi ataque por centímetros.

—Mejor —admite, y en sus ojos veo un destello de aprobación.

El sudor resbala por mi frente y mi respiración se acelera, pero no puedo detenerme ahora. A pesar del cansancio, hay una emoción creciente en enfrentarme a él. Cada intercambio es una lección, cada bloqueo y contraataque me enseñan más sobre mí misma y sobre mis propias capacidades.

Logan toma la iniciativa esta vez. Su espada se mueve con una rapidez y precisión que me obligan a retroceder. Bloqueo un golpe tras otro, mis brazos empiezan a doler por el esfuerzo. Finalmente, en un movimiento que no logro anticipar, logra desarmarme. Mi espada cae al suelo con un sonido sordo, y me encuentro frente a él, vulnerable.

—Siempre debes estar preparada para lo inesperado —me dice suavemente, bajando su espada.

Mi corazón late con fuerza, no solo por el esfuerzo físico sino por la intensidad del momento. Me agacho para recoger mi espada, sintiendo el rubor en mis mejillas.

—Eres muy rápido —admito con una sonrisa tímida.

—La experiencia ayuda —responde con modestia—. Pero tienes buen instinto. Con más práctica, podrías superarme —dice, aunque sé que eso es imposible.

Un silencio cómodo se instala entre nosotros. El sol está alto en el cielo ahora, y el calor empieza a hacerse notar. Logan guarda su espada y se acerca un paso más.

—Creo que es suficiente por hoy —dice él, su voz grave y tranquila, con un toque de autoridad que me hace tensar los hombros—. No quiero agotarte de nuevo.

Intento disimular el agotamiento que me invade, aunque sé que él lo nota. Mis músculos están tan tensos como cuerdas a punto de romperse, pero no quiero parecer débil.

—Estoy bien —respondo rápidamente, casi de forma automática. Me esfuerzo en mantener la compostura, pero la verdad es que mi cuerpo grita por descanso. El sudor recorre mi frente y siento el latido de mi corazón en las sienes.

Logan alza una ceja, claramente no convencido. Hay algo en su mirada, una mezcla de cuidado y firmeza que me hace sentir expuesta. Sus ojos, tan intensos como siempre, parecen atravesarme. Da un paso más hacia mí, acortando la distancia, y el aire se vuelve denso a mi alrededor.

—Aun así, es importante saber cuándo detenerse —insiste, pero esta vez lo hace con una sonrisa suave, como si quisiera tranquilizarme. Y luego, sin más preámbulo, comienza a corregir mi postura. Se mueve con una seguridad tranquila que me hace sentir nerviosa y vulnerable al mismo tiempo—. La próxima vez recuerda mejor las posiciones.

Puedo sentir su calor antes incluso de que me toque, como una advertencia que mi cuerpo no sabe cómo procesar. Logan me coloca los brazos con firmeza, sus dedos rozando mi piel con una delicadeza inesperada. El contacto me sobresalta, y aunque intento concentrarme en lo que está diciendo, mi mente empieza a dispersarse. Cada roce es un recordatorio demasiado claro de su cercanía.

—Debes clavarte al suelo como un roble —continúa, y esta vez sus manos descienden hasta mis piernas. Sus palmas recorren mis pantorrillas y luego mis muslos, dándome pequeños golpecitos para que sienta mis músculos activarse bajo su toque—. No deben moverte tan fácilmente.

Las palabras flotan a mi alrededor, pero apenas las escucho. Mi respiración se acelera sin que pueda controlarla, y el calor se acumula en mi pecho. Mis pensamientos, que deberían estar enfocados en corregir mi postura, se desvían hacia el hecho de que sus manos están sobre mí, que me toca con una familiaridad que no esperaba. Cada vez que sus dedos rozan mi piel, siento un leve escalofrío.

Maldición, ¿por qué me afecta tanto?

Intento mantener la concentración, pero no puedo evitar que mi cuerpo reaccione. Estoy alerta, cada uno de mis sentidos hipersensibilizado. No es solo el cansancio físico lo que me abruma; es la cercanía de Logan, la forma en que sus dedos se posan sobre mí, firmes pero suaves. Me doy cuenta de que estoy conteniendo el aliento, y cuando finalmente lo suelto, es casi como si fuera un suspiro.

—Así está mejor —comenta Logan, su voz tan cerca de mi oído que provoca un escalofrío que recorre mi espalda. Siento el calor de su proximidad, y aunque sus palabras son calmadas, no consigo relajarme. Estoy rígida, casi petrificada, y aunque sé que debería concentrarme en la postura, hay algo en el ambiente, algo que no logro identificar.

Me obliga a bajar la guardia sin esfuerzo, pero no puedo evitar la tensión que se acumula en mis hombros. Trato de hacer un esfuerzo consciente por enfocarme en sus correcciones, pero es imposible ignorar el efecto que su cercanía tiene en mí. Lo miro de reojo, buscando algún indicio en su rostro de que él también lo siente, que no soy solo yo. Su expresión, sin embargo, sigue siendo imperturbable, seria y profesional, como si lo que acaba de suceder entre nosotros no fuera más que parte del entrenamiento.

Aunque, por un segundo, creo ver un destello en sus ojos que me hace pensar que no ha sido solo cosa mía. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, acelerado, y el silencio que nos envuelve se vuelve más pesado, cargado de algo que ninguno de los dos parece dispuesto a nombrar.

No se separa de mí todavía. Sus manos permanecen cerca, su presencia tan fuerte que parece envolverme por completo. Todo lo demás desaparece, como si solo existiéramos él y yo en este

momento. Mis sentidos están completamente alerta, conscientes del ritmo de su respiración, de la leve presión de sus dedos sobre mi piel. El mundo a nuestro alrededor se desvanece, hasta que el sonido de pasos apresurados irrumpe en el patio.

Pero entonces, el sonido de pasos apresurados irrumpe en el patio, rompiendo la tensión como una explosión. Me sobresalto, el aire parece volver a mis pulmones de golpe, y Logan se aparta un poco, su atención desviada hacia el recién llegado.

Un guardia se acerca rápidamente, su expresión tensa. Le habla en gaélico, y aunque al principio las palabras fluyen rápidamente, sin darme tiempo a procesarlas, llevo el suficiente tiempo aquí como para comprender lo esencial de lo que están diciendo. Hay un problema en la frontera. Algo relacionado con los clanes vecinos.

—My Laird, necesitamos su presencia inmediatamente —insiste el guardia, visiblemente nervioso—. Ha habido otro ataque. Cada vez se acercan más.

El aire parece congelarse con esas palabras. En un instante, el ambiente de tensión entre nosotros desaparece, reemplazado por la gravedad de la situación. Logan no titubea, su expresión se endurece de inmediato, y se transforma ante mis ojos. El hombre que hace solo unos segundos estaba ajustando mis movimientos con calma y cercanía se convierte en el Laird, en el líder que su gente necesita. Pero antes de marcharse, sus ojos se posan en los míos, brevemente, como si me estuviera pidiendo paciencia o asegurándome que esto no ha terminado. Hay algo en esa mirada que no se disipa, una promesa muda, una conexión latente que sigue ahí.

Es solo un segundo, un susurro entre ambos que no logro descifrar, antes de que se aleje, siguiendo al guardia sin mirar atrás. El vacío que deja a su paso parece expandirse a mi alrededor, y me quedo inmóvil, tratando de comprender lo que acaba de ocurrir. Las emociones me envuelven, pero no tengo tiempo para quedarme atrapada en ellas.

Capítulo 10

Más tarde, vuelvo a verle en el banquete. Mi mirada lo sigue automáticamente cuando entra al gran comedor con paso apresurado, acompañado por Luke. Logan lleva la misma ropa que en el entrenamiento de esta mañana, sucio y con manchas de polvo. No ha tenido tiempo de cambiarse; claramente, acaba de regresar de lo que sea que haya ocurrido allá afuera. Otros hombres acuden rápidamente a su llegada, formando un pequeño tumulto a su alrededor. Sus rostros reflejan preocupación, y las preguntas que le lanzan son en murmullos tensos, cargados de incertidumbre.

Desde la mesa, los observo desde la distancia, mientras mi plato permanece frente a mí, apenas tocado. La comida, por alguna razón, parece menos apetecible ahora. Mis pensamientos están enredados en todo lo que ha pasado hoy: el entrenamiento, el poder de la espada, y ese momento con Logan.

Mis ojos lo siguen de nuevo, incapaces de apartarse. El Laird, fuerte y decidido, parece más distante ahora, rodeado por sus hombres y las responsabilidades de su puesto. Su imponente figura, que antes se inclinaba sobre mí con tanta cercanía, ahora parece inalcanzable. Espero pacientemente, observando cómo las personas que lo rodean comienzan a dispersarse. Es mi oportunidad.

Me acerco, tratando de controlar el nerviosismo que se cuele por mi piel. Al notar mi presencia, Logan me dedica una mirada cortés, aunque sus ojos están cansados, sombríos, como si llevaran el peso de mil preocupaciones. No parece estar de humor para charlas, pero tampoco quiere ser maleducado. El ambiente a su alrededor sigue tenso, y aunque la gran sala está llena de gente, el aire se siente opresivo, como si todos estuvieran conteniendo el aliento.

—¿Va todo bien? —me atrevo a preguntar, sin rodeos, mi tono directo.

Logan me responde con una sonrisa tensa, tan falsa que casi me duele verla. Es evidente que, detrás de esa fachada, algo va terriblemente mal.

—De maravilla —responde con un tono sarcástico, la ironía evidente en su voz.

Suspiro y me siento a su lado, puesto que ya lo he hecho otras veces, no resultará tan escandaloso si alguien se fija en nosotros.

—Si voy a ayudarte a encontrar la paz entre clanes, debes decirme a qué nos enfrentamos —digo, mi voz más baja pero firme—. ¿Qué está ocurriendo ahí fuera? ¿Qué es eso de los ataques?

Logan me mira, visiblemente sorprendido por mi pregunta. Sus ojos, que hace solo un momento eran fríos y calculadores, ahora se llenan de un brillo de sospecha. Me examina, buscando algo, tal vez preguntándose hasta qué punto me he enterado de lo que sucede a su alrededor.

—Creía que no entendías gaélico —comenta, su tono un poco más afilado, como si hubiera descubierto algo que no esperaba. Hay una pizca de recelo en su mirada, como si no estuviera seguro de si confiar en mí por completo.

Yo me encojo de hombros, tratando de suavizar la tensión con una media sonrisa. No es momento de parecer demasiado seria, aunque sé que la situación es más complicada de lo que puedo imaginar.

—Se me dan bien los idiomas —respondo con naturalidad, sabiendo que mi habilidad para entender más de lo que aparento podría ser tanto una ventaja como un riesgo.

Nos quedamos en silencio por un momento, y veo que Logan vacila. Pero entonces se reclina

ligeramente en su silla, sus hombros caídos bajo el peso de la preocupación. El banquete sigue en marcha, pero su atención está completamente centrada en la conversación que estamos teniendo. A pesar de la animada charla que llena la sala, me siento como si estuviéramos en una burbuja de silencio, aislados de todo lo demás.

—La situación con los otros clanes es más grave de lo que imaginaba —empieza, su voz cargada de gravedad. Sus ojos, normalmente tan seguros, parecen cansados, como si estuvieran cargando un peso que no puede soltar—. Durante años, hemos intentado mantener la paz, pero últimamente todo ha cambiado. Los desacuerdos entre nosotros y los otros clanes se han vuelto cada vez más frecuentes. La discordia ha crecido como una plaga, extendiéndose a cada rincón de nuestras relaciones.

Su mirada se endurece, y puedo ver la frustración y la desesperación en su rostro. No es solo la carga de liderazgo lo que lo agobia, sino también la realidad cruel de una situación que parece escapar de su control.

—Los otros clanes ya no están interesados en la paz —continúa, el tono de su voz revelando la amarga verdad—. Se sienten amenazados, no sólo por nuestra fortaleza, sino por el poder que cada uno de ellos busca controlar. Cada enfrentamiento ha escalado más allá de una simple disputa. Ahora, todo se trata de poder y dominación. Los viejos acuerdos han sido olvidados, y los que una vez fueron aliados ahora nos ven como enemigos.

Pausa un momento, tomando aire profundamente. Su expresión es un retrato de la desesperanza, y puedo sentir el peso de sus palabras.

—Si esto sigue así, la única resolución que nos espera es un enfrentamiento directo —añade, su voz quebrándose ligeramente—. Los ataques recientes son solo el principio. Cada uno de ellos es una señal de que las cosas están a punto de explotar en una guerra que no podremos evitar. Si no logramos restaurar algún tipo de equilibrio, no habrá más opción que luchar hasta el final. Y si eso ocurre, la muerte nos esperará a todos, ya sea en el campo de batalla o en la desolación de un futuro sin esperanza.

Sus palabras resuenan en el aire, cargadas de una intensidad que casi puedo tocar. El miedo y la determinación se entrelazan en su mirada, y siento una profunda empatía por la carga que lleva. La paz, que antes parecía un objetivo alcanzable, ahora parece un sueño lejano.

—¿No hay ninguna posibilidad de reconciliación? —pregunto, mi voz temblando ligeramente ante la sombría perspectiva que presenta—. ¿No hay algo que pueda hacerse para evitar este destino?

Logan me mira, sus ojos reflejando un torbellino de emociones. Hay un momento de silencio, como si estuviera sopesando cuánto debería revelar.

—Hay intentos, claro —dice finalmente, su tono algo más suave—. Hay negociaciones en marcha, y algunos clanes aún buscan acuerdos. Pero la confianza se ha roto, y las heridas de viejas disputas son difíciles de sanar. Todo parece estar en equilibrio sobre un hilo muy delgado. Y luego estás tú.

Ladeo la cabeza, pensativa, tratando de procesar el peso de sus palabras.

—Quieres utilizar el poder de la espada para que se echen atrás. Quieres que vean que tienes el poder de la espada legendaria en tus manos —digo, adivinando el motivo detrás de su estrategia.

Logan sacude la cabeza lentamente, una expresión de reflexión en su rostro.

—No exactamente —responde—. Mi objetivo no es intimidar, sino ofrecer una prueba de que la leyenda de *Cridhe an Tìre* es más que un simple mito. Mi esperanza es que, al revelar el poder real de la espada, los clanes vean que la paz es la opción más sensata. La espada fue forjada para

unir estas tierras, no para dividir las más.

Sus palabras están cargadas de una sinceridad que apenas puedo ignorar, pero no puedo evitar un escalofrío al pensar en las posibles consecuencias.

—Eso, o codiciarán su poder y vendrán con más fuerza que antes —digo, alarmada por el posible giro que esto podría tomar.

Logan se toma un momento para considerar mi preocupación, su expresión mostrada una mezcla de determinación y preocupación.

—Sí, eso también podría pasar —admite—. La codicia es una fuerza poderosa y peligrosa. Pero prefiero no pensar en lo peor. Prefiero aferrarme a la esperanza de que mostrar la verdad de la espada llevará a los clanes a reconsiderar sus objetivos. Si el poder de *Cridhe an Tìre* puede inspirar un cambio, entonces vale la pena intentarlo.

Sus palabras resuenan en mí, llenándome de una mezcla de esperanza y preocupación. Aún no puedo creer que me haya involucrado en una historia digna de una leyenda, pero aquí estoy, inmersa en una aventura que desafía la realidad.

Sigo el impulso de alzar mi copa de vino, el líquido rojo resplandeciendo bajo la luz de las velas.

—Por los cambios, entonces —digo, mi voz un poco más vibrante de lo que pretendía.

Logan sonríe genuinamente, la expresión en sus ojos revelando un destello de alivio y aprecio. Choca su copa contra la mía con un tintineo que parece sellar nuestra promesa de enfrentar juntos lo que venga.

—Por los cambios —responde, su tono impregnado de una determinación que comparto.

A medida que la noche avanza, nos dejamos llevar por la música en directo que llena el gran comedor con un ritmo animado. El vino fluye y las risas se mezclan con las melodías, creando un ambiente de celebración que contrasta con las tensiones subyacentes. La calidez de la compañía y el suave aroma de la comida me envuelven, haciendo que me sienta momentáneamente desconectada de las preocupaciones que han estado pesando sobre mí.

No es hasta que me levanto para ir a mis aposentos que me doy cuenta de cuánto ha afectado el alcohol. Mis pasos son inciertos, y el mundo a mi alrededor gira ligeramente, como si estuviera en un sueño ligero. La risa y la música del gran comedor parecen distantes, envolviéndome en una especie de niebla etérea.

Cuando comienzo a caminar, una figura se materializa a mi lado, deslizándose su mano en mi brazo con una firmeza que, aunque gentil, me asegura que no estoy sola. Logan, aunque claramente también afectado por el vino, parece mucho más controlado que yo. Su andar es estable, y su presencia a mi lado es tranquilizadora.

—Te acompaño a tus aposentos —dice, su voz suave pero clara, con un leve dejo de diversión que hace eco en su tono.

Intento sonreír, aunque me sale más como una mueca. La cercanía de Logan me resulta extraña pero reconfortante. Su presencia parece estabilizar el vaivén de mis pensamientos y el tambaleo de mi andar.

—No hace falta... —murmuro, pero mi voz se quiebra, revelando lo cansada que estoy—. Puedo hacerlo sola.

Logan me mira con una mezcla de ternura y determinación, sus ojos, a pesar de estar ligeramente vidriosos, siguen siendo atentos y protectores.

—Lo sé —responde—. Pero me parece que podrías necesitar un poco de ayuda para llegar hasta allí sin más tropiezos.

Me hace una ligera inclinación de cabeza hacia el pasillo, sugiriendo que lo siga. Mientras

avanzamos, la conversación entre nosotros es mínima, pero hay una comodidad en el silencio compartido. El pasillo del castillo está iluminado solo por la luz tenue de las antorchas, creando sombras danzantes en las paredes.

Cuando llegamos a mis aposentos, el alcohol en mi sistema parece amplificar todo, cada sensación, cada roce. La puerta se cierra tras nosotros con un suave clic, y el cambio de ambiente es inmediato. La calidez de la habitación es un contraste acogedor con el fresco pasillo, y la luz de las velas proyecta sombras suaves en las paredes.

Logan se mantiene cerca, su proximidad se siente como una presencia palpable. Mientras nos movemos hacia el centro de la habitación, me doy cuenta de lo cerca que está, demasiado cerca. El aroma de su piel y el leve calor de su cuerpo se mezclan con el mío, creando una atmósfera cargada de una tensión inesperada.

Cuando me doy la vuelta para agradecerle de nuevo, nuestros cuerpos casi se tocan. Mi respiración se vuelve irregular, cada inhalación parece ser más profunda de lo necesario. Me siento abrumada por la proximidad, por el calor que emana de él, que empiezo a pensar no tiene nada que ver con el vino.

—Creo que... —empiezo, intentando mantener la compostura, pero mi voz sale temblorosa y no consigo terminar la frase.

Logan me mira con esos ojos azules, ahora oscurecidos, y un escalofrío me recorre. Sin embargo, se separa de mí.

—Deberías descansar —dice Logan, su voz rasposa y cargada de una intensidad que apenas puedo comprender. Sus ojos azules, tan profundos como el océano, me miran con una mezcla de preocupación y algo más, algo que no logro descifrar.

Me encuentro mirándolo embobada, incapaz de apartar la vista de sus rasgos perfectamente esculpidos, de la forma en que su cabello oscuro cae en mechones desordenados sobre su frente. Es como si el alcohol hubiera desdibujado la línea entre la realidad y la fantasía, y yo estuviera atrapada en una ensoñación.

—Sí... claro —consigo murmurar, mi voz temblorosa como una hoja al viento. Me siento completamente idiota, con el rostro enrojecido, pero él no parece notar mi incomodidad.

Logan asiente, su expresión ahora más seria, y da un paso atrás, la distancia que crea me permite respirar con más facilidad. Se da la vuelta, y antes de partir, se detiene un momento para lanzarme una última mirada cargada de un sentimiento que no logro identificar.

—Buenas noches, Blair —susurra, y luego se aleja con pasos firmes y decididos, dejando el pasillo vacío y mi corazón aún palpitante por la reciente cercanía.

Me giro lentamente hacia la puerta de mis aposentos, sintiendo el peso del alcohol y la confusión emocional que me embarga. Entro en mi habitación, cierro la puerta con suavidad y me dejo caer contra la pared, tratando de recomponerme mientras el eco de sus palabras y su presencia persiste en mi mente.

La calma que intento recuperar se disuelve en el instante en que una sombra se lanza hacia mí. No tengo tiempo de reaccionar. Un hombre enmascarado, con una furia desbordante en sus ojos, avanza hacia mí con un cuchillo afilado en mano. La oscuridad y el alcohol nublan mis sentidos, pero el terror es claro y despiadado.

Mis gritos se ahogan en un susurro cuando el atacante se abalanza sobre mí. Me tambaleo hacia atrás, chocando contra el borde de la mesa. Intento buscar algo que usar como arma, pero mis movimientos son torpes y descoordinados. La sombra de su figura oscura el espacio, y su cuchillo brilla peligrosamente a la luz de la luna que se filtra por la ventana.

Siento el frío del acero al rozar mi piel, un escalofrío gélido que hace que mi piel se erice. A

duras penas, consigo bloquear su ataque con una de las sillas, pero la fuerza del golpe me hace tambalear. El miedo se mezcla con la adrenalina y el alcohol, haciéndome sentir como si estuviera moviéndome a través de un sueño aterrador.

Con un esfuerzo desesperado, logro levantar una lámpara de aceite y la lanzo hacia él. La luz y el aceite caen, creando una pequeña explosión de llama que lo obliga a retroceder. Aprovecho la oportunidad para recuperar el equilibrio y buscar algo más para defenderme.

Cuando la luz se estabiliza, el atacante parece vacilar por un instante. Aprovecho la oportunidad para recuperar una daga que escondí en cuanto me la entregaron. Mis manos tiemblan incontrolablemente, pero el instinto de supervivencia me empuja a actuar con desesperación.

—¡Aléjate de mí! —mi voz, más firme de lo que me siento, resuena en la habitación.

El atacante no se detiene. Con un grito lleno de odio y desesperación, se abalanza hacia mí, su figura oscura enmarcada por la luz tenue de la lámpara caída.

—¡Bruja! —su voz rasposa y furiosa llena el aire—. ¡No tienes nada que hacer aquí!

Con un grito ahogado, salgo corriendo del cuarto, el corazón desbocado. Mis pasos son torpes y tambaleantes, el alcohol haciendo que el suelo parezca girar. Cada movimiento me cuesta esfuerzo, pero la desesperación me empuja hacia el pasillo. Mi mente busca a Logan, que debe estar cerca. Su presencia es la única esperanza que tengo en este momento.

No he avanzado mucho cuando siento una mano fría agarrando mi brazo. Me vuelvo rápidamente, con la daga en alto, y veo al atacante otra vez. Su rostro está distorsionado en una mueca de furia, sus ojos llenos de una rabia que parece casi primitiva.

Con la daga temblando en mis manos, intento mantenerme firme mientras el atacante avanza. La adrenalina y el miedo me hacen sentir más alerta. Cada músculo en mi cuerpo está tenso, mis pensamientos se vuelven difusos y el único objetivo es sobrevivir.

—¡No te acerques más! —grito, mi voz casi desgarrada por el pánico.

Mi mano tiembla mientras alzo la daga, intentando mantenerla firme. El atacante, una sombra amenazante en la penumbra, no se detiene. Avanza hacia mí con una furia ciega, su rostro retorcido en una mueca de odio. No tengo tiempo para pensar, solo para actuar.

En un movimiento instintivo, clavo la daga en el atacante. La hoja entra con un sonido sordo, y su cuerpo se estremece antes de quedar inmóvil. El hombre se queda quieto por un momento, el odio en sus ojos desvaneciéndose lentamente. Unas gotas de sangre manchan el suelo a mis pies. Su cuerpo se desploma sin vida, y el peso de la daga parece hacerme caer con él, aunque me esfuerzo por mantenerme de pie.

El pánico y la adrenalina me embargan, haciendo que el mundo alrededor parezca girar. El suelo parece estar a punto de desmoronarse bajo mis pies, pero antes de que pueda desmoronarme también, una figura familiar aparece en el pasillo.

Logan aparece con una velocidad y una determinación que me sorprenden. Su presencia imponente llena el espacio, y sus ojos se clavan en el atacante caído y luego en mí. Su rostro, normalmente tan controlado, ahora muestra algo parecido al pánico.

—¡Blair! —exclama con una urgencia que rara vez he oído en su voz—. ¿Estás bien?

No puedo responder de inmediato. Estoy demasiado aturdida, el miedo y el cansancio se mezclan en mi mente. Logan avanza rápidamente hacia mí, sus pasos firmes y seguros. Cuando llega a mi lado, su mirada se torna meticulosa, buscando signos de heridas o daño.

—Estás herida —dice, su voz baja pero llena de intensidad.

Mi mano aún sostiene la daga temblorosa, y la sangre en la hoja me recuerda la crudeza del momento. Aunque trato de hablar, mi voz sale apenas como un susurro.

—No... no estoy herida —digo, mi voz quebrada—. La sangre no es mía.

—No, sí que lo estás —corrige él con firmeza—. Tienes un corte profundo en el costado.

El dolor se hace presente de inmediato, como si las palabras de Logan hubieran desencadenado una tormenta en mi cuerpo. Miro hacia abajo, y la visión del borde de mi vestido empapado en sangre me hace sentir un mareo creciente. La herida está oculta bajo mi ropa, pero el calor y el ardor son inconfundibles.

Logan actúa con una eficiencia que no deja espacio para dudas. Con manos firmes, me levanta del suelo y me lleva en volandas por el pasillo. Nos encontramos con varios guardias a los que ordena que se ocupen del cuerpo del asaltante, que examinen mi habitación y que busquen por todo el castillo en caso de que hubiera alguien más metido en esto.

Logan me lleva a su habitación y me tumba en su cama.

—No puedo creer que no lo hayas sentido antes —murmura, mientras comienza a desatar con delicadeza el costado de mi vestido para exponer la herida—. Esta clase de cortes no deberían ignorarse.

Me esfuerzo por mantener la calma mientras él trabaja, el dolor punzante y el frío de la herida son una combinación abrumadora. Sus manos son firmes pero suaves, y su concentración es total. Cada movimiento es metódico, con una precisión que refleja su habilidad y experiencia.

Sin embargo su semblante es frío, turbado.

—No debí dejar que esto ocurriera —dice de repente, su tono cargado de una intensidad inesperada—. Voy a matar a cualquiera que esté detrás de esto.

—No es tu culpa —respondo, mi voz apenas un murmullo.

Logan asiente, pero su expresión sigue siendo grave. Con movimientos meticulosos, termina de vendar la herida y se levanta para irse. Sin embargo, antes de que pueda salir, lo detengo al aferrarme a la tela de su kilt.

—Ese hombre... ¿está muerto? —consigo pronunciar las palabras con dificultad, mi cuerpo temblando ante el recuerdo vívido de lo que acaba de suceder—. ¿Le he... matado?

El Laird se arrodilla a mi lado, sus manos tomando las mías con una firmeza reconfortante. Nota la sangre en mis manos y se apresura a limpiarme con un paño, su gesto lleno de preocupación.

—Ese hombre no merecía otra cosa que la muerte, Blair. Has actuado con valentía y has hecho lo que tenías que hacer —dice, su voz grave pero suave—. Has defendido tu vida con coraje.

A pesar de sus palabras, una sensación de vacío y desasosiego me inunda. La adrenalina que me había mantenido alerta y activa está desapareciendo, dejando un rastro de temblores y una sensación de abrumadora fatiga. Mi respiración es irregular, y el sudor frío se acumula en mi frente.

—No me siento valiente —susurro—. Solo siento... miedo.

Logan me observa con una intensidad que me resulta reconfortante y angustiante al mismo tiempo. Sus ojos azules reflejan un entendimiento profundo y una preocupación palpable. Se inclina más cerca, su presencia cálida y sólida a mi lado.

—Es natural sentir miedo después de lo que has pasado. No estás sola en esto —dice—. Lo importante es que estás aquí, que has salido de esto y que te has enfrentado a lo que venía con valentía.

Su cercanía, su voz tranquila, y su mirada comprensiva hacen que una parte de la tensión dentro de mí comience a aflojarse. Aunque la sensación de horror no desaparece por completo, su apoyo ofrece un refugio temporal.

Más tarde, el curandero del castillo llega con una serie de guardias que parecen tener un propósito claro: mantener a Logan informado de los últimos sucesos. Mientras el curandero trabaja en mi herida, aplicando ungüentos y vendajes con una habilidad tranquilizadora, puedo ver a Logan hablando con sus hombres a través de la puerta abierta. Su presencia es inconfundible, la autoridad en su postura, el rastro de preocupación en sus movimientos.

El curandero termina su trabajo, y me siento un poco más aliviada, aunque la sensación de vulnerabilidad persiste. La herida, aunque tratada, sigue ardiendo con un dolor sordo que parece resonar en cada latido. Cuando finalmente me levanto, Logan vuelve a entrar en la habitación, su expresión mezcla de agotamiento y determinación.

—Esta noche la pasarás aquí —anuncia con firmeza, su tono dejando poco margen para la discusión.

Yo levanto la voz, intentando mantener la calma a pesar de la incomodidad que me invade.

—No pienso quedarme en los aposentos del Laird. Estos son tus aposentos, Logan. Dejarme dormir aquí podría tener muchas implicaciones, tanto para ti como para mí. No quiero que se malinterprete.

Logan frunce el ceño, su mirada endureciéndose con una resolución que no puedo cuestionar.

—No pienso perderte de vista. No mientras crea que tu vida corre peligro. Dormiré en la otra sala —dice, y aunque sus palabras están cargadas de preocupación, el tono deja claro que no está dispuesto a ceder.

Siento un torbellino de emociones mientras lo miro. Agradezco su protección, pero también me preocupa el impacto que esto podría tener en nuestra relación y en la percepción de los demás. A pesar de mis reservas, la preocupación en sus ojos y su decisión inquebrantable me hacen comprender que no tengo mucho margen para negociar.

—Está bien —cedo finalmente, con un suspiro que mezcla resignación y agradecimiento—. Si eso es lo que necesitas para sentirte tranquilo, lo aceptaré.

Logan asiente, satisfecho con mi respuesta.

—Gracias por entender —dice con una suavidad inesperada en su voz—. No quiero que te sientas incómoda. Solo quiero asegurarme de que estés a salvo.

Mientras el curandero se aleja, Logan organiza el espacio en la otra sala para que pueda estar lo más cómodo posible. Me dejo guiar a la habitación adyacente, donde me instalo con la ayuda de un par de sirvientes. El cansancio me pesa, y aunque me siento intranquila por la proximidad y las implicaciones, el alivio de saber que Logan está cerca me da una sensación de seguridad en medio de la incertidumbre.

Finalmente, mientras el sueño comienza a reclamarme, el conocimiento de que no estoy sola y la presencia protectora de Logan en el otro cuarto me envuelven en una tenue capa de calma.

Capítulo 11

Paso dos días en cama, en la cama del Laird. Los primeros momentos son un torbellino de dolor, cansancio y confusión. La herida, aunque tratada, me recuerda constantemente su presencia con cada movimiento. Durante el primer día, me resulta difícil no pensar en el episodio de la noche anterior. Cada vez que cierro los ojos, veo el rostro del atacante y siento la sangre en mis manos.

Logan, por su parte, está constantemente a mi lado. Sé que está preocupado, aunque trata de no agobiarme. Pasa tiempo en la habitación, a veces solo observando, otras veces preguntando cómo me siento o simplemente conversando para distraerme. Aunque su presencia es un consuelo, también me hace sentir incómoda, sabiendo que mi estancia en su cama puede ser malinterpretada.

Luke también me hace una visita. Me da la enhorabuena por mi hazaña y, de alguna manera, se atribuye el mérito. Ya que ha sido mi instructor, lo ve como una victoria. Yo no puedo evitar poner los ojos en blanco, aunque en el fondo me alegro de verle.

El segundo día, el dolor disminuye lentamente, pero la incomodidad persiste. Los sirvientes y el curandero vienen y van, revisando mi herida y asegurándose de que esté cómoda. Logan se ha mostrado más relajado, aunque su mirada sigue siendo atenta, y a veces, puedo ver en sus ojos la preocupación que aún no se ha disipado del todo.

Durante las visitas, intento mantener una conversación ligera, tratando de evitar pensar en el impacto de lo ocurrido.

—¿Cómo va todo fuera de aquí? —pregunto una tarde, mientras el sol empieza a filtrarse a través de las cortinas, creando un juego de luces en la habitación que parece danzar a mi alrededor.

Logan, sentado en una silla junto a mi cama, se inclina ligeramente hacia adelante. Su presencia imponente y tranquila contrasta con la inquietud que siento.

—Un poco más de lo mismo —responde, su voz grave y medida—. A veces, parece que estamos al borde de un precipicio.

La tensión en el aire es palpable, y nos sumimos en un silencio que parece cargado de significado. Finalmente, me atrevo a preguntar lo que he estado evitando durante estos días.

—¿Y qué hay del hombre que me atacó? ¿Has... descubierto algo?

La expresión de Logan se torna seria y un matiz de preocupación aparece en su rostro. Su mirada se oscurece, como si este tema le resultara más inquietante que los problemas de los clanes.

—Era un asesino a sueldo —dice, su voz baja, casi como si le costara hablar de ello—. Pero no hemos podido descubrir quién lo envió.

La frustración me hace bufar, hundiéndome en la cama con un suspiro cansado.

—Podría ser cualquiera.

Logan frunce el ceño, la inquietud en sus ojos evidente.

—¿Qué quieres decir?

Yo lo miro incrédula.

—¿Es que no te has fijado en cómo me mira la gente? Me tienen miedo, Logan. Y a veces, yo también, un poco.

Él parece tomar en cuenta mis palabras, su expresión cambiando a una de profunda reflexión. Se levanta lentamente de la silla y se acerca un paso más, como si quisiera cerciorarse de que

cada palabra que dice tenga el impacto adecuado.

—El miedo puede ser una fuerza poderosa —dice finalmente—. No solo hacia ti, sino hacia lo que representas. La espada, lo que simboliza, puede estar atrayendo no solo admiración, sino también desesperación y odio. Deben entender que no tienen por qué temerte.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Como si eso fuera tan sencillo.

Logan me dedica una sonrisa que, aunque tenue, lleva consigo un rayo de calidez. Se sienta en el borde de la cama, su presencia tranquila y reconfortante.

—Algo se nos ocurrirá.

Cuando finalmente me permiten levantarme, el sol se filtra a través de las ventanas, llenando la habitación con una luz cálida que parece animar mi espíritu. Aunque todavía siento un dolor leve en el costado, la herida ha sanado lo suficiente como para que pueda moverme sin demasiado problema. El personal del castillo me ayuda a vestirme y a prepararme para volver a mis quehaceres.

Logan ha desaparecido durante varios días, sumido en sus obligaciones como Laird, y en su lugar, Luke y el escriba Bryan toman las riendas de mi entrenamiento y de mis clases. La presencia de Luke es tan dura como siempre, aunque su actitud parece ligeramente más comprensiva. En lugar de su riguroso régimen, ahora su enfoque es más adaptado a mi recuperación, incorporando ejercicios menos extenuantes pero igualmente efectivos.

Bryan sigue impartiendo sus lecciones con la misma paciencia meticulosa, pero ahora es evidente que tiene un sentido de urgencia en su enseñanza. Me he dado cuenta de que sus lecciones son más rápidas y profundas, como si intentara transmitir todo el conocimiento acumulado en un tiempo limitado. La presión por aprender rápidamente se hace palpable, y el sentimiento de estar corriendo contra el reloj me hace más consciente de la importancia de cada palabra y cada símbolo que estudio.

Mientras tanto, el castillo sigue vibrando con una tensión subyacente, palpable incluso en los momentos de relativa calma. El miedo y la preocupación son casi tangibles, extendiéndose como una sombra sobre los pasillos y salas. Aunque intento mantener mi enfoque en el entrenamiento y las lecciones, no puedo evitar sentirme atrapada en una maraña de incertidumbre y ansiedad.

Una tarde, mientras estoy en medio de una sesión de práctica con Luke, el entrenamiento es interrumpido por un guardia que trae noticias. El guardia se dirige a Luke con una expresión de seriedad, entregándole un pergamino que Luke examina rápidamente antes de mirarme con una mezcla de preocupación y determinación.

—Parece que hay algo más que debemos atender —dice Luke, su voz grave y cargada de urgencia—. Los rumores de la guerra se intensifican, y necesitamos estar preparados para cualquier eventualidad.

La noticia no hace sino aumentar mi inquietud. No estoy segura de cuánto más podré soportar, tanto física como emocionalmente. Pero mientras Luke y Bryan continúan con su entrenamiento y lecciones, me esfuerzo por mantenerme concentrada y preparada para lo que venga, sabiendo que el equilibrio entre la paz y el conflicto está en juego, y que mi papel en todo esto es más crucial de lo que jamás imaginé.

Cuando Logan regresa al castillo, es con una energía palpable que parece llenar el aire a su alrededor. La primera vez que lo veo después de su ausencia es en la biblioteca, donde me encuentro sumergida en los textos antiguos y las notas de Bryan. La puerta se abre con un crujido que atrae mi atención, y allí está él, con esa sonrisa que ilumina su rostro y que sabe perfectamente que siempre deja una impresión.

—Blair —dice, su voz llena de una mezcla de entusiasmo y secreto—. Necesito hablar contigo.

La sonrisa en su rostro es contagiosa, pero también desconcertante. No puedo evitar preguntarme qué ha estado planeando, ya que suele ser una de las pocas señales de que tiene una idea en mente, y esas ideas suelen tener un impacto considerable.

—¿De qué se trata? —pregunto, intentando mantener una actitud de calma mientras cierro el libro en el que estaba trabajando. La curiosidad y la incertidumbre se entrelazan en mi mente.

Logan se aproxima a mí con una prisa contenida, su presencia tan imponente como siempre. La biblioteca, con sus estantes llenos de antiguos volúmenes y pergaminos, parece casi un escenario para el anuncio que está a punto de hacer.

—Ha llegado el momento de hacerte conocer. De demostrar tu poder a los otros líderes de los clanes —dice, con una intensidad en sus ojos que refleja la magnitud de lo que está proponiendo.

Mi mente intenta asimilar el impacto de sus palabras, pero no puedo evitar una sonrisa irónica al pensar en la imagen que suena en mi cabeza.

—¿Quieres mostrarme como si fuera un buen ejemplar de semental? —pregunto, con un tono que intenta restarle gravedad al asunto, pero que también refleja mi nerviosismo.

Logan hace una mueca divertida, la cual ilumina momentáneamente su rostro, antes de asentir con seriedad.

—Algo así —responde, su voz llena de una mezcla de humor y determinación—. Pero en lugar de exhibirte en una feria, te presentarás como un símbolo de poder y unidad para los clanes. Necesitamos que te vean en acción, que comprendan lo que realmente significa *Cridhe an Tìre*.

El humor en su expresión se desvanece rápidamente mientras habla, y en su lugar, una firmeza inquebrantable toma su lugar. Me mira con una intensidad que parece ver a través de mí, como si ya estuviera visualizando el impacto de mi presencia ante los líderes de los clanes.

—Será un evento significativo —continúa—. No solo para ti, sino para todos nosotros. Debes estar lista para demostrar que eres mucho más que una figura de leyenda. La paz, o la guerra, podría depender de cómo te reciban.

El peso de sus palabras me golpea como una ola fría. Sé que el desafío es mucho mayor de lo que imaginaba, y que el éxito de esta presentación podría tener repercusiones importantes. El pensamiento de estar en el centro de atención de todos esos líderes, con sus expectativas y dudas, hace que mi corazón palpite con una mezcla de ansiedad y determinación.

—¿Cuándo será esta demostración? —pregunto, intentando enfocar mi mente en la tarea que tengo por delante en lugar de dejarme abrumar por la presión.

Logan se inclina hacia adelante, sus ojos centelleando con una resolución que parece contagiosa.

—En unas pocas semanas. Hemos estado organizando la reunión y preparando todo para que sea lo más impactante posible. Tendrás tiempo para prepararte, pero no mucho. Este es el momento para mostrarles quién eres y qué representa *Cridhe an Tìre*.

Asiento, tratando de capturar la firmeza en su voz y en su mirada. Sé que la próxima vez que salga de esta biblioteca, será para enfrentar uno de los momentos más cruciales de mi vida. El reto que tengo por delante no solo pondrá a prueba mi habilidad con la espada, sino también mi capacidad para influir en el destino de todos los clanes.

La mañana que marca nuestro inicio hacia el punto de encuentro se levanta fresca y clara. El sol asoma tímidamente sobre el horizonte, proyectando una luz dorada que se filtra a través de las ventanas de la fortaleza. El aire está impregnado del aroma de la tierra húmeda y del césped

recién cortado, y el bullicio de los preparativos es incesante. Me encuentro en el patio del castillo, mirando con una mezcla de emoción y nerviosismo el vasto mundo que se extiende más allá de las murallas.

Hoy es el día en que dejamos atrás la seguridad del castillo y nos adentramos en el territorio desconocido. Esta será la primera vez que realmente salgo fuera de los límites del castillo desde que llegué a esta época, y la idea de enfrentarlo me hace sentir una combinación de ansiedad y anticipación.

Logan está a mi lado, dándome instrucciones mientras me prepara para montar a caballo. La idea de montar me resulta aterradora. La última vez que estuve cerca de un caballo fue en un libro, y nunca pensé que realmente tendría que enfrentarme a una de esas bestias de cerca.

—No te preocupes, Blair —dice Logan, notando la inquietud en mi rostro—. Montar un caballo no es tan complicado como parece, y *Grianan* es muy noble. Solo confía en el animal y en ti misma.

Me esfuerzo por asimilar sus palabras mientras miro al caballo frente a mí. Es un animal impresionante, grande y fuerte, con una piel que brilla con un tono castaño brillante. Mis manos tiemblan un poco mientras intento recordar los pasos que Logan me ha enseñado.

—¿Estás lista? —pregunta el Laird, su voz calmada y alentadora.

Asiento, aunque no estoy completamente segura de estar lista. La idea de subirme a este animal me llena de inquietud, pero sé que debo hacerlo. Logan se acerca, me ayuda a montar con una habilidad que parece casi natural para él. Me guía con cuidado y me asegura que tengo el control.

—La clave es mantenerte equilibrada y relajada. El caballo sentirá si estás tensa, y eso puede hacer que se ponga nervioso —explica mientras ajusta mi postura en la silla de montar.

A medida que *Grianan* comienza a moverse, siento una mezcla de nervios y adrenalina. La sensación de estar sobre un animal tan grande y poderoso es abrumadora. Mis piernas están tensas y mi cuerpo se balancea ligeramente con el movimiento del caballo.

—Recuerda, mantén las riendas firmes pero suaves. El caballo necesita saber hacia dónde quieres ir, pero no le pongas demasiada presión —continúa Logan, caminando a mi lado para asegurar que todo vaya bien.

Cada paso del caballo resuena bajo mí, y el mundo a nuestro alrededor parece moverse con un ritmo nuevo. La sensación de estar al aire libre, lejos de las paredes del castillo, es extraña pero emocionante. A medida que avanzamos por el sendero, el paisaje se despliega en una serie de verdes vibrantes y cielos abiertos, y el aire fresco llena mis pulmones.

Partimos del castillo junto a un grupo considerable de compañeros. La caravana está formada por varios guardias, incluyendo a Luke, y una comitiva de servidores, arqueros y consejeros. Todos están preparados para un viaje largo, con caballos y carretas cargadas de provisiones y equipos necesarios.

El primer tramo del camino nos lleva a la aldea de Glendun. Aparece ante nosotros como un cuadro pintoresco: casas de piedra con techos de paja alineadas a lo largo de calles empedradas, y una animada plaza central. Los aldeanos nos saludan con miradas curiosas mientras trabajan en sus tareas diarias. El bullicio del mercado y las reuniones comunitarias crean un ambiente vibrante y acogedor.

—Este es el corazón de nuestra vida cotidiana —explica Logan mientras avanzamos—. Aquí es donde muchos del clan viven y trabajan.

Continuamos hacia las granjas de Bramblecroft, un paisaje de extensos campos cultivados y granjas que se extienden hasta donde alcanza la vista. Los campesinos, ocupados en la siembra y

cosecha, trabajan al ritmo constante de la tierra. Los campos verdes y dorados se balancean suavemente con el viento.

Dejamos las granjas atrás y nos adentramos en el Bosque Protector de Cnocwood. El denso bosque es un mundo en sí mismo, con árboles altos y una atmósfera cargada de misticismo. La luz del sol se filtra a través del follaje, creando patrones de sombra en el suelo. Logan me habla de las leyendas que rodean el bosque, del cuidado que debo tener si alguna vez me interno en él.

Seguimos el sendero hacia la imponente Montaña Sagrada, Benraith. La montaña se alza majestuosamente contra el cielo, su cima envuelta en nubes. La vista desde aquí es espectacular, ofreciendo una panorámica estratégica de los alrededores.

—Benraith es un lugar de gran importancia espiritual —explica Logan con un tono reverente mientras el sol se pone detrás de las montañas, bañando todo con una luz dorada—. Aquí se realizan rituales y ceremonias para honrar a nuestros ancestros. Supongo que te sonará; es aquí donde nos encontramos. Y esa roca que ves en lo alto es el antiguo hogar de *Cridhe an Tìre*.

Miro hacia arriba, hacia la imponente formación rocosa que se alza con majestuosidad contra el cielo crepuscular. La roca parece casi mística, bañada en tonos anaranjados y morados por el atardecer. La imagen evoca una sensación de grandeza ancestral y un profundo respeto por el pasado.

—¿Tenías una espada sagrada abandonada en el bosque? —pregunto, mi voz cargada de incredulidad—. ¿Y te sorprende que yo me hiciera con ella?

Logan me lanza una mirada que mezcla sorpresa y diversión, su sonrisa intacta a pesar de mi tono escéptico. Hay algo en su expresión que parece decir que la verdad es mucho más compleja de lo que aparenta.

—Hay algo que no te he contado acerca de la espada —dice, inclinándose hacia mí con un aire de misterio—. La razón por la que nadie ha podido utilizarla antes, ni siquiera intentarlo. La espada lleva clavada en esa roca desde hace más de cien años. Nadie ha podido sacarla, ni siquiera moverla un poco. Por eso sabía que mentías cuando dijiste que simplemente la encontraste. Era poco probable.

Mi mente da vueltas tratando de procesar la revelación. La idea de que la espada ha estado inmovilizada en ese lugar durante un siglo entero agrega una nueva capa de significado a su historia. El simple hecho de que la haya sacado, que haya tenido éxito donde nadie más lo había logrado, me deja en una mezcla de asombro y una creciente sensación de responsabilidad.

—Entonces... —digo, intentando ordenar mis pensamientos—, ¿la espada tiene algún tipo de poder especial que la mantiene en la roca? ¿O es simplemente que nadie antes ha sido digno de ella?

Logan se ríe suavemente, su risa llena de una mezcla de admiración y cariño.

—La verdad es que no lo sabemos con certeza. Hay muchas leyendas sobre la espada y su vínculo con los espíritus ancestrales. Algunos dicen que solo aquellos con un corazón puro y una voluntad fuerte pueden liberarla. Otros creen que está imbuida con una magia antigua que la protege. Lo que es seguro es que tú has logrado algo que ni siquiera los más fuertes han intentado.

El tono de Logan infunde en sus palabras un aire de misterio que se entrelaza con el crepúsculo que comienza a envolver el paisaje. Mientras la luz del día se disuelve en sombras, una sensación de solemnidad se instala en el aire.

Decidimos acampar bajo el cielo estrellado. Montar el campamento es una tarea que, aunque realizada con eficiencia, está cargada de una atmósfera expectante. Los guardias se encargan de erigir tiendas de campaña y encender fogatas mientras los caballos, cansados del viaje, pastan cerca bajo la vigilancia de algunos de los hombres de Logan.

El crepitar de la leña en la fogata proporciona un calor reconfortante contra el frío nocturno. La luz de las llamas proyecta sombras danzantes en las caras de quienes se han reunido alrededor, creando un ambiente acogedor pero cargado de tensiones latentes. Me siento cerca de la fogata, envuelta en una manta que me han proporcionado, observando cómo las llamas juegan con el humo que se eleva hacia el cielo estrellado.

Luke se aproxima con un plato de comida caliente en la mano, una sonrisa casual en el rostro. Su presencia añade una dosis de familiaridad y tranquilidad al ambiente.

—Aquí tienes —dice, ofreciéndome el plato mientras el aroma del guiso caliente se mezcla con el frescor nocturno, creando una deliciosa distracción de mis pensamientos inquietos.

—Gracias —respondo, tomando el plato y sintiendo el calor del guiso a través del recipiente. La comida es una bienvenida y necesaria distracción, un consuelo sencillo en medio de la tensión.

—Lo harás bien —dice Luke con una sonrisa que intenta ser alentadora—. Estás mucho más guapa cuando no tienes esa cara de preocupación.

Mis labios se curvan en una sonrisa irónica mientras alzo una ceja en un gesto de diversión.

—¿Crees que soy guapa? —pregunto, burlona, dándole un ligero golpe con mi hombro en el suyo. La reacción de Luke es casi instantánea; pone los ojos en blanco y una expresión de arrepentimiento cruza su rostro.

—No es de mí de quien deberías preocuparte —responde, la sonrisa desapareciendo mientras lanza una mirada acusativa hacia Logan, que está inmerso en una conversación acalorada con sus hombres. La intensidad de la reunión no pasa desapercibida; las voces elevadas y los gestos enfáticos sugieren que están discutiendo algo de gran importancia.

—Estoy seguro de que la razón por la que está tan molesto ahora mismo es porque no puede estar compartiendo la cena contigo como lo estoy haciendo yo —añade Luke, su tono de broma no oculta completamente la preocupación en sus ojos.

El comentario de Luke me hace sonrojar profundamente, aunque trato de mantener una fachada indiferente. Es imposible ignorar la calidez que sube por mis mejillas mientras la realidad de sus palabras se asienta. A pesar de mis intentos de restarle importancia, no puedo evitar seguir su mirada hacia Logan, cuya postura rígida y el ceño fruncido transmiten una tensión que parece ir más allá de las simples discusiones estratégicas.

Mientras Luke me ofrece una sonrisa compasiva, sugiriendo implícitamente algo que no se menciona abiertamente, no puedo evitar sentirme aún más ruborizada. La forma en que Logan se mantiene distante, concentrado en los asuntos de sus hombres, contrasta con su comportamiento más atento y sutilmente protector cuando estoy cerca. Hay una nueva capa de tensión en el aire, y me encuentro tratando de ocultar el calor en mis mejillas mientras me concentro en mi comida, sabiendo que es imposible disimular completamente mi confusión.

Los días siguientes pasan con una calma engañosa. Acampamos al aire libre bajo un cielo estrellado, el fresco aire nocturno y el crujido de la fogata proporcionan una sensación de tranquilidad que contrasta con la agitación que se cierne sobre nosotros. La naturaleza, en su forma más serena, nos envuelve y nos recuerda la grandeza de los paisajes que estamos atravesando.

Finalmente, llegamos al Puente de los Héroes, Eilensbridge, un majestuoso puente de piedra que se extiende robusto y sólido sobre un río caudaloso. Los ecos del agua que fluye abajo y el rugido del río sirven como un poderoso recordatorio de la importancia estratégica del puente. Este lugar no solo facilita el comercio y el transporte entre los territorios del clan y otras regiones, sino que también es un punto de encuentro para comerciantes y guerreros que viajan a

través de él.

Después de cruzar el puente, continuamos nuestro camino hasta llegar a la Torre de Vigía, Carron Watch. La torre se alza imponente sobre una colina alta, un faro de vigilancia que domina el paisaje circundante. Desde allí, los vigías mantienen una vigilancia constante sobre los movimientos enemigos, su presencia un recordatorio constante de la seguridad que el clan se esfuerza por preservar.

A partir de este punto, nos adentramos en tierras desconocidas, saliendo del territorio del clan MacRae.

Esa noche, no puedo evitar notar la creciente tensión en el ambiente. La guardia está más atenta que de costumbre, sus movimientos precisos y sus miradas escrutadoras vigilando cada rincón del campamento. Los murmullos entre los guardias son bajos y cargados de preocupación, y las luces de las fogatas parecen más tenues, como si la oscuridad misma estuviera cargada de una inquietante expectativa.

Logan, que normalmente se muestra firme y sereno, también parece afectado por la atmósfera. Sus gestos son más rígidos, y su mirada escudriña constantemente el entorno, buscando señales de peligro. A pesar de la aparente calma, hay una tensión palpable en el aire que me hace sentir incómoda.

Luke, sentado cerca de la fogata, parece estar igualmente consciente de la atmósfera cargada. Sus comentarios son breves y precisos, y aunque su sonrisa persiste en los labios, sus ojos nunca se desvían del entorno. Su mirada constante revela una vigilancia atenta, como si estuviera esperando que el peligro surja de entre las sombras. Los otros guardias, que normalmente se relajan en su descanso nocturno, permanecen en una posición de alerta, sus cuerpos tensos y preparados para actuar ante el menor indicio de amenaza.

A pesar de la creciente tensión que se siente en el aire, la noche transcurre sin incidentes. Los sonidos del bosque parecen amortiguados, y el crujido de las ramas bajo las pisadas de los guardias es casi imperceptible. La tranquilidad, aunque tensa, no se ve interrumpida por ningún evento significativo.

Finalmente, pocos días después, llegamos al punto de encuentro previsto. La sensación de alivio es palpable entre el grupo, aunque el ambiente sigue cargado de una expectación silenciosa. Nos encontramos en un terreno que parece estar en el límite entre la familiaridad y lo desconocido, y cada miembro del grupo se prepara para lo que vendrá. El paisaje alrededor es vasto y abierto, un contraste marcado con la densa vegetación que dejamos atrás.

El terreno está despejado y las primeras luces del amanecer empiezan a iluminar la escena. En la distancia, se puede ver el grupo de líderes de los clanes reunidos, esperando nuestra llegada. Hay un aire de formalidad y tensión en el ambiente, reflejando la magnitud de la reunión que está a punto de comenzar.

Mientras desmontamos y organizamos el campamento para la próxima fase de nuestra misión, siento una mezcla de nerviosismo y determinación. El viaje ha sido largo y agotador, pero hemos llegado a este punto crucial. Logan, que ha estado especialmente reservado durante el trayecto, ahora se muestra más enfocado y resuelto, preparándose para enfrentarse a los líderes y presentar la espada como símbolo de un nuevo comienzo o, quizás, de un desafío aún mayor.

Capítulo 12

Poco a poco, los líderes de los clanes empiezan a llegar. Cada uno con su séquito de guerreros, consejeros y emblemas familiares que ondean al viento. Los estandartes coloridos contrastan con el gris del cielo, y cada paso que dan parece llevar consigo siglos de historia, rivalidades y alianzas.

Observo desde la distancia mientras Logan se coloca en el centro del escenario improvisado, su postura imponente, segura. Es el Laird, y todos aquí lo saben. A su alrededor, los demás líderes lo estudian con atención. Luke se queda cerca de mí, su presencia tranquilizadora en medio del creciente bullicio.

—Ahí vienen los MacGregor —murmura, señalando hacia un grupo que se aproxima, su estandarte rojo destacándose entre el resto. El líder, un hombre de barba espesa y cabellos oscuros, camina con la confianza de alguien acostumbrado a ser temido. A su lado, otro hombre más joven parece estar evaluando cada movimiento con una astucia inquietante.

—Y los MacLeod —añade Luke, señalando hacia otro grupo, cuyos guerreros lucen un patrón de tartán distinto. El Laird MacLeod es un hombre robusto, su expresión cerrada como si estuviera calculando cada palabra que dirá.

Siento el peso del momento, como si toda la atmósfera se hubiera cargado con una tensión eléctrica. Estos no son encuentros casuales. Son reuniones que definirán el futuro de los clanes, y aunque estoy aquí como una observadora, no puedo evitar sentir que soy una pieza clave en todo esto, aunque aún no sepa exactamente cómo encajo.

Los siguientes en llegar son los MacKenzie. A diferencia de los otros dos clanes, el Laird MacKenzie parece más interesado en la diplomacia que en la fuerza bruta. Su andar es más relajado, su estandarte azul cielo ondeando suavemente detrás de él. Sin embargo, eso no lo hace menos peligroso. Sus ojos son astutos, como si estuviera calculando cada movimiento de quienes lo rodean. La sonrisa que ofrece es educada, pero distante, como si estuviera considerando a todos aquí como piezas de un ajedrez que aún no se ha jugado.

Luego, los Cameron hacen su entrada. Su tartán amarillo y negro es vibrante, casi desafiante. El Laird Cameron es un hombre más joven, pero su juventud no lo hace menos temible. Su porte orgulloso y los murmullos entre los guardias a mi alrededor indican que es un guerrero formidable, uno que ha probado su valía a pesar de su corta edad. Sus ojos, afilados y llenos de determinación, se clavan en Logan con una mezcla de respeto y rivalidad. El clan Cameron es conocido por su valentía, pero también por su independencia. No se inclinarán fácilmente ante ningún otro Laird.

Finalmente, los Fraser, liderados por una mujer. La Laird Fraser se presenta con una postura erguida y un semblante sereno, su tartán blanco y rojo ondeando con elegancia. Es la única líder femenina entre los presentes, y su sola presencia destaca en un mar de guerreros. Los Fraser son un clan con una larga tradición de sagacidad, y sus guerreros, aunque menos numerosos que los de los MacGregor o los MacLeod, tienen una reputación de ser estrategas implacables. La Laird Fraser no pronuncia muchas palabras, pero la intensidad de su mirada sugiere que no ha venido solo a observar. Está aquí para influir, para controlar lo que pueda y, si es necesario, para enfrentarse a cualquiera que se interponga en su camino.

Pasa todo el día hasta que los cinco clanes se reúnen. Luke me explica que son los más importantes, si los convencemos a ellos de detener este sinsentido de redencillas, no les será

difícil aplacar futuras rebeliones.

Logan intercambia miradas y saludos formales con cada uno de los líderes que llegan. Es una danza de respeto y poder. No puedo evitar fijarme en cómo sus ojos, a veces duros y calculadores, se suavizan cuando me miran de reojo, como si quisiera asegurarse de que estoy bien, de que entiendo lo que está en juego.

Mis manos se tensan en el puño de mi falda, intentando controlar la mezcla de miedo y anticipación que recorre mi cuerpo. Las miradas, algunas discretas, otras más directas, me evalúan. No soy solo Blair, la extraña que cayó en este tiempo. Soy alguien que, sin quererlo, ha traído consigo una espada que despierta leyendas dormidas.

—Respira —me dice Luke, acercándose lo suficiente para que sus palabras solo las escuche yo—. Esto es solo el principio. Si hay alguien que puede hacer que esto funcione, es Logan. Solo necesita que estés a su lado.

La tarde comienza a teñirse de un tono dorado cuando finalmente llega el momento que todos hemos estado esperando. El aire se siente más pesado, cargado de tensión, como si el propio viento fuera consciente de lo que está a punto de suceder. Los líderes de los clanes se agrupan en el centro del claro, sus semblantes serios y atentos, mientras sus guerreros forman un anillo alrededor de ellos, observando con cautela.

Logan se coloca en el centro, y con un gesto autoritario, pide silencio. Las conversaciones cesan al instante. Su presencia, imponente como siempre, capta la atención de todos los presentes. Es el Laird, y en este momento, su palabra es ley.

—Os doy las gracias por haber atendido a mi llamado —empieza a decir Logan en gaélico antiguo con voz firme, proyectándola a cada rincón del lugar. Sus ojos recorren el círculo de líderes, fijándose en cada uno de ellos—. Sé que muchos de vosotros tenéis diferencias, viejos rencores que aún pesan en vuestras espaldas. Pero os aseguro que lo que voy a compartir con vosotros hoy no será en vano.

Las miradas se entrecruzan entre los líderes, algunos con recelo, otros con curiosidad. El ambiente es eléctrico, como si algo trascendental estuviera a punto de revelarse. Siento el corazón golpear con fuerza en mi pecho, anticipando lo que viene.

Logan hace una pausa, y sus ojos finalmente se posan en mí. Me siento expuesta, aunque no es la primera vez que me enfrento a esta clase de situaciones con él a mi lado. Sin embargo, esto es distinto. Aquí, no soy una extranjera anónima. Aquí, en este momento, soy algo mucho más.

—Permitidme presentaros a Blair —dice Logan, con una voz que resuena en cada rincón—. Ella la portadora de *Cridhe an Tìre*, la espada de nuestros ancestros.

El silencio que sigue a sus palabras es ensordecedor. Noto cómo las miradas de los líderes y sus hombres se clavan en mí, analizando, cuestionando, buscando algo que valide la afirmación de Logan. La espada que llevo en la espalda parece pesar el doble, como si su poder y significado se intensificaran bajo sus ojos.

—La espada sagrada que nadie, en más de cien años, ha sido capaz de mover —continúa Logan—. Y que ahora ha encontrado una portadora.

Siento que el rubor comienza a subir a mis mejillas. Quiero parecer tranquila, pero la expectación en el ambiente es palpable. Logan me lanza una mirada breve, alentadora, como si me dijera que todo está bajo control. Sin embargo, puedo ver el brillo de tensión en sus ojos. Él sabe que esto es un riesgo. Está apostando no solo su reputación, sino el futuro de su clan en lo que ocurra a continuación.

—No estamos aquí para luchar entre nosotros —dice, volviendo su atención a los líderes—. Estamos aquí porque, como todos sabéis, las amenazas externas nos acechan. No podemos

permitirnos más divisiones. Y esta es la oportunidad que estábamos buscando.

Los murmullos comienzan a surgir entre los líderes, pero nadie se atreve a hablar aún. Mi respiración es rápida y nerviosa, pero hago lo posible por mantener la compostura. Este es el momento que Logan ha planeado. Este es el momento en el que debo demostrar que, aunque no pertenezca a este tiempo, soy más que digna de empuñar esta espada.

El ambiente se vuelve aún más denso cuando uno de los hombres de Logan se acerca, sosteniendo la espada envuelta en un manto de tela oscura. El metal de *Cridhe an Tìre* apenas es visible, pero su presencia se siente como una corriente eléctrica en el aire, cargando el momento de expectación. Todos los ojos se clavan en el objeto, cada líder de clan, sus guerreros, e incluso yo, conteniendo el aliento, sabiendo que lo que está a punto de ocurrir podría cambiar el curso de las cosas.

Logan se adelanta y toma la espada con una reverencia silenciosa, despojándola de la tela que la envuelve. La luz del sol al atardecer hace que el filo brille con un destello casi mágico, como si la espada estuviera viva y respirara con nosotros. Mi respiración se entrecorta al verla nuevamente, sabiendo que el peso no es solo físico, sino también simbólico.

—*Cridhe an Tìre* —dice Logan, su voz profunda y llena de solemnidad mientras levanta la espada para que todos puedan verla claramente—. Esta es la espada que lleva la esencia de nuestros ancestros, el corazón de la tierra misma.

Me lanza una mirada que parece atravesarme. Por un instante, dudo, pero no hay tiempo para la indecisión. Con un gesto lento pero decidido, Logan me tiende la espada, sus ojos fijos en los míos, como si depositara en mí toda la confianza que le queda.

Contengo el aliento mientras la tomo con ambas manos. El peso familiar de la hoja en mi palma es reconfortante, pero la sensación es diferente ahora, frente a tantos testigos. Es como si el acero reconociera el momento y estuviera a punto de despertar. Noto que los murmullos entre los clanes se detienen, y el silencio que sigue es profundo. Todo se detiene.

Siento el latido de mi propio corazón resonar en mis oídos, y me obligo a mantener la mirada en alto. La espada se vuelve una extensión de mi ser mientras la alzo lentamente, mostrando a todos los presentes que, efectivamente, soy su portadora.

Por un momento, el tiempo parece suspenderse. Cada líder, cada guerrero, contiene el aliento, expectantes. Saben que lo que están presenciando no es simplemente un espectáculo. Es la prueba definitiva.

Mis ojos se encuentran con los de Logan, quien, aunque serio, contiene un atisbo de confianza en sus facciones. Entonces, el poder de la espada se activa. Es casi imperceptible al principio: una leve vibración que recorre la hoja y viaja por mis brazos. Pero rápidamente, se vuelve más intenso, como si reconociera su propósito en mis manos.

El aire a mi alrededor parece enfriarse, y una leve brisa comienza a soplar, revolviendo mi cabello. Nadie se mueve, ni siquiera respiran, como si temieran perturbar lo que está ocurriendo. Contengo el aliento, sintiendo cómo la espada responde a mi tacto, más fuerte que nunca.

—*Cuiridh mi an dealan-dè a' losgadh ann an cridhe an t-saoghail* —digo recordando las palabras con cuidado de no equivocarme. Aunque sale de mis labios con una claridad que me sorprende.

Siento su poder resonar en cada fibra de mi cuerpo. Una corriente de energía surge de la hoja de *Cridhe an Tìre*, y en un abrir y cerrar de ojos, el cielo sobre nosotros se oscurece, como si el mismo día cediera ante el poder invocado.

Una ráfaga de viento helado barre el campamento, haciendo crujir los árboles cercanos y levantando una nube de polvo y hojas a nuestro alrededor. Los líderes de los clanes se tambalean

ligeramente, mirando con asombro lo que está ocurriendo. El aire chisporrotea con una energía palpable, y pequeños destellos de luz azulada comienzan a danzar alrededor de la espada.

En ese momento, alzo la espada al cielo, y una onda de energía surge desde la punta, disparándose hacia las nubes. Es como si el mismo cielo respondiera, con truenos retumbando en la distancia y un relámpago brillante que ilumina la escena.

El suelo tiembla bajo nuestros pies, pero no con violencia, sino como un recordatorio de que estamos en presencia de algo mucho más grande, algo sobrenatural.

Bajo la espada lentamente, mientras el cielo vuelve a aclararse y la calma regresa al campamento. Nadie dice una palabra. Todos los ojos están fijos en mí.

Los líderes, que al principio dudaban de mi presencia, ahora están boquiabiertos. Y yo, todavía sintiendo el eco de la magia corriendo por mis venas, sé lo que vendrá después.

Al principio, solo escucho un murmullo, un sonido casi imperceptible que surge entre la multitud de líderes y guerreros reunidos. Pero en cuestión de segundos, ese murmullo crece, volviéndose más fuerte, más claro, y pronto se convierte en una ola de descontento.

—¡Esto es blasfemia! —alguien grita, su voz llena de temor e ira—. ¡Has manipulado la magia de los ancestros, Logan MacRae! ¡Esto no es natural!

El ambiente, que hasta hace poco estaba lleno de admiración y asombro, ahora se vuelve tenso, cargado de una hostilidad creciente. Varios de los líderes se adelantan, sus rostros retorcidos por la furia y el miedo. Los guerreros a su alrededor empiezan a moverse inquietos, como si estuvieran a punto de desenvainar sus armas.

—¡Esto es una aberración! —clama otro—. ¡Una bruja! ¡No podemos permitir que este poder corrompa nuestras tierras!

Mi corazón se acelera, y el pánico me invade. La energía que antes sentía con tanto control parece desvanecerse, sustituida por la incertidumbre. La espada aún está en mi mano, pero el ambiente a mi alrededor se torna peligroso, caótico. El rechazo no es solo hacia mí, sino también hacia Logan, el hombre que me ha presentado.

—¡Logan MacRae nos ha traicionado! ¡Ha invocado una magia prohibida, maldita! —otra voz se une al tumulto.

Pero entonces, en medio de aquel caos, Logan se adelanta, levantando las manos con una autoridad que no deja lugar a dudas. Su voz retumba con una firmeza que corta el aire como una espada.

—¡Basta! —grita, y el silencio cae como un manto sobre la multitud. Sus ojos recorren a los presentes, llenos de una intensidad que pocos podrían ignorar. Luego, con un tono más calmado, pero igual de potente, llama—: ¡Màiri nic Lachlainn!

El nombre parece resonar en el aire, y todos los ojos se vuelven hacia una figura en el fondo de la multitud. Es una mujer muy anciana, encorvada por los años, con cabellos tan blancos como la nieve y una mirada que parece haber visto más de lo que cualquiera en este lugar podría imaginar. Caminando con dificultad, pero con dignidad, Màiri se adelanta, el sonido de sus pasos apenas audible en medio del silencio expectante.

—Màiri es la más sabia entre nosotros, la más cercana a los antiguos espíritus —dice Logan, su voz firme, pero llena de respeto—. Ella puede confirmar lo que teméis entender. Esto no es manipulación de magia. Esto es la voluntad de los ancestros.

La multitud se queda en un extraño estado de espera, mientras la anciana se aproxima, su rostro impasible pero sus ojos llenos de sabiduría.

Màiri avanza lentamente, el silencio a su alrededor casi tangible mientras la multitud la observa con reverencia y temor. Sus pasos son lentos, pero cada uno parece resonar como un

tambor en medio del aire tenso. La anciana se detiene frente a mí, sus ojos, pequeños y oscuros como dos pozos de sabiduría infinita, me recorren, pasando de la espada que sostengo a mis manos temblorosas.

—Tú... —susurra, su voz frágil pero clara como el agua de un arroyo—. *Cridhe an Tìre* te ha elegido, niña. —Sus palabras, aunque suaves, se sienten como un golpe que sacude la multitud. Los murmullos regresan, pero esta vez son diferentes, llenos de desconcierto.

Me siento expuesta bajo su escrutinio, como si estuviera viendo algo en mí que ni yo misma logro comprender del todo. Màiri alarga una mano, temblorosa pero decidida, y toca la empuñadura de la espada. Un suspiro colectivo atraviesa a los presentes, como si todos contuvieran el aliento a la espera de su juicio final.

—No es manipulación de magia. —Sus ojos pasan a Logan, y el Laird inclina la cabeza en señal de respeto—. Esto es la antigua promesa de los ancestros, la voluntad que estaba dormida en la piedra hasta que llegó quien debía despertarla.

—¡No puede ser! —grita uno de los líderes, un hombre corpulento de barba gris, cuyo nombre no sé—. ¡Nadie puede blandir esa espada sin un precio! ¡Esto es un engaño!

La anciana levanta su mirada con una calma que contrasta con la furia en el aire. Es entonces cuando Màiri, con voz quebrada pero firme, dice:

—Ella ya ha hecho su sacrificio. Cada generación tiene un destino. —La mujer se gira hacia la multitud—. Esta joven está marcada por los ancestros. No se trata de poder ni de traición, sino de equilibrio. Los espíritus han hablado, y *Cridhe an Tìre* ha encontrado su nuevo guardián.

El silencio se prolonga un momento más, los guerreros y líderes intercambian miradas inciertas, pero nadie se atreve a contradecir a Màiri. Ella es, después de todo, la autoridad máxima en cuanto a los antiguos misterios.

Finalmente, el líder de barba gris retrocede, aunque la duda aún oscurece sus ojos. Otros lo siguen, y lentamente, el ambiente de caos y peligro comienza a desvanecerse, reemplazado por una incertidumbre más calma.

Màiri me observa una última vez antes de girarse hacia Logan.

—Será tu responsabilidad protegerla y guiarla —advierte—. Esta senda está llena de sombras. Pero no temas, Laird, porque donde hay oscuridad, también habrá luz.

Logan asiente con solemnidad, su rostro endurecido por la gravedad del momento, pero sus ojos, cuando se encuentran con los míos, están llenos de una promesa silenciosa.

Mientras la tensión se disipa, me doy cuenta de que acabo de presenciar algo más profundo que una simple demostración de poder.

La tensión se disipa lentamente, como un velo de niebla que se va levantando tras una tormenta. Uno a uno, los líderes comienzan a avanzar hacia mí, sus rostros serios y solemnes. Cada paso que dan parece resonar en mi pecho, recordándome la gravedad del momento. Mis manos siguen temblando levemente mientras sostengo *Cridhe an Tìre*, aunque me esfuerzo por mantener la compostura.

El primero en acercarse es un hombre robusto, con una cicatriz profunda que le cruza la mejilla izquierda. No dice nada, solo se arrodilla con una reverencia que parece surgir de siglos de tradición. Sus ojos se clavan en la espada antes de que, con una devoción que nunca imaginé presenciar, incline su cabeza y bese el filo con delicadeza. El contacto es apenas un roce, pero se siente cargado de significado.

Luego, otro líder se aproxima, seguido de otro más. Cada uno repite el mismo ritual, arrodillándose ante la espada, murmurando palabras que no alcanzo a oír, y besando su filo con reverencia. Es un gesto solemne y casi sagrado, un reconocimiento de algo más grande que todos

ellos, una muestra de respeto no solo hacia la espada, sino hacia lo que representa.

Mi respiración se hace más profunda mientras observo cada movimiento, tratando de asimilar la magnitud de lo que está ocurriendo. Sin embargo, la calma no es completa. Algo dentro de mí sigue alerta, esperando... porque no todos están dispuestos a ceder tan fácilmente.

El último de los líderes se acerca, el Laird MacGregor, un hombre de aspecto severo y una mirada dura que parece cortar el aire con cada paso. Su presencia es imponente, y su actitud desafiante llena el espacio con una frialdad palpable. Los murmullos de la multitud se silencian, y puedo sentir el peso de todas las miradas concentradas en él, y luego en mí.

—No me arrodillaré ante ti —declara en voz baja, pero con una firmeza que resuena claramente en el silencio que sigue.

Un suspiro colectivo recorre la multitud. Las expresiones varían entre asombro y preocupación, como si estuvieran intentando procesar la ruptura del protocolo en un momento tan crítico. Logan, que ha estado observando con una mezcla de determinación y tensión, da un paso adelante. Su postura es una mezcla de autoridad y calma, pero el Laird MacGregor levanta una mano, deteniéndolo con un gesto que parece desafiarlo.

—No me malinterpretes, Laird. Respeto lo que intentas hacer aquí —continúa el Laird MacGregor, sus ojos oscuros fijos en mí con una intensidad que me hace sentir vulnerable—. Pero no estoy convencido de que una mujer con una espada sea la solución a nuestros problemas.

El aire se carga de una tensión aún más densa. La duda que ya había notado en la multitud se extiende, creciendo en volumen y en intensidad. Me siento como si estuviera al borde de un precipicio, con la sensación de que todo lo que he logrado hasta ahora podría desmoronarse en un solo instante.

Logan se mantiene en silencio un momento, su expresión imperturbable mientras escucha la objeción. Luego, su voz, firme y controlada, corta el aire con un eco de determinación.

—No espero que todos lo comprendáis de inmediato —dice—. Pero os aseguro que, con el tiempo, veréis que Blair es la clave para mantener la paz entre nuestros clanes. *Cridhe an Tìre* ha elegido, y no podemos ignorar su voluntad.

Con esas palabras, Logan se arrodilla frente a mí, el gesto es solemne y cargado de significado. La multitud observa en silencio mientras Logan, el líder de los MacRae, besa el filo de la espada y luego mi mano con una reverencia que transforma el acto en un símbolo de unidad y respeto. Su gesto es un contraste poderoso con la resistencia del Laird MacGregor y sirve para reafirmar la importancia del momento.

Los líderes restantes parecen observar la escena, sus expresiones se suavizan ligeramente al ver la devoción de Logan. La atmósfera, aunque todavía cargada, empieza a cambiar de nuevo. La firmeza en la postura de Logan y el gesto de respeto hacia la espada y hacia mí parece empezar a calar en la conciencia de los presentes.

La noche cae lentamente, y con ella llega un festín que, a pesar de su magnificencia, no logra calmar mi creciente inquietud. Las luces de las antorchas parpadean, lanzando sombras danzantes sobre las mesas rebosantes de manjares y bebidas. Los aromas de carnes asadas, pan recién horneado y frutas exóticas llenan el aire, pero el festín no logra aliviar el peso de la tensión que llevo conmigo.

El Laird MacGregor y su grupo se han marchado, dejando a los otros líderes y sus seguidores para disfrutar de la celebración. Sin embargo, su ausencia no ha aliviado el malestar que siento. La gente me observa con una intensidad que es casi palpable. Las miradas son inquisitivas, evaluadoras, como si intentaran desentrañar el enigma que represento.

Las risas y conversaciones a mi alrededor parecen lejanas y distantes, como si estuviera en

una burbuja de aislamiento. El momento de devoción de Logan, aunque profundo y significativo, no ha logrado disipar completamente la sensación de ser un extraño en medio de una celebración que no puedo compartir de verdad. Me encuentro sentada en un rincón de la gran sala, con un plato de comida que no puedo saborear. La tensión en el aire es tan densa que casi puedo tocarla.

Logan, que se ha mezclado con los demás, no parece notar mi inquietud. Se mueve entre los líderes y sus acompañantes con una fluidez natural, su carisma y habilidades diplomáticas en pleno despliegue. A veces, me lanza miradas rápidas, casi como si quisiera asegurarme de que estoy bien, pero su foco principal está en asegurar la buena voluntad de los líderes presentes.

Luke se acerca con una copa de vino y un gesto amable, aunque su expresión refleja la misma preocupación que había notado antes. Se sienta a mi lado, su presencia una especie de ancla en medio de la tormenta de incertidumbre que siento.

—¿Todo bien? —pregunta, su voz cargada de una genuina preocupación que me hace sentir un poco más a gusto.

—Sí, solo... —miro alrededor, tratando de encontrar palabras para describir el desconcierto que siento—. Solo me siento como un pez fuera del agua.

Luke asiente, comprendiendo el sentimiento.

—Es normal. Esto es un gran paso, y la gente está acostumbrada a ver a Logan liderar, no a una mujer con una espada antigua. Pero te aseguro que lo que hiciste hoy es importante. Eso cambiará las cosas, aunque ahora no lo parezca.

—Creía que no estabas de acuerdo con todo esto —le recuerdo yo.

Él se encoge de hombros.

—Una vez se le mete una idea a Logan entre ceja y ceja, no hay nada ni nadie que pueda pararlo —dice, su voz impregnada de un tono de resignación que apenas oculta un respeto profundo por el Laird—. Es mejor unirse a él que intentar detenerlo. Ahora ya está hecho, sólo queda esperar que funcione.

Sus palabras resuenan en el aire, cargadas de una verdad dura que se mezcla con el bullicio del festín que continúa a nuestro alrededor.

La noche se desliza lentamente hacia la madrugada, y el festín sigue su curso con una energía inagotable que parece desafiar el paso del tiempo. La música y las conversaciones se han mezclado en un murmullo constante que se cuela en mis oídos. Me encuentro en un rincón apartado, observando la celebración con una mezcla de fascinación y distanciamiento.

Logan, que ha estado interactuando con los líderes y supervisando el evento con la precisión de un maestro de ceremonias, parece finalmente tomar un respiro. Lo veo acercarse a mí desde la distancia, su presencia imponente destacándose incluso en medio de la animada festividad.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunta, su voz baja pero cargada de una calidez que me sorprende.

Asiento, sintiendo una mezcla de nervios y expectativa. Lo sigo hacia una zona más tranquila, lejos del bullicio del festín. El aire fresco de la noche es un alivio, y la luna brilla con una claridad que parece iluminar el camino por el que caminamos.

Llegamos a un lugar apartado, a un claro en medio del bosque. Los árboles crean una especie de cúpula sobre nosotros. La atmósfera aquí es completamente diferente; más íntima, más cargada de una tensión palpable.

Logan se acerca, su presencia cercana y envolvente. Hay algo en su mirada, en la forma en que sus ojos se posan en los míos, que me hace sentir una corriente de electricidad recorrer mi cuerpo. Me siento vulnerable pero, al mismo tiempo, extrañamente segura en su cercanía.

—Quería asegurarme de que estés bien —dice, su voz baja y suave, casi un susurro—. Este

día ha sido mucho, y quería que supieras que no estás sola en esto.

—Estoy bien —respondo, aunque el temblor en mi voz revela una fracción de mi inquietud—. Solo... no estoy acostumbrada a ser el centro de atención. Todo esto es abrumador.

Logan asiente, su expresión comprensiva. Se acerca un poco más, lo suficiente para que pueda sentir su calor y la cercanía de su presencia.

—Sé que ha sido un día difícil —dice, su tono casi susurrante—. Pero has hecho algo increíble. La forma en que has manejado todo esto, cómo te has enfrentado a los líderes y has mostrado la fuerza de la espada, es admirable.

No puedo evitar el temblor que recorre mi piel al escuchar su voz tan cerca. Sus palabras tienen un efecto inesperado en mí, y me encuentro queriendo acercarme más a él.

—Bueno, en realidad yo no he hecho nada —respondo, mi voz temblando ligeramente.

Logan da un paso más cerca, su mirada intensa nunca apartándose de la mía. Su mano, cálida y firme, alcanza la mía, y el contacto es electrizante. El roce de su piel contra la mía envía una oleada de calor por todo mi cuerpo. Siento una necesidad urgente, casi desesperada, de sentirlo más cerca.

—Blair —dice, su voz ahora un susurro cargado de deseo—, lo que estás haciendo aquí, lo que estás enfrentando... No sé cómo voy a poder darte las gracias.

Sus palabras me hacen estremecer, y siento un calor recorrer mi cuerpo. La proximidad de su cuerpo y la intensidad de su mirada son casi abrumadoras.

—Te va a costar mucho, es verdad —respondo, tratando de mantener un tono divertido a pesar del deseo que me quema por dentro.

Logan sonríe, su dentadura brillante en las sombras mientras su mirada se clava en la mía. El resplandor de sus dientes es una chispa en la penumbra que hace que mi corazón se acelere aún más. Trago saliva, mi garganta seca por la anticipación.

Sin apartar la mirada, Logan se inclina un poco más cerca, el calor de su cuerpo casi palpable contra el mío. Sus dedos rozan mi mejilla, trazando un camino ardiente que me hace respirar con dificultad. Cada contacto es una caricia sutil, una promesa de lo que podría venir.

—Eres una mujer muy hermosa, ¿te lo habían dicho alguna vez? —pregunta, su voz cargada de un deseo contenido que apenas puedo soportar.

Yo me humedezco los labios antes de contestar, sintiendo el roce de su aliento contra mi piel. La cercanía de su cuerpo me envuelve en un torbellino de sensaciones.

—Sí, alguna vez —digo, tratando de mantener un tono socarrón, aunque mi voz tiembla ligeramente.

Logan suelta una carcajada, una risa que vibra en el aire, amplificando la tensión entre nosotros.

—Con que sí, ¿eh? —dice, su sonrisa ladeada.

Nos quedamos a una distancia que parece apenas suficiente para mantener la dignidad, pero muy cerca para ignorar la atracción que se arde entre nosotros. Todo mi ser me pide que me lance a sus brazos, que me deje llevar por este impulso que ha crecido desde el momento en que lo vi combatiendo en aquella colina, su fuerza y pasión desplegándose ante mis ojos.

Pero no lo hago. Y para mi desgracia, él tampoco. Nos miramos, nuestras respiraciones entrelazadas en la penumbra, y el deseo que compartimos parece colgar en el aire, sin ser liberado. La tensión es casi insoportable, un filo afilado de anticipación que nos mantiene en un equilibrio precario, atrapados entre el deseo y la reserva.

Finalmente, Logan se aparta ligeramente, su mirada aún fija en la mía, pero su expresión ahora muestra un toque de dolor contenida.

—Deberíamos volver antes de que alguien nos eche en falta.

Y eso hacemos.

Durante los días siguientes, la rutina se establece nuevamente. Logan se dedica a convencer a los líderes para firmar un tratado de paz. Cada conversación está llena de tensiones y negociaciones, pero finalmente, los primeros en ceder son los MacLeod, seguidos por los Fraser. La firma de los tratados es un avance importante, pero los Mackenzie, a pesar de haber presenciado el poder de la espada, parecen reacios a comprometerse completamente. Prometen darnos una respuesta pronto, dejando un nudo de incertidumbre que se cierne sobre el futuro de la paz entre los clanes.

Antes de partir de regreso al castillo, mientras la multitud se disipa lentamente, una figura se acerca a mí con una determinación que no puedo ignorar. Màiri nic Lachlainn, la mujer anciana de porte imponente y ojos penetrantes, se acerca con pasos firmes. Sus manos, ásperas y seguras, me toman de la muñeca con una fuerza inesperada, apartándome suavemente de la multitud.

—Sé lo que eres —dice, su voz grave y resonante—. Una viajera. No perteneces a este lugar. La espada es poderosa, puedes utilizarla para volver. Pero debes saber que si lo haces, el destino de los clanes terminará en una muerte segura.

Sus palabras caen sobre mí como una fría verdad. El peso de su advertencia se hunde en mi estómago, y el miedo se mezcla con la incertidumbre. La idea de regresar a casa, de volver a mi tiempo, es tentadora, pero a un costo tan alto... ¿Podría realmente ser la causa de una tragedia?

Màiri hace una pausa, su mirada fija en la mía con una intensidad que parece atravesar mi alma.

—En cambio —continúa—, si decides utilizarla para ayudar a restaurar la paz, eso agotará el poder de la espada y ya nunca podrás volver a casa.

Sus palabras resuenan en mi mente, una elección difícil y desgarradora ante la cual me encuentro. La posibilidad de perder mi hogar para salvar a estos clanes es una decisión que desafía todo lo que conozco y todo lo que he querido. El dilema entre el sacrificio personal y el bien mayor pesa sobre mí como una sombra constante.

Màiri me suelta la muñeca, sus ojos siguen fijos en los míos con una mezcla de preocupación y esperanza. La responsabilidad de la elección que tengo por delante se siente más real que nunca. Mientras la multitud se aleja y el atardecer comienza a pintar el cielo con tonos de fuego y sombra, la realidad de mi situación se hace palpable. La decisión que tome no solo afectará mi destino, sino también el futuro de todos los clanes que hemos intentado unir.

Capítulo 13

El regreso al castillo es más rápido, pero no menos emotivo. El camino, que había sido tan vibrante y lleno de tensiones la primera vez, ahora se siente repetitivo y cansado. El cielo, inicialmente despejado, se oscurece y las primeras gotas de lluvia empiezan a caer, repiqueteando en el suelo con una cadencia monótona. Me empapo rápidamente, el agua se filtra por mi capa y se mezcla con el barro bajo mis pies, haciéndome recordar el primer viaje, aquel en el que fui capturada y llevada a través de tierras desconocidas.

La lluvia se intensifica, volviéndose una cortina densa que limita nuestra visibilidad. El sonido de las gotas golpeando el suelo y el retumbar distante de los truenos acentúan mi sentimiento de claustrofobia. Cada paso me recuerda el peso de mi situación. Me siento atrapada en un presente que no es el mío, en una vida que no elegí, pero que ahora parece estar entrelazada con la mía de formas que no puedo entender completamente.

Mi mente se dirige de nuevo a la conversación con Màiri nic Lachlainn. Sus palabras siguen resonando en mi mente, como un eco incesante que no puedo silenciar. Me encuentro constantemente atrapada en un tira y afloja entre lo que podría ser y lo que es. La espada, con todo su poder y sus promesas, representa una salida, pero también un riesgo incalculable. La idea de que utilizarla para volver a mi tiempo podría condenar a los clanes a la destrucción me pesa en el corazón. Por otro lado, la posibilidad de usarla para restaurar la paz y quedarme aquí para siempre también es abrumadora.

Mientras viajo bajo la lluvia, me doy cuenta de lo fácil que ha sido perderse en los entrenamientos y en la intensidad de la relación con Logan. He estado tan inmersa en las prácticas, en las estrategias, en las emociones que él despierta en mí, que he olvidado una verdad fundamental: sigo siendo una prisionera del tiempo y, en cierto modo, de Logan mismo. Mi posición en el castillo es más una situación de conveniencia que de verdadera libertad. La única razón por la que no estoy en las mazmorras es porque accedí a ayudarles. Pero no tenía muchas otras opciones.

La sensación de estar atrapada es abrumadora. No solo estoy en una época que no es la mía, sino que la única forma en que he encontrado un propósito aquí es a través de la espada y el papel que se me ha asignado en los juegos de poder de los clanes. La realidad de que mi vida y mis decisiones están dictadas por circunstancias ajenas a mí es como un manto húmedo y frío que no puedo sacudirme.

Llegamos al castillo sin mayores problemas, a pesar del aguacero que nos acompaña en el trayecto. El cielo sigue nublado y la atmósfera está cargada de humedad y frío. Me cambio rápidamente y, aunque la tormenta aún retumba en mi mente, trato de volver a mi rutina habitual.

Las horas pasan de manera casi automática mientras me sumerjo en mis quehaceres en el castillo, manteniéndome ocupada y siguiendo las órdenes sin más. Pero cuando llega el momento del entrenamiento con Luke, siento una furia contenida que empieza a hervir dentro de mí. Mis movimientos son más duros y descoordinados de lo habitual, cada golpe y cada parry están cargados de una frustración que me resulta difícil de controlar.

Sus palabras, lejos de calmarme, avivan la furia que me embarga. Me lanzo contra él con una intensidad renovada, mis golpes se vuelven más brutales y desmedidos, cada embestida está cargada de una frustración que parece querer romperme desde dentro. Puedo sentir la furia vibrando en mis músculos, el calor en mis venas, el sudor frío que se mezcla con la humedad del

aire. Luke, claramente sorprendido, intenta bloquear mis ataques con una habilidad que apenas logra mantenerme a raya, pero mi fuerza lo empuja hacia atrás. Su cuerpo se tambalea, y lo coloco en una situación comprometida, su respiración es entrecortada y sus ojos muestran una mezcla de shock y enfado.

—¿Pero qué demonios te pasa? ¿A qué viene este arrebato? —me cuestiona, su voz dura y su sorpresa apenas disfrazada. La incredulidad en sus palabras solo sirve para alimentar mi rabia, mientras mi espada vuelve a elevarse, lista para el siguiente golpe.

Estoy a punto de golpearlo de nuevo cuando, de repente, una figura aparece en el patio. Logan, con su presencia tan imponente como siempre, se materializa en el marco de la puerta con una expresión de curiosidad que roza la preocupación. Sus ojos, intensos y penetrantes, recorren la escena con un aire de autoridad que corta el aire cargado de tensión.

El ritmo del combate se detiene abruptamente. El silencio se extiende entre nosotros como una manta densa, cada respiración parece amplificadas en la quietud repentina. Mi respiración es irregular, el ritmo acelerado de mi corazón es casi ensordecedor, y mi furia palpita en cada músculo, como una tormenta aún no apaciguada. Luke se recompone lentamente, su mirada fija en Logan, y puedo ver cómo su enojo se transforma en un leve temblor de incomodidad.

—¿Pero qué ven mis ojos? Luke, te arriesgas a perder tu puesto contra Blair —dice, un toque de diversión en su tono que contrasta con la seriedad del momento.

Luke, aún con el rostro enrojecido, me lanza una mirada dura. Sus palabras, cargadas de resentimiento, parecen una acusación directa.

—Ha aprovechado que me he confiado —dice, como si mi furia fuera una traición calculada.

—Algo que nunca deberías haber hecho —le reprende el Laird—, ¿has olvidado que es la portadora de *Cridhe an Tìre*?

Luke sisea, su enojo apenas contenido.

—Antes de entrenarla, no sabía ni cómo sujetar un palo de madera.

—¡Dejad de hablar de mí como si no estuviera delante! —exclamo, mi voz llena de ira e indignación. La sensación de ser un simple objeto en medio de sus discusiones me resulta asfixiante.

Logan me observa con una intensidad renovada, sus ojos azules captan por fin la magnitud de mi enfado. Puedo ver cómo su expresión cambia lentamente, de la curiosidad juguetona a una comprensión más profunda. Su mirada se vuelve más penetrante, como si estuviera buscando entender la tormenta que ruge dentro de mí.

Luke, todavía en una postura defensiva, me dirige una mirada confundida y algo avergonzada. La discusión y el conflicto entre él y Logan se desvanecen en segundo plano, como si yo hubiera lanzado una piedra en un estanque tranquilo, creando ondas que alteran todo el escenario.

El Laird, con una determinación serena, da un paso adelante. Sin apartar la vista de mí, extiende la mano hacia Luke, pidiéndole la espada con un gesto que brota de una autoridad innata. Luke, aún procesando la intensidad del momento, se la entrega sin protestar.

Luego, se coloca delante de mí con una calma casi desafiante. Sus ojos fijos en los míos, su expresión es de una serena determinación, como si estuviera listo para enfrentar cualquier tormenta que yo pudiera desatar. Abre los brazos en un gesto amplio.

—Estás enfadada —dice, su voz cargada de una calma que parece burlarse de la obviedad de la situación—. Desahógate conmigo.

La sangre me late en las sienes. ¿Cómo puede ser tan tranquilo? ¿Acaso no ve el fuego que arde en mi interior? El gesto es una provocación descarada. Una invitación a perder el control, a dejar que la bestia que llevo dentro salga a la luz. Me imagino arrancándole las palabras de la

boca, una a una, con mis uñas. La ira me ciega, me consume.

Sin más preámbulo, ataco con mi espada en alto, un rugido primal saliendo de lo más profundo de mi garganta. La hoja corta el aire con un silbido amenazador, brillando bajo la tenue luz del patio. Logan parpadea, sorprendido por la intensidad de mi repentina agresión. Pero su sorpresa dura solo un instante. Con una agilidad sorprendente, se aparta de mi golpe y contraataca, su espada chocando contra la mía con un estrépito metálico que resuena en el aire.

La batalla se convierte en un torbellino de acero y furia, el suelo fangoso bajo nuestros pies convirtiéndose en un campo de guerra deslizante. Mis músculos arden, el esfuerzo de bloquear y esquivar sus ataques haciendo que cada movimiento sea una prueba de resistencia. La lluvia, que ha comenzado de nuevo a caer, se mezcla con el sudor, creando una capa resbaladiza que hace que cada paso sea incierto.

Logan se defiende con la misma calma imperturbable que mostró antes, pero hay un brillo en sus ojos, una intensidad que refleja el desafío en su mente.

—¿Eso es todo lo que tienes? —se burla, como si nuestro enfrentamiento fuera un simple entretenimiento para él.

Y eso me cabrea aún más. La provocación de sus palabras se convierte en gasolina para el fuego de mi rabia. Mis golpes se vuelven más feroces, más desmedidos, cada movimiento cargado de una determinación salvaje. Mi furia encuentra un nuevo enfoque, cada golpe contra su espada parece ser una respuesta a su desafío, un intento desesperado de liberar toda la ira que arde en mi interior.

No me detengo. Mi furia me impulsa, y de alguna manera, consigo hacerle retroceder. Trastabilla con algo en el suelo y cae, llevándome con él en una caída descontrolada. Al aterrizar, quedo encima suyo, la espada presionando contra su garganta. Un solo movimiento y podría terminar con su vida, sería libre.

A pesar de la posición crítica, Logan sigue sin defenderse. Su mirada, intensa y fija en la mía, no muestra ni un atisbo de miedo. Sus ojos azules, que normalmente brillan con una calma autoritaria, ahora están oscurecidos por una intensidad que no puedo descifrar. Su silencio es casi una burla a la situación, un desafío a mi control emocional.

Entonces, en un gesto sorprendentemente delicado, levanta una mano y me toca la mejilla con una suavidad que me desarma. La ternura en su toque es como un contraste brutal con la intensidad del momento. Su mano es cálida y reconfortante, y me doy cuenta de repente de que estoy llorando, las lágrimas deslizándose por mis mejillas, mezclándose con el sudor y la lluvia que ni siquiera me he dado cuenta que ha empezado a caer.

Me quedo paralizada, el peso de mi furia y mi angustia finalmente rompiéndose en la vulnerabilidad que ahora siento. La realidad de mi situación, de mi ira descontrolada y de la conexión que tengo con Logan, se vuelven abrumadoras. Mi respiración es irregular, entrecortada por sollozos silenciosos que se mezclan con el sonido de la lluvia que sigue cayendo. El conflicto interno y la desesperación que había intentado ocultar se revelan en la crudeza de este momento íntimo y doloroso.

Logan se incorpora con una agilidad sorprendente, aún conmigo sobre él, su mano todavía en mi mejilla. El contacto es extraño, demasiado íntimo. El peso de la situación me golpea de golpe, y me siento atrapada entre la necesidad de escapar y la intensidad de todo lo que acaba de ocurrir.

De un salto, me separo de él, mi respiración entrecortada. No puedo soportar más, no puedo mirarlo a los ojos sin sentir que todo dentro de mí se desmorona. Sin pensarlo, me giro y echo a correr en dirección al castillo, las lágrimas aún se mezclan con la lluvia que cae en cortinas

suaves, pero el frío es lo último en mi mente. Mis pies apenas tocan el suelo mientras corro, buscando refugio, buscando escapar.

Llego a mi habitación, con el corazón latiéndome en las sienes y el cuerpo temblando, no sé si por el esfuerzo o por el cúmulo de emociones que me desbordan. Cierro la puerta detrás de mí con fuerza, el sonido retumba en la pequeña estancia, y por un momento, la tranquilidad me rodea.

Capítulo 14

Pero la calma dura poco. La puerta se abre con un crujido suave, y mi corazón da un vuelco. Logan está ahí, de pie en el umbral, empapado por la lluvia que resbala por su piel bronceada, su cabello oscuro pegado a su frente. Su pecho sube y baja lentamente, como si hubiera corrido sin descanso, pero sigue erguido, imponente, como el guerrero que es, su presencia llenando la habitación con una intensidad abrumadora.

Los músculos de sus brazos y hombros tensos, marcados por los años de batalla, destacan bajo la tela húmeda de su camisa, como si su cuerpo entero fuera una fuerza de la naturaleza contenida. El kilt que lleva, mojado y pesado, se ciñe a sus caderas poderosas, y el tartán de su clan cae en pliegues oscuros, ondulando como una extensión de la tormenta que parece acompañarlo. La espada que lleva en su cinto roza el suelo, una advertencia silenciosa de su poder. Y sus ojos, profundos y oscuros como un mar embravecido, me miran con una mezcla de tormento y deseo, una mirada que me conmueve y me enfurece al mismo tiempo.

Sin dudar, se acerca a mí y me sujeta por los brazos con fuerza, pero sin hacerme daño. Su piel está fría por la lluvia, y el contacto envía una descarga eléctrica por mi cuerpo. Sus ojos no se apartan de los míos, y su cercanía me abruma.

—Háblame —me pide con una voz baja y rasposa, cargada de algo que no logro descifrar. Hay una urgencia en sus palabras, algo desesperado, algo que me rompe el alma.

Siento un nudo en la garganta. Todo en mí quiere ceder, dejar que las lágrimas fluyan de nuevo, permitir que esa conexión que no puedo negar nos una. Pero no puedo permitirme reaccionar así. Es injusto.

Con un movimiento brusco, lo aparto de mí, zafándome de su agarre con una determinación fingida, intentando recobrar el control sobre mis emociones desbordadas. La furia en mi interior crece de nuevo, se enciende como un fuego que me consume.

—Eres mi captor —escupo las palabras con una rabia que ni siquiera había sabido que albergaba—. No soy más que tu prisionera. No tienes ningún derecho a mirarme de este modo, ni a preocuparte por mí.

Mi voz tiembla, traicionando la lucha interna que siento. Lo odio por el poder que tiene sobre mí, por la forma en que su simple mirada desarma mis barreras. Pero, al mismo tiempo, me odio a mí misma por la forma en que le permito hacerlo.

Logan abre los ojos, sorprendido, pero lo que sucede a continuación me deja sin aliento. Sin decir una palabra, se arrodilla ante mí, como si la fuerza que había mostrado hasta ahora se disolviera de repente.

—Blair... —susurra, su voz quebrada por algo que no logro entender—. No quiero ser tu carcelero, ni quiero que sientas que no tienes elección.

—Pero no tengo elección. Me dejaste muy claro lo que ocurriría si no aceptaba ayudarte. He estado demasiado ocupada, distraída... ¡Ni siquiera pertenezco a este mundo! —exclamo, soltando la verdad con furia.

Las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas, y en un instante, el pánico me invade. Me tapo la boca con las manos, esperando la avalancha de preguntas, el escrutinio, el interrogatorio que seguramente vendrá.

Pero Logan no reacciona como esperaba. En lugar de mirarme con sospecha o incredulidad, sonrío, y no una sonrisa de burla, sino una que lleva consigo algo casi... comprensivo.

—Eso es algo que he sabido desde el momento en el que te vi —dice suavemente, su voz resonando con una extraña calidez.

Mis manos caen lentamente de mi boca. Lo observo, esperando que sea algún tipo de truco o manipulación, pero sus ojos me miran con una honestidad desconcertante. ¿Lo ha sabido todo este tiempo? ¿Desde el primer momento?

—¿Qué... qué quieres decir? —logro preguntar, mi voz temblando con incredulidad.

—Blair, siempre he sabido que tú no eres como nosotros. Que tu lugar no está en estos tiempos, en estas luchas —murmura, su mirada fija en la mía, como si quisiera que viera algo más allá de lo que sus palabras dicen—. Y sin embargo, aquí estás. La portadora de la espada legendaria. Una diosa entre mundanos.

La palabra me provoca una carcajada incrédula.

—Yo no soy... —empiezo a replicar, pero él me interrumpe, continuando sin siquiera inmutarse por mi risa.

—Y una diosa no puede ser contenida —afirma, su voz baja pero firme, cargada de algo que parece admiración—. Jamás debí haberme atrevido a amenazarte. Pero tienes que saber que era un farol. Jamás te hubiera hecho daño, y no debería haberte mentido. Lo cierto es, Blair, que siempre has sido una mujer libre.

Su declaración me deja helada. Miro sus ojos, buscando alguna traza de manipulación, de engaño, pero no veo nada más que sinceridad. ¿Cómo puede decirme esto ahora, después de todo?

—Si te hubieras negado, si aún con mis amenazas hubieras decidido no participar en esto, te habría dejado marchar —continúa, su voz calmada, cada palabra clavándose en mí—. Incluso aquí y ahora, si me dices que no quieres seguir con esto, no te detendré.

El peso de sus palabras me aplasta, y por un momento, me siento perdida. ¿Todo este tiempo? ¿Toda esa sensación de estar atrapada, de no tener elección...? Era una mentira. Mis manos tiemblan a los lados mientras intento procesarlo, mientras mi mente gira en espiral tratando de comprender lo que significa.

—¿Por qué...? —mi voz suena rota— ¿Por qué no lo dijiste antes?

Logan desvía la mirada por primera vez, como si las respuestas le pesaran más de lo que está dispuesto a admitir.

—Porque te necesito. Es cierto que veo la única oportunidad de sobrevivir de mi gente en tus manos —responde, su voz casi en un susurro—. Y porque tenía miedo de que decidieras marcharte.

El aire en la habitación se siente más denso, cargado de una mezcla de emociones que apenas puedo soportar. Logan sigue arrodillado frente a mí, su mirada firme, y aunque sus palabras ofrecen libertad, siento que me atan de una manera más profunda. ¿Cómo puede decirme eso ahora? Después de todo lo que hemos pasado, después de haberme hecho creer que estaba atrapada aquí, sin elección.

—¿Y si decido marcharme ahora? —pregunto con la voz apenas un susurro, mi garganta cerrándose por la emoción—. ¿No me detendrás?

Él niega lentamente con la cabeza, su expresión cargada de una tristeza que no había visto en él antes. Me mira con esa intensidad que siempre ha tenido, pero que ahora parece más vulnerable.

—No. —Su voz es baja, casi rota—. Haré todo lo posible para ayudarte a volver... a donde sea que hayas salido. No te detendré, Blair.

Mis manos tiemblan mientras me llevo los dedos a los labios, intentando controlar el temblor

de mi boca. La idea de regresar a casa, a mi propio tiempo, a la vida que conocía antes de todo esto, debería ser tentadora. Es lo que siempre quise. Pero ahora, la realidad de esa posibilidad me golpea como una ola de frío. ¿Cómo podría regresar, sabiendo lo que les espera si los abandono? ¿Cómo podría vivir conmigo misma sabiendo que, si utilizo el poder de la espada para volver, condenaré a Logan y a los suyos a la destrucción?

Mis labios tiemblan más, y muerdo el interior de mi mejilla, luchando contra el torrente de emociones. ¿Cómo le explico que, a pesar de todo, no puedo simplemente irme? No después de lo que he vivido aquí. No después de conocerlos, de entender sus luchas, de haber sentido... lo que siento por él. Mis sentimientos hacia Logan son un torbellino, tan confusos y contradictorios que apenas puedo soportarlos. Siento un nudo formándose en mi pecho, tan apretado que apenas puedo respirar.

—Logan... —murmuro, sin saber cómo seguir, cómo poner en palabras lo que me atormenta—. No es tan simple.

—Nunca lo ha sido, pero es tu decisión.

Yo cierro los puños. ¿Cómo puede hacerme esto?

La ira me consume como un fuego salvaje, una tormenta descontrolada dentro de mí. Cierro los puños con tanta fuerza que las uñas se clavan en la palma de mis manos. Cada palabra que sale de mi boca está cargada de una furia que ya no puedo contener.

—Es injusto, Logan. —Mi voz se quiebra entre la rabia y la desesperación—. Me hiciste creer que me matarías si no aceptaba ayudarte. Me has sometido a un entrenamiento extenuante, noches enteras sin dormir, estudiando, peleando, siendo moldeada por tus manos, por tus órdenes. Me presentaste ante los clanes, me pusiste en medio de todo este caos, y ahora... ¿me dices que es mi elección?

No puedo contener más el impulso de golpearlo. Mis puños se estrellan contra su pecho, duro como una roca, sin que él siquiera parpadee. Logan se levanta lentamente, y sus ojos me siguen con esa mirada que me enciende aún más, pero que al mismo tiempo me desarma. Intenta decir algo, tal vez consolarme, tal vez defenderse, pero no se lo permito. Lo golpeo de nuevo, más fuerte esta vez, como si con cada golpe pudiera liberarme de todo lo que he acumulado dentro de mí.

—¡Maldito seas, tú y tu gente, y la espada...! —grito mientras lo golpeo otra vez, y otra, y otra. Mis puños, al principio llenos de fuerza, ahora se mueven más por impotencia que por verdadera rabia.

Logan no dice nada, ni siquiera parpadea. Sus ojos, oscuros y penetrantes, me observan con una intensidad que me enciende de una manera que odio. No se defiende, no me detiene. Se queda ahí, quieto, mientras mis manos chocan contra su pecho, sin oponer resistencia. Eso solo me enfurece más, pero al mismo tiempo, cada golpe que doy parece acercarnos más, como si la distancia entre nosotros se fuera evaporando en el aire cargado de tensión.

—¿Por qué no te defiendes? —digo, mi voz rota, casi suplicante. Mi respiración es irregular, y lo odio por ello. Odio que me vea así, tan desmoronada. Odio que me desarme solo con mirarme de esa manera.

Me detengo, mis manos todavía sobre su pecho, el calor de su piel traspasando la tela mojada de su camisa. Lo siento tan cerca que cada respiración suya parece mezclarse con la mía. Mi rabia es un torbellino, pero debajo de ella, algo más late, algo más oscuro y profundo, algo que no quiero nombrar.

Logan baja la mirada hacia mis labios, solo un segundo, lo suficiente para que mi corazón salte en mi pecho. Sus manos, hasta ahora quietas, se levantan lentamente y, antes de que pueda

reaccionar, siento sus dedos rozando mi mandíbula. Es un toque suave, pero electrizante, que recorre todo mi cuerpo como una descarga. Mi piel se eriza al contacto, y el aire parece volverse pesado, cargado de algo más que palabras no dichas.

—Deja de mirarme así—murmuro, pero mi voz suena quebrada, débil.

—No puedo evitarlo —susurra él, acercándose apenas, lo suficiente para que el calor de su aliento roce mis labios. Mi respiración se entrecorta, y siento cómo todo mi cuerpo se tensa, pero no por el enojo.

Lo odio por el poder que tiene sobre mí, pero al mismo tiempo, odio cómo mi cuerpo responde a él. Es como si en este momento, todo el caos, la confusión, la rabia y la atracción chocaran en un solo punto: entre nosotros, en el pequeño espacio que todavía nos separa, que parece reducirse cada vez más.

—Blair... —su voz es un susurro bajo y áspero, y cuando pronuncia mi nombre, algo en mí se desmorona.

Siento su mano deslizarse hacia mi nuca, cálida y firme, como si supiera exactamente cómo tocarme, cómo desarmarme por completo. Me paralizo, atrapada entre la necesidad de apartarme y el deseo de quedarme justo donde estoy, pegada a él, sintiendo el latido de su corazón que parece resonar al mismo ritmo que el mío.

—Logan... —respondo, sin saber si lo estoy advirtiendo o suplicando. Mi cuerpo tiembla, no por el frío, sino por la tensión que ha estado acumulándose entre nosotros desde que comenzó todo esto.

Él se inclina apenas, lo suficiente como para que su frente roce la mía, sus ojos fijos en los míos, como si buscara algo, como si intentara descifrarme. Mi respiración se acelera de nuevo, y siento que el espacio entre nosotros desaparece por completo.

—No podemos... Eres el Laird... No debemos... —digo, pero mi voz suena débil, traicionada por mi propio cuerpo que, lejos de rechazarlo, se acerca más a él. Mi corazón late con una fuerza descontrolada, y su cercanía me aturde, me consume.

—Pídeme que me detenga si es lo que quieres —responde él, su voz ronca y cargada de una emoción que no puedo identificar del todo. Sus labios están tan cerca que el simple pensamiento de lo que podría pasar me hace temblar.

Su otra mano, hasta ahora inmóvil, sube lentamente por mi costado, provocando una oleada de calor en mi piel, hasta que llega a mi cintura, donde se detiene, esperando. El roce de sus dedos hace que todo mi cuerpo se tense, pero no de miedo, sino de algo más profundo, algo que he estado intentando ignorar desde que lo conocí.

Mis labios se entreabren, buscando palabras que no llegan. Todo lo que puedo sentir es su respiración contra la mía, el calor de su cuerpo envolviéndome, el latido de mi corazón retumbando en mis oídos. La línea entre lo que está bien y lo que está mal se desvanece lentamente, y todo lo que queda es el momento.

Entonces, casi sin darme cuenta, mis dedos se aferran a su camisa mojada, tirando de él hacia mí, y antes de que pueda detenerme, nuestros labios se encuentran en un choque que es tanto de rabia como de deseo.

Nos besamos con una intensidad que quema. Mis labios se abren instintivamente, y su lengua encuentra la mía en un juego que es tanto de poder como de entrega. Hay un hambre desesperada en el modo en que sus labios se mueven contra los míos, en cómo sus manos me sostienen con fuerza, como si necesitara aferrarse a este momento tanto como yo.

Mi cuerpo se arquea hacia él, buscando más, deseando más. Mis manos exploran su cuerpo, cada músculo tenso bajo mis dedos, mientras sus labios se separan apenas para permitir que

nuestras respiraciones se entrelacen, el aire compartido entre nosotros ardiendo tanto como lo que sentimos.

—Me estás poniendo muy difícil tomar una decisión... —me quejo en un susurro, alejándome de él apenas unos centímetros, pero lo suficiente como para sentir el vacío en mi piel. Mi cuerpo, traidor, suplica por el contacto perdido, anhelando volver a rendirse a él, a la intensidad que parece arder entre nosotros.

Logan me mira, sus ojos azules, ahora oscurecidos por algo más que simple atracción, parecen una tormenta a punto de desatarse. Su mano sigue en mi cintura, como si todavía se negara a soltarme, como si ambos supiéramos que si lo hace, todo esto se desmoronaría.

—No tienes que decir nada —murmura, su voz baja y ronca, cargada con una intensidad que me atraviesa como una descarga. Cada palabra es una caricia en mi piel, un susurro que me envuelve y me hace desear más—. No tienes que decidir ahora.

Sus labios están tan cerca de los míos que puedo sentir el calor de su aliento, su mano sube apenas, rozando mi costado con una lentitud que me desespera, como si estuviera esperando mi rendición completa. Mi mente grita que esto está mal, que debo alejarme, pero mi cuerpo no escucha, atrapado en esta red de deseo y necesidad que me ancla a él. Mis piernas están débiles, mi corazón late frenético, y aunque trato de pensar, la sensación de sus dedos en mi piel me envuelve, haciéndome olvidar cualquier lógica.

El aire entre nosotros vibra, cargado de una energía que solo puede terminar de una manera. Mis labios se entreabren, pero no encuentro palabras, no puedo hablar, no puedo pensar, solo puedo sentir.

Casi sin pensarlo, vuelvo a besarlo, esta vez con más urgencia, con una necesidad que va más allá de cualquier razón. El mundo se reduce al espacio entre nosotros, al roce de nuestras bocas, a la electricidad que corre por mis venas cada vez que nuestras pieles se tocan. Es como si con cada beso estuviera desmoronándose algo dentro de mí, una resistencia que ni siquiera sabía que estaba sosteniendo.

Mis manos suben por su pecho, sintiendo el calor de su cuerpo bajo la camisa mojada, notando cada latido de su corazón que parece sincronizarse con el mío. La lluvia todavía cae sobre nosotros, pero ni siquiera la siento, todo lo que existe es el calor que emana de él, la manera en que sus labios se mueven contra los míos, con un hambre y una pasión que me consume.

Mis dedos se enredan en su cabello, tirando suavemente, mientras nuestros labios vuelven a encontrarse en un choque que es todo menos suave. Es fuego y tormenta, es rabia y deseo, es la acumulación de todo lo no dicho, de todo lo que ambos hemos estado negando hasta ahora. Y en este momento, no puedo detenerme, no quiero detenerme.

Mi mente está un torbellino de emociones encontradas. La idea de estar aquí, en esta situación, me parece tan absurda y perfecta al mismo tiempo. Pero, más allá de la confusión y el caos, hay una verdad fundamental que me golpea con fuerza: el deseo que siento por él es tan real como el dolor que me ha causado.

Mi cuerpo se estremece de la cabeza a los pies cuando siento que su mano se desliza bajo mi ropa, tocando mi piel desnuda. El contacto es eléctrico, y un gemido se me escapa sin querer. La pasión y el deseo se mezclan en una tormenta que parece no tener fin, y el mundo exterior queda completamente eclipsado por el calor de nuestro encuentro.

Pero entonces lo detengo.

Mi mano se coloca suavemente sobre su pecho, separándonos con un temblor que no puedo controlar. Su respiración, aún agitada, se vuelve errática. Siento cómo el calor que compartimos

se desvanece poco a poco. Logan me mira, sus ojos llenos de anhelo. Sus labios, que hace apenas unos segundos parecían destinados a los míos, ahora están tan cerca, pero inmóviles.

—No puedo... —susurro, mi voz quebrada, cargada de una emoción que no esperaba, que ni siquiera sé cómo nombrar— No puedo confiar en ti.

El aire entre nosotros cambia, se enfría de golpe. La electricidad que nos rodeaba, la que alimentaba este fuego, desaparece, como si alguien hubiera apagado una vela en la oscuridad. Lo quiero cerca, lo deseo con cada fibra de mi ser, pero sé que no puedo seguir adelante. No así, no ahora.

Logan baja la mirada, sus ojos se apagan.

—Lo entiendo —murmura, su voz suave, pero cargada de peso.

Mi corazón late con fuerza, pero las palabras que deberían salir de mis labios se ahogan antes de formarse. Todo lo que quiero decir, lo que debería decir, se queda atrapado en un nudo de emociones que no puedo desenredar. No puedo confiar en él, no después de haberme mantenido aquí bajo una mentira, haciéndome creer que era una prisionera, cuando todo el tiempo tenía una opción.

La puerta se cierra con un clic suave, un sonido que parece amplificarse en el silencio de la habitación, y el vacío que deja detrás de él es palpable. El frío invade el espacio donde antes había calor, y me envuelve una sensación de pérdida que no consigo entender del todo.

Me quedo sola, temblando aún por su cercanía, el eco de su partida resonando en mi mente. Pero más que eso, me siento completamente perdida.

Capítulo 15

No puedo dormir esa noche. Mi mente es un caos de imágenes y sensaciones que giran en torno a Logan: el ardor de sus manos en mi piel, la intensidad de sus besos, y la lucha interna que reflejaban sus ojos cuando me miraba. Cada recuerdo me enciende y me desconcierta aún más, pero la verdadera batalla se libra dentro de mí. Ahora tengo la opción de regresar a casa.

Volver al 2024, a la comodidad de mi vida anterior, a mi apartamento en Londres, donde las preocupaciones eran insignificantes en comparación con las de aquí. Mi mayor problema sería el papeleo, las reuniones interminables y alguna que otra cena con amigos, mientras el eco de este mundo antiguo se desvanecería con el tiempo como un sueño al despertar. Pero, ¿podría olvidarlo todo? No. Sé que no.

Aquí he encontrado algo más que historia o aventura. He encontrado una causa, personas que me han acogido y se han preocupado por mí, como Luke, que se ha convertido en un amigo de verdad. Y luego está Logan...

Pero él es distinto. Él es el motivo por el que estoy despierta esta noche, consumida por la incertidumbre. Me ha mentido, me ha hecho creer que era prisionera, y eso es algo que no puedo perdonar tan fácilmente. No puedo fiarme de él, no después de todo lo que ha pasado. Aunque lo desee, aunque su presencia me queme por dentro, no puedo permitir que esa confusión me nuble.

Y, sin embargo, abandonar este lugar sería condenarlos a todos. Volver a mi tiempo significaría su muerte. ¿Podría vivir con eso? Mis manos se crispan en la manta mientras mi mente se niega a darme respuestas.

La tormenta que ruga afuera parece reflejar mi agitación interna. El viento y la lluvia golpean los muros del castillo, y los truenos resuenan como si los dioses mismos quisieran hacerme partícipe de su juicio. Dioses... ¿Cómo es posible que Logan piense en mí como una diosa? La idea es absurda, pero sus palabras siguen reverberando en mi cabeza, como un eco que no puedo silenciar.

Me siento atrapada entre la espada y la pared, literalmente. Por un lado, la promesa de volver a la seguridad de mi tiempo, a una vida más simple. Por otro, el peso de la responsabilidad que he asumido aquí. No solo por la gente que me ha acogido, sino por lo que podría perder si me marcho... y lo que podría dejar atrás.

Las campanas resuenan en el castillo, su sonido profundo y urgente rompiendo la calma inquietante de la noche. No son las campanas habituales; estas son más rápidas, más fuertes. Alarma. El mensaje es claro: algo grave ha ocurrido. Me levanto de la cama de un salto, desorientada pero con un mal presentimiento en el pecho.

Me visto rápidamente, luchando contra la sensación de que todo está a punto de desmoronarse. Salgo de mi habitación y casi choco de frente con Luke en el pasillo. Su expresión es tensa, sus ojos reflejan preocupación y algo más... pánico.

—La espada, *Cridhe an Tìre*, ha desaparecido —dice sin rodeos, su voz cortante.

Mi corazón se hunde. La espada... La legendaria espada que he estado entrenando para manejar, el artefacto con el que he empezado a sentir una conexión profunda, la clave de la supervivencia de estas tierras... ha sido robada.

—¿Qué...? ¿Cómo es posible? —mi voz sale temblorosa, apenas un susurro, mientras mi mente intenta asimilar lo que acaba de decir.

Luke se pasa una mano por el cabello, claramente afectado, pero mantiene la compostura.

—No lo sabemos. Todo el castillo está en alerta, nadie la vio salir. Pero necesitamos encontrarla. Ahora.

El peso de lo que eso significa cae sobre mí como una roca. Sin la espada, todo lo que hemos trabajado y entrenado para defender está en peligro.

Luke me guía a paso rápido hacia el despacho del Laird. A medida que nos acercamos, los gritos de Logan resuenan por el pasillo, su voz profunda reverberando en las paredes de piedra del castillo. Nunca lo había escuchado así antes, está iracundo.

Entramos en la habitación sin llamar, y veo a Logan con el rostro desencajado de ira, sus manos apretadas en puños sobre la mesa. Sus ojos, que antes me miraban con deseo y tormento, ahora están llenos de rabia contenida.

—¡Incompetentes! ¡Nos hemos quedado sin nada! —grita, sus palabras dirigiéndose a los guardias que están de pie junto a la puerta, inmóviles bajo el peso de su furia.

Luke me mira de reojo, pero no dice nada. Entonces, veo lo que Logan sostiene en la mano: un pergamino roto, uno de los muchos que detallaban los secretos de *Cridhe an Tìre* y los rituales que hemos estado estudiando. Mi estómago se retuerce al comprender.

—Los pergaminos también han desaparecido —murmura Luke junto a mí, su voz grave.

Los rituales. La clave para controlar el verdadero poder de la espada. Todo ha sido robado.

Espero pacientemente mientras el Laird grita a sus guardias. Su furia llena el aire, tensándolo con cada palabra que pronuncia. Su voz retumba en las paredes, implacable, mientras los guardias permanecen inmóviles bajo el peso de su ira. Finalmente, cuando se queda sin aliento, los despide con un gesto brusco, dejándonos a Luke, Logan y a mí solos en la sala.

El silencio que queda es pesado, cargado de frustración y desesperación. Logan gira hacia mí, su mandíbula tensa y los ojos ardientes.

—Blair, por favor —dice en tono bajo, casi un ruego—. Dime que no ha sido cosa tuya.

Mis ojos se abren de par en par, la indignación se arremolina en mi pecho.

—¿Qué? ¿Estás insinuando que yo me deshice de la espada?

—Estás enfadada —responde él, su voz cargada de una mezcla de resentimiento y cansancio

—. Te engañé, te hice creer que no tenías otra opción más que ayudarnos.

Su confesión me deja helada un momento, pero la rabia pronto toma el control.

—¿Y qué? ¿De verdad piensas que, como venganza, te la escondería? ¿Que os condenaría a todos solo por eso?

Logan me sostiene la mirada, su expresión más calmada pero aún impenetrable.

—Eres libre de hacerlo. Nadie te lo reprocharía —dice, y aunque lo dice con frialdad, noto un rastro de duda en sus palabras.

Luke, que ha estado observando en silencio, no puede evitar intervenir.

—Yo sí lo haría —dice, firme, mirándome directamente.

Suspiro, exasperada. Logan me sigue mirando con esa intensidad que siempre me desarma, pero esta vez no cederé. Me planto frente a él, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Le di mi palabra —responde Logan, con voz pesada, como si tratara de justificar algo ante Luke, pero también ante sí mismo—. Ella es libre de escoger.

Mis ojos arden cuando lo miro, sintiendo la ironía afilar cada una de mis palabras.

—¿Libre? —espeté—. Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

Luke interviene, levantando las manos, cansado de nuestro constante tira y afloja.

—Ya basta —dice, interrumpiendo la disputa—. Esto no ayuda a recuperar la espada.

El silencio pesa en la sala pero la tensión entre Logan y yo sigue ahí, como una tormenta contenida. Logan desvía la mirada, pero noto cómo su mandíbula sigue apretada, los músculos

tensos bajo la piel. Sé que no es fácil para él admitir lo que acaba de decir, y en parte, eso solo me enfurece más. La culpa no es mía.

Me giro hacia Luke, buscando un poco de cordura en medio de esta locura.

—¿Y ahora qué? —pregunto, intentando concentrarme en lo que realmente importa: la espada.

Luke pasa una mano por su cabello, claramente afectado por la situación. Sus ojos reflejan la misma preocupación que siento.

—No lo sé —responde—. La seguridad estaba reforzada, nadie debería haber podido sacarla del castillo. No tiene sentido.

—Alguien lo hizo —respondo yo, cruzando los brazos con frustración—. Y lo sabían bien. La espada, los pergaminos... Se llevaron exactamente lo que necesitaban.

—Es posible que haya un traidor entre nosotros —murmura Logan, más para sí mismo que para los demás. Su tono ha cambiado, ya no está tan cargado de resentimiento. Ahora, parece que está luchando por mantener el control, por encontrar una solución.

—¿Podría ser quien intentó asesinarme? —digo sintiendo la cicatriz que me quedó como recordatorio de la experiencia.

Logan aprieta la mandíbula.

—Podría ser. No tenemos información de ninguno de los dos sucesos.

Lo observo de reojo. Por un momento, el guerrero imponente y seguro de sí mismo parece humano, vulnerable. No puedo evitar sentir un tirón de compasión, pero rápidamente lo reprimo. No, no puedo permitirme bajar la guardia. No con él.

—¿Y si empezamos interrogando a los guardias? —sugiero, rompiendo el silencio—. Alguien debe haber visto algo, cualquier cosa que nos dé una pista.

—Ya lo están haciendo —responde Luke—. Pero hasta ahora no han encontrado nada.

Me siento frustrada, impotente. Todos los planes, todo por lo que hemos trabajado, parecen estar desmoronándose justo frente a nosotros. Si no encontramos la espada, si no recuperamos los pergaminos, todo estará perdido.

Entonces Luke me mira como si me viera por primera vez.

—¿Qué hay de ti?

—¿Yo?

—¿No puedes encontrarla? ¿Percibir dónde puede estar? —pregunta el guardia.

La pregunta de Luke me pilla desprevenida. Mi mirada se cruza con la suya, sus ojos brillan con una intensidad que no había visto antes, como si acabara de poner su última esperanza en mí.

—¿Encontrarla? —repito, más para mí misma que para él. Mi mente da vueltas intentando procesar lo que acaba de sugerir.

—Sí —Luke insiste, sus palabras urgentes—. La espada te eligió, Blair. Si existe una conexión entre vosotras, tal vez puedas sentir dónde está, como lo hiciste antes.

Mis labios se fruncen, insegura. Lo que dice tiene algo de sentido, pero nunca he intentado buscar la espada de forma consciente. Esa conexión, esa atracción que sentí al principio, fue espontánea, casi mágica... pero nunca la controlé. No sé si es algo que puedo hacer a voluntad.

—No lo sé —respondo, con sinceridad—. No estoy segura de cómo funciona. Cuando la encontré la primera vez, simplemente... sucedió. Pero ahora...

—Podría funcionar —interrumpe Logan, con un tono más suave que hace que lo mire sorprendida. Ya no parece enfadado ni resentido, sino expectante, como si él también quisiera creer que puedo hacer algo—. Recuerda cuando paseamos por el castillo, me llevaste a ella sin miramientos. Aunque no sabías lo que hacías, inconscientemente fuiste hacia la espada.

La presión que se cierne sobre mí es palpable, casi sofocante. Luke y Logan me observan con una mezcla de expectación y desesperación. Nunca he querido ser la persona en la que los demás depositan sus esperanzas, pero aquí estoy, y ahora no puedo fallar.

—Lo que hice aquella vez fue pura intuición, no tengo control sobre esa conexión —intento explicarme, sintiendo cómo mis palabras parecen vacilantes incluso a mis propios oídos—. No fue algo que elegí hacer.

Logan me mira con una intensidad que me desarma.

—Pero lo hiciste. Eso significa que puedes hacerlo de nuevo --insiste Luke.

Me muerdo el labio, sabiendo que Luke tiene razón. No es momento de dudar. Intento concentrarme, cerrar los ojos y buscar dentro de mí esa chispa, esa atracción invisible que me guió hasta la espada la primera vez. Me sumerjo en mi mente, intentando vaciarla de las dudas y el caos que la invaden. Solo necesito silencio, un momento de claridad.

La frustración de no sentir nada al principio me golpea con fuerza. No hay destellos, no hay luces, no hay pistas mágicas que me indiquen dónde está. Solo silencio. Casi estoy a punto de abrir los ojos y admitir mi derrota, cuando, de repente, un tirón leve, casi imperceptible, me atraviesa el pecho.

Es débil, pero está ahí. Algo en el aire parece cambiar, como si una energía lejana comenzara a vibrar dentro de mí. Un latido distante que resuena con el mío. Mi respiración se vuelve más lenta, más controlada, y lo siento: una dirección.

Abro los ojos, encontrándome con la mirada ansiosa de Logan.

—Creo que puedo hacerlo —murmuro, todavía sorprendida por lo que acabo de sentir—. La espada... puedo sentirla, no está muy lejos.

Logan da un paso hacia mí, su atención completamente fija en mis palabras, como si cada una fuera crucial. Luke frunce el ceño, aún más alerta.

—¿Dónde? —pregunta Logan, su tono controlado pero urgente.

Cierro los ojos de nuevo, intentando concentrarme en esa conexión, en ese tirón invisible que me llama hacia la espada. Es como si una fuerza magnética me empujara en una dirección específica, aunque la sensación es borrosa, intermitente.

—No lo sé con precisión —digo finalmente, abriendo los ojos—, pero está fuera del castillo, hacia el bosque.

Luke intercambia una mirada con Logan, ambos parecen sopesar la situación. El guardia asiente.

—Podemos prepararnos para salir de inmediato —dice Luke, dando un paso atrás—. Si tienes razón, no podemos perder más tiempo.

Mientras Luke empieza a dar órdenes a los guardias, Logan no aparta los ojos de mí. Su mirada está cargada de una intensidad que me hace estremecer. Hay algo más en esa expresión, algo que va más allá de la espada perdida o del peligro inminente. Es como si cada segundo que pasa, cada palabra que intercambiamos, estuviera impregnada de una tensión que ninguno de los dos puede controlar.

—Blair... —Logan avanza un paso, su voz más suave, apenas un susurro—. ¿Quiere decir esto que ya has tomado una decisión?

Su pregunta flota en el aire, pesada, y me encuentro tragando saliva, nerviosa. No sabe que, decida lo que decida, necesito la espada. Sin ella, me quedaré atrapada en el pasado y además no podré ayudarles.

—Todavía no —respondo, mi voz un poco más firme de lo que me siento.

Sus ojos se oscurecen por un instante, como si esperara otra respuesta. Casi puedo sentir la

frustración que le provoca mi ambigüedad. Logan da otro paso, su rostro apenas a unos centímetros del mío. Puedo sentir su respiración, la tensión que se acumula entre nosotros. La electricidad en el aire es palpable, y la atracción que siento hacia él se mezcla con la rabia contenida que he estado manteniendo a raya.

—Está todo listo —anuncia Luke regresando con nosotros—. Partimos en cuanto estés preparada.

Asiento, obligándome a apartar la mirada del Laird. Acostumbrada a las largas sesiones de entrenamiento con Luke, voy equipada la mayor parte del tiempo con pantalones de cuero resistentes, ajustados pero lo suficientemente flexibles para los movimientos ágiles que necesito.

Mientras ajusto mi cinturón y siento el peso familiar de mi daga al costado, mi mente sigue revuelta. Los pensamientos sobre Logan, la traición, la tensión entre nosotros, todo sigue bullendo debajo de la superficie. Pero me obligo a pensar en lo importante: recuperar la espada. No puedo permitirme más distracciones.

Asiento con decisión, y Luke me acompaña fuera del castillo. El ambiente está tenso. Puedo ver la preocupación en los rostros de la gente, el miedo silencioso mezclado con la furia contenida de los guerreros. Todos saben lo que está en juego.

Me subo al caballo que me ofrecen, las riendas ásperas en mis manos. El viento frío corta la piel, y el eco de los cascos resonando en el suelo de piedra me da una sensación de urgencia que no puedo sacudir. Nos dirigimos hacia la salida sin más preámbulos, la misión clara en mi mente.

Pero antes de que podamos hacerlo, el sonido de unos cascos nos hace voltearnos a todos.

Logan aparece galopando hacia nosotros como una tormenta hecha carne, y por un segundo me olvido del frío, del peligro, de todo. Vestido con su kilt de batalla sobre unos pantalones de cuero, el tartán ondea con el viento, ceñido a sus caderas, destacando la fuerza bruta de sus piernas, y su imponente figura parece dominar el espacio a su alrededor. Cada movimiento que hace, incluso a lomos del caballo, es fluido y seguro, como si la misma tierra le perteneciera. El sonido de los cascos retumba en mis oídos, un eco que acompaña a su entrada, casi cinematográfica.

Su pecho está cubierto solo por una camisa fina, y la tela cruda del kilt apenas protege de la tormenta que empieza a cernirse sobre nosotros. Su cabello oscuro, aún húmedo, se agita con el viento y las gotas de lluvia amenazante. La visión de Logan en ese estado, con su mirada fija en mí, es algo que podría pertenecer a una vieja leyenda.

Se acerca con un control calculado hasta detenerse frente a mí, y el caballo bajo él resopla con fuerza, su aliento se mezcla con la brisa helada.

—No, ni hablar —interviene Luke, rompiendo la tensión. Se coloca firmemente a su lado, su tono decidido—. Eres el Laird, ahora más que nunca debes quedarte en el castillo.

El rostro de Logan apenas cambia, pero puedo ver cómo su mandíbula se tensa. El poder de su posición pesa sobre la conversación como una amenaza sutil.

—Me han robado —responde Logan, su voz baja pero cargada de una fuerza inamovible—. No voy a quedarme en el castillo.

Su resolución es palpable, como una pared que nadie puede derribar, y sé que en este momento no hay manera de hacerlo cambiar de opinión. Es testarudo, siempre lo ha sido, pero ahora esa testarudez está afilada por la rabia y el sentimiento de traición.

Pero Luke sacude la cabeza.

—Es una mala idea, Logan... —insiste, su tono cargado de advertencia. La tensión entre ambos es casi tangible, como si el aire mismo estuviera a punto de quebrarse.

—Soy tu Laird —lo interrumpe Logan, su voz fría como el acero—. No deberías olvidarlo.

Veó la punzada de dolor cruzar el rostro de Luke. Es rápida, apenas perceptible, pero está ahí, y me duele verlo. Luke siempre ha sido leal hasta la médula, y esa lealtad le pesa ahora más que nunca. Sin embargo, como el guerrero que es, su expresión pronto se endurece, su máscara regresa, impenetrable. Da un paso atrás, inclina la cabeza ligeramente y se retira sin una sola palabra más.

El silencio que queda entre Logan y yo es denso, cargado de emociones no dichas y del eco de lo que acaba de suceder. No puedo evitar sentir una punzada de ira.

—No tenías por qué comportarte como un capullo con él —le recrimino, mi voz cortante.

Logan gira su mirada hacia mí, una ceja alzada, y hay algo en su expresión que mezcla diversión y enfado, como si disfrutara de esta pequeña confrontación.

—No tengo la más remota idea de lo que significa eso —responde, su tono burlón—, pero supongo que no será nada bueno, ¿me equivoco?

Mi boca se abre, preparada para replicar, pero Logan no me da tiempo. Con un leve gesto de su cabeza, suelta un autoritario:

—Vamos.

Y pasa por delante de mí, como si todo estuviera bajo su control. Me quedo mirando su espalda durante un segundo, el sonido de su caballo resonando en el suelo mojado, mientras la rabia hierve dentro de mí.

Antes de pensarlo demasiado, levanto mi mano y le enseño el dedo anular. Luego, con un resoplido exasperado, hago que mi caballo lo siga. La lluvia comienza a caer con más fuerza, empapándonos, pero eso solo parece añadir dramatismo a la situación.

Logan no se gira ni siquiera una vez. De alguna manera, eso me irrita más.

Capítulo 16

Lidero la comitiva junto a Logan. Después de todo, soy yo quien puede sentir la espada, *Cridhe an Tìre*. Luke viaja a mi lado, un poco por detrás de nosotros. Mientras avanzamos, siento la humedad de la lluvia empapando mi cabello, pegándolo a mi rostro. El viento frío azota nuestra piel, y el sonido de los cascos de los caballos en la tierra húmeda se mezcla con el retumbar lejano de los truenos. El ambiente es tenso, como si incluso la tormenta que nos envuelve estuviera expectante de lo que está por suceder.

Mis manos se aferran con fuerza a las riendas mientras trato de enfocarme en la conexión con la espada. Es una sensación extraña, como si un fino hilo invisible tirara de mí, guiándome hacia ella. Aunque mi cuerpo está aquí, mi mente está dividida, buscando en las profundidades de esa conexión. Está cerca, pero no puedo precisar exactamente dónde.

A mi lado, Logan permanece en silencio, pero su presencia es tan intensa que me resulta imposible ignorarla. Siento su mirada sobre mí de vez en cuando, como si estuviera esperando que me quebrara, o tal vez, como si intentara descifrar lo que estoy pensando. No quiero mirarlo, no quiero ceder al tirón que parece arrastrarme hacia él en medio de todo esto, pero la tensión no resuelta entre nosotros es insoportable.

—¿Tienes algún rastro? —pregunta finalmente, rompiendo el silencio, su voz firme pero contenida.

—La siento —digo, sin girarme—. Está cerca, pero aún no sé exactamente dónde.

Logan asiente, pero no añade nada más. A su alrededor, los guerreros que nos siguen mantienen la misma postura firme, listos para cualquier cosa, aunque sé que en sus corazones, todos sienten la misma incertidumbre.

Mis pensamientos vuelven a la espada. Siento que cada paso que damos nos acerca más a lo inevitable. Y aunque sé que estoy aquí para encontrar la espada, una parte de mí no puede dejar de pensar en lo que sucederá después. Recuperarla será solo el comienzo de algo mucho más grande. Algo que podría decidir no solo mi destino, sino el de todos.

El peso de esa responsabilidad me aplasta, y sin darme cuenta, exhalo un suspiro que el viento arrastra.

—¿Estás bien? —pregunta Logan de nuevo, su tono más suave esta vez, como si pudiera sentir el conflicto que se agita dentro de mí.

—Estoy bien —respondo rápidamente, casi como un reflejo. No puedo permitirme el lujo de flaquear ahora.

Seguimos avanzando por el bosque, pero la oscuridad y el viento helado nos alcanzan. La lluvia, que al principio era solo un goteo ligero, empieza a caer más fuerte, empapando nuestras capas y haciéndonos detenernos.

—Deberíamos acampar aquí por esta noche —dice Logan, observando el cielo nublado y el creciente temporal—. No tiene sentido avanzar a ciegas con este clima.

Asiento sin palabras, sabiendo que tiene razón. Los guerreros se mueven con rapidez, montando un campamento improvisado bajo la lluvia. A pesar de lo cansada que me siento, mi cuerpo está tenso por la adrenalina, y no puedo evitar echar un vistazo a Logan, cuya figura imponente sigue destacándose incluso bajo la lluvia torrencial.

Finalmente, cuando las tiendas están listas, me doy cuenta de un problema: no hay suficientes para que todos tengamos una propia.

—Blair, compartirás tienda conmigo —dice Logan de repente, como si leyera mis pensamientos.

Lo miro, atónita, por un instante que parece eterno. Su tono es firme, pero sus ojos, esos ojos oscuros y profundos, están cargados de una intensidad que no puedo ignorar. Siento un escalofrío que no es solo por el frío que me recorre, sino por la cercanía inesperada de su mirada.

—Estás completamente loco si piensas que voy a dormir contigo —empiezo a decir, con una voz temblorosa que no consigo controlar. La realidad es que el frío se ha convertido en una presencia constante y dolorosa en mis huesos, y la idea de dormir al raso, bajo la lluvia implacable, se siente como una sentencia de muerte.

Logan se acerca un paso más, su presencia dominante e inquebrantable. La cercanía me hace sentir como si el aire entre nosotros se hubiera vuelto denso, cargado de una tensión palpable. Sus palabras son bajas, pero la firmeza en su voz no deja lugar a dudas.

—Han intentado matarte, han robado la espada. Todo ha sucedido bajo mi techo, en mi castillo. No voy a perderte de vista, ¿lo entiendes? No puedo arriesgarme.

Trago saliva, intentando no dejar que la intensidad de su mirada me haga flaquear. Mis piernas parecen débiles, temblando no solo por el frío, sino por la presión que siento. Sus palabras resuenan en mi mente, y aunque entiendo su preocupación, no puedo evitar sentirme atrapada por la situación.

—Aún así, dormir en la misma tienda... —empiezo a decir, mi voz apenas un susurro en el rugido constante de la tormenta.

—Podemos dormir al raso si así lo prefieres —interrumpe él, con un tono que sugiere que no se trata solo de un hecho, sino de una oferta que no está dispuesto a negociar.

No, no lo prefiero en absoluto. La idea de dormir en el suelo frío y mojado es aterradora. Pero compartir una tienda con Logan... esa es una perspectiva que me desconcierta aún más. La idea de estar tan cerca de él, de sentir su calor corporal en medio de este ambiente gélido y húmedo, despierta una maraña de emociones dentro de mí.

Mi mente lucha contra el impulso de aceptar, pero el frío, la fatiga, y la presión de la situación hacen que mis resistencias se desmoronen. Finalmente, respiro hondo, mi mente tratando de despejarse mientras los latidos de mi corazón resuenan en mis oídos.

—Está bien —murmuro, la voz cargada de resignación y una pizca de desesperación.

Entramos en la tienda, donde apenas hay espacio para los dos. El calor del pequeño fuego que han logrado encender fuera apenas se cuele, y el frío sigue siendo implacable. Pero al menos estamos resguardados.

—Tienes que quitarte esas ropas mojadas —dice Logan, sacudiendo la cabeza para quitarse algunas gotas de agua de su cabello oscuro. Él ya ha comenzado a desabrocharse la camisa empapada, y no puedo evitar notar cómo se pega a su piel, delineando los músculos de su pecho y abdomen.

Miro hacia otro lado, sintiendo que el calor sube a mis mejillas a pesar del frío.

—¿Qué? —respondo, con la voz más aguda de lo que me gustaría—. No voy a desnudarme delante de ti.

Él me lanza una mirada rápida, divertida pero no exenta de frustración.

—Blair, si te lo dejas puesto, te vas a congelar. No se trata de otra cosa más que sobrevivir a esta maldita tormenta. Tienes que entrar en calor.

Mi resistencia interna se tambalea ante la lógica de sus palabras. No está siendo deshonesto, solo pragmático, pero aun así... compartir este espacio con él, estando tan cerca y en estas circunstancias, hace que mi corazón lata desbocado.

Finalmente, con las manos temblorosas, empiezo a quitarme la capa mojada y luego desabrocho mi chaqueta. La humedad ha hecho que todo sea más difícil de quitar, y tardo más de lo que debería. Cuando al fin me desprendo de la ropa empapada, me quedo solo con una fina camisa de lino y mis pantalones. El frío aún me envuelve, pero al menos estoy algo más seca.

Logan, ahora sin camisa, se acerca y extiende una gruesa manta de lana. Me la ofrece sin decir una palabra, pero sus ojos se encuentran con los míos, oscuros y llenos de algo que no puedo identificar del todo. Acepto la manta, envolviéndome en ella con gratitud, aunque la sensación de vulnerabilidad persiste.

Nos tumbamos sobre la escasa cama improvisada, y el espacio es tan reducido que nuestras piernas inevitablemente se tocan. Siento su calor inmediato, y aunque me hace temblar de nerviosismo más que de frío, no puedo evitar acurrucarme un poco más cerca.

—¿Todavía tienes frío? —pregunta Logan en voz baja, sus palabras apenas un susurro en la oscuridad.

—Un poco —admito, aunque el frío no es lo que más me preocupa en este momento.

—Ven aquí —dice, rodeándome con un brazo fuerte antes de que pueda reaccionar del todo. Su toque es inesperado y su cercanía, abrumadora. —Es solo para entrar en calor, Blair —añade con una sonrisa ladeada que no puedo discernir del todo, aunque su tono sigue siendo firme—. Nada más.

Mis músculos se tensan un momento, pero al sentir el calor de su cuerpo envolviéndome, una parte de mí se rinde. La sensación de estar tan cerca de él, en un espacio tan íntimo, hace que mi corazón lata con una intensidad que parece sincronizarse con el ritmo de la tormenta fuera. La proximidad de su cuerpo, el calor que me ofrece, y el silencio que se alarga entre nosotros crean una atmósfera cargada con algo que no puedo nombrar, una tensión que parece estar a punto de explotar.

El silencio se alarga, pero no es incómodo. Es como si ambos estuviéramos esperando, conteniendo la respiración, en un limbo emocional sin saber quién dará el siguiente paso.

Parece que será Logan. Siento sus caricias, sus manos cálidas deslizándose lentamente por mis brazos, en un toque que se siente a la vez delicado y cargado de intención. Cada movimiento es consciente, explorando la textura de mi piel con una suavidad que contrasta con el frío que nos rodea. Sus dedos siguen el contorno de mis músculos, trazando una línea invisible que va desde mis hombros hasta la clavícula, donde se detienen brevemente, como si quisieran memorizar cada curva, cada rincón de mi cuerpo.

Siento que mi respiración se vuelve más irregular, atrapada entre el deseo de acercarme más a él y el temor a lo que esta cercanía puede significar. Su toque es más que físico; parece que explora un espacio más profundo, una conexión emocional que apenas puedo entender. La forma en que sus dedos se detienen en mi clavícula, como si fueran a dibujar un mapa invisible de mi piel, me hace sentir expuesta y vulnerable, pero también increíblemente viva.

Un gemido escapa involuntariamente de mis labios cuando, de repente, siento la presión de su erección contra mi espalda. Es fuerte, palpitante y deseosa de ser liberada de sus pantalones.

Logan parece congelarse por un momento, su cuerpo tenso contra el mío. Siento cómo su respiración se vuelve entrecortada, su pecho subiendo y bajando contra mi espalda en un ritmo irregular. La realidad de la situación nos envuelve, y la frontera entre lo necesario para mantener el calor y lo que sentimos en el momento se difumina.

Como si lo hubiera despertado de un trance, Logan se aleja de mí.

—Lo siento, me he dejado llevar. No debí... —sus palabras se rompen en el aire, llenas de culpa, pero yo, sin poder contenerme más, me giro hacia él.

Mis manos, temblorosas pero decididas, se encuentran en su pecho desnudo, admirando la firmeza de sus músculos. Deslizo mis dedos lentamente hacia abajo, explorando la superficie de su piel, cada contacto intensificando la electricidad entre nosotros. Mi respiración se acelera mientras mis manos bajan, rozando su abdomen definido, hasta llegar al bulto prominente de sus pantalones.

—Blair... —gime él, su voz cargada de una mezcla de deseo y sorpresa.

Pero no le doy tiempo para decir más. Interrumpo sus palabras con una decisión que parece brotar desde lo más profundo de mi ser.

—No puedo confiar en ti, no como me gustaría —le digo, mi voz firme a pesar de la temblorosa intensidad de la situación. Mis manos frotan la tela de su entrepierna, el roce provocando una reacción palpable en él. —Pero quiero esto, te quiero a ti. Ahora.

Capítulo 17

Mis palabras flotan en el aire, cargadas de una urgencia que parece eclipsar las dudas y las reservas. Logan me mira con una intensidad que quema, sus ojos oscuros reflejando una mezcla de necesidad y anhelo. La atmósfera en la tienda se vuelve opresiva y cálida, a pesar del frío que sigue azotando el exterior.

Y sin perder más tiempo, Logan se abalanza sobre mí. Sus labios se encuentran con los míos en un beso urgente y apasionado, que parece arrastrarnos a un torbellino de sensaciones. Sus manos recorren mi cuerpo con una determinación que me deja sin aliento, cada toque encendiendo una llama de deseo más ardiente.

En un movimiento fluido y decidido, Logan se deshace de mis pantalones, despojándome de la última barrera que nos separa. Yo, a mi vez, desabrocho los suyos con prisa, mis dedos ansiosos buscando su piel. El contacto con su erección, firme y palpitante, provoca un gemido ahogado que se mezcla con el sonido de la tormenta exterior.

El calor entre nosotros se vuelve casi insoportable, y no puedo evitar relamerme los labios ante la magnitud y dureza de su deseo.

Antes de darme cuenta, siento sus dedos en mi interior, tocándome con una agilidad y precisión que me deja sin aliento, despertando oleadas de placer que recorren mi cuerpo, y me obligan a aferrarme a él para no perderme en ellas.

El ritmo se vuelve frenético, y la tienda pequeña se convierte en un santuario de deseo y desesperación. Las gotas de lluvia que caen afuera parecen un eco distante a nuestro propio tumulto interno. Cada toque, cada caricia, cada susurro se entrelaza en una danza que nos consume y nos une de una manera visceral y abrumadora.

Mi cuerpo tiembla, no solo por el frío, sino por la anticipación, el deseo ardiente que parece dominar cada rincón de mi ser. La necesidad me consume y no puedo soportarlo más.

Con un movimiento decidido, lo tumbo sobre la manta, sintiendo el calor de su cuerpo contra el frío del suelo. Me posiciono sobre él, mis manos apoyadas en su pecho mientras siento la anticipación palpitante de su miembro contra mi piel.

Y cuando finalmente me deslizo sobre él, un gemido de satisfacción escapa de mis labios, vibrando en la penumbra de la tienda. Sentirlo dentro de mí supera cualquier expectativa que pudiera haber tenido.

Nos quedamos quietos un momento, sumidos en la exquisita sensación de este primer contacto. El silencio es denso, interrumpido solo por el suave tamborileo de la lluvia sobre la tienda y nuestras respiraciones entrecortadas. Es como si quisiéramos saborear este instante de unión, disfrutar de la perfecta sincronía de nuestros cuerpos.

Pero no tardo en empezar a moverme, impulsada por una necesidad desesperada que no puedo controlar. Mis movimientos son lentos al principio, exploratorios, ajustándome a la forma en que él encaja en mí. Cada deslizamiento provoca una oleada de placer que me envuelve, y pronto, el ritmo se acelera, convirtiéndose en una danza frenética y apasionada.

Las manos de Logan se colocan en mis caderas, ayudándome a encontrar un ritmo que nos consume a ambos. Pero él no se conforma con solo eso. Se incorpora hasta quedar sentado, su respiración se entremezcla con la mía mientras una de sus manos sigue aferrada a mi trasero, guiando cada movimiento con una firmeza que me hace estremecer.

Con la otra mano, explora mis pechos, acariciándolos con una intensidad que provoca

gemidos incontrolables de mi parte. No satisfecho aún, su boca se une al festín, besando y mordiendo mis pezones con una delicadeza urgente. Cada toque, cada roce de sus labios y su lengua en mi piel hace que me retuerza de placer, un torrente de sensaciones que me deja sin aliento.

No puedo dejar de gemir, y doy gracias a los dioses que crearon *Cridhe an Tìre* por la tormenta que sea suficiente para ahogar los sonidos que escapan de mí.

Sigo moviéndome sobre Logan, cada impulso me acerca más al clímax, la presión se vuelve casi dolorosa en su intensidad. Mi cuerpo está en llamas, el borde del orgasmo es una línea fina que estoy a punto de cruzar, y cada roce, cada toque de Logan intensifica la sensación.

Finalmente, el clímax llega como una explosión devastadora. Es una ola que arrasa con todo a su paso, un estallido de éxtasis que me consume por completo. Mi cuerpo se estremece, mis gemidos se vuelven más intensos y desesperados, y la sensación de liberación es tan abrumadora que el mundo parece desvanecerse momentáneamente.

Me desplomo sobre Logan, sintiendo una mezcla de agotamiento y satisfacción. Mi respiración es irregular, entrecortada por los restos de placer que aún recorren mi cuerpo.

Pero Logan no se detiene. Gruñe en una mezcla de deseo y satisfacción, un sonido primal que me enciende de nuevo. Con una fuerza inesperada, me cambia de posición, girándome lentamente hasta que caigo de espaldas en el suelo, la manta arrugada debajo de mí. Me sujeta con firmeza por las caderas y me acerca a él.

Logan se acomoda sobre mí, su cuerpo fuerte y firme presionando contra el mío. Cada movimiento es más controlado pero igual de intenso. Siento su peso y la calidez de su cuerpo abrumándome, creando una conexión visceral que intensifica cada toque y cada movimiento. Me besa en los labios con una intensidad que me deja sin aliento, su lengua buscando la mía en un baile ardiente.

Luego, se separa ligeramente, su rostro tan cerca del mío que puedo sentir su respiración cálida en mi piel. Sus ojos, oscuros y llenos de deseo, me miran con una intensidad que hace que mi corazón lata más rápido.

—Mírame —susurra Logan, su voz baja y urgente, casi un ronquido en mi oído—. Quiero verte.

Luego, con una fuerza bruta y deliciosa, vuelve a penetrarme.

El Laird se mueve con una intensidad que me hace sentir cada fibra de su ser contra la mía. Su ritmo es constante y deliberado, alternando entre movimientos profundos y más suaves, adaptándose a mis respuestas, a mis gemidos incontrolables.

Siento cómo cada parte de mí se tensa y se rinde simultáneamente. El calor de su cuerpo, su respiración pesada y los suaves pero persistentes roces de su piel contra la mía crean una sensación de vulnerabilidad que es a la vez aterradora y liberadora. Mis manos buscan algo a lo que aferrarse, y acaban clavándose en la piel de su espalda, intentando mantenerme anclada en la realidad mientras me dejo llevar por el momento.

Logan se inclina hacia mí, sus labios recorriendo mi cuello, hombros y pechos, dejando una estela de besos ardientes que sólo aumentan mi necesidad.

—Oh, Blair —gime Logan, su voz temblorosa y cargada de emoción. La manera en que dice mi nombre, tan lleno de deseo y desesperación, me hace perder el control por completo.

El clímax vuelve a asaltarme, esta vez más intenso y frenético. Mis músculos se tensan, mis gemidos se vuelven incontrolables mientras me dejo arrastrar por las olas de placer que me atraviesan. Logan responde a mi estremecimiento con una intensidad renovada. Su ritmo se acelera, cada embestida se siente como una explosión, un golpe de calor que se entrelaza con el

mío.

El sonido de sus gruñidos profundos y su respiración errática llenan la tienda, un testimonio visceral de la pasión compartida. Entonces, con un último, poderoso empuje, Logan se derrama dentro de mí, su cuerpo temblando mientras se deja llevar por la culminación de su propio clímax. Su voz se convierte en un gemido bajo y gutural, un sonido que reverbera en la quietud que sigue.

Nos quedamos así, exhaustos y entrelazados, el calor de nuestros cuerpos ofreciendo un consuelo abrumador. La intensidad del momento se desvanece lentamente, y el silencio se llena con el eco de nuestras respiraciones entrelazadas.

Logan me abraza con suavidad, sus manos se deslizan por mi espalda con una ternura inesperada, intentando calmar la agitación que aún recorre nuestros cuerpos. Su respiración es lenta y profunda, un contraste con el ritmo frenético de antes. Yo me acurruco más cerca de él, sintiendo cómo el calor de su cuerpo contrasta con la frialdad de la noche.

El silencio se alarga entre nosotros, pero no es incómodo. Es un espacio de calma, un momento en el que ambos intentamos procesar lo que acaba de suceder. El suave murmullo de la tormenta afuera es un recordatorio lejano de la realidad, mientras nos abrazamos, buscando consuelo en la presencia del otro.

La tienda, ahora un refugio de calor y cercanía, parece ser el único lugar donde el mundo exterior no puede alcanzarnos. Cierro los ojos, dejándome envolver por la calidez de su abrazo y el suave ritmo de sus respiraciones, mientras el cansancio y la satisfacción me llevan a un sueño tranquilo y profundo.

e

El sol se alza sobre nosotros con una luz fría y distante mientras continuamos la búsqueda de la espada *Cridhe an Tìre*. Intento concentrarme en el rastro, en la conexión que me guiará hacia ella, pero mis pensamientos se resisten a enfocar la misión. Las imágenes de la noche anterior, de Logan y de nuestros cuerpos entrelazados, vuelven a mí con una intensidad que me avergüenza. He sido impulsiva, descontrolada. Afortunadamente, parece que nadie más que nosotros dos fue testigo de mi desliz.

Sin embargo, una sombra se cierne sobre mi tranquilidad. Luke, aparece a mi lado, observándome con una sonrisa enigmática que me pone nerviosa.

—¿Habéis dormido bien, tú y el Laird Logan MacRae? —la voz de Luke corta el aire entre nosotros, suave como la seda pero afilada como una espada.

Siento cómo la sangre se me precipita a las mejillas. No puede ser.

—No sé de qué me hablas —balbuceo, apartando la mirada.

—Por favor, Blair —insiste él, su tono cargado de burla—. No te hagas la inocente. He tenido el dudoso placer de escucharlo... todo —dice haciendo una mueca de desagrado—. No creo que nadie más haya sido tan afortunado... o desafortunado, según se mire. Pero la próxima vez que decidáis pasarlo tan bien, por favor, avisadme con antelación. Me buscaré un lugar más alejado.

Su comentario provoca un torbellino de emociones en mí: vergüenza, enfado y una incómoda conciencia de mi propia vulnerabilidad. Trato de mantener la compostura mientras su risa suave se mezcla con el crujido de la hierba bajo nuestros pies.

Le doy un puñetazo en el brazo, y siento el impacto vibrar a través de mi propio puño. El golpe lo hace tambalear brevemente sobre su caballo, y sus ojos se abren de sorpresa mientras frunce el ceño, claramente no esperaba mi reacción.

—Te agradecería que no molestes a nuestra guía —dice Logan, apareciendo de repente a mi lado. Su voz es una mezcla de autoridad y un leve toque de exasperación que no puedo ignorar.

Luke bufa, su actitud no cambia, y se cruza de brazos con una mueca desafiante.

—No soy yo quien la tiene distraída —responde, haciéndose el ofendido con un tono de burla que no logra ocultar del todo.

Pongo los ojos en blanco y hago que mi caballo se adelante. No tengo intención de involucrarme en esta conversación y necesito concentrarme en la búsqueda. Cierro los ojos por un momento, tratando de sentir el poder que me ata a esta tierra del pasado. Puedo sentirlo mucho mejor, debemos estar cerca.

Mi mente se enfoca en el pulso rítmico de la energía que emana desde la tierra, siguiendo una senda invisible que sólo yo puedo percibir. Cada paso del caballo parece resonar con la misma frecuencia, y la sensación se vuelve más intensa y precisa. Mi corazón late al ritmo de esa conexión, acelerado por la anticipación y la esperanza de que, finalmente, encontraremos la espada *Cridhe an Tìre*.

Avanzamos durante horas, el ritmo constante de los caballos marcando un paso que se convierte en un latido rítmico en la cadencia de mis pensamientos inquietos. El sol, alto en el cielo, proyecta sombras largas sobre el terreno accidentado, mientras el viento acaricia nuestras mejillas con una brisa fría. El paisaje se despliega a nuestro alrededor, una extensión de verdes colinas y árboles espigados que parecen susurrar secretos a medida que pasamos. Por lo menos ha dejado de llover.

De repente, Luke levanta una mano en señal de advertencia. El sonido del crujido de los cascos de los caballos se detiene abruptamente, y la tensión en el aire se vuelve palpable. Logan se acerca a mí con pasos firmes, su expresión cargada de determinación, como si cada uno de sus movimientos estuviera calculado para no perder ni un segundo.

—¿Puedes sentirla ahora? —pregunta Logan, su voz envuelta en una urgencia apenas contenida, como si cada segundo contara en esta búsqueda.

Asiento con firmeza, tratando de enfocar mi mente en la energía que siento resonando en el aire. Es una vibración sutil pero penetrante, casi como un latido distante que resuena en mi pecho.

—Está muy cerca, es como si me llamara a gritos —respondo, mi voz llena de una convicción que apenas puedo contener, mientras intento canalizar el torbellino de emociones que me embarga.

Logan, sin perder un momento, emite un torrente de órdenes rápidas en gaélico. Las palabras se entrelazan en el viento, y aunque apenas tengo tiempo de procesarlas, el mensaje es claro. Los hombres que nos acompañan empiezan a bajar de sus caballos con movimientos sincronizados, ajustando sus armaduras con una precisión casi militar y verificando las armas con una minuciosidad que demuestra su experiencia.

—Hay un campamento más adelante —me explica Luke en voz baja, su tono práctico pero infundido con una nota de anticipación que no puedo ignorar.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, mirando alrededor con una mezcla de curiosidad y escepticismo. El paisaje sigue extendiéndose ante nosotros, sin signos evidentes de actividad.

Luke señala hacia el horizonte, donde un tenue velo gris se despliega sobre el cielo, un contraste contra el azul profundo que lo rodea. Sus ojos, agudos y perspicaces, captan detalles que a mí me parecen casi invisibles.

—Los caballos están inquietos, y ¿ves el cielo? Eso no son nubes, son restos de humo —responde, su mirada fija en el horizonte con una precisión que solo se logra con experiencia.

Lo miro, asombrada por la agudeza de su observación. La habilidad de Luke para interpretar señales que a mí me resultan invisibles destaca con claridad. Me doy cuenta de cuánto me queda por aprender para integrarme verdaderamente en este mundo antiguo. La realidad de mi situación se hace aún más evidente: no sólo estoy en busca de la espada *Cridhe an Tìre*, sino que también estoy inmersa en un tiempo y lugar que parecen tan lejanos y ajenos a mi propia realidad. Esta realización me pesa, recordándome que mi viaje va más allá de la mera búsqueda, extendiéndose a un desafío mucho mayor: adaptarme y sobrevivir en un mundo tan distinto al que conocía.

Logan se acerca para bajarme del caballo, sus manos me tocan deliberadamente, estirando el momento con una suavidad calculada que no pasa desapercibida. Puedo sentir la presión de sus dedos y la calidez de su toque, un contraste con la frialdad del ambiente. Sin embargo, me esfuerzo por no dejar que eso me distraiga, o al menos no demasiado.

—Te quedarás aquí —dice con el rostro serio, su acento escocés marcado con una autoridad que no deja lugar a dudas.

—No —respondo con firmeza, sintiendo que mi voz se mantiene firme a pesar de la tensión creciente.

Logan respira hondo, como si intentara calmar una frustración palpable. Su expresión se endurece aún más mientras sus palabras se cargan de una determinación inquebrantable.

—Sí, te quedarás aquí —repite Logan, su tono firme y marcado por una intensidad apenas contenida.

Pero me cruzo de brazos, decidida a no ceder. El frío viento me envuelve mientras la tensión entre nosotros crece, y puedo ver cómo la desesperación y la paciencia comienzan a desvanecerse en su mirada.

—Dijiste que soy una mujer libre, que puedo tomar mis propias decisiones. Bueno, pues voy contigo —declaro, mi voz firme y resuelta.

Sé que esta respuesta no es lo que esperaba. Su rostro refleja una mezcla de sorpresa y resignación, y por un breve momento, su control parece tambalear. El desafío en mi mirada contrasta con su intento de imponer una autoridad que se tambalea ante mi determinación.

Se acerca un paso más, nuestros rostros ahora a escasos centímetros. Puedo sentir el calor de su cuerpo, el ritmo acelerado de su respiración.

—Podría atarte y obligarte a quedarte aquí —me susurra, su voz cargada de una furia contenida y un deseo apenas disimulado.

Me acerco también, bajando la voz a un susurro igual de intenso.

—Si haces eso, no dejaré que vuelvas a tocarme. Nunca —le advierto, mi tono frío y decidido—. Probablemente tampoco volvería a hablarte.

El Laird suspira con una mezcla de frustración y resignación, la lucha interna visible en su expresión.

—Sólo intento mantenerte a salvo —dice finalmente, su voz revelando una vulnerabilidad que rara vez muestra.

Me sorprende a mí misma al responder con una firmeza que siento en cada fibra de mi ser.

—Es mi espada —declaro, mi voz cargada de una intensidad que no puedo contener—. Estoy aquí para encontrarla, y no voy a quedarme atrás.

El peso de mis palabras se desplaza entre nosotros, un recordatorio de mi compromiso con la misión y mi deseo de controlar mi propio destino.

Logan me observa en silencio durante un momento que parece interminable. La batalla interna en su mirada es evidente; lucha entre su deseo de protegerme y su respeto por mi autonomía. Finalmente, con un suspiro de resignación, su postura se relaja, cediendo ante mi

insistencia.

—Está bien —dice con voz grave, pero llena de un cansancio resignado—. Pero tienes que prometerme que no harás ninguna estupidez.

La gravedad en su voz es palpable, y veo la sinceridad de su preocupación en cada línea de su rostro. Asiento lentamente, entendiendo la importancia de su demanda. No sólo es un gesto de respeto hacia su autoridad, sino también una promesa de que mi compromiso con la misión es tan serio como el suyo.

—Lo prometo —respondo con firmeza, mi voz sincera—. No haré nada imprudente. Estoy aquí para encontrar la espada, no para arriesgar mi vida sin razón.

Logan asiente, su rostro relajándose en una expresión de alivio y aceptación. Me ofrece una última mirada cargada de advertencia antes de girarse hacia el grupo que se prepara para avanzar.

—Vamos —dice, su tono recuperando su habitual firmeza—. El campamento está cerca, y debemos estar listos para cualquier cosa que encontremos allí.

Logan me da un último vistazo, sus ojos aún reflejan una mezcla de preocupación y determinación. Luego se vuelve hacia el grupo, dándoles las órdenes finales antes de que nos pongamos en marcha. La atmósfera se carga de una energía palpable, cada uno de nosotros consciente de la importancia del momento y de la proximidad del campamento.

Capítulo 18

Mientras avanzamos a través del terreno escabroso, el suelo está salpicado de rocas y raíces que hacen que cada paso sea un desafío. El viento gélido sopla con fuerza, arrastrando consigo los ecos de nuestras conversaciones y mezclándolos con los sonidos de la naturaleza.

Mis pensamientos se centran en la espada *Cridhe an Tìre*, el propósito de nuestra búsqueda y la promesa que hice. La imagen de Logan se desliza de vez en cuando en mi mente, no solo por el contacto que compartimos, sino por la intensidad con la que se preocupa por mi seguridad. Me esfuerzo por mantener la concentración, sabiendo que cualquier distracción podría ser peligrosa en este entorno.

Finalmente, llegamos al borde del campamento. La escena ante nosotros es un ajetreo de movimiento y preparación. El campamento parece estar en plena actividad, con hombres y mujeres trabajando diligentemente, aparentemente desprevenidos ante nuestra llegada.

Logan se adelanta, señalando a algunos de los guerreros que se dispersan para rodear el área. Sus órdenes son claras y precisas, su presencia imponente mientras organiza el grupo con una eficiencia que sólo un líder experimentado podría lograr. Yo me quedo cerca, observando cada detalle con atención, sintiendo una mezcla de nervios y excitación.

—Quédate cerca de mí —me dice Logan, su voz firme y cargada de una autoridad que no admite discusión.

Asiento de nuevo, sintiendo el peso de su mandato y la determinación detrás de sus palabras. Me mantengo cerca mientras observo a Luke acercarse con su batallón, el grupo se mueve con una sincronización que habla de años de experiencia y camaradería.

Logan y yo permanecemos en la periferia, vigilando mientras la tensión en el aire crece. La atmósfera está cargada de anticipación y el susurro del viento parece llevar consigo el preludio de la batalla.

De repente, los guerreros de Logan irrumpen en el campamento desprevenido con un rugido que resuena a través del campamento. El sonido de su ataque es ensordecedor, un estruendo de acero y furia que me estremece. Las llamas de las fogatas parecen bailar al ritmo de la violencia que se desata, proyectando sombras que se alargan y se retuercen sobre las tiendas y los rostros sorprendidos.

El campamento estalla en caos. Los gritos de alarma se mezclan con el clangor de las armas y los sonidos de lucha. Miro con ojos abiertos, forzándome a mantener la mirada fija en el tumulto. Cada golpe, cada choque, parece vibrar a través de mí, llenándome de una mezcla de temor y adrenalina. La intensidad del momento es casi tangible, y aunque mi corazón late con fuerza, me obligo a mantenerme serena y enfocada.

Mi mente se aferra con fuerza a la imagen de la espada *Cridhe an Tìre*, el objetivo primordial de nuestra misión. La conexión con ella es innegable, un pulso sutil pero constante que resuena cerca, casi como si estuviera al alcance de mi mano. La presencia de su poder se siente intensa y cercana, como una llama que arde con una claridad inconfundible. Le hago saber a Logan que la espada está cerca, la urgencia en mi voz se entrelaza con la tensión del momento. Y entonces, avanzamos hacia el campamento.

Logan se mueve a mi lado con una agilidad que es casi felina, su presencia una constante en medio de la confusión. A cada instante, su mirada regresa a mí, asegurándose de que sigo a salvo mientras el campo de batalla se desarrolla a nuestro alrededor.

Guío a Logan entre las tiendas y el caos de la batalla, cada paso nos acerca más a la fuente de ese poder inminente. La sensación de la espada *Cridhe an Tìre* se intensifica con cada movimiento, su llamada se vuelve más urgente, casi como una presión palpable sobre mi piel, empujándome a avanzar con decisión. El campo de batalla, con su estruendoso rugido y la feroz lucha, parece desvanecerse en comparación con la promesa de lo que estamos a punto de encontrar.

Finalmente, llego frente a una tienda que parece destacar entre las demás. La sensación es inconfundible: está aquí. Me detengo, sintiendo el peso de la espada más cercano que nunca. Entramos con sigilo, el ruido de la batalla a nuestro alrededor se convierte en un murmullo lejano mientras nos adentramos en la tienda.

La tienda está en silencio, el aire es denso y cargado de la tensión de lo que está por venir. Buscamos en el interior, moviendo objetos y revisando cada rincón con la esperanza de encontrar lo que buscamos. Finalmente, encontramos el cofre que contiene la espada legendaria. Su presencia es tan potente que casi parece vibrar en el momento en que lo abrimos.

Estiro la mano para cogerla, el contacto con el cofre me llena de una excitación contenida. Pero antes de que pueda tocarla, un grito de alarma rompe el silencio. Instintivamente, me aparto de la espada justo a tiempo para evitar que una flecha se clave en mi hombro. El impacto de la flecha en el suelo cerca de mí es un recordatorio brutal de la peligrosidad de nuestra situación.

Me vuelvo rápidamente hacia la entrada de la tienda, donde Logan está en medio de un enfrentamiento furioso. Su figura se destaca en la penumbra, luchando contra varios hombres con una destreza que deja claro su dominio en el combate. El rugido de las espadas y los gritos de los combatientes son un contraste agudo con la calma que había sentido momentos antes.

A un lado, en medio del caos, el Laird del clan MacGregor se encuentra con una sonrisa siniestra que no augura nada bueno. Sus ojos destilan una satisfacción perversa mientras observa la batalla con una calma inquietante. La manera en que se mantiene al margen, observando, es como una sombra que se cierne sobre el conflicto, alimentando la atmósfera de desesperación y peligro.

—¿Preparada para morir, bruja? —su voz cortante y cargada de amenaza llega a mis oídos, haciéndome estremecer. Cada palabra parece resonar con una intención oscura que aumenta la tensión en el aire.

Logan intenta acercarse para protegerme, pero los hombres de MacGregor lo retienen con una fuerza implacable. La desesperación brilla en sus ojos, y aunque su presencia es una fuente de aliento, el hecho de que esté limitado me deja completamente expuesta. Estoy sola.

El Laird enemigo avanza hacia mí con una calma que contrasta de manera perturbadora con el caos que nos rodea. Su sonrisa cruel es como una sombra que se cierne sobre mí. Me agarra del mentón con una mano firme, su agarre tan doloroso como intimidante. La presión de su mano en mi piel es una mezcla de control y desprecio, una forma de afirmar su dominio sobre mí.

—Tan bella... Pero tan blasfema. Mírate, con ropa de hombre, en medio de una batalla, en busca de una espada... —sus palabras son veneno, cada sílaba impregnada con desdén. Su mirada se desliza por mi cuerpo con una mezcla de curiosidad y repulsión, como si mi presencia misma fuera una afrenta que necesita ser castigada. Luego, con un gesto de desprecio absoluto, me escupe en la cara. La sensación fría y húmeda es humillante, y el asco que siento es casi tan fuerte como la furia que me consume.

—¡Aléjate de ella! —exclama Logan, su voz cargada de furia y desesperación. La impotencia en su tono resuena en el aire, una mezcla de frustración y preocupación mientras lucha por liberarse de la sujeción de los hombres de MacGregor.

Pero nadie le presta atención. El caos a mi alrededor parece desvanecerse, dejando solo el sonido acelerado de mi respiración y los latidos ensordecedores de mi corazón.

No tengo claro qué pretende, pero no pienso quedarme para averiguarlo. En un acto desesperado, saco mi daga y me lanzo hacia él. Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente pueda detenerme. El filo de mi arma corta el aire, pero MacGregor es rápido, más rápido de lo que esperaba, y retrocede apenas un instante antes de que pueda alcanzarlo. Mi intento de ataque es casi patético en comparación con su agilidad, pero aun así lo obligo a retroceder.

—Por las malas, entonces —susurra, su voz goteando con veneno mientras su mirada se torna oscura, casi burlona.

Mi respiración se acelera, y siento el peso de la daga en mi mano como una extensión de mi propia furia. Pero entonces, justo cuando creo que puedo al menos plantarle cara, algo me distrae. Un movimiento en el rabillo del ojo. Miro y veo a Logan. Los hombres de MacGregor lo tienen en el suelo, y veo claramente el destello de las espadas alzándose, preparadas para acabar con él.

Mi corazón se detiene.

El Laird MacGregor retrocede, una sonrisa maliciosa curvando sus labios. Está disfrutando, deleitándose en mi desesperación. Mi daga apenas ha tocado su costado, un rasguño insignificante.

—Ah, así que te importa su vida —dice MacGregor, su tono burlón y satisfecho—. Bien, hagamos un trato.

Sus palabras se sienten como un nudo apretándose en mi pecho. Mantengo la daga firmemente en mi mano, pero por dentro, sé que estoy perdiendo control de la situación. El Laird se acerca, sus ojos brillando con una perversión contenida, como un depredador que juega con su presa antes de darle el golpe final.

—Podemos reducirte sin problemas —continúa, su voz deslizándose como veneno—, pero necesito que colabores. Todo sería mucho más fácil. Así que, ¿qué te parece si te prometo que tu querido Laird no morirá hoy a cambio de tu cooperación?

Mi respiración se acelera. Logan sigue forcejeando en el suelo, intentando liberarse, pero sus esfuerzos parecen inútiles. Mi mente se llena de pensamientos caóticos, tratando de encontrar una salida, alguna forma de ganar tiempo o revertir la situación, pero cada opción parece conducir al mismo lugar: su muerte o mi rendición. Y aunque lo intento, no puedo apartar la mirada de las espadas que bajan lentamente hacia él, amenazando con acabar con su vida en cualquier momento.

Estoy atrapada.

La espada *Cridhe an Tìre* está tan cerca. La siento, su poder tirando de mí como una corriente subterránea. Es por ella que estoy aquí, es por ella que MacGregor me quiere. Pero también está Logan.

—¿Y bien? —insiste MacGregor, dando un paso hacia mí. Su presencia es imponente, cada palabra que pronuncia parece apretar más la soga invisible que se cierne sobre nosotros.

—Blair, no lo hagas —gruñe Logan desde el suelo, su voz cargada de una desesperación que rara vez muestra.

Cierro los ojos un momento, sintiendo el peso de mi daga en la mano, la misma daga que hace solo unos instantes intenté usar para defenderme. Pero ahora, con la vida de Logan pendiendo de un hilo, sé que no tengo muchas opciones. Si me resisto, lo matarán.

Mi cuerpo tiembla de rabia y frustración mientras las palabras de Logan resuenan en mi cabeza. La espada me llama, la siento tan cerca, pero la mirada de Logan, clavada en la mía, me

devuelve a la realidad.

—Está bien —digo finalmente, bajando la daga con lentitud, mis dedos tensos sobre la empuñadura—. Haré lo que quieras, pero déjalo vivir.

—Excelente —responde MacGregor con satisfacción. Alza la mano y ordena: —Apresadla.

Los hombres me rodean al instante, inmovilizándome con manos ásperas y sin piedad. Mi daga cae al suelo, y con ella, cualquier esperanza de lucha. Logan se resiste, su voz rugiendo mi nombre, instándome a luchar, a coger la espada y huir. Pero no puedo. No puedo dejar que lo maten.

Finalmente, los hombres de MacGregor lo golpean con fuerza en la cabeza. Su cuerpo cae al suelo con un golpe sordo, inconsciente. Y yo me quedo sola, mirando su cuerpo inmóvil, sintiendo cómo el miedo y la culpa se arremolinan dentro de mí.

Estoy perdida.

Me sacan a rastras de la tienda, mis pies apenas rozan el suelo. A pesar de que ya he accedido a cooperar, los hombres de MacGregor parecen disfrutar de su demostración de poder, como si mi sumisión no fuera suficiente. Cada tirón de sus manos ásperas me recuerda mi impotencia. Intento no mirar atrás, donde Logan yace inconsciente, pero no puedo evitar que la imagen de su cuerpo desplomado se grabe en mi mente. Siento una punzada de culpa, como un peso helado que me oprime el pecho. Me repito que no tenía otra opción.

Cuando alzo la vista, el horror se apodera de mí. El campo de batalla, que hace solo unos minutos era un torbellino de caos y violencia, ahora está cubierto de silencio y cuerpos inmóviles. Los hombres de Logan yacen esparcidos, algunos sin vida, otros de rodillas con las manos en alto, desarmados y derrotados. La escena es un testimonio brutal de nuestra derrota. Pensamos que teníamos ventaja, que con la espada podríamos cambiarlo todo. Qué equivocados estábamos.

Busco desesperadamente con la mirada entre los prisioneros, pero no consigo ver a Luke. Mi corazón da un vuelco. ¿Habrá podido salvarse? La idea de que haya caído me retuerce el estómago. Cierro los ojos con fuerza y rezo en silencio, deseando que haya logrado escapar, aunque las probabilidades parecen ínfimas.

No hay tiempo para lamentaciones. Me suben a un caballo con brusquedad, como si fuera un mero objeto, y antes de que pueda asimilar todo lo que ha sucedido, ya estamos en marcha. El ritmo de los cascos golpea el suelo como tambores de guerra, marcando el comienzo de mi cautiverio. Cada sacudida del caballo me recuerda que estoy siendo llevada al corazón del enemigo, lejos de cualquier posibilidad de rescate.

El Laird MacGregor cabalga al frente, su espalda erguida con una arrogancia que me provoca una náusea profunda. Lo que más me inquieta es su calma. Este no es el caos de una batalla perdida para él, sino una victoria calculada, un paso más en su plan para obtener el poder de la espada *Cridhe an Tìre*. Y ahora, yo soy parte de ese plan, una pieza más en su tablero.

El camino se vuelve cada vez más áspero, y con cada kilómetro que avanzamos, siento cómo la oscuridad se cierne sobre mí. El hogar del jefe del clan MacGregor, que mencionó de pasada como castillo Dun Mhòr, se alza en mi mente como una prisión inescapable. Mi destino parece sellado.

El viaje es interminable. Cada día que pasa, siento cómo mi fuerza se desvanece, como si el peso del agotamiento físico y mental estuviera extrayendo lo último que queda de mí. Apenas me dan comida o agua. Un pedazo de pan duro aquí, un sorbo de agua que parece más un favor que una necesidad básica. Mi estómago ruge en protesta, pero no me permito ceder al desespero. No puedo permitirme esa debilidad, no cuando sé que necesito sobrevivir. Pero, con cada kilómetro

recorrido, esa tarea se hace más difícil.

Las noches son aún peores. Dormimos al raso, y aunque estoy rodeada de hombres, me siento completamente sola, vulnerable. El frío se cuela en mis huesos, y sin fuego ni abrigo, el simple hecho de cerrar los ojos se convierte en una batalla contra la hipotermia. Los pocos momentos de sueño que logro son inquietos y están llenos de pesadillas. Logan, Luke, la espada... Todo parece desvanecerse en un torbellino de imágenes que me persigue incluso cuando estoy despierta.

El Laird MacGregor rara vez me dirige la palabra. Su presencia es una constante al frente del grupo, imponente, como si este triunfo le otorgara una nueva confianza. Su silencio es más intimidante que sus palabras. Sé que está esperando, calculando el momento adecuado para usarme, para aprovechar el poder de la espada a través de mí. Pero lo que más me preocupa es que no tengo idea de cómo me va a obligar a darle lo que quiere.

Después de lo que parecen días interminables de viaje, finalmente veo a lo lejos las murallas del castillo Dun Mhòr. Es imponente, con torres que se alzan hacia el cielo, rodeadas de una neblina espesa que parece envolverlo en un aire de misterio y amenaza. La visión de esa fortaleza me da un escalofrío, y un pesado sentimiento de desesperanza se cierne sobre mí. Este no es un lugar del que pueda escapar fácilmente.

Cuando finalmente llegamos, mi cuerpo ya no responde como debería. Estoy agotada, mis piernas tiemblan al intentar bajar del caballo, y el hambre y la sed me han dejado en un estado de debilidad que apenas puedo soportar. Mis labios están agrietados, mi piel seca, y mi mente se tambalea entre la realidad y el delirio. Me tambaleo, casi cayendo, pero uno de los guardias me empuja hacia adelante, y con un gruñido de molestia, me llevan hacia las celdas.

Las mazmorras son frías y húmedas, el hedor a moho y suciedad me invade tan pronto cruzo la puerta de hierro oxidado. El suelo de piedra es duro bajo mis pies, y cuando finalmente me arrojan dentro de la celda, mi cuerpo se desploma sin resistencia. No puedo luchar más. No ahora. El sonido metálico de la puerta cerrándose detrás de mí es el último eco que escucho antes de quedar sola en la oscuridad.

El tiempo se vuelve un concepto difuso. No sé cuántas horas o días pasan mientras estoy allí tirada, acurrucada contra la fría piedra, temblando de frío y de miedo. Nadie viene. Ningún guardia me trae comida ni agua. Es como si hubiera desaparecido del mundo exterior, olvidada en este agujero inmundado. Intento mantenerme despierta, pero mi cuerpo cede lentamente a la extenuación. Los pensamientos de Logan, Luke, y la espada me mantienen cuerda, apenas.

El eco de los pasos en el pasillo me arranca de mi letargo. Mis ojos apenas logran abrirse, y el peso de mi cuerpo me impide moverme con rapidez. El dolor en mis músculos y la sequedad en mi garganta son constantes recordatorios de mi estado. Los pasos se acercan, retumbando en la piedra fría y húmeda de las mazmorras. Luego, la voz áspera del guardia rompe el silencio.

—Arriba, bruja, el Laird te espera —gruñe, con una mezcla de desprecio y aburrimiento, mientras otros dos me sacan de la celda a rastras.

Capítulo 19

Me arrastran por el pasillo, sus palabras y risas burlescas suenan lejanas, como si ocurrieran en un mundo ajeno. Intento enfocar mi mente, encontrar algún rastro de fortaleza dentro de mí, pero es difícil. Cada respiración es pesada, y el miedo a lo que me espera con el Laird MacGregor se cierne como una nube oscura en el horizonte de mi conciencia.

El castillo Dun Mhòr es aún más intimidante por dentro que lo que parecía desde afuera. Los muros de piedra están cubiertos de musgo, y el aire está cargado de humedad y descomposición. Los pasillos están mal iluminados por antorchas parpadeantes que proyectan sombras ominosas sobre las paredes. Los guardias me arrastran sin cuidado alguno, como si fuera un simple paquete que deben entregar, y cada vez que tropiezo o me tambaleo, su fuerza bruta me empuja hacia adelante.

Mi mente regresa al último encuentro con MacGregor, su sonrisa cruel, sus palabras llenas de veneno. No sé qué planea ahora, pero el terror de lo desconocido crece en mi pecho con cada paso que damos hacia lo que parece una sala de audiencias.

Cuando las enormes puertas de madera se abren, el aire parece cambiar. El ambiente se siente más pesado, como si una sombra oscura y maligna se hubiese instalado allí. Y al otro lado, sentado en su trono de piedra, me espera el Laird MacGregor, con una sonrisa que presagia lo peor.

El sonido de las puertas cerrándose a mis espaldas me envuelve en una sensación de claustrofobia. A pesar de la amplitud de la sala, la presencia del Laird MacGregor es sofocante. Está sentado en su trono de piedra con esa sonrisa que no ha dejado de mostrar desde que me capturaron, una mezcla de triunfo y malicia que me revuelve el estómago.

Antes de que pueda procesar el escenario, un sirviente me coloca una bandeja con algo de comida y agua delante. Miro la comida, trozos de pan y un guiso caliente que huele mejor de lo que me gustaría admitir. Mi cuerpo, debilitado por días de hambre, clama por alimento. La sed me reseca la garganta hasta el punto de hacerme doler al tragar. Por un instante, la desconfianza me hace dudar, pero rápidamente recuerdo que no sé cuándo volveré a tener la oportunidad de comer o beber.

Con manos temblorosas, tomo la taza de agua primero, mis labios tocan el líquido frío y la sensación es casi abrumadora. Apenas tengo el control para beber despacio, y en cuanto se vacía la taza, me abalanzo sobre el pan y el guiso. No me importa cómo debo lucir en este momento, mi dignidad parece un lujo inalcanzable. Cada bocado es una mezcla de alivio y humillación, y puedo sentir la mirada del Laird MacGregor observándome con diversión.

—Así está mejor —comenta, con un tono de voz suave, pero no puedo ignorar el veneno oculto en cada palabra.

Asiento ligeramente, intentando no mostrar demasiado agradecimiento ni vulnerabilidad. Mis oídos escuchan su voz, pero mi mente se niega a prestar atención. Habla sobre su "generosidad", sobre lo que significa ser prisionera en Dun Mhòr, pero sus palabras son como un zumbido distante. Lo único que ocupa mi pensamiento es cómo salir de aquí, cómo recuperar la espada.

Cuando termina su monólogo, hace un gesto, y varios hombres entran en la sala. Dos de ellos llevan la espada *Cridhe an Tìre*, y en cuanto la veo, un escalofrío me recorre. Está tan cerca, pero algo está mal. El poder que una vez sentí vibrar a través de su hoja ahora parece... débil, como una versión deslucida de sí mismo. Es como si la espada, al igual que yo, hubiera sido sometida

y se encontrara en un estado de agotamiento.

La espada me llama, pero su voz es tenue, distante, como un eco de lo que solía ser. Mi conexión con ella sigue ahí, pero debilitada, como si la magia que contiene estuviera atada por hilos invisibles que la restringen. Me pregunto si es por el lugar en el que estamos o si mi propio estado ha afectado su fuerza. Siento que la espada refleja mi condición, ambas despojadas de nuestro poder y nuestra libertad.

—Es realmente impresionante —dice con una calma escalofriante, sus ojos clavados en la espada como un depredador que observa a su presa—. Desgraciadamente, a mí no me hace caso. Pero a ti sí, ¿verdad? —Su sonrisa es fría, sin alegría, solo la satisfacción enfermiza de alguien que juega con vidas ajenas—. Muéstrame lo que puedes hacer con ella.

Mi estómago se revuelve. El alimento que acabo de consumir se transforma en una masa pesada, hundiéndose en mi interior como una piedra. Mi cuerpo, debilitado por el hambre y la fatiga, parece no tener fuerzas para nada más que mantenerme en pie. La espada *Cridhe an Tìre* está ahí, a solo unos metros de mí, pero su presencia, antes imponente y poderosa, ahora parece apagada, como si hubiera perdido gran parte de su esencia.

—Vamos, no seas tímida —insiste MacGregor, su tono burlón pinchándome como una daga. Mis dedos comienzan a temblar cuando estiro la mano hacia *Cridhe an Tìre*, pero cuando mis dedos tocan su empuñadura, algo dentro de mí se rompe. La espada es demasiado pesada. Trato de levantarla, pero mis brazos tiemblan y la fuerza me abandona.

El silencio en la sala es palpable. Puedo sentir los ojos del Laird MacGregor clavados en mí, disfrutando de mi debilidad, regodeándose en mi impotencia.

—Tal vez necesites un poco de motivación —dice, su tono relajado pero afilado como una navaja. Su gesto es sutil, una señal con la mano, y de repente las puertas de la sala se abren de par en par.

Lo veo antes de que lo traigan completamente dentro. Mis ojos se agrandan y el aire se queda atrapado en mis pulmones. Logan.

Dos guardias lo arrastran hacia adelante, y mi corazón se desploma en mi pecho al verlo. Está magullado, destrozado. Tiene sangre seca en las mejillas y el cabello enmarañado, una mezcla de polvo y heridas abiertas en su rostro. Un ojo está hinchado y cerrado, y su labio partido sangra de nuevo. Mi mente se niega a procesar lo que veo, pero el dolor es real, tan tangible como las heridas que cubren su cuerpo.

Horrorizada, me quedo paralizada. Mi instinto me dice que corra hacia él, que lo ayude, que haga algo, pero mis piernas no responden. Es como si estuviera atada a este lugar por cadenas invisibles, tanto físicas como emocionales.

Clavo la mirada en nuestro captor y él se ríe suavemente al notar mi reacción.

—No me mires así —dice, su tono rebosante de burla—. Prometí no acabar con su vida, ¿no es cierto? —Su sonrisa se ensancha—. Pero nunca dije nada acerca de divertirnos un poco con él. Se lo tenía merecido, por haberse atrevido a jugar a ser un dios.

Mis manos tiemblan, la ira burbujea bajo la superficie, pero la desesperación me aplasta. MacGregor está jugando con nosotros, disfrutando de cada segundo.

Mis ojos se encuentran con los de Logan, su mirada, aunque dañada, sigue siendo desafiante, llena de un silencioso reproche. Me duele ver la fortaleza en él cuando yo apenas puedo sostener una espada.

El Laird MacGregor me observa con atención, saboreando cada segundo de mi indecisión. La espada *Cridhe an Tìre* sigue pesando en mis manos, y aunque quiero resistir, algo dentro de mí sabe que no puedo seguir así por mucho más tiempo.

—No... no hagas nada de lo que te pida —gruñe Logan, su voz entrecortada, apenas un susurro de advertencia antes de que uno de los guardias le propine un brutal puñetazo en el estómago. Lo veo doblarse de dolor, cayendo de rodillas, su cuerpo estremeciéndose bajo el impacto. Quiero correr hacia él, pero mis pies están clavados al suelo.

—Ahora, Blair —dice MacGregor, con la voz baja y llena de veneno—. Hazlo, o verás cómo la vida de tu querido Laird se escapa gota a gota.

La presión de sus palabras me golpea como una oleada fría, pero algo más comienza a despertarse en mi interior. La espada *Cridhe an Tìre*, aunque débil, responde. Siento un leve cosquilleo recorrer mis brazos, una chispa de poder que lucha por abrirse paso a través del agotamiento que me consume.

Cierro los ojos por un momento, buscando dentro de mí, y respiro profundamente. No puedo fallar. Mis dedos se aferran con más fuerza a la empuñadura, como si con solo apretar pudiera invocar la energía que necesito. Siento una vibración ligera, casi imperceptible, en la hoja. Y entonces lo hago.

Con un suave movimiento de mi mano, la temperatura en la sala baja de golpe. Un escalofrío recorre el aire y veo cómo el suelo a mis pies comienza a congelarse, una capa de escarcha fina se extiende como una telaraña alrededor de mí. No es un gran despliegue de poder, pero es suficiente. Los guardias a mi alrededor retroceden ligeramente, sorprendidos por el repentino frío. El aliento de MacGregor se convierte en nubes de vapor, y noto el brillo en sus ojos, satisfecho.

La sonrisa en su rostro se ensancha mientras contempla el hielo que cruje bajo sus botas.

—Eso es más de lo que esperaba —murmura MacGregor, sus ojos brillando con una curiosidad perversa—. Parece que la espada sí reconoce, después de todo. Esto, Blair, es solo el principio.

Sus palabras son un eco oscuro en mi mente, cada sílaba cargada de una amenaza velada. Logan, tendido en el suelo, mira con rabia y frustración. El dolor que debe estar soportando es visible en cada gesto, y me siento consumida por la furia al verlo en ese estado. La espada *Cridhe an Tìre* responde a mi desesperación, su poder empieza a vibrar de nuevo en mis manos, pero justo cuando me preparo para utilizarlo, me la arrebatan con brutalidad. La sensación de su pérdida es como una bofetada fría que me deja exhausta, mi energía drenada de golpe.

El Laird MacGregor se acerca con una sonrisa triunfante y despliega unos pergaminos robados sobre una mesa cercana. Los miro con una mezcla de inquietud y curiosidad. Él, con su voz cargada de malevolencia, empieza a hablar.

—He consultado a mis escribas y han logrado traducir parte de estos pergaminos. Han descubierto algo muy interesante. ¿Sabías que puedes transferir el poder de la espada a otra persona? —Su tono es una mezcla de burla y fascinación mientras observa mi expresión sorprendida—. Veo que no lo sabías. Bueno, ¿no te gustaría liberarte de esta carga? Estoy seguro de que estás agotada de todo esto, de todos nosotros. Al fin y al cabo, no eres más que una mujer. Todo esto es cosa de hombres.

El cinismo en sus palabras se clava como una daga en mi corazón. La idea de transferir el poder de la espada, de deshacerme de ella, suena como una traición a todo por lo que he luchado. Sin embargo, mi agotamiento físico y emocional me hace considerar la posibilidad.

—Quieres que te transfiera el poder de la espada —digo, mi voz temblando entre la incredulidad y la resignación—. ¿Eso es lo que estás pidiendo?

—Exactamente —responde MacGregor, con una sonrisa que no oculta su ambición—. El clan MacGregor es el segundo clan más poderoso de todos, después de los MacRae. Pero con el poder

de la espada en mis manos, podría unificar a todos los clanes bajo mi dominio. Por fin conseguiríamos la tan ansiada paz.

—Lo que tú buscas no es paz, sino obediencia —responde Logan, su voz llena de desprecio.

—¿No es lo mismo? —replica MacGregor, su mirada fría y calculadora, como si la justicia y el dominio fueran intercambiables en su mundo— Como sea, es lo que va a ocurrir. Si te niegas, tu querido Laird sufrirá las consecuencias.

—¿Y si no consigo hacerlo? Apenas estaba empezando a comprender su poder, ni siquiera sé por dónde empezar... —mi voz se quiebra con la última pregunta, la desesperación palpable. La idea de no poder cumplir con lo que me piden es casi tan aterradora como la amenaza que recae sobre Logan.

En respuesta, uno de los guardias le asesta otro golpe a Logan. La brutalidad del impacto es evidente; lo veo inclinarse hacia adelante, escupiendo sangre en la maqueta del suelo.

—Estoy seguro de que descubrirás la manera —dice MacGregor con una sonrisa satisfecha.

Los guardias nos arrastran de vuelta a nuestras celdas. Esta vez, sin embargo, nos colocan uno al lado del otro. Me doy cuenta de inmediato de la intención macabra detrás de esta disposición: de este modo se aseguran de que presencie cada golpe, cada tortura que infligen a Logan. Mi corazón se acelera, y una oleada de impotencia y desesperación me embarga al ver cómo lo han dejado en un estado lamentable, su rostro cubierto de sangre y moretones, sus movimientos limitados por el dolor.

Me arrastro hasta los barrotes de mi celda, el frío hierro helando mis manos mientras me acerco lo suficiente para ver a Logan. Me duele profundamente verlo así, cada vez más debilitado.

Me entregan un pergamino para que lo estudie y aprenda de él, sus arrugas y el aspecto envejecido hablan de su importancia. El texto está lleno de símbolos y palabras que no comprendo del todo, pero que parecen hablar de un ritual para transferir el poder de la espada. Lo examino con una mezcla de temor y resignación. Este pergamino no lo había visto antes y creo saber por qué.

—Me lo ocultaste —digo en voz baja, dirigida a Logan, cuya cabeza está colgada hacia un lado, su rostro más magullado y maltrecho que nunca. Mis palabras están cargadas de decepción y una tristeza que apenas logro contener—. Sabías que existía, pero me lo ocultaste. ¿Por qué?

Logan me mira con el único ojo funcional ahora mismo, una chispa de melancólica ironía en su mirada. Su rostro, ensombrecido por el dolor, muestra una sonrisa ladeada.

—Porque creí que, si la espada te escogía, era por una razón. Nosotros los mundanos, no tenemos derecho a cambiar eso.

Mi respiración se acelera mientras asimilo sus palabras. La frialdad de su revelación golpea mi pecho, pero también despierta un torrente de ira y tristeza.

—Si me lo hubieras dicho, podría haber hecho algo al respecto. Podría haberle transferido el poder a Luke o a cualquier otro. Incluso a ti. No tendrías que haberme mentado para que te ayudara. No era necesario engañarme —digo, mi voz temblando con la frustración de la traición.

—Lo sé. Pero quería que fueras tú —responde Logan, su voz rasposa pero decidida. Sus palabras son una mezcla de arrepentimiento y sinceridad, como si cada una de ellas llevara un peso invisible.

—¿Por qué? —le pregunto, mi tono cargado de incredulidad. Mi corazón palpita con fuerza, la confusión y el dolor entrelazados en cada latido.

Logan levanta la mirada hacia mí, su ojo azul resplandeciendo débilmente en la oscuridad de la celda.

—El deber hacia mi clan es todo lo que he conocido... hasta que llegaste tú, Blair. Con esa espada, con esa ropa que parece de otro mundo, supe de inmediato que eras diferente, que tenías un propósito más grande. Y, si te soy sincero, porque te quise en el momento en el que te vi.

Su confesión me golpea como una ola inesperada. La sinceridad en su voz es tan intensa que casi puedo tocarla, y el peso de sus palabras se cierne sobre mí como una nube oscura. Niego con la cabeza, la incredulidad mezclada con una tristeza profunda.

—Ni siquiera me conocías —repito, mi voz apenas un susurro, mientras trato de procesar la magnitud de su revelación. El caos en mi mente es un reflejo del caos en la celda, y el dolor que siento parece abrumador.

Él se encoge de hombros, y una mueca de dolor le distorsiona el rostro ante el movimiento.

—No sé si te has dado cuenta, pero estoy soltero —dice, su voz cargada de una melancolía dura como piedra—. Nunca he creído en el amor. Me criaron para ser un guerrero, un escudo impenetrable, no para ser el señor del castillo. Pero detrás de esta armadura hay un hombre roto, lleno de cicatrices y de dolor. Vi morir a mi familia, uno a uno, y con cada pérdida, una parte de mí se fue con ellos. Nunca pensé que pudiera volver a sentir algo más que dolor.

Lo miro, atrapada entre la empatía y la sorpresa. La revelación de Logan ha desnudado más de lo que esperaba, mostrándome un lado vulnerable del guerrero que pensaba conocer. Su historia de pérdida y soledad resuena con la mía de una manera inquietante, un eco de dolor compartido en un mundo que a menudo parece indiferente.

—Yo perdí a mi familia en un accidente —digo, mi voz temblando ligeramente mientras las imágenes del pasado vuelven a asomar en mi mente—. Estaba allí cuando ocurrió y fui la única superviviente. Tenía dieciocho años, y la culpa y el dolor me empujaron a abandonar Escocia. No había vuelto desde entonces.

Logan me observa con una mirada profunda y sincera, sus ojos capturando cada palabra, cada sentimiento. Hay una ternura inesperada en su expresión, una mezcla de dolor compartido y comprensión que trasciende nuestras circunstancias actuales.

—Lo siento mucho, Blair —susurra, su voz cargada de un pesar genuino.

Una sonrisa triste se forma en mis labios mientras extiendo mi mano hacia los barrotes, buscando un contacto que pueda aliviar la distancia emocional que sentimos.

—Yo también lo siento —respondo, la conexión en ese breve contacto de nuestras manos me proporciona una sensación de consuelo inesperado.

—¿Por qué volviste? —pregunta Logan, su curiosidad genuina y su tono lleno de interés.

La pregunta me hace soltar una risa, una mezcla de sorpresa y desdén. Es tan simple como absurda.

—Me llamaron para examinar unas ruinas que aparecieron de repente —explico, el recuerdo de la llamada y la promesa de un regreso me arrastran hacia el pasado—. Pensé que era el momento de regresar, al menos temporalmente, ver si había logrado superar lo que me había pasado. Me pasé todo el camino sintiendo náuseas, pero al llegar, las ruinas lograron captar mi interés. En medio de todo eso estaba *Cridhe an Tìre*. Mi equipo y yo estábamos examinando el lugar cuando saqué la espada de la roca y... de repente, me encontré en medio de tu enfrentamiento.

Logan frunce el ceño, su confusión palpable mientras procesa mi historia.

—Pero en Benraith, la montaña donde se encontraba la espada, no hay ruinas —dice él, claramente desconcertado.

Una risa nerviosa escapa de mis labios, y luego me tomo un momento para suspirar. Si este es mi final, al menos tengo el consuelo de poder explicarle esto a alguien.

—¿Recuerdas que te dije que no pertenezco a este mundo? —Le pregunto, y él asiente con la cabeza, su mirada llena de curiosidad—. Bueno, resulta que sí pertenezco a este mundo, solo que no ahora, no en este momento. En realidad, vengo del futuro. Soy una arqueóloga del año 2024. Nací en 1992.

Logan se queda atónito por un momento, su mandíbula ligeramente caída mientras digiere la información. Su mirada pasa de la sorpresa a la incredulidad, y luego a una especie de admiración confundida.

—¿Cómo es posible? —pregunta, la incredulidad en su voz—. ¡Pero eso es dentro de...! ¡¿Tienes ochocientos años?! Tengo que decir que te mantienes muy bien...

Una sonrisa irónica se dibuja en mis labios, al ver su intento de mantener el humor a pesar del dolor evidente en su rostro. Su mirada es una mezcla de admiración y asombro, y su sonrisa, aunque forzada, revela la calidez que aún puede sentir a pesar de su situación.

—Sigo pensando que eres una diosa, Blair —dice, su tono un tanto ligero pero lleno de una sinceridad palpable.

Me rio suavemente, un sonido que resuena en la fría oscuridad de la celda.

—Diosa o no, pronto dejaré de ser importante. En cuanto le entregue el poder...

—¿No estarás pensando en hacerlo de verdad? —interrumpe Logan, su voz cargada de preocupación.

—No voy a dejarte morir, si eso es lo que insinúas —le digo muy seria, mi voz firme a pesar del miedo que me recorre por dentro.

Logan bufa, una exhalación corta y amarga que llena el espacio entre nosotros.

—¿Me has visto? Van a matarme de todas formas, aunque casi preferiría que ocurriera de prisa, en un campo de batalla. Y no aquí encerrado, molido a palos por sus perros.

Me quedo en silencio, mirando sus ojos llenos de una tristeza infinita. Tiene razón, la seguridad de Logan pende de un hilo. Hay muchas maneras de matar a alguien de manera indirecta. Y sin el poder de la espada, no habrá nada que yo pueda hacer. ¿Pero cuáles son las opciones?

—¿Qué otra idea tienes? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

—Puedes utilizar la espada para volver a tu tiempo. Estarías a salvo. Y probablemente la espada desaparezca contigo, o por lo menos el poder que la une a ti.

La sugerencia de Logan se despliega ante mí como un camino tentador, pero no puedo evitar sentir que sería una huida, una forma de escapar de todo lo que hemos compartido. Volver a mi vida anterior, como si nada de esto hubiera ocurrido, como si no me hubiera enamorado de un fantasma del pasado, me parece una traición a todo lo que he vivido aquí.

—¿Sabes? —empiezo, mi voz cargada de reflexión— Antes de viajar en el tiempo, mi vida era aburrida. Me doy cuenta ahora. Siempre me ha gustado la aventura, por eso me hice arqueóloga, para conocer la historia del pasado, imaginarme cómo era entonces. Pero ahora estoy viviendo una de esas historias, una aventura de verdad. No me había sentido tan viva en mi vida. Y por fin siento Escocia como mi hogar, como si conectara con mis raíces.

Siento una lágrima resbalar por mi mejilla, caliente y salada.

—No quiero volver, Logan —confieso, mi voz apenas audible—. No quiero dejarte aquí.

Logan me mira con una expresión de asombro y ternura.

—Entonces, supongo que tendremos que encontrar otra salida —dice, su voz llena de una esperanza que antes parecía imposible.

Despierto a la mañana siguiente al escuchar el crujido de la puerta de las mazmorras y el ruido de pasos pesados. Dos guardias entran en la celda de Logan, sus rostros fríos y despectivos.

—¡No! —grito, mi voz cargada de desesperación y furia— ¡Dejadle en paz!

Mis palabras parecen caer en saco roto. Los guardias no hacen caso y, con una brutalidad calculada, empiezan a golpear a Logan. Cada golpe resuena como un martillo en mi pecho, y la desesperación me consume. Trato de avanzar hacia ellos, pero las cadenas que me atan son demasiado cortas, y el dolor de ver a Logan sufrir es insoportable.

—¡Basta! —chillo, con lágrimas de rabia y angustia brotando— ¡Por favor, basta!

Pero su tortura continúa. Los golpes son cada vez más feroces y, en cuestión de minutos, Logan queda casi inconsciente, su cuerpo tendido en el suelo, cubierto de moretones y sangre. El espectáculo es un horror que se graba a fuego en mi memoria, una pesadilla de la que no puedo despertar.

Finalmente, los guardias se detienen, dejando a Logan en un estado lamentable. Uno de ellos se acerca a mí con una expresión indiferente, y en ese momento, siento un escalofrío recorrer mi espalda. La puerta de mi celda se abre, y me hacen un gesto para que me levante.

—Vamos, bruja —ordena el guardia, su tono desprovisto de compasión—. El Laird está esperándote.

Me siento como una marioneta sin hilos, arrastrada hacia el desconocido mientras mis pensamientos están atrapados en la imagen de Logan malherido. Le lanzo una última mirada a su forma inconsciente antes de que me saquen de la celda, con el corazón pesado y la mente en un torbellino de desesperanza y determinación.

Capítulo 20

El guardia me arrastra por los oscuros pasillos del castillo, cada paso retumba en mis entrañas como una condena. Mi mente está nublada por la imagen de Logan herido, y el peso de la angustia me hace sentir más pesada con cada instante que pasa. Finalmente, llegamos a una sala más iluminada, donde me hacen entrar con brusquedad.

El Laird MacGregor está sentado en un gran sillón de madera, rodeado de pergaminos y documentos esparcidos sobre una mesa de roble. Su presencia es imponente, y la luz de las antorchas proyecta sombras danzantes en su rostro, acentuando la frialdad de sus rasgos. Su mirada se clava en mí con una mezcla de curiosidad y desdén.

—¿Y bien? —dice MacGregor, su voz profunda y autoritaria—. ¿Cómo van los preparativos para el ritual? ¿Estás lista para transferir el poder de la espada?

La pregunta es como una descarga eléctrica que recorre mi cuerpo. Trato de mantener la compostura, aunque la angustia por la condición de Logan amenaza con quebrar mi concentración.

—Estoy... estoy trabajando en ello —respondo, mi voz temblando ligeramente a pesar de mis esfuerzos por sonar segura—. Pero... el pergamino que me diste es complejo. Hay detalles que aún necesito descifrar.

MacGregor frunce el ceño, su paciencia visiblemente agotada. Se inclina hacia adelante, sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me hace sentir expuesta.

—¿Qué detalles, exactamente? —pregunta, su tono impaciente—. ¿Qué es lo que te impide proceder?

Mi mente se tambalea, luchando por encontrar una respuesta que no revele mi desesperación. Sé que no puedo permitirme el lujo de fallar, no solo por mi propia seguridad, sino por la de Logan.

—El ritual requiere un enfoque específico en la transferencia del poder, y estoy... revisando las runas y los símbolos para asegurarme de que todo esté correcto —digo, tratando de mantener la calma—. No quiero arriesgarme a hacer un error que pueda resultar en un desastre.

MacGregor se reclina en su silla, observándome con una mezcla de satisfacción y desdén. Parece que disfruta de mi incomodidad, de la tensión que cuelga en el aire entre nosotros.

—¿Y qué hay de la espada misma? ¿Tienes alguna dificultad para manejarla? —pregunta, su mirada desafiando cada una de mis respuestas.

Siento el peso de su pregunta como una presión en mi pecho. La espada *Cridhe an Tìre* ha sido mi compañero en esta travesía, pero también un recordatorio constante de la responsabilidad que tengo.

—No, la espada... la espada responde a mí —digo, luchando por encontrar las palabras correctas—. El problema es... el proceso de transferencia del poder. No puedo hacer nada sin asegurarme de que cada paso se ejecute a la perfección.

MacGregor asiente lentamente, su mirada evaluativa recorriendo cada palabra que he pronunciado. Su expresión se endurece, y sus ojos reflejan una determinación fría y calculadora, como si no hubiera margen para la equivocación.

—Dime, querida —comienza, su tono cargado de una ironía sutil—, ¿hay algo que pueda ofrecerte para acelerar el proceso? ¿O prefieres que mis chicos visiten de nuevo al señor MacRae?

Las palabras amenazantes se clavan en mi piel como cuchillos. Me esfuerzo por controlar mi enojo y mi desesperación, resistiendo el impulso de arremeter contra él. En cambio, inspiro profundamente y contengo la rabia.

—Comida —respondo, mi voz dura y decidida—. Para llevar a cabo el ritual necesitare energía, y no podré hacerlo si me matas de hambre antes.

MacGregor me observa con una intensidad que parece buscar algún indicio de engaño o desdén en mis palabras. Sus ojos son fríos y calculadores, pero finalmente, tras un momento de tensión, pone los ojos en blanco con una expresión de desdén.

—Bien, tendrás más raciones de comida —dice finalmente, su tono revelando un aire de derrota momentánea.

Asiento, pero antes de que pueda girarme para irme, él me detiene con una voz firme y autoritaria.

—Tienes tres días, bruja —ordena, su mirada implacable fija en mí—. Tras ese plazo, te presentarás ante el resto de los clanes y les dirás que los dioses te han encomendado la tarea de transferirme el poder de la espada. Entonces procederás con el ritual.

Sus palabras caen sobre mí como una sentencia, y la presión que siento en el pecho se intensifica. Tres días para descifrar el ritual, prepararlo y presentarme ante los clanes. El peso de la responsabilidad es casi insoportable, pero no tengo otra opción que aceptar.

—Entendido —respondo con una mezcla de resignación y determinación.

MacGregor asiente, satisfecho con mi respuesta, y me despide con un gesto de su mano. Me doy la vuelta lentamente, sintiendo la mirada pesada de su aprobación y la creciente presión sobre mis hombros. A medida que me alejo, mi mente trabaja a toda velocidad, intentando encontrar una forma de cumplir con las expectativas mientras lidio con la creciente angustia por la seguridad de Logan.

Paso los dos días siguientes sumida en una mezcla de desesperación y preparación. Los momentos de tranquilidad se ven interrumpidos constantemente por el pensamiento de Logan, que permanece en un estado lamentable, su cuerpo maltrecho por las palizas. Durante el primer día, intento concentrarme en buscar una solución, Logan me ayuda a buscar ideas.

Pero el segundo día, la situación se torna aún más sombría. Los guardias vuelven a golpearle con una brutalidad que parece no tener fin. El sonido de sus golpes, el ruido sordo de su cuerpo contra el suelo y los gemidos de dolor resuenan en mi mente como un eco constante. Me siento atrapada en una jaula emocional, incapaz de hacer nada más que observar cómo el hombre que me ha mostrado una inesperada bondad es humillado y maltratado. Lo dejan fuera de juego y me quedo sola.

La última noche antes del tercer día la paso en vela, sumida en un estado de agitación y ansiedad. Mi mente no deja de girar alrededor de los pergaminos que he estudiado durante horas interminables. He pasado mucho tiempo descifrando esos textos antiguos, intentando comprender cada símbolo, cada palabra. Debería recordar todos los detalles esenciales, pero en este momento de desesperación, ninguno parece encajar con la situación que enfrento. Los rituales que he leído parecen inadecuados o demasiado complicados para ejecutarse bajo las condiciones actuales. Por mucho que utilice la espada para desatar otro tipo de poder, los hombres de MacGregor son demasiados. Además, matarían a Logan en el acto.

Cuando finalmente me llaman al tercer día, un sentimiento de derrota se cierne sobre mí como una sombra oscura. El latido de mi corazón resuena en mis oídos con una intensidad que amenaza con desmoronarme. Me acerco a la sala de reuniones de MacGregor, sintiendo un nudo en el estómago que parece apretar con cada paso. Mi mente está borrosa y mi cuerpo agotado,

pero la determinación lucha por imponerse. No hay marcha atrás, y cada segundo que pasa me acerca más a un destino incierto.

Pero justo antes de llegar, algo sorprendente sucede. Un golpe seco resuena en el aire, y el guardia que me lleva se desploma sin emitir un sonido. Los guardias que me rodean caen uno a uno, sus cuerpos inertes en el suelo. Me doy la vuelta, mis ojos buscando desesperadamente una salida, y allí está Luke. La visión de él, vivo y en pie, provoca una oleada de alivio tan intensa que no puedo evitar lanzarme a sus brazos.

—Estás vivo —susurro, mi voz temblando con emoción contenida.

Pero Luke me separa con urgencia, sus ojos reflejan una determinación feroz.

—Voy a sacarte de aquí ahora mismo —dice, su tono es firme mientras me toma del brazo.

No puedo permitirlo. La imagen de Logan, herido y maltratado, llena mi mente.

—No, si me llevas ahora, lo matarán —le suplico, mi voz cargada de desesperación—. Tienes que llevarte a Logan. Está abajo, en las mazmorras. Los guardias no dejan de apalearlo. No sé cuánto más podrá resistir si lo dejamos atrás.

Luke se detiene, su expresión se torna tensa, y veo la lucha interna en sus ojos.

—Me matará si descubre que te he dejado atrás —dice, el dolor en su voz es evidente—. Yo mismo no podría perdonármelo.

Mi corazón se rompe al ver su conflicto. Sé que es una decisión difícil, pero la urgencia de salvar a Logan supera mi miedo.

—Sálvalo a él —insisto, mis ojos suplicantes.

Luke parece vacilar un momento, pero la determinación en mi mirada parece convencerlo. Finalmente, asiente con resignación.

—Por favor, no dejes que te maten.

Mi corazón se aprieta ante sus palabras, y mi mente se llena de la preocupación por lo que está a punto de enfrentar. Pero también siento un leve alivio al saber que Luke hará todo lo posible por salvar a Logan.

—Lo intentaré —respondo con firmeza, aunque mi voz tiembla un poco. Mi mirada se encuentra con la de Luke, transmitiendo toda la esperanza y el miedo que siento.

Mientras Luke se aleja con rapidez, mis pensamientos están centrados en Logan y en el frágil equilibrio que mantiene nuestra lucha. Cada paso que doy hacia la sala de reuniones de MacGregor es una mezcla de resolución y temblor, el peso de la responsabilidad que llevo a cuestas se hace cada vez más palpable.

La esperanza de que Logan esté a salvo, fuera de las garras de nuestro captor, me da fuerzas para seguir adelante. La adrenalina corre por mis venas, una mezcla de alivio y ansiedad. Sabía que no había tiempo que perder, y ahora que Luke ha tomado la decisión de rescatar a Logan, mi foco se centra en cumplir mi parte del trato.

La sala de reuniones de MacGregor se alza ante mí, oscura y ominosa, como un presagio del enfrentamiento que se avecina. Cada paso hacia la puerta es un desafío, pero me esfuerzo por mantener la calma, por recordar cada detalle de los pergaminos que he estudiado. En mi mente, repaso los movimientos y palabras necesarias para llevar a cabo el ritual, intentando conjurar la fuerza interior que necesito para enfrentar lo que vendrá.

Cuando llego a la sala de reuniones, MacGregor está allí, esperando con una expresión que no deja lugar a dudas sobre su impaciencia. Sus ojos se deslizan sobre mí, evaluándome como un depredador que considera a su presa. No me da tiempo para respirar, simplemente me hace un gesto para que lo siga. No parece darse cuenta de la falta de seguridad con la que he aparecido, lo cual es un alivio. Luke tendrá tiempo de sacar a Logan de las prisiones.

—Es hora —dice, su tono implacable.

Me lleva fuera del castillo, al patio donde se han reunido los líderes de los clanes. El aire es fresco y cortante, y el cielo parece más gris y amenazante que nunca. La presencia de los líderes de los clanes es una mezcla de tensión y curiosidad. Puedo ver el desconcierto y expectativa en sus miradas, sus rostros duros y enigmáticos reflejan la incertidumbre del momento.

El patio, normalmente un lugar de celebración y unión, ahora se siente frío y ajeno bajo el cielo grisáceo. La atmósfera está cargada de tensión y el silencio es roto únicamente por el murmullo de los clanes, que se apaga a medida que entro en el centro del área, rodeada por miradas inquisitivas y desconfiadas.

—¿Qué significa esto, MacGregor? —pregunta el líder del clan Fraser, su voz cargada de una desconfianza que casi puedo tocar. Su mirada se clava en mí, en mi aspecto.

MacGregor avanza con una sonrisa que no llega a sus ojos, una expresión que parece más un truco de prestidigitador que un gesto genuino de benevolencia.

—Logan MacRae quería jugar a ser Dios —dice, su voz resonando con una autoridad que apenas oculta su satisfacción cruel—. Intentó engañarnos a todos, utilizando a esta bruja, una mujer, para hacernos creer que era la voluntad de los Antiguos Dioses que ella utilizara el poder sagrado de *Cridhe an Tìre*. Pero he desenmascarado su engaño, y como recompensa, los Dioses me han escogido a mí.

El desconcierto se extiende entre los líderes de los clanes como una sombra creciente. Sus rostros reflejan una mezcla de confusión y escepticismo, mientras murmuran entre ellos, el silencio pesado entre susurros y miradas desconcertadas. La atmósfera se siente densa, casi tangible, como si el aire mismo estuviera cargado de la presión de la incertidumbre.

Consciente de las miradas escrutadoras y de la creciente presión, me esfuerzo por mantener la compostura. Mi mente está en un torbellino constante, recordando cada detalle de los rituales estudiados en los pergaminos. La tensión en mi pecho es casi insoportable; no solo debo convencer a estos hombres de la veracidad de mis palabras, sino que también necesito asegurarme de que el ritual salga bien para salvar mi vida y la de Logan.

—Y hoy, todos vosotros seréis testigos de ello —continúa MacGregor, su voz llena de una expectación casi palpable—. Acércate, bruja.

Me acerco lentamente, sujetando la espada legendaria que uno de los guardias me acaba de entregar. El peso de la espada en mi mano es una carga y una liberación al mismo tiempo. Siento el poder que emana de ella, un flujo de energía que resuena en mi interior y me llena de una determinación renovada. Mi voz tiembla ligeramente mientras empiezo a hablar, intentando proyectar una confianza que no siento completamente.

—Los dioses me han encomendado... —mi voz comienza a vacilar, temblando en el aire helado del patio, pero me esfuerzo por seguir el discurso que MacGregor ha dictado con tanto esmero. Cada palabra que pronuncio se siente como una traición a la verdad, pero no tengo otra opción. Sin embargo, algo capta mi atención por el rabillo del ojo. Entre la multitud de clanes, mis ojos encuentran a Luke, con Logan a su lado. Aunque el Laird MacRae está en mal estado, su mirada está despierta y consciente. Eso es todo lo que necesito saber. Ellos están a salvo, al menos por ahora.

Mi corazón se acelera, un torbellino de alivio y ansiedad se arremolina en mi pecho. Respiro hondo, tomando el valor necesario para continuar. La fuerza de mi propósito se reafirma mientras mi mirada se clava en MacGregor, cuya presencia ahora se inflama con una arrogancia tan palpable como el frío que nos rodea.

—Los dioses me han encomendado una misión: restaurar la paz entre clanes. Y eso solo

puede lograrse utilizando este poder... —mi voz se vuelve más firme, más resonante, mientras miro a MacGregor, observando su expresión inflarse con la pomposidad de quien se cree invencible... para erradicar el odio de los corazones de aquellos que se oponen.

Antes de que MacGregor pueda reaccionar, la determinación se enciende en mi interior. Pronuncio las palabras con una firmeza renovada:

—*An talamh, seann-mhathair, foillsich do chumhachd.*

Clavo la espada en el suelo con un golpe seco y resonante. Un pulso de energía sacude la tierra bajo mis pies, como si el mismo suelo estuviera respondiendo a mi llamado. La vibración se extiende, una onda que arrastra a MacGregor a un lado y lo hace perder el equilibrio. Su rostro refleja una mezcla de sorpresa y horror.

—¿Qué...? ¿Qué has hecho...? —su voz temblorosa está llena de incredulidad y furia, pero sus palabras se ahogan en el rugido creciente de la energía que nos rodea.

Repito las palabras, esta vez con una intensidad que emana de lo más profundo de mi ser:

—¡*An talamh, seann-mhathair, foillsich do chumhachd!*

El suelo tiembla nuevamente bajo nuestro peso. Los murmullos entre los líderes de los clanes se transforman en una cacofonía de inquietud y pánico. La tierra a nuestro alrededor comienza a cobrar vida, vibrando con una energía invisible pero tangiblemente poderosa.

MacGregor, furioso y desencajado, se levanta con dificultad y avanza hacia mí, blandiendo su espada con una furia que casi puedo sentir como un viento cortante. Sus ojos arden con la promesa de venganza.

—¡Tú! Te advertí de lo que pasaría si no obedecías. Ahora tu engaño será tu muerte.

Pero yo vuelvo a repetir las palabras con una convicción que casi se puede tocar:

—¡*An talamh, seann-mhathair, foillsich do chumhachd!*

El tiempo parece ralentizarse en un instante eterno. De repente, el aire se llena con una presencia tan poderosa que parece aplastar el propio aliento. Cientos de guerreros, espectros del pasado invocados por la espada, emergen de la nada. Sus armaduras resplandecen con un brillo etéreo y sus armas están listas para la batalla. Cada uno de ellos lleva consigo una determinación inquebrantable y una historia de honor y guerra.

Con una sola mirada, les hago un gesto imperceptible, un llamado que trasciende el tiempo y el espacio. La respuesta es inmediata. Los espectros se lanzan a la batalla.

Capítulo 21

Los espectros irrumpen en la batalla como sombras arrastradas por el viento, moviéndose con una precisión inhumana. Sus formas etéreas cortan el aire, deslizándose entre los vivos como cuchillas de luz y oscuridad. No son una masa caótica, sino un ejército metódico, calculador, impulsado por una voluntad tan antigua como la misma tierra. Puedo sentir cómo la espada vibra débilmente en mi mano, conectándose a la tierra, a la energía ancestral que fluye por sus hojas. Y, al mismo tiempo, siento cómo parte de mí se desmorona. La espada se alimenta de mi esencia, del mismo fuego que he desatado.

Los guerreros espectrales avanzan, implacables. Ignorando a los hombres cuyas almas anhelan la paz. Estos quedan al margen, atónitos, incapaces de comprender por qué han sido perdonados. Otros, los que mantienen el odio y la guerra grabados en lo más profundo de sus corazones, caen sin piedad bajo sus espadas, cuyas hojas no pueden ser detenidas por armaduras o escudos mortales.

El campo de batalla, antes lleno de gritos de guerra, se transforma en un paisaje surrealista. Los líderes de los clanes, testigos de lo imposible, se quedan paralizados, sus rostros una mezcla de asombro y miedo. El estruendo de las armas se apaga, reemplazado por el temblor de la tierra y el susurro etéreo de las espadas espectrales cruzándose con la carne. Mi cuerpo tiembla bajo el peso de *Cridhe an Tìre*, que palpita en mi mano como si compartiera mi agotamiento, su poder menguante reflejado en mi propio desgaste.

Mis piernas tiemblan, y el peso de la espada se hace insoportable. Palpita en mi mano como un corazón débil, su energía ya menguante. Cada segundo que sostengo el arma siento que estoy perdiendo una parte de mí misma, pero no puedo detenerme. Mi propósito está claro, y no puedo permitirme flaquear.

Avanzo entre el caos, mi visión se vuelve borrosa, pero sigo. Cada paso es un desafío titánico. Mi respiración es pesada, cada inhalación me recuerda que estoy empujando mi cuerpo al límite. El pulso en mis oídos es ensordecedor, y el sabor metálico en mi boca es una advertencia de lo cerca que estoy del abismo.

A lo lejos, veo a Luke y Logan. Mi corazón da un vuelco cuando reconozco la figura herida de Logan, tambaleándose pero aún en pie. Su rostro está manchado de sangre y polvo, y aunque sus ojos están entrecerrados por el dolor, se mueve listo para la batalla como el buen guerrero escocés que es.

Sigo avanzando, pero cada paso se siente más lento, como si el suelo bajo mis pies se resistiera. Luke, al percatarse de mi estado, corre hacia mí. Cuando llega, me sujeta con fuerza antes de que mi cuerpo ceda por completo al agotamiento. Mis rodillas se doblan, pero él me sostiene, su rostro reflejando una mezcla de alivio y miedo.

—Blair —susurra, su voz cargada de preocupación mientras me sostiene con firmeza, como si temiera que fuera a desvanecerme en cualquier momento—. ¿Qué demonios has hecho?

—He invocado el poder de la espada para restaurar la paz —respondo con un hilo de voz, luchando por encontrar las palabras—. Creía que ese era el objetivo de todo esto.

Logan llega a mi lado, su expresión una tormenta de emociones. Sus ojos reflejan una mezcla de miedo, ira y algo más profundo, algo que me hiela el alma.

—¿Estás bien? —pregunta con suavidad, pero su tono está impregnado de urgencia.

Miro a Logan, luego a Luke. Una sonrisa débil, casi inexistente, aparece en mis labios. Pero

es fugaz, desaparece tan rápido como ha llegado. Mi cabeza late con un dolor sordo, y el mundo a mi alrededor parece tambalearse como si estuviera al borde de desvanecerse en sombras. Todo mi cuerpo tiembla, desde las puntas de mis dedos hasta lo más profundo de mi ser. No sé si estoy a punto de desmayarme o simplemente disolverme en el aire.

—Lo he conseguido... —murmuro, el peso de la espada todavía firme en mi mano, aunque apenas puedo sentirla—. Los espectros... ellos harán justicia.

—Olvídate de la justicia —la voz de Logan corta el aire como un cuchillo, y su mirada ardiente se clava en mí. Está junto a mí, tan cerca que puedo sentir su preocupación irradiando en oleadas—. Tienes que detenerlo antes de que te consuma.

Siento la desesperación en cada palabra, pero sacudo la cabeza lentamente, incapaz de obedecer. Mis manos tiemblan, aferradas a la espada que ahora vibra débilmente en mi palma, su luz ancestral desvaneciéndose como una vela en su último aliento.

—No puedo —mi voz es apenas un susurro, ahogada por el cansancio—. Todavía no.

Alrededor, los hombres que no han sido atacados por los espectros permanecen inmóviles, desconcertados por su supervivencia. La batalla que pensaban librar se ha disuelto en algo más grande, algo que no pueden comprender. El campo se ha transformado en un lugar donde la guerra ya no tiene cabida, y los que quedan se aferran a la paz que nunca buscaron, pero que ahora es inevitable.

Mis ojos recorren el campo de batalla, buscando algo, y entonces lo veo. MacGregor. Está al otro lado, en la distancia, enfrentándose al Laird MacLeod. Aún no ha sido tocado por los espectros. Él, de todos los presentes, sigue de pie, desafiando la voluntad de los dioses, resistiéndose a la paz que he invocado. Su figura se erige como una sombra oscura en el caos que se disuelve a su alrededor. Puedo percibir la arrogancia y la violencia que emanan de él incluso desde esta distancia. Y ahora, se enfrenta a MacLeod, ambos luchando con furia, como si sus vidas dependieran de ello.

Mi corazón late con fuerza, pero no es el miedo lo que lo agita. Es el agotamiento, la comprensión de que, mientras MacGregor siga en pie, nada de esto habrá terminado realmente. Logan me observa, sus ojos suplicantes, como si supiera lo que tengo que hacer pero temiera por lo que me costará.

Mis piernas amenazan con fallar de nuevo, pero Luke me sostiene, su agarre firme. Ambos sabemos lo que está en juego. Logan también lo sabe. Me mira, sus ojos llenos de una súplica silenciosa, como si temiera por lo que aún debo hacer.

—Blair... —su tono se suaviza mientras su mano se posa en mi brazo—, tienes que parar antes de que sea demasiado tarde. Aún puedes volver.

Pero esa nunca ha sido una opción. Ahora lo comprendo. Lo sé en lo más profundo de mí. La espada en mi mano, aún débil, aún resonando con el poder ancestral, me lo dice. Esta no es una batalla de fuerza o destreza. Es una batalla de voluntad. De corazones enfrentados, de destinos entrelazados.

—Dijiste que era una mujer libre... —susurro, mis ojos fijos en Logan, llenos de determinación—. Esta es mi decisión.

Intento ponerme de pie, mis piernas tambalean bajo mi peso, pero Luke me mantiene erguida. Las runas en la espada, alguna vez resplandecientes con un poder incontrolable, ahora emiten apenas un leve brillo. Mi conexión con la espada y sus antiguos poderes se debilita, reflejando mi propio agotamiento. Cada latido de mi corazón es un recordatorio de lo poco que queda dentro de mí.

Con el último vestigio de fuerza, clavo la espada en el suelo. El impacto resuena a través de la

tierra, enviando una ola de poder que sacude el campo de batalla. Los espectros, que una vez se movieron con furia imparable, se detienen al unísono. Sus figuras etéreas giran hacia mí, esperando mi próximo movimiento. El aire parece congelarse, y un frío que no es de este mundo envuelve el lugar.

Señalo hacia él con la espada, mi brazo temblando por el esfuerzo, pero mi voluntad firme. No necesito decir una palabra. En cuanto mi mano marca el destino de MacGregor, los fantasmas se lanzan hacia él como sombras de un tiempo olvidado.

MacGregor retrocede, sus ojos se abren con terror cuando comprende lo que se le viene encima. Grita, pero sus palabras se pierden en el viento. Los espectros lo alcanzan, su avance implacable, como el juicio de los dioses mismo. No hay furia en sus movimientos, no hay venganza. Solo la necesidad de restaurar el equilibrio, de erradicar la violencia que él encarna.

Los hombres a su alrededor no se atreven a intervenir. Los que han sido ignorados por los fantasmas permanecen inmóviles, desconcertados por su propia supervivencia.

Siento cómo mi cuerpo cede, el agotamiento me arrastra lentamente hacia el suelo. Pero mientras caigo, no aparto la vista de MacGregor, observando cómo el destino lo alcanza, cómo los fantasmas de una era pasada se llevan con ellos el último vestigio de guerra.

Logan me atrapa antes de que toque el suelo. Sus brazos, firmes y cálidos, se enredan a mi alrededor, deteniéndome justo antes de que mis rodillas toquen la tierra. La desesperación y el alivio luchan en su mirada, y en sus ojos oscuros puedo ver el torbellino de emociones que él intenta desesperadamente controlar. Su respiración es entrecortada, y su pecho se eleva y desciende con una intensidad que solo he visto en momentos de batalla. Está exhausto, no solo por la lucha, sino por la angustia de haberme visto enfrentarlo todo.

—Blair... —susurra, su voz temblorosa, como si temiera que al decir mi nombre me rompiera en mil pedazos.

El mundo a nuestro alrededor parece detenerse. El eco de la batalla, que hasta hace poco rugía con furia, se ha desvanecido en un silencio profundo y solemne. Puedo escuchar el viento susurrando entre las montañas, llevando consigo los últimos restos de polvo y cenizas. Mi cuerpo ya no responde, y el agotamiento me pesa como una piedra, hundiéndome más en el abismo de la inconsciencia. El frío de la espada aún en mi mano es un recordatorio de lo que he hecho, de lo que hemos logrado... pero también de lo que he perdido en el proceso.

—Se acabó... —susurro, las palabras son apenas un murmullo, un aliento que se escapa de mis labios con dificultad. Siento como si cada sílaba fuera un esfuerzo titánico, como si el simple acto de hablar drenara las últimas gotas de vida que me quedan.

Logan me sostiene más fuerte, como si al hacerlo pudiera detener el inevitable colapso. Mi cabeza cae suavemente contra su pecho, el sonido de su corazón, fuerte y rápido, retumba en mis oídos, un eco lejano que me ancla a la realidad por un momento más.

Cierro los ojos. Todo se desvanece. Ya no siento el frío, ni el peso de la espada, ni siquiera el miedo que había estado ardiendo en mi interior durante tanto tiempo. Solo queda una paz extraña, un vacío donde antes había fuego y caos. La espada, que una vez vibró con poder ancestral, está quieta en mi mano, su filo frío y metálico en mi piel como un recuerdo distante. Su misión está cumplida, y lo sé. Al igual que la mía.

Capítulo 22

El dolor en mi cabeza es como un tambor, golpeando implacablemente, cada latido un recordatorio de que algo está mal. Algo no encaja. No sé cuánto tiempo he estado así, ni siquiera sé dónde estoy. Lo último que recuerdo... sí, la expedición. Mi equipo y yo explorábamos las ruinas antiguas en las tierras altas de Escocia. Las imágenes parpadean en mi mente: el viento frío, las piedras cubiertas de musgo, la sensación de estar al borde de un descubrimiento monumental. Pero ahora... todo es diferente.

Siento que me falta algo. Una parte de mí. Pero no sé qué es. No es solo el dolor físico. Es como si un vacío se hubiera abierto dentro de mí, algo arrancado, algo vital que no puedo recuperar. Respiro profundamente, mis pulmones se llenan de aire, pero el alivio no llega.

Abro los ojos lentamente, mis párpados pesados, luchando contra la somnolencia que todavía me envuelve. La luz es tenue, como si fuera de madrugada. Todo está envuelto en un gris frío y apagado, las sombras extendiéndose por las paredes como fantasmas. Nada de esto es familiar. No reconozco el lugar donde me encuentro. El techo de madera es rústico, las paredes de piedra sólida y sin adornos. Un hogar ajeno. Una cama desconocida.

Mi corazón late con fuerza cuando bajo la vista. A los pies de mi cama hay una figura. Un hombre. Está sentado en una silla, inclinado hacia adelante, su cabeza apoyada sobre el colchón, sus hombros relajados en lo que parece un profundo sueño. Lo observo, tratando de reconocerlo. Su cabello oscuro se desordena sobre su rostro, tapándole los ojos. No parece peligroso, pero sigue siendo un extraño. Mi mente corre, tratando de comprender cómo terminé aquí.

Lucho por moverme, pero mi cuerpo está pesado, como si estuviera encadenado por la misma fatiga que me arrastró al borde de la inconsciencia antes. Intento sentarme, y el leve sonido del colchón bajo mi peso lo despierta.

Sus párpados se abren lentamente, y sus ojos, de un azul intenso, me encuentran. No hay sorpresa en su mirada, solo alivio. Como si hubiese estado esperando este momento desde hace mucho tiempo.

—Blair... —murmura con una voz áspera por el sueño—. Estás despierta.

Mis labios se separan, pero no sé qué decir. ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Y por qué, al escucharlo, una ola de emociones confusas me invade? Su rostro, ahora más claro ante mis ojos, me es vagamente familiar, pero no puedo situarlo. No puedo recordar dónde lo he visto antes. Es como si estuviera atrapada en una niebla, donde la verdad está justo fuera de mi alcance.

—¿Quién... quién eres? —logro preguntar, mi voz ronca y débil.

La pregunta parece herirlo, una sombra de dolor cruza por su expresión. Pero no la esquiva. No se aparta de mi mirada.

—Soy Logan —responde con calma, como si eso debiera explicarlo todo.

El nombre provoca una sensación extraña en mi pecho. Un eco de algo que no puedo recordar del todo. Algo profundo, como si la mención de ese nombre llevara consigo una carga emocional que no debería estar ahí. Mis manos, temblorosas, se deslizan hacia las sábanas, buscando algo tangible a lo que aferrarme mientras intento procesar sus palabras.

—No... no te conozco —murmuro, más para mí misma que para él.

Pero entonces, fragmentos vuelven a mí. Un campo de batalla, espectros, una espada en mis manos... Este hombre. Mi cuerpo tiembla ligeramente, y una sensación abrumadora de déjà vu me golpea como una marea imparable. No puedo apartar la mirada de sus ojos.

—Sí, me conoces —dice, su voz cargada de una certeza que me confunde y me angustia—. Y yo te conozco a ti. Más de lo que crees.

Se acerca lentamente, su mirada fija en la mía, y el aire entre nosotros parece volverse denso, cargado de algo que no puedo identificar, pero que me resulta inquietantemente familiar. Mi corazón late con fuerza, como si presintiera lo que está a punto de suceder, pero mi mente aún no lo alcanza. Hay un brillo en sus ojos que me desconcierta, una mezcla de culpa y determinación que no sé cómo interpretar.

Cuando está lo suficientemente cerca, su mano roza mi mejilla, un gesto suave, casi tembloroso. El calor de su piel contra la mía es como una descarga, despertando algo que había estado dormido dentro de mí. Sin embargo, antes de que pueda reaccionar, él habla, su voz baja y cargada de una tristeza que me rompe un poco por dentro.

—Perdóname... por lo que voy a hacer.

No entiendo. Mis labios se separan para preguntar, pero las palabras se congelan en mi garganta. Y entonces lo hace.

Me besa.

El contacto es suave al principio, como si estuviera probando los límites de mi reacción, pero firme, decidido. Mis ojos se abren de par en par, y todo en mí se paraliza, como si el mundo entero se hubiera detenido en ese instante. Mi mente lucha por asimilar lo que está ocurriendo, por encontrar sentido en esta acción inesperada. Pero mi cuerpo... mi cuerpo tiene otra reacción.

Es como si una chispa prendiera fuego en mi interior. Un calor que comienza en lo más profundo de mí y se extiende como llamas devorando todo a su paso. Mis manos, que antes estaban rígidas, se mueven casi por instinto, una de ellas se aferra a su camisa, atrayéndolo más cerca. Es una sensación extraña, como si esta cercanía, este contacto, fuera algo que ya conocía, algo que he sentido antes pero que había olvidado.

El deseo que se aviva en mí es abrumador, casi aterrador en su intensidad. Mi mente aún está atrapada en la confusión, pero mi cuerpo lo reconoce, lo desea. Es una familiaridad que me consume, una necesidad que me desarma. Los fragmentos de recuerdos que flotan en mi mente comienzan a ensamblarse, las emociones que había mantenido a raya ahora inundan cada rincón de mi ser. Y mientras sus labios se mueven con los míos, todo lo que creía que sabía se desmorona.

El beso, que comenzó como una súplica silenciosa, ahora se transforma en algo mucho más intenso, más profundo. Su boca se entrelaza con la mía, y todo mi cuerpo se enciende con una pasión que nunca imaginé posible. Es como si cada centímetro de mi piel despertara, como si hubiera estado esperando este momento, este contacto, por más tiempo del que puedo recordar. El calor entre nosotros crece, envolviéndonos en una atmósfera que lo consume todo.

Mi mente sigue luchando por aferrarse a algún sentido de lógica, algún rastro de cordura. Quiero recordar, quiero entender por qué mi cuerpo reacciona con tal voracidad, pero cada intento de pensar se desintegra bajo el peso del deseo que lo domina todo. Los recuerdos están ahí, en alguna parte, fragmentados, pero mi cuerpo no los necesita. Reconoce su cercanía, el calor de su piel, la presión de sus manos que ahora se deslizan por mi espalda, atrayéndome hacia él como si temiera perderme de nuevo.

Mis manos se mueven con una urgencia frenética, despojándolo de su ropa con una velocidad casi desesperada. Mis dedos, temblorosos y ardientes, recorren su piel, sintiendo cada músculo que se revela bajo mis manos. La tela se desliza por su cuerpo, revelando la fuerza y la belleza masculina en su máxima expresión. La confusión en mi mente se disuelve en un torbellino de deseo crudo, y la lógica queda relegada a un rincón oscuro de mi conciencia. No entiendo por

qué mi cuerpo responde con tal voracidad, pero la necesidad de sentir su piel contra la mía es una fuerza implacable que domina cada pensamiento.

Logan desliza mi camisa y la lanza a la otra punta de la habitación. Sus labios ahora recorren mi cuello, mis pechos, mi abdomen, y luego me lame en mi intimidad. No se entretiene demasiado antes de hundirse en mí sin miramientos, y un gemido de placer escapa de mis labios, un sonido primitivo que llena la habitación. Cada embestida es un golpe de éxtasis que me consume, me atrapa en una ola de sensaciones. Me aferro a él con fuerza, como si mi vida dependiera de su cercanía, de la manera en que su cuerpo se mueve con el mío, sincronizado en una danza ardiente.

—*A bhean-dhe* —me susurra, su voz ronca contra mi piel. “Mi Diosa”. La palabra resuena en mi mente, evocando imágenes de antiguas leyendas y de un amor profundo y apasionado. Siento cómo el placer se acumula, una presión creciente que me envuelve por completo. Es como si mi cuerpo hubiera estado esperando este momento desde antes incluso de despertar.

Y antes de lo esperado, alcanzo un clímax que me sacude con una fuerza casi aterradora. Es como si mi cuerpo hubiera estado esperando este momento desde antes incluso de despertar. Las olas de placer me consumen, dejando mi cuerpo temblando y mi mente tambaleándose en el borde de la realidad.

En medio de este frenesí, mientras mis sentidos se desbordan y mi respiración se convierte en un entrecortado jadeo, los recuerdos empiezan a regresar con una intensidad avasalladora. Fragmentos dispersos había olvidado o reprimido, vuelven a mi mente con la misma fuerza con que Logan se mueve dentro de mí. Cada imagen, cada emoción perdida, se entrelaza con las sensaciones que estoy viviendo, creando una ráfaga de claridad que me sacude hasta lo más profundo.

Logan llega al clímax con una explosión de intensidad que me hace arquear el cuerpo, un grito ahogado escapando de su garganta. Su ritmo se vuelve errático, sus movimientos se vuelven frenéticos mientras su cuerpo se estremece contra el mío. Su respiración se vuelve entrecortada, cada inhalación y exhalación un eco de nuestro deseo compartido. Siento el calor de su clímax fundiéndose con el mío, una ola de energía que parece consumirnos por completo.

Mientras su cuerpo se derrumba sobre el mío, todavía temblando de placer, el mundo se desvanece en un torbellino de sensaciones y recuerdos. La sensación de su piel contra la mía, el latido acelerado de nuestros corazones, todo se convierte en una sinfonía de sentimientos que me envuelven y me asfixian al mismo tiempo.

—Te... recuerdo —susurro entre suspiros entrecortados, mi voz temblando de emoción y revelación.

Logan levanta la cabeza, sus ojos brillando con una mezcla de ternura y deslumbramiento. Sus labios se curvan en una sonrisa llena de significado, como si cada rincón de su ser estuviera resonando con la misma verdad que la mía. La intimidad de su mirada y el ardor de su toque hacen que el tiempo se detenga por un instante, como si el universo mismo estuviera conteniendo el aliento para escuchar nuestras palabras no dichas.

—Ah... —suspira él, mirando hacia el techo del castillo como si tratara de ver más allá de las limitaciones físicas que lo rodean. Su voz es un susurro cargado de gratitud y emoción, una mezcla profunda que me envuelve y me calma—. Gracias por traérmela de vuelta.

Antes de que pueda encontrar una respuesta adecuada, sus labios se encuentran con los míos en un beso delicado, pero lleno de una promesa que va más allá de las palabras. La suavidad de su contacto, el calor de su abrazo, me envuelven en una sensación de hogar y pertenencia.

Sin embargo, a medida que mis recuerdos recuperados se afianzan, una alarma se enciende en

mi mente, como un eco lejano que no puedo ignorar. Mi corazón late con fuerza, y una oleada de preguntas inunda mi conciencia.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto, mi voz temblando entre la confusión y la desesperación—. ¿Cómo ha terminado la batalla? ¿Y qué ha sido de la *Cridhe an Tìre*?

Él se ríe suavemente, la vibración de su risa es un consuelo cálido contra mi piel. Luego entierra la cabeza en el hueco de mi hombro, su respiración acariciando mi piel con una sensación de calma. Sus palabras, cargadas de alivio y admiración, llegan a mí con un tono reconfortante.

—Lo conseguiste, Blair —dice, su voz llena de una ternura que desarma cualquier rastro de ansiedad en mí—. Al mostrar el verdadero poder de la espada, los clanes no tuvieron más remedio que firmar la paz —Luego levanta la cabeza de nuevo para mirarme, sus ojos azules—. Nos has salvado.

Su aliento cálido contra mi piel es un bálsamo para mis nervios tensos, y aunque sus palabras me ofrecen un alivio inmediato, el torbellino de emociones sigue girando en mi interior. Mi mente se esfuerza por asimilar la magnitud de su declaración mientras me aferro a su cercanía.

—Respecto a *Cridhe an Tìre*... —continúa, su voz teñida de una ligera preocupación— No sabría decirte. Creo que deberás ser tú quien compruebe su estado.

—No queda nada de poder —le aseguro yo, mis palabras llenas de una certeza dolorosa—. Sentí cómo se desvanecía antes de desmayarme.

Deslizo mis dedos por su cabello con un gesto pequeño y cariñoso, un intento de aferrarme a esta burbuja de tranquilidad mientras mi corazón sigue golpeando con fuerza. Observando su rostro, todavía algo magullado pero notablemente más sereno, me siento impulsada a tranquilizarlo.

—Siento que no puedas volver a tu hogar —me dice, su rostro ensombrecido por una tristeza que parece reflejar la mía.

Pero yo sonrío, una sonrisa genuina que nace de la aceptación de lo que ha cambiado en mi vida.

—Creo que hace tiempo que dejó de serlo —digo con sinceridad, mi voz cargada de un entendimiento profundo. Luego suspiro, el peso de las decisiones pasadas deslizándose de mis hombros—. ¿Y qué pasa ahora?

Logan se encoge de hombros, sus mejillas sonrojadas de una manera que me resulta entrañable.

—Puedes quedarte aquí, si es lo que quieres —me ofrece, su timidez evidente en la forma en que evita mi mirada.

—¿Acaso no te ha quedado claro lo que quiero todavía? —le pregunto, mi voz con un toque de juego mientras elijo enfrentar la verdad.

Él me mira con una expresión extraña, una mezcla de sorpresa y vulnerabilidad.

—Te confesé mis sentimientos hace tiempo, pero yo todavía no sé cuáles son los tuyos —dice, su voz temblando con una honestidad cruda.

Tiene razón. En ese momento, aunque ya lo sabía en lo más profundo, me había negado a aceptarlo. La traición y el dolor habían nublado mi visión, pero la realidad siempre había sido clara. Le rodeo el cuello con mis brazos y lo atraigo hacia mí, juntando su rostro al mío.

—Te amo, Logan MacRae —susurro con una intensidad que desafía el dolor y las dudas del pasado. Mis palabras emergen de lo más profundo de mi ser, como un río de emociones que finalmente encuentra su cauce. Antes de que la realidad pueda interponerse, sello mi declaración con un beso profundo y ardiente.

El beso comienza de manera suave, pero pronto se transforma en una danza ferviente de deseos y promesas. Cada roce de nuestros labios es una confirmación de lo que siempre ha residido en lo más recóndito de mi corazón. La calidez de su piel contra la mía, el ritmo acelerado de nuestros corazones latiendo al unísono, es todo lo que puedo sentir. En ese momento, el mundo exterior se desvanece, y solo existimos nosotros, inmersos en un torbellino de pasión y anhelo.

Sin embargo, el hechizo que hemos tejido se rompe abruptamente cuando alguien entra en la habitación. La figura de Luke aparece en la puerta, y su voz, cargada de una mezcla de irritación y sorpresa, resuena en el aire.

—Logan, necesito que... —comienza a decir mientras cruza el umbral. Pero al vernos enredados en nuestro abrazo apasionado, se detiene en seco, los ojos abiertos de par en par en una mezcla de incredulidad y exasperación—. ¡*Feidh*! —murmura con frustración contenida— ¿De verdad? ¿Cuánto hace que ha despertado? ¿No te podrías aguantar hasta que la viera el curandero? Menudo Laird estás hecho.

Logan, aún atrapado en el torbellino de emociones, no pierde el tiempo. Con un rugido de desdén, agarra un cojín y lo lanza hacia Luke, que esquivo el proyectil con un movimiento ágil.

—Lárgate de una vez —gruñe Logan, la voz cargada de molestia y afecto.

Luke lanza una última mirada en nuestra dirección, maldiciendo en gaélico con un tono que deja claro su descontento. Antes de salir, sus ojos encuentran los míos brevemente, y su expresión se suaviza.

—Me alegro de que estés bien, Blair —dice, su tono sincero y preocupado—. Nos tenías a todos muy preocupados.

Con una última mirada de resignación y afecto, Luke se aleja, dejando que la puerta se cierre detrás de él. La habitación queda en un silencio que resuena con la intensidad de nuestro reciente momento compartido. Suspiro, sintiendo el peso de las emociones recién liberadas, mientras Logan se vuelve hacia mí, sus ojos reflejando la misma intensidad que las mías.

—Eres mía, hasta la eternidad —declara, su voz firme pero llena de ternura, como si cada palabra fuese una declaración de nuestro destino inquebrantable.

La profundidad de sus palabras me envuelve, y en ese instante, siento que todo el dolor, la incertidumbre y la lucha que hemos enfrentado se disuelven en una sensación de completa serenidad. Es como si el tiempo mismo se hubiera detenido, dándonos un respiro para absorber la magnitud de nuestra unión.

Me acerco a él, mi corazón latiendo en sincronía con el suyo, y le devuelvo la sonrisa.

—Y tú eres mío, siempre —respondo, mi voz temblando de emoción mientras me acerco a él para besarlo de nuevo.

Finalmente he encontrado mi lugar en este mundo, un lugar lleno de amor y descubrimiento. Y con él a mi lado, sé que cualquier desafío será más fácil de enfrentar, cualquier misterio más emocionante de desentrañar. El futuro es un lienzo en blanco, y estamos listos para pintarlo juntos.